





OTRAS VOCES DE LA  
REVOLUCIÓN MEXICANA  
VISIONES DESDE ESTADOS UNIDOS  
Y CANADÁ

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**OTRAS VOCES DE LA  
REVOLUCIÓN MEXICANA  
VISIONES DESDE ESTADOS UNIDOS  
Y CANADÁ**

Silvia Núñez García  
Juan Manuel de la Serna  
(editores)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

---

Centro de Investigaciones sobre América del Norte  
México, 2012



Primera edición, 25 de junio de 2012

D.R. © 2012 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán,  
C. P. 04510, México, D. F.

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE  
Torre II de Humanidades, pisos 1, 7, 9 y 10  
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.  
Tels.: (55) 5623 0000 al 09  
<http://www.cisan.unam.mx>  
Correo electrónico: [cisan@servidor.unam.mx](mailto:cisan@servidor.unam.mx)

ISBN 978-607-02-3347-0

Diseño de portada: Patricia Pérez Ramírez

Queda prohibida su reproducción total o parcial, impresa o en cualquier medio electrónico, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en México / Printed in Mexico

# ÍNDICE

Introducción .....	9
--------------------	---

## VIVENCIAS DE FRONTERA

Cónsules, espionaje, exiliados y tensión en la frontera México-Estados Unidos durante la Revolución mexicana .....	17
<i>Mario Ramírez Rancaño</i>	

Félix Díaz y el exilio mexicano .....	55
<i>Peter V. N. Henderson y Héctor L. Zarauz López</i>	

Segregación y utopía social en el sur de Texas: los motivos del Plan de San Diego, una relectura.....	99
<i>Silvestre Villegas Revueltas</i>	

## VISIONES DE LA REVOLUCIÓN

Jack London y su relación de amor-odio con la Revolución mexicana.....	119
<i>Ana Rosa Suárez Argüello</i>	

Los canadienses y la Revolución mexicana, 1910-1928 .....	137
<i>J.C.M. Ogelsby</i>	

La prensa afroamericana y la Revolución mexicana .....	157
<i>Ben Vinson III</i>	

México, la política de la diferencia en tiempos de la revolución .....	175
<i>Juan Manuel de la Serna</i>	



## PRESENTACIÓN

Hablar de la Revolución mexicana —primera revolución social del siglo xx— implica adentrarse en el periodo seminal de la construcción del Estado mexicano y la consecuente conformación de una identidad nacional moderna. Es por ello especialmente relevante que, para comprender esta obra, el lector tenga presente que desde los primeros síntomas de inconformidad de la población y de los actores políticos mexicanos en contra del gobierno de Porfirio Díaz la frontera norte de México cobró especial importancia tanto de forma individual como en la de las organizaciones que, con visión de futuro, resaltaron la trascendencia de los vínculos entre México y Estados Unidos a lo largo de un espacio vital para ambas naciones.

En este contexto, los episodios de tensión entre uno y otro fueron —y siguen siendo— recurrentes, lo que demuestra que sus diferencias identitarias corresponden a patrones esencialmente etnocéntricos, por lo que sus especificidades pueden advertirse en la comparación con el “otro” en tanto lo diferente.

Recordemos que a lo largo del siglo xix grupos de las minorías étnicas de América del Norte huyeron del expansionismo norteamericano primero en territorio novohispano y posteriormente mexicano, ya que asilarse al “otro lado de la frontera” significaba paradójicamente permanecer cerca de las acciones de las que se pretendía tomar distancia.

Derivado de lo anterior, conceptuamos las relaciones entre estas dos naciones fronterizas como parte de un “entramado” para referirnos a su complejidad y, en consecuencia, a las dificultades para historiarlas críticamente. De esta forma, las narraciones que contiene este texto pretenden ser sólo una muestra de una variedad casi infinita de nuevas posibilidades de investigación capaces de profundizar en las implicaciones y/o los significados que la Revolución mexicana tuvo en lo que hoy se denomina la región de América del Norte.

Así, el lector podrá advertir diversas voces que centran su atención en temas originales, buscando estimular la imaginación en torno a debates alternativos que enriquezcan lo que hasta ahora se ha estudiado sobre dicha gesta popular.

La Revolución mexicana convocó a una masa importante del pueblo que, mediante las armas, realizó un cambio dramático a nivel del liderazgo político y de las estructuras socioeconómicas del país, pretendiendo favorecer la justicia social. Sus antecedentes y consecuencias denotan que esta Revolución sigue constituyendo un proceso vital para el México de nuestros días, en donde la consolidación del imperativo democrático continúa evolucionando.

Sobre estos argumentos, el propósito del Centro de Investigaciones sobre América del Norte, de la Universidad Nacional Autónoma de México, para acometer este proyecto está anclado no solamente en la historicidad de nuevos temas para el análisis de las relaciones México-Estados Unidos-Canadá, sino en la reflexión que de éstos se desprende para examinar las dinámicas, las acciones y los valores que subyacen a sus vínculos directos e indirectos, considerándolos actualmente estratégicos.

Los contenidos de esta obra han sido estructurados en dos ejes conceptuales que refieren a las ideas de frontera y de revolución. Ambos se corresponden, pues llevan implícitos el elemento cultural y, tal como lo señalan Michaelsen y Johnson, “una teoría de la frontera es una teoría de la cultura”.

De esta manera, los espejos se multiplican en tan sólo siete ensayos, cuando advertimos además que cuatro de ellos fueron realizados por autores mexicanos, uno por un estadounidense, otro por un canadiense y el restante por la colaboración binacional-bicultural entre dos expertos, uno de México y el otro de Estados Unidos.

## Las colaboraciones

### VIVENCIAS DE FRONTERA

En su texto “Cónsules, espionaje, exiliados y tensión en la frontera México-Estados Unidos durante la Revolución mexicana”, MARIO RAMÍREZ RANCAÑO aborda de manera clara y detallada el tema del espionaje y contraespionaje en la ciudad de San Antonio, una red que se tejió entre los gobiernos de México y de Estados Unidos durante los diez años que duró el movimiento. Tomando como punto de partida el libro *Los revoltosos*, de W. Dirk Raat, este capítulo explora el intercambio de información que existió entre quien ocupara la presidencia y los consulados mexicanos acerca de las actividades de los insurgentes resguardados en Estados Unidos.

Su análisis cubre tanto el periodo de la revolución maderista como la etapa de la lucha de facciones, mostrando al lector que el espionaje en Estados Unidos fue una herramienta trascendental para los diferentes grupos que ocuparon la presidencia —tanto para el gobierno de facto de Victoriano Huerta como para el constitucionalismo carrancista. El autor describe la importancia que tuvo la relación entre el gobierno mexicano, sus consulados, los expatriados en Estados Unidos y el gobierno de aquel país durante toda la contienda, subrayando el interés del Poder Ejecutivo por detener el flujo de armamento ilegal desde ese país, así como las constantes quejas por la facilidad con la que los enemigos de la revolución encontraban seguridad y adeptos en aquel país.

En ese sentido, el trabajo “Félix Díaz y el exilio mexicano”, de PETER V. N. HENDERSON y HÉCTOR L. ZARAUZ LÓPEZ, hace un recuento de las desventuras del sobrino de don Porfirio Díaz después del derrocamiento de su tío. Este destacado personaje será recordado por su participación en la Decena Trágica, así como por su lealtad hacia el *Ancien Régime*, circunstancias que lo ligaron con las causas con-

servadoras y contrarrevolucionarias. El artículo nos cuenta las dificultades que encontró para poder armar un grupo opositor lo suficientemente fuerte para derrocar al gobierno en turno, así como las incontables organizaciones y planes fallidos que orquestó desde Estados Unidos.

El punto central del artículo es comprender cómo el exilio fue la única vía de supervivencia y, en ocasiones, la plataforma para emprender planes de reconquista del poder para el propio movimiento felicista y para muchas otras facciones en México. Junto a las numerosas incursiones de Félix Díaz con la intención de llegar al poder, el autor narra el desarrollo de la revolución explicando la importancia que el reconocimiento por parte del gobierno estadounidense representó para los grupos revolucionarios en detrimento de los disidentes.

Por otra parte, lo acontecido alrededor del Plan de San Diego es objeto de análisis en el ensayo de SILVESTRE VILLEGAS REVUELTAS titulado “Segregación y utopía social en el sur de Texas: motivos del Plan de San Diego, una relectura”. Villegas refiere el intento por organizar a los mexicanos residentes en Texas para levantarse en contra de un sistema político y social que subsumía sus intereses y aspiraciones legales a los fuertes intereses económicos de los rancheros texanos, con el objetivo principal de recomponer las condiciones sociales y políticas de la población de origen mexicano que habitaba en esa región ya para entonces estadounidense. El artículo discute el tema de la integración de los mexicanos a costumbres y formas de organización anglosajonas

El propio Plan de San Diego, con su llamado a la reconquista del territorio perdido durante la guerra entre Estados Unidos y México en el siglo XIX, representa así un episodio poco conocido y por ello digno de quedar plasmado en este libro, ya que ilustra la capacidad de nuestros paisanos para defender sus orígenes y adaptarse a un nuevo entorno, dando lugar a una identidad intercultural.

#### VISIONES DE LA REVOLUCIÓN

La historiadora ANA ROSA SUÁREZ ARGÜELLO, investigadora del Instituto “José María Luis Mora”, contribuye con su ensayo titulado “Jack London y su relación de amor-odio con la Revolución mexicana”, en donde hace una crítica de la posición de ese periodista respecto de la Revolución mexicana. La autora narra el cambio radical de sus consideraciones en torno al movimiento, contextualizando los calificativos racistas y xenófobos de un decadente Jack London, en medio de la invasión estadounidense al puerto de Veracruz en 1914.

Este ensayo aporta nuevos datos al conocimiento de las distintas fases que conformaron la lucha revolucionaria mexicana, al tiempo que describe cómo fue interpretada desde Estados Unidos por parte de los ideólogos de izquierda. La figura de los hermanos Flores Magón aparece en este relato para constatar la posición abiertamente favorable que el propio Jack London tuvo en sus inicios. Así, es interesante observar el profundo cambio de opinión de este intelectual, quien pasó de ser un

convencido de las virtudes populares de nuestra revolución a convertirse en un feroz defensor de la tesis de la inferioridad de los mexicanos y a exacerbar las bondades de la invasión estadounidense.

Sin lugar a dudas, la participación de los canadienses en este periodo de la historia mexicana no es tan extensa ni compleja como aquella de Estados Unidos, tomando en cuenta que la mediación geopolítica es determinante. Sin embargo, el trabajo de J. C. M. OGLESBY, autor del ensayo “Los canadienses y la Revolución mexicana, 1910-1928”, nos muestra que los empresarios canadienses radicados en nuestro país pasaron en aquel periodo por muchas dificultades, experimentando desde secuestros por fuerzas villistas, hasta padecer las tortuosas negociaciones con el gobierno carrancista, en aras de revocar las cargas fiscales que amenazaban con llevar a la bancarrota a la industria del transporte, misma que aquellos controlaban desde la época de don Porfirio.

Otro de los hechos que caracterizó las relaciones con Canadá durante la revolución fue la constante búsqueda por parte de sus empresarios de la protección diplomática de Gran Bretaña, un elemento que incidió en la política exterior de diferentes gobiernos mexicanos, desde el de Victoriano Huerta hasta el de Venustiano Carranza. Es importante mencionar este hecho, dado que la constante presión británica favoreció en varias ocasiones la resolución de las demandas canadienses. Cuando esto no sucedía, otra de las estrategias utilizadas por los canadienses fue acercarse a la representación diplomática de Estados Unidos, sentando un precedente en torno a la importancia que la relación trilateral ha tenido en el devenir regional en general y en la historia de nuestro país en particular.

Para dar muestra de lo anterior es que hubo de solicitarse el consentimiento del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH), para incluir el trabajo de Oglesby, mismo que fue publicado en 1989 como un ensayo perteneciente a su libro *Gringos del lejano norte: ensayos de historia de las relaciones canadienses-latinoamericanas, 1866-1968*.

BEN VINSON III escribe el ensayo “La prensa afroamericana y la Revolución mexicana”, donde nos refiere a la opinión de un sector poco considerado por los estudiosos de nuestra revolución: los afroamericanos. El artículo analiza el seguimiento que los principales periódicos afroamericanos de comienzos del siglo XX hicieron en torno a esta lucha popular y a sus caudillos. Desde un principio nos encontramos con un trabajo muy original que captura la admiración por el movimiento revolucionario mexicano como vía para desterrar la explotación, mediante las reivindicaciones económicas y políticas. La visión que estos diarios tenían, en especial sobre los líderes revolucionarios como Pancho Villa, fue tan alentadora que llegó al extremo de hacer correr el rumor de que el famoso Doroteo Arango era de ascendencia africana y que había escapado del yugo en Estados Unidos para dirigirse a encabezar la portentosa División del Norte, ejemplo a seguir en pos de la promesa de libertad.

Debido al avance de las revueltas en la frontera México-Estados Unidos, además de su invasión a nuestro territorio, dos debates surgieron entre la comunidad afroamericana. El primero da cuenta de la disminución de sus esperanzas para encontrar en México una alternativa para emigrar en busca de libertad, debido al aumento

de la violencia. El segundo aborda el cuestionamiento de su pertenencia a las fuerzas militares estadounidenses —nación que no reconocía el ejercicio de sus derechos—, en aras de enfrentar un conflicto que consideraban ajeno y que debía ser resuelto por los mexicanos. Este artículo es muy original e interesante respecto de esclarecer las aspiraciones de los afroamericanos para enfrentarse a la opresión y a sus circunstancias de penuria, utilizando los acontecimientos que se vivían en México.

Cierra este libro el artículo de JUAN MANUEL DE LA SERNA, “México, la política de la diferencia en tiempos de la revolución”, quien en su ensayo hace una exploración histórica de las relaciones político-sociales e internacionales entre Estados Unidos y México, manifestando el interés de los supremacistas blancos, quienes buscaban deshacerse de la población negra de su país. El artículo realiza una revisión de las relaciones fronterizas, producto de las relaciones esclavistas propias del periodo colonial, para arribar al periodo previo y posterior de la revolución. De la Serna da cuenta de los intereses de uno y otro país por colonizar los grandes espacios inhabitados del norte mexicano y de su empeño por convencer a los afroamericanos de llegar a nuestras tierras para trabajarlas. El artículo cierra en el periodo previo a la Segunda Guerra Mundial, analizando la manera en que el gobierno mexicano incorporó un esquema prohibicionista en sus reglamentos migratorios, circunstancia que puede interpretarse como derivada de lo acontecido en el proceso de nuestra propia revolución.

Con este volumen el Centro de Investigaciones sobre América del Norte pretende dejar su huella entre los acontecimientos que se sucedieron a raíz del centenario de la Revolución mexicana, reiterando su vocación para desarrollar permanentemente nuevas vetas de investigación que, como en este caso particular, dan muestra de que la reflexión en torno a los fenómenos sociales, políticos y culturales de nuestra historia continúa siendo inagotable.

Para concluir, extendemos nuestro agradecimiento a los colegas investigadores y a las instituciones que hicieron posible este esfuerzo.

*Silvia Núñez García*  
*Juan M. de la Serna*  
editores



## Vivencias de frontera



# CÓNSULES, ESPIONAJE, EXILIADOS Y TENSIÓN EN LA FRONTERA MÉXICO-ESTADOS UNIDOS DURANTE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Mario Ramírez Rancaño\*

Hace unos años, W. Dirk Raat publicó un libro fascinante: *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos 1903-1923*. El título no oculta que se trata de los rebeldes o disidentes políticos que en el primer cuarto del siglo XX se lanzaron contra el gobierno mexicano. Pudiendo ocultarse en Cuba o bien en la vecina Guatemala, afines culturalmente a su país, prefirieron Estados Unidos. La explicación de tal fenómeno radicaba en la cercanía y existencia de grupos políticos que los acogieron y protegieron.

En la primera década del nuevo siglo, arreció en México el descontento por la larga estancia de Díaz en el poder, aunado al estallido de las huelgas en la industria textil, en la minería y en los ferrocarriles, entre otras actividades. Raat expresa que para anular su potencial revolucionario, entre 1906 y 1911, en particular el de los magonistas, el gobernador de Chihuahua, embajador y ministro de Relaciones Exteriores, Enrique C. Creel, se convirtió en el operador oficial del gobierno de Porfirio Díaz en materia de espionaje. Además de lograr la cooperación de las autoridades de Estados Unidos, empleó a varias agencias de detectives para perseguirlos y arrestarlos.<sup>1</sup> Una de las primeras firmas contratadas, entre noviembre de 1906 y mediados de marzo de 1907, fue la Pacific Cooperative Detective Association, con sede en Los Ángeles.<sup>2</sup> Pero quizá su mayor acierto fue la contratación de la Furlong Secret Service Company, cuya cobertura alcanzaba Canadá y Estados Unidos.

Así, mediante este equipo de detectives, vigiló todos los movimientos de los miembros del Partido Liberal Mexicano.<sup>3</sup> Aunque no puede señalarse el número exacto de los revolucionarios que entregó al gobierno de don Porfirio, los periódicos de Los Ángeles atribuyeron a la Furlong y a sus agentes la captura de ciento ochenta. También informó que casi todos los mexicanos que deambulaban por El Paso y sus alrededores favorecían a los magonistas. En forma complementaria, Creel contó con el apoyo de los cónsules mexicanos adscritos a lo largo de la frontera. Algunas ciudades eran bastante remotas y tenían poco o ningún comercio entre México y Estados Unidos, pero contaban con un consulado, el cual sólo podía mantenerse con un costo elevado para el gobierno mexicano. Obviamente sus titulares no eran precisamente cónsules, sino espías, consejeros legales, investigadores y agentes de la

\* Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM. marara2005@yahoo.com.mx.

<sup>1</sup> W. Dirk Raat, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos 1903-1923* (México: FCE, 1988), 172.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, 183.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, 172.

policía secreta, quienes se infiltraron en las filas de los revoltosos, interceptaron su correspondencia e hicieron uso muchas veces del acoso y la intimidación. En casos extremos montaron agencias de empleo para atraparlos y traerlos a México, utilizaron cartelones ofreciendo recompensas, prepararon instrucciones para interrogarlos, distribuyeron direcciones personales entre la policía, los gobernadores y los jefes militares en Sonora, Nuevo León y Coahuila, lo mismo que entre los jefes políticos de los distritos fronterizos.

Con el paso de los días, las cosas se complicaron. No obstante el trato discriminatorio que les daban las autoridades anglosajonas, los revoltosos se multiplicaron y cruzaron la frontera para escapar de las garras del gobierno mexicano, proveerse del armamento necesario incluso para darse un respiro en la contienda bélica y luego continuar. Para variar, se refugiaron en varias ciudades adyacentes al Río Bravo. El resultado inmediato fue una perturbación de la vida cotidiana. Ahí se toparon con los mexicoamericanos y los mexicanos de larga residencia, cuyo número desde tiempo atrás superaba a los estadounidenses anglosajones. Por otro lado, muchos mexicanos tenían parientes al sur del Río Bravo, nos referimos a Sonora, Chihuahua, Nuevo León y Tamaulipas. Todos resultaron fuertemente afectados por la revolución, en un auténtico polvorín ante el cual las autoridades de Estados Unidos tuvieron que ponerles suma atención.

A partir de 1910, la Furlong se dedicó a vigilar la nueva amenaza de Díaz: Francisco I. Madero. Mas en este caso, él mismo tomó cartas en el asunto: instruyó a su hermano Gustavo para que, paralelamente, realizara operaciones de contraespionaje. En palabras simples: jugó con las mismas cartas que Porfirio Díaz. Gustavo contrató los servicios del abogado Sherburne G. Hopkins, de la firma de Washington Hopkins and Hopkins, quien fungió como director de su servicio secreto. Su labor se centró en gestionar ante la administración del presidente Taft la libertad de Francisco I. Madero y de sus correligionarios, quienes en ese entonces preparaban la revolución en suelo estadounidense. Asimismo, combatió la propaganda de Porfirio Díaz contra Madero, evitó la deportación de los nuevos revoltosos e hizo las gestiones pertinentes para adquirir armamento. Al fungir en forma paralela como consejero del gobierno de Guatemala, Hopkins proporcionó a Madero información adicional, esto es, de los mexicanos que por diversas razones se refugiaron en la zona centroamericana.<sup>4</sup> Friedrich Katz afirma que hubo otro agente al servicio de Madero llamado Félix Sommerfeld, quien también desempeñó el papel de director de los servicios secretos en la frontera entre México y Estados Unidos.<sup>5</sup> En abril de 1911, el jefe de policía, Eugene Nolte, calculó que el 90 por ciento de los residentes de la frontera simpatizaban con el movimiento de Madero.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> *Ibíd.*, 202-203.

<sup>5</sup> Friedrich Katz, "El espionaje mexicano en Estados Unidos durante la revolución", *Eslabones*, no. 2 (julio-diciembre de 1991): 11.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, 173 y 185.

## Después de la decena trágica

Al triunfo de la revolución maderista, pocos fueron los civiles y militares que abandonaron el país. La figura más relevante fue Porfirio Díaz, sólo que no se dirigió a Estados Unidos, sino a Francia, de donde no se movió más durante el resto de su vida. Estaba demasiado viejo como para andar metido en más aventuras bélicas. Allá lo seguiría un selecto grupo de colaboradores, sobre todo civiles, que por solidaridad hicieron causa común con él. Lo más relevante fue la salida del grupo de intelectuales conocido como “los científicos”, quienes se expatriaron en Francia y España. Pocos fueron los que se refugiaron en Estados Unidos.

A raíz de la decena trágica, ocurrida en febrero de 1913, las cosas se tornaron alarmantes. Victoriano Huerta subió al poder y casi de inmediato ejerció una brutal depuración entre su gabinete, y a varios de sus integrantes los expulsó del país. Se trataba de civiles, aunque también hubo militares. Algunos cruzaron el Atlántico con destino al viejo mundo, pero en su mayor parte se encaminaron hacia Estados Unidos. A mediados de 1913, las figuras más importantes fueron dos de sus aliados en el golpe. Nos referimos a Félix Díaz y Manuel Mondragón, actores centrales de la decena trágica. El primero, un personaje obstinado en sentarse en la silla presidencial que por décadas ocupó su tío, y el segundo, el secretario de Guerra y Marina, en el primer gabinete de Huerta. El primero recibió la encomienda de viajar a Japón para agradecer al emperador el gesto que tuvo al enviar una comisión en su representación durante las fiestas del Centenario de la Independencia. Sin embargo, apenas iniciaba el viaje cuando la orden le fue cancelada. En vista de ello, se dirigió a París a visitar a su tío. Atrapado en un sinnúmero de vaivenes, regresó a México para participar en las elecciones presidenciales de octubre de 1913 y, ante un panorama incierto, salió para La Habana y luego se trasladó a Estados Unidos.<sup>7</sup> El segundo, el general Manuel Mondragón, quien al ser señalado como culpable de las reiteradas derrotas del ejército federal ante los revolucionarios fue sacrificado y embarcado personalmente por Huerta con destino a Europa, concretamente a España.<sup>8</sup> Meses más tarde, sumamente dolido por su destierro, en forma intempestiva apareció en Estados Unidos y en La Habana, para finalmente volver al viejo continente.

A ellos se suma el escandaloso caso de Salvador R. Mercado, un general que ante el fragor de la lucha armada se espantó de la furia de Francisco Villa y, para evitar perder la vida, prefirió cruzar la frontera y salvarse. Para variar, se fue a Estados Unidos. Lo grave fue que se llevó a toda la división a su mando. Nos referimos a la División del Norte, con casi cinco mil efectivos. Toda una tragedia en los anales de la historia militar. Los federales fueron desarmados y vacunados para prevenir cualquier brote de viruela, y luego recluidos en los fuertes de Fort Bliss y Wingate. Mas como su fama de evacuador de plazas creció como la espuma, en 1916, desde Las Cruces, Nuevo México, Mercado publicó un libro llamado *Revelaciones históricas*

<sup>7</sup> Luis Liceaga, *Félix Díaz* (México: Jus, 1958), 302-311, 319 y 335.

<sup>8</sup> “Ayer entrevistamos al Sr. General M. Mondragón”, *El País*, 17 de junio de 1913, y “Salió para Bélgica el Gral. Mondragón”, *El País*, 24 de junio de 1913.

1913-1914, destinado a ponerle un alto, utilizando una gran cantidad de datos contradictorios.<sup>9</sup> Considerado un apestado por sus correligionarios, al parecer no se mezcló en ninguna aventura contrarrevolucionaria.

Conforme pasaban los meses, Victoriano Huerta creó tanta animadversión entre sus enemigos de raigambre felicista, reyista, villista, carrancista e incluso maderista, que contemplaron no sólo su derrocamiento, sino su asesinato. Enarbolando el Plan de Guadalupe, Venustiano Carranza fue el más interesado en derrocarlo, pero acerca de su posible asesinato no se sabe mucho, lo cual no resulta descabellado. Después de cuatro meses de su ascenso al poder, ocurrió algo insólito. Fraguados en el extranjero, circularon rumores sobre su asesinato. El 7 de junio de 1913, el cónsul huertista de La Habana, Cuba, envió un mensaje escalofriante. Dijo que Miguel Márquez Huerta, comisionado de la Secretaría de Guerra y Marina en la isla, acudió a sus oficinas pidiendo el envío urgente de un mensaje a México. ¿Qué quería transmitir? Que en el vapor español *Alfonso XIII* viajaba el anarquista catalán Rutilio Buxaré con la misión de dinamitar el salón presidencial justo durante una reunión del Consejo de Ministros. La resultante, acabar con la vida de Huerta, de Mondragón y de todo el gabinete.<sup>10</sup> El 19 de agosto de 1913, también desde La Habana, un empleado consular que firmaba como Esteva, informaba que en el vapor americano *Morro Castle*, recién salido de la isla, viajaba el anarquista José Tomás Amigo Buenaventura, con la intención de atentar contra la vida del presidente de la república mexicana. Para darle mayor credibilidad a la denuncia, se afirmaba que tal persona había sido expulsada de Buenos Aires y que había estado presa más de un año en Barcelona por diversos atentados durante lo que llamaba la semana trágica.<sup>11</sup> Ciertamente o falso, tales rumores no pasaron de ser eso, mas en caso de haber sido ciertos, sus promotores no podrían ser otros que maderistas y felicistas, que durante esos días pasaron por o vivían en La Habana.

## El carrancismo

A escasas semanas de iniciado el movimiento constitucionalista, Venustiano Carranza resucitó la vieja ley juarista para condenar con la pena de muerte a Victoriano Huerta, a los partícipes en el golpe de Estado de febrero de 1913 y a sus colaboradores. Al principio, nadie tomó en serio tal advertencia, pero con el paso del tiempo las cosas cambiaron. En abril de 1914, con el puerto de Veracruz invadido, se inició una diáspora de gran parte del viejo personal político y militar, un fenómeno jamás registrado en los anales de la historia. Ante la amenaza de ser juzgados mediante la citada ley huyeron del país.

<sup>9</sup> Salvador R. Mercado, *Revelaciones históricas 1913-1914* (Las Cruces, N. México: 1914).

<sup>10</sup> "La Habana, al secretario de Relaciones Exteriores", 7 de junio de 1913, en Archivo Secretaría de Relaciones Exteriores (AHDM, SRE), L-E-818 (2), 1913.

<sup>11</sup> "Esteva al secretario de Relaciones Exteriores", La Habana, 19 de agosto de 1913, en AHDM, SRE, L-E-779 (1), 1913.

En la ciudad de México, las estaciones ferroviarias se vieron atiborradas de personas ansiosas por abordar cuanto convoy salía con destino a Puerto México, o bien al de Veracruz. Como de cualquier forma no se sentían a salvo en los puertos, en la primera oportunidad se embarcaban rumbo a La Habana, a Estados Unidos, o bien al viejo mundo. Después del interinato de Francisco S. Carvajal, a mediados de agosto de 1914, Carranza se instaló en el poder. Para apropiarse por completo de los hilos del poder, el primer jefe convocó a los principales jefes militares a una junta para acordar la forma definitiva de gobierno. Se trata de la Convención de Aguascalientes, que terminó por dividirlos. Surgieron dos tendencias básicas: la de Carranza, apoyado por Álvaro Obregón, y la de Francisco Villa, secundado por Emiliano Zapata. Podría hablarse de que a mediados de 1915, una vez que Carranza y su brazo derecho, Álvaro Obregón, vencieron a Francisco Villa en Celaya, salió el último grupo de mexicanos: precisamente quienes se abanderaron y apoyaron al Centauro del Norte, y uno que otro renegado del carrancismo. Su destino: Estados Unidos.

Temeroso del problema que significaba un número elevado de mexicanos refugiados allende el Río Bravo, Carranza tomó cartas en el asunto. Resucitó el viejo sistema de espionaje porfirista y maderista para prevenir cualquier desaguizado. Según Friedrich Katz, Carranza utilizó los servicios del abogado Sherburne G. Hopkins, aunque también se apoyó en agentes propios.<sup>12</sup> En caso de ser cierta la afirmación de Katz, nuestra búsqueda no arrojó información al respecto. La explicación de semejante incongruencia puede estar en las fuentes utilizadas por él y nosotros.

## La otra cara de la Revolución mexicana

Para el periodo de Victoriano Huerta y Venustiano Carranza, W. Dirk Raat repitió pasajes muy consabidos de la historia de México, como la invasión del puerto de Veracruz en abril de 1914, los esfuerzos diplomáticos del primer jefe para que lo reconocieran políticamente, el ataque de Francisco Villa a Columbus, la expedición punitiva, la primera guerra mundial y el temor de que Alemania metiera sus narices en México. A Raat también le siguió llamando la atención Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano, cuando en esas fechas su importancia ya había declinado. En menor medida, abordó también el retorno de Victoriano Huerta a Estados Unidos con la intención de recuperar el poder político en México, el apoyo que recibió de los expatriados, el asesinato de Pascual Orozco, e incluso el Plan de San Diego, entre otros temas. Acorde con la línea inicial marcada por el citado autor, nuestro objetivo consiste en rastrear las poblaciones en donde se refugió el personal político y militar que desde julio de 1914 salió del país. En los años subsiguientes, esas poblaciones se convirtieron en verdaderos santuarios, en centros de agitación. Como a todas luces se trataba de personas expoliadas por el poder y, por ende, humilladas y resentidas, fue natural que incubaran ansias revanchistas y de venganza. En vista de ello, para Venustiano Carranza resultó vital vigilarlos estrechamente y anular su

<sup>12</sup> Katz, "El espionaje...", 11.

potencial revolucionario. El mecanismo por excelencia resultaron ser los consulados y sus titulares. A final de cuentas existe otra razón poderosa para retomar este tema: por la naturaleza del personal político y militar expatriado, en la frontera entre México y Estados Unidos, e incluso en La Habana, Cuba, en Europa y América Central, tuvo lugar la otra cara de la Revolución mexicana. Sobre eso no hay duda.

## Interrogantes

Antes de continuar, conviene preguntarse ¿por qué el grueso de los civiles y militares se dirigió a Estados Unidos?, ¿por qué lo hicieron si aún estaba fresco el inesperado cambio de postura de Estados Unidos a propósito de la decena trágica? Nadie ignoraba que, en febrero de 1913, el embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, intervino en el golpe de Estado contra Francisco I. Madero, y que en los días siguientes el gobierno del coloso del Norte se negó a reconocer al nuevo gobierno, el presidido por Victoriano Huerta. Woodrow Wilson, el nuevo presidente de Estados Unidos, señaló que el gobierno de Huerta era ilegal, resultante de un golpe de Estado, violador del orden constitucional y culpable del asesinato del presidente de la república. Por estas y otras razones, resultaba inexplicable que un gran número de disidentes políticos mexicanos ignorara semejantes argumentos y se expatriara en Estados Unidos.

Al margen de las expuestas, hubo otras razones prácticas. Dividido por el Río Bravo, México tiene una amplia frontera con Estados Unidos que abarca más de tres mil kilómetros. Una frontera de tal magnitud permitía que los mexicanos la cruzaran en ambos sentidos. Desde Porfirio Díaz, pasando por Madero y, por supuesto, Carranza, al norte del Río Bravo se fraguaban toda suerte de movimientos revolucionarios o contrarrevolucionarios. Para todo disidente, cruzar el citado río significaba ponerse a salvo de las autoridades mexicanas, adquirir el armamento requerido, o bien vender el suficiente mineral y ganado para financiar su causa. En forma no menos importante, está el hecho de que, hasta mediados del siglo XIX, el sur de Estados Unidos perteneció a México y en muchas ciudades predominaba la cultura e idiosincracia mexicana. En alusión a San Antonio, Texas, en una ocasión, Federico Gamboa dijo que por más que intentara ser una ciudad estadounidense, en el fondo era típicamente mexicana.<sup>13</sup>

No obstante semejante postura, el gobierno estadounidense dejó pulular a los mexicanos radicados en las ciudades ubicadas a lo largo de su frontera sur sin mayores problemas. Salvo en determinadas ocasiones, no llevó a cabo represalia alguna. Es probable que, basado en la experiencia de lo ocurrido durante el porfiriato, consideró que hasta cierto punto los expatriados eran inofensivos. Pero también llama la atención la actitud mostrada por el gobierno cubano. Para éste, los mexicanos refugiados en la isla eran huertistas, culpables del asesinato de Madero y Pino Suárez. De ello no cabía la menor duda. Asimismo, en la isla vivía Márquez Sterling, uno de los protectores

<sup>13</sup> Federico Gamboa, *Mi diario VI (1912-1919)* (México: Conaculta, 1995), 215.

de Madero en vísperas de su asesinato, y lo que resultó sorpresivo fue su actitud en extremo condescendiente con los mexicanos, al grado de brindarles empleo a varios intelectuales en un diario de su propiedad.

## Los consulados

Durante la primera década del siglo xx, había treinta y un consulados mexicanos en Estados Unidos, más de la mitad ubicados al oeste del Misisipi. Generalmente estaban compuestos por un cónsul, un vicecónsul y un secretario. Sus deberes formales se centraban en la promoción del comercio y su intercambio. Los consulados que tuvieron mayor importancia fueron los de Los Ángeles, Phoenix, Tucson, El Paso, San Luis, San Antonio y Nueva York. Tuvieron importancia secundaria los consulados y viceconsulados de Caléxico, Nogales, Del Río, Douglas, Naco, Kansas, Denver, Brownsville, Eagle Pass, Laredo, Río Grande, Atlanta y Cincinnati.<sup>14</sup> De acuerdo con las leyes mexicanas, el cónsul no podía intervenir en los asuntos políticos del país en que estaba destacado, mas su función original se distorsionó debido a la presencia de una gran comunidad mexicana a lo largo de la frontera y a la conversión de ésta en santuario de los disidentes políticos. De ahí que, en realidad, sus labores formales se convirtieran en mera ficción y jugaran el papel de espías. Además de vigilarlos, debían informar al gobierno de sus actividades. El sistema se completó con la maquinaria de espionaje de Estados Unidos en México. Según Raat, en 1911 Estados Unidos tenía veinticinco consulados en suelo mexicano. Protegían los vapores que surcaban aguas mexicanas y, por consiguiente, a los marinos, ejercían labores de espionaje, además de que permitían o restringían el contrabando de armas. Estaban ubicados a lo largo de las costas mexicanas, como La Paz, Mazatlán, Manzanillo, Acapulco, Salina Cruz, Tapachula, Progreso, Frontera, Veracruz, Tampico y otras poblaciones. Los de la línea fronteriza eran Ensenada, Nogales, Ciudad Juárez, Ciudad Porfirio Díaz, Nuevo Laredo y Matamoros.<sup>15</sup> Y la razón no era para menos: sus intereses económicos eran cuantiosos, al igual que los de Francia, Inglaterra, Alemania, entre otros países. Al margen de sus consulados, instalados a lo largo de la frontera con México y en la zona petrolera y minera, Estados Unidos tuvo diversos agentes entre las filas de los principales caudillos y jefes revolucionarios.

## La resultante del rastreo

Al revisar la correspondencia girada por los cónsules a Carranza, a los titulares de las secretarías de Relaciones Exteriores y de Gobernación, en particular la referida a los disidentes o contrarrevolucionarios, se detecta que provino de docena y media de consulados, dos tercios de los cuales se ubicaban al borde del Río Bravo. Viendo

<sup>14</sup> Raat, *Los revoltosos...*, 174.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, 179-180.

las cosas del Este al Oeste, sobre la línea fronteriza, nos topamos con las siguientes sedes consulares: Brownsville, Laredo, San Antonio, El Paso, Presidio, Las Cruces, Douglas, Nogales, Phoenix, Arizona y San Diego. Siguiendo la misma mecánica, en el borde del Golfo de México, fuera del Río Bravo, aparecen Galveston y Nueva Orleans. En la parte opuesta, destaca Los Ángeles, California. Finalmente, aparecen los consulados de Nueva York y Washington, distantes de la frontera. Da la impresión de que los enemigos del primer jefe cruzaron la frontera y difícilmente se alejaron de ésta. No se quisieron alejar un metro más de su patria. Para el primer jefe, las cosas se facilitaron, supo perfectamente bien en qué lugares se refugiaron sus adversarios. Dependiendo del número de exiliados, en cada uno de los consulados hubo uno o más titulares, con sus respectivos vicecónsules y agentes. El segundo hallazgo fue que cerca de cuarenta cónsules, vicecónsules, agentes especiales, embajadores e informantes espontáneos integraron la red de espionaje. Además de la vigilancia ejercida por los consulados, en sus tiempos libres el embajador de México en Washington, Eliseo Arredondo, realizaba labores de espionaje. Otro rasgo importante fue que varias de esas ciudades tenían su contraparte mexicana: una ciudad gemela ubicada al sur del Río Bravo. Como botón de muestra se tienen Laredo y Nuevo Laredo, El Paso, Texas, y Ciudad Juárez, Chihuahua, San Diego y Tijuana, entre otras; formaban un *hinterland*. La interrelación fue completa. Sin duda que, por el tipo de personal político, civil y militar expatriado, aquí se observó la otra cara de la Revolución mexicana. Ciertamente que en algunos lugares los cónsules trabajaron horas extra para informar a Carranza de las actividades de sus compatriotas. El clímax fue en el segundo semestre de 1915, en El Paso, Texas, cuando se registró una gran concentración de mexicanos para apoyar el movimiento contrarrevolucionario encabezado por Victoriano Huerta.

Pero, ¿cuáles fueron las tácticas utilizadas por los cónsules? En realidad, nada nuevo. Al igual que en la agonía del porfiriato, los cónsules mismos se infiltraban entre los exiliados, o bien, contrataban agentes y personas de su confianza para espíarlos. En sus informes se narran con sumo detalle reuniones y los nombres de las personas asistentes. Se describen toda clase de reuniones supuestamente secretas, planes de invasión, expediciones armadas, montadas tanto por villistas, como por felicistas y huertistas. Pero en ocasiones fue tanta la obsesión de los cónsules por quedar bien con sus superiores, que se denota cierta improvisación, datos tergiversados o inventados, incluso en ocasiones contradictorios. Y hubo algo que resulta sorprendente: los expatriados mismos sabían que eran vigilados, los nombres de sus verdugos, lo cual jamás truncó su convivencia cotidiana. Al final de cuentas, tanto unos como otros sabían que estaban involucrados en un contexto revolucionario.

Pero los cónsules mexicanos no sólo cooperaron entre sí, también lo hicieron con las autoridades locales del vecino país del Norte, con la Policía Montada de Texas y Arizona, con los procuradores, funcionarios aduanales y de migración. Y, por supuesto, tanto de un lado de la frontera como del otro, se interceptó la correspondencia. Fue común que las autoridades carrancistas ordenaran a los empleados postales abrir la correspondencia, copiarla, transcribirla, alterarla o destruirla. Claro que para evitar ser descubiertos, una vez enterados de su contenido, la mayor parte llegaba a su destino.

CUADRO 1  
UBICACIÓN DE LOS CONSULADOS Y NOMBRES DE LOS CÓNSULES

---

CALIFORNIA	<i>Otras localidades de Texas</i>
<i>Los Ángeles</i>	Melquiades García, Laredo
Teodoro Freziers	José Z. Garza, Brownsville
Emilio Salinas	Juan A. Mateos, Galveston
José M. Carpio	Cosme Bengoechea, Presidio
Enrique A. González	Bernardino Mena Brito, Texas
J.J. Pesquera	
Ricardo Cuevas	ARIZONA
Heriberto Villarino	José María Arredondo, Douglas
	Gustavo Hernández, Nogales
<i>Otras poblaciones de California</i>	Sin nombre, Phoenix
Ramón P. Denegri,	
San Francisco	WASHINGTON
Enrique A. González,	Eliseo Arredondo, embajador
San Diego	M.N. Morales
TEXAS	NUEVA ORLEANS
<i>El Paso</i>	Eduardo Soriano Bravo
Andrés G. García	Gómez, vicecónsul
Raúl Sandobal (vicecónsul)	
Eduardo Soriano Bravo	NUEVA YORK
(cónsul y vicecónsul)	Bernardino Mena Brito
Juan N. Fernández	Ramón P. Denegri
(agente especial)	
J.M. Arriola Ache	<i>Otros</i>
<i>San Antonio</i>	R.E. Múzquiz, director de consulados
Teódulo R. Beltrán	Cosme López, agente adscrito
Gonzalo G. de la Mata	a la Inspección General
Indalecio Jiménez	de Consulados en Estados Unidos
I. Cañamar	J.M. Arriola, jefe del S.S.
	en Estados Unidos
	Charles E. Jones
	Carlos Contreras
	A. Bulnes Tavares

---

*Otros países:* CUBA, Antonio Hernández Ferrer, Alberto Franco, Alberto Tinoco, Esteva y Antonio Brach. GUATEMALA, J.J. Ríos. HONDURAS, José María Aramendia.

Entre la correspondencia que más preocupó a Carranza fue la de los militares, quienes difícilmente aceptaron su derrota. Víctimas de su amargura, fueron los candidatos naturales para montar la contrarrevolución. Sin embargo, al final de cuentas, no obstante ser portadores del conocimiento de las armas, con la capacidad para reorganizar al ejército y resucitarlo, cayeron en la inercia, en el *impasse*. Se convirtieron en unos mansos *corderitos*. Las mismas tácticas se utilizaron en el lado estadounidense. A fines de 1917 y principios de 1918, la Junta de Censura de Estados Unidos hizo los arreglos legales necesarios para examinar toda la correspondencia que pasara entre Estados Unidos y México, en particular la de Galveston, El Paso, Laredo, San Antonio, Nogales, San Diego y San Francisco.<sup>16</sup>

### Una sorprendente provocación

A finales de enero de 1915, el valle del Río Bravo se cimbró con la circulación de un extraño documento denominado Plan de San Diego. El 24 de enero, las autoridades de McAllen, Texas, arrestaron a Basilio Ramos, principal sospechoso, supuestamente hijo de un partidario de Victoriano Huerta. El documento indicaba que había sido redactado y firmado en la ciudad de San Diego, aunque Don M. Coerver y Linda B. Hall aseguran que en realidad lo fue en una cárcel de Monterrey, México. El plan encerraba un insólito programa político racial y separatista. Una revolución que debía estallar el 20 de febrero. En San Diego, el Supremo Congreso Revolucionario nombraría un comandante militar cuya tarea era organizar al Ejército de Liberación de las Razas y de los Pueblos, el cual se nutriría con los mexicano-americanos, los negros y los japoneses. Su meta: liberar los estados de Texas, Nuevo México, Arizona, California y Colorado, arrebatados más de medio siglo atrás a México de la manera más páfida por el imperialismo estadounidense. Como premio a su participación, los negros serían ayudados a conquistar otros seis estados adyacentes de la Unión Americana para establecer una república negra. Los estados liberados en la frontera con México formarían una república independiente y, si más tarde lo consideraban conveniente, se podrían anexar a México. Pero eso no fue todo: el plan estipulaba una guerra racial sin cuartel contra todos los varones anglosajones mayores de dieciséis años y su ejecución sumaria, así como de todos los prisioneros y traidores a la raza. Curiosamente, los promotores del Plan de San Diego rechazaban toda ayuda del gobierno mexicano, vale decir de Venustiano Carranza. Está de más señalar que las autoridades estadounidenses se alarmaron y montaron una estrecha vigilancia en la frontera. Después de ser arrestado, Basilio Ramos aceptó ser uno de los signatarios del plan, con autorización para organizar juntas revolucionarias, pero llegó el 20 de febrero, día fatídico, sin que estallara la temida insurrección. Lo único novedoso fue la aparición de otro manifiesto que no tuvo mayor repercusión. Después de un estira y afloja, Ramos fue liberado y rápidamente cruzó la frontera. Se dirigió hacia Matamoros, donde, a pesar de su supuesta filiación huertista, fue recibido con los

<sup>16</sup> Raat, *Los revoltosos...*, 243.

brazos abiertos por las autoridades carrancistas.<sup>17</sup> En forma sospechosa, los cónsules al servicio de Carranza nada dijeron sobre el particular. Por su parte, los expatriados jamás hicieron referencia al citado plan.

## Actividad política en los santuarios

La que pudiera ser la primera reacción de los mexicanos en el destierro tuvo tintes pacíficos: buscaba organizarse políticamente para acercarse a Carranza y negociar su retorno inmediato al país. Ello tuvo lugar en las primeras semanas de 1915, ni más ni menos que a escasos tres meses de vivir en el destierro. Reunidos en San Antonio, Texas, Ismael Zúñiga y Eliseo Ruiz contactaron a diversas personalidades que desempeñaron un papel relevante en el régimen huertista, como Querido Moheno y Federico Gamboa, a quienes se les unieron Miguel Bolaños Cacho, Emilio Vázquez Gómez, los ex generales Juvencio Robles, Ignacio Bravo, A.T. Rasgado, Luis Medina Barrón, David de la Fuente, Enrique Gorostieta, los civiles Jesús Flores Magón, José Elguero, Toribio Esquivel Obregón y otros, para fundar, en enero de 1915, la Asamblea Pacificadora Mexicana.<sup>18</sup> Imbuidos de una gran pasión, mediante sendas cartas, sus promotores pidieron paz y concordia a Francisco Villa, Álvaro Obregón, Felipe Ángeles, así como a otros jefes revolucionarios, recibiendo a cambio una andanada de insultos y ataques. No los bajaron de reaccionarios, asesinos, retrógrados y culpables de un sinnúmero de calamidades, lo cual los desconcertó y llevó al desencanto. En segundo lugar, el gobierno estadounidense no vio con buenos ojos tal pretensión y declaró persona *non grata* a Federico Gamboa, uno de sus promotores, quien debió trasladarse a La Habana, Cuba. En vista de ello, los asistentes se desperdigaron. Como ninguno sabía cuánto tiempo permanecería Carranza en el poder, cada quien buscó el lugar más idóneo para vivir, dónde instalarse. Como se observa, se trataba de las mismas fechas en que se difundió el Plan de San Diego.

## San Antonio, Texas

Después de arremeter contra lo que llamaba viejas y odiosas dictaduras porfirista y huertista, el 1º de noviembre de 1915, desde San Antonio, Texas, Indalecio Jiménez, quien por cierto firmaba como “Gran”, y a continuación agregaba un triángulo formado con puntos, más las letras JNSP, y otra vez el triángulo formado con tres puntos, del grado 33, se lanzó contra el que llamaba asqueroso y malévolo Partido Católico que pretendía reorganizarse en tierras extranjeras para abolir las Leyes de Reforma,

<sup>17</sup> Don M. Coerver y Linda B. Hall publicaron un libro alusivo: *Texas y la Revolución mexicana: un estudio sobre la política fronteriza nacional y estatal, 1910-1920* (México: FCE, 1988), 104-106.

<sup>18</sup> Nemesio García Naranjo, *Memorias*, 8º t., *Nueve años de destierro* (Monterrey: Talleres de El Porvenir, 1962), 107; Antimaco Sax, *Los mexicanos en el destierro* (San Antonio: International Printing Company, 1916), 17, y *El Demócrata*, 6 de febrero de 1915.

que tanta sangre había costado a los abnegados paladines y mártires del 57. ¿Cómo lograr semejante empresa?<sup>19</sup> Apoyándose en los porfiristas y huertistas, bajo la conducción del polizone Félix Díaz. A continuación, delató uno a uno a los simpatizantes del Partido Científico: primero, un sinnúmero de militares, entre quienes destacaban Manuel Mondragón, Félix Díaz, Manuel M. Velásquez, Gaudencio de la Llave, Manuel Anaya, Juvencio Robles, Aureliano Blanquet, Juan Montaña, José María Gutiérrez, Mariano Ruiz, David de la Fuente, Emilio T. Campa, Casimiro y Santiago Mendoza, Antonio Villarreal, Alberto Guajardo, Enrique Gustavo Adolfo Maass, Luis Medina Barrón, Prisciliano Cortés, Alberto T. Rasgado, todos ex generales del extinto ejército federal, y otras personas más, vinculadas con el Partido Católico. Segundo, civiles como Rodolfo Reyes, Guillermo Castillo Nájera, Manuel Garza Aldape, Carlos Cosío, Gabriel Fernández Somellera, Francisco Elguero, José Elguero, Francisco Traslósheros, Eduardo Martínez, Elías Lazarín, Jesús de León, Rafael Alderete, Joaquín Casasús y otras personalidades, que habían llegado al extremo de comprometer algunas de sus haciendas para comprar municiones. Tercero, Jiménez denunció que el penúltimo día de octubre de 1915 se celebraron varias juntas en la casa del doctor Aureliano Urrutia, otras más en el despacho de Rodolfo Reyes, por cierto a cargo de Guillermo Castillo y Nájera, y la última, en el despacho de Vázquez Gómez y Garza Aldape. En todas se acordó la unificación de los distintos grupos políticos desterrados en Estados Unidos y Europa.<sup>20</sup> Sin embargo, la pregunta ineludible era ¿cómo obtuvo la información Indalecio Jiménez? Seguramente infiltrándose. Sin duda que su diatriba contra el Partido Católico se debió a que en esta ciudad estaba refugiada gran parte del episcopado, el cual curiosamente no fue objeto de vigilancia especial.

En los años subsiguientes, Indalecio Jiménez no envió de nuevo otro informe. Su desahogo fue definitivo. Tampoco hubo otro cónsul o empleado consular que informara sobre el apoyo que la Iglesia católica estadounidense brindó a los arzobispos, obispos y sacerdotes mexicanos, y que incluso patrocinó la apertura de un seminario. Como, a instancias del papa, al episcopado mexicano le urgía regresar a México, naturalmente hubo reuniones, pero, por extrañas razones, a los cónsules no les interesó vigilarlos.

Jactándose de cumplir con su labor patriota, un partidario del gobierno constitucionalista que firmaba como I. Cañamar se abocó a rastrear todo lo que sucedía en San Antonio, Texas, para informárselo a Gerzayn Ugarte, secretario particular de Carranza. El 2 de diciembre de 1915, le comentó que la ciudad se había convertido en un auténtico foco contrarrevolucionario. Pruebas: con el pretexto de brindar atención médica, los consultorios de los doctores Vázquez Gómez y Aureliano Urrutia operaban como centros de conspiración donde solían reunirse una gran cantidad

<sup>19</sup> *The New York Times*, mayo de 1915, calculaba que en San Antonio había 6500 mexicanos refugiados, entre ellos ex oficiales del ejército federal, pero poca gente adinerada. "Boletín 219. Nueva York, mayo 7 de 1915", en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 41, legajo 4460.

<sup>20</sup> Indalecio Jiménez a Venustiano Carranza, San Antonio, Texas, 10 de noviembre de 1915, en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 59, 1915.

de reaccionarios. Lo peligroso era que, día con día, las filas de tales antipatriotas se nutrían con gente como los ex generales Enrique González, Juan Montaña y Jiménez Riveroll, este último hermano del asesino material de Francisco I. Madero, más el coronel Francisco Chávez, hombre cercano a Félix Díaz. Su objetivo: lanzarse a la contrarrevolución apoyando precisamente a este último.<sup>21</sup>

## Los Ángeles

Al inicio de la segunda semana de diciembre de 1915, desde Los Ángeles, California, un empleado consular que se resistió a firmar se quejó ante su amigo y querido jefe, Venustiano Carranza, de que la Dirección General de Consulados le redujo el presupuesto asignado a su oficina, lo cual era una ofensa, un agravio, ya que su consulado, el de Los Ángeles, era el más importante en la Unión Americana. Sucede que aquí estaban refugiados los hombres más prominentes del porfirismo y del huertismo. Sus nombres: Enrique y Juan Creel, Alberto y Luis Terrazas, Vera Estañol, Luis Emeterio Torres, Aurelio Sandoval, el ex gobernador de Chihuahua, de apellido Sánchez y, según él, otros miles de científicos. Además de conspirar contra el gobierno constitucionalista, esos seres perversos y malditos enviaban regularmente armas y parque a sus partidarios en México, y contaban con una red de agentes secretos infiltrados entre las filas constitucionalistas. Pero como no todo era conspiración, regenteaban un club nocturno llamado Anáhuac, lo mismo que un periódico especializado en insultar a Carranza y a su *staff* de colaboradores. Aunque su diatriba no paró ahí. Después de un respiro, volvió al ataque. Expresó que para mantener a raya a estos eternos enemigos de México, se necesitaba vigilarlos, no sólo por su valor político, sino por la riqueza que representaban. En el culmen de su enojo, advirtió que si efectivamente le reducían su presupuesto, su oficina quedaría atada de pies y manos, a merced de los poderosos e intrigantes científicos, que tramaban quitarlo y poner en su lugar, en calidad de cónsul, a un mentecato llamado Baldomero Almada, verdadero desecho del científicismo. Aunque previno que no sólo se trataba de quitarlo a él, sino también a Ramón P. de Negri y a Enrique González, cónsules de San Francisco y San Diego, California, respectivamente. Justo, tales “desgraciados” soñaban con apoderarse otra vez del país para extraerle todos los beneficios posibles.<sup>22</sup>

## El Paso, Texas

El espionaje fue similar en El Paso, Texas. En julio de 1916, sin mayores problemas, los cónsules y sus agentes reportaron que el cónsul villista en la citada ciudad, de

<sup>21</sup> I. Cañamar a Gerzayn Ugarte, secretario particular de Venustiano Carranza, San Antonio, Texas, 1º de diciembre de 1915, en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 62, 1915.

<sup>22</sup> Cónsul de Los Ángeles, California, a Venustiano Carranza, 10 de diciembre de 1915, en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 62.

nombre Jorge McManus, y sus correligionarios Rodolfo Farías, Enrique Bordes Mangel, José Kasperowitz, Enrique Pérez Rul y uno de sus hermanos, Enrique Palencia, Enrique Palacios, Carlos Domínguez, D.O. Paparelli, Cruz González, Carlos Linse, Darío Silva, Alfredo Lewis, más el felicista Manuel Icaza, solían reunirse en el Hotel Unión, en el Hotel Paso del Norte y en los altos del Union Bank. Sus intenciones: tramar el derrocamiento de Carranza. Pero lo notable del caso fue que los conspiradores estaban vinculados con la familia Madero. En concreto, que Benjamín y Emilio Madero solían participar en las reuniones supuestamente privadas.<sup>23</sup>

En enero de 1917, J. M. Arriola, que firmaba como jefe de los Servicios Secretos de México en Estados Unidos, fue más explícito sobre lo que sucedía en El Paso, Texas. Comunicó al secretario de Relaciones Exteriores, Cándido Aguilar, su hazaña de infiltrarse sin problemas entre los felicistas utilizando el pseudónimo de Jesús Molinar. Escudándose en semejante disfraz, dijo que intervino en varias juntas. En principio, pudo enterarse de que los generales Eugenio Rascón y Miguel Villa y Frías habían dejado suelo estadounidense y dirigido a la frontera de Guatemala. Asimismo, que por el territorio estadounidense había deambulado el general Andrés Zarzoza, representante del coronel Esteban Cantú, el hombre fuerte del Distrito Norte de Baja California. Pero luego surgió un dato interesante: que el tal Zarzoza era hermano del general felicista Salvador Zarzoza, y que en una reunión confesaron ser los responsables del asesinato de los señores Cabrera, hermanos de Luis Cabrera, secretario de Hacienda de Carranza, por cuyo crimen se trató de enjuiciar al general Luque, un crimen ocurrido después de la desbandada del ejército federal en 1914. El propio agente infiltrado aseveró que, en la misma ciudad fronteriza, habían estado otros ex federales, entre ellos el ex brigadier Manuel Santibáñez, primo hermano del asesino de Jesús Carranza; los ex generales Luis S. Becerril y Justiniano Gómez, Genaro Trías, Rivero, Arnoldo Casso López, García Hernández, Joaquín Téllez, Castro, Francisco Coss, José Isabel Robles y Vito Alessio Robles, entre otros. Aprovechando las facilidades derivadas de su supuesta filiación felicista, pudo leer la correspondencia de Rafael Alcolea, cuñado de Félix Díaz, la de Pedro del Villar, de Fernando Castellet y de otros personajes más. Pero el agente lanzó una advertencia: que al igual que los cónsules carrancistas se infiltraban entre los exiliados, los felicistas hacían lo mismo en la ciudad de México. Bajo distintos disfraces, se infiltraban en las secretarías de Estado y se relacionaban con los jefes constitucionalistas.<sup>24</sup> Con qué fin: obtener información.

## Nueva Orleans

J.M. Arriola logró que el general Enrique Rivero le diera una carta de presentación para hablar con el también general Manuel M. Velásquez, quien radicaba en Nueva Orleans, y utilizaba como pseudónimo el de Hegwood Brady. A raíz de ello, el infiltrado explicó al citado ex federal el panorama general del movimiento. Sin darse

<sup>23</sup> “Informe. Junta Reaccionaria”, 18 de julio de 1916, en AHDM, SRE, L-E-725(1), 1916.

<sup>24</sup> J.M. Arriola a Cándido Aguilar, El Paso, Texas, 30 de enero de 1917, en AHDM, SRE, L-E-839(7), 1917.

cuenta de que en realidad lo estaban espionando, Velásquez le confió que Eduardo Iturbide había conseguido un pequeño préstamo para la causa felicista, que no se podía utilizar debido a sus diferencias con Francisco León de la Barra. También que el propio Félix Díaz había conseguido otra cantidad, efectiva a condición que pisara suelo mexicano. Mas con el ataque de Francisco Villa a Columbus, ocurrido en marzo de 1916, todo se vino abajo. Los banqueros argumentaron que liberarían el dinero hasta que las tropas estadounidenses salieran de México. No querían aparecer como traidores a su patria, Estados Unidos. Pero dijo algo más: que el clero, con la excepción de una pequeña cantidad que le facilitó a Luis Medina Barrón, no quiso proporcionar más. Asimismo dejó entrever que el general Aureliano Blanquet, junto con Pedro del Villar y Félix Díaz, podrían conseguir más dinero en Canadá, siempre y cuando lo solicitaran. Para culminar, comentó algo a todas luces cierto: que si bien los federales estaban organizados, carecían por completo de recursos económicos. No tenían dinero.<sup>25</sup>

## Nueva York

El mismo agente, J.M. Arriola, completó su informe señalando que en la junta felicista de Nueva York figuraban Pedro del Villar, Fernando Castellot y Miguel González, aunque hubo otra persona que completó el cuadro de lo que sucedía en la ciudad neoyorquina: nos referimos al cónsul Domingo Barrios Gómez. En un informe rendido en marzo de 1917, con un tono cargado de humor negro, dijo que, a su juicio, Nueva York se había convertido en el lugar predilecto de los “restauradores” del orden para maquinarse toda suerte de planes. Aquí los resolvían algebraicamente utilizando el instrumental científico, discutían patrióticamente la toma de Veracruz, la ocupación de México, la crisis monetaria y toda clase de problemas nacionales. ¿Quiénes eran los prominentes restauradores? Flores Magón, Calero, Del Villar, Ángeles, Eduardo Iturbide, los Madero y otros. Lo mismo en el lobby del Hotel Astoria que en el rincón de un *office building*, o en la mesa de los cabarets, discutían sesudamente la problemática mexicana. Pero era en el café Trianón donde más se conspiraba. Entre whisky y whisky, cada uno afirmaba trabajar para la causa, y al acabarse los argumentos, terminaban insultándose unos a otros. El colmo fue que, víctima del descontrol y la desorientación, Eduardo Iturbide llegó al extremo de gestionar el apoyo del gobierno estadounidense para derrocar a Carranza, presentando un documento apoyado por mil firmas, que anteriormente había presentado Flores Magón y Pedro del Villar para la causa felicista.<sup>26</sup>

<sup>25</sup> *Ibíd.*

<sup>26</sup> Domingo Barrios Gómez, Nueva York, 7 de marzo de 1917, texto reproducido en *El Pueblo*, 24 de marzo de 1917.

## El espionaje: el juego del gato y el ratón

Resulta ingenuo suponer que los expatriados ignoraran que eran vigilados. Varios habían sido parte del engranaje porfirista y maderista, y conocían esos menesteres, sólo que ahora estaban del otro lado de la barrera. Conocían los nombres de sus verdugos, sin que se escandalizaran. Como era previsible, tarde o temprano, los expatriados realizaron trámites o gestiones en el consulado correspondiente, con la resultante de que se enfrascaban en acaloradas discusiones con los cónsules, vicecónsules y agentes, cuyo tema era la situación política del país. En otras ocasiones, sin rubor alguno, los cónsules se apersonaban directamente ante el disidente más connotado y hablaban largo y tendido. La duda es si los expatriados siempre decían la verdad. En nuestra opinión, no fue raro que jugaran al gato y al ratón. Lo realmente importante se lo guardaban y trataban en *petit comité*. Hasiados ya de tanta tomadura de pelo, no fue raro que en ocasiones se odiaran. El cónsul se ensañaba con el expatriado delatándolo y, a su vez, éste pedía directamente al gobierno mexicano que destituyera a su verdugo. El pretexto: cualquiera. Por ejemplo, el 21 de marzo de 1916, el exiliado Antonio Elosúa se presentó ante el consulado de San Diego, California, afirmando ser partidario de Carranza, ser constitucionalista, cuando todo mundo sabía que era falso. Para convencer al cónsul, le mostró algunas cartas que supuestamente le había enviado al general Pablo González; por supuesto que el cónsul no le creyó.<sup>27</sup>

El 20 de mayo de 1916, *El Paso Morning Times* difundió una extraña noticia; extraña porque en su encabezado decía que el cónsul Andrés García, al servicio del gobierno de facto, debía ser deportado en el acto a causa de la gran cantidad de informes falsos que regularmente enviaba a la ciudad de México, los cuales habían provocado represalias contra los mexicanos y estadounidenses inocentes. ¿Quién promovía semejante medida? Un ciudadano de Estados Unidos que había recorrido parte de México. Para reforzar su petición, afirmó que García inventó la fábula de la muerte de Francisco Villa y era el responsable del pésimo funcionamiento del sistema de espionaje, cuyas fatales consecuencias sufrían por igual mexicanos y estadounidenses. Con los mexicanos, el resultado era explicable, no así con los estadounidenses. Cuando estos últimos regresaban a su país, después de recorrer parte de México, al pasar la frontera, los agentes de García se les acercaban para escuchar si emitía algún juicio negativo contra México. Si por desgracia ocurría así, de inmediato eran delatados y las represalias no tardaban en llegar. Cuando el estadounidense de marras viajaba nuevamente a México, se lo capturaba y expulsaba por indeseable. La nota periodística agregaba que en El Paso había centenares de personas que no podían viajar a Ciudad Juárez por temor a ser arrestados, por culpa de los informes de García.<sup>28</sup>

Hubo cónsules que para ganarse la confianza de los exiliados utilizaban el viejo truco de cambiar de casaca política. Un informe consular fechado en 1918 en Nueva York aseguraba que Domingo Barrios Gómez era una auténtica “veleta” en materia

<sup>27</sup> E.A. González, cónsul en San Diego, California, 21 de marzo de 1916, en AHDM, L-E-798(23), 1916.

<sup>28</sup> Servicio Consular Mexicano, El Paso, Texas, 20 de mayo de 1916, en AHDM, SRE: L-E-800(1), 1916.

política. Cuando se hallaba en la ciudad de México, mostraba ser amigo incondicional de Carranza, y su enemigo furibundo cuando llegaba a Nueva York, sobre todo cuando se reunía con Cecilio Ocón, figura prominente en el asesinato de Francisco I. Madero, a quien en México se trataba con desprecio.<sup>29</sup> Pero el colmo ocurrió en La Habana, cuando el cónsul Hernández Ferrer comunicó a la Secretaría de Guerra y Marina algo insólito: que Emilio Querol Gómez, a quien llamaba ex general, en extremo activo en las filas felicistas, se había acercado a sus oficinas para ofrecerle la lista de todos y cada uno de sus correligionarios que pululaban por La Habana y Estados Unidos. La nota no indicaba a cambio de qué. La respuesta del cónsul fue en el sentido de que Querol Gómez le diera la citada lista, y le extendería un salvoconducto para regresar a México. Ya en suelo patrio, le sugirió a Querol Gómez presentarse en la citada secretaría para aportar más detalles sobre el asunto y recibir las instrucciones pertinentes.<sup>30</sup> Ciertas o falsas, tales denuncias no dejaban de provocar incredulidad. Y, por supuesto, no faltaron provocaciones. A mediados de abril de 1916, el cónsul de Laredo, Texas, estaba alarmado debido a que a Antonio I. Villarreal, general desertor del constitucionalismo, ya instalado en suelo estadounidense, le había dado por convencer a los jefes militares constitucionalistas de que se rebelaran. En particular enfocó sus miras sobre el general Reynaldo Garza, jefe de las armas en Nuevo Laredo, a quien seguramente conocía. Abiertamente le sugirió desconocer a Carranza y sumarse a un movimiento que el propio Villarreal planeaba.<sup>31</sup>

## La reconquista del poder

En julio de 1914 estalló en Europa la primera guerra mundial. El suceso fue muy relevante debido a que Alemania, apoyada por Austria Hungría, buscó impedir la entrada de Estados Unidos en el conflicto. Una de las formas fue acercarse a los expatriados mexicanos ofreciéndoles algo llamativo. La ayuda suficiente para recuperar el poder político en México, e incluso hubo emisarios del káiser para pactar con esos fines. Pero la injerencia de Alemania significaba una provocación, puesto que la pretendida reconquista del poder se planeaba montar en suelo estadounidense, donde vivía el grueso de los felicistas, huertistas y convencionistas expulsados del país.

Los cálculos de Alemania no estaban hechos a la ligera. Sabían que con los civiles y militares desterrados se formaría un gran ejército, con las armas suficientes, y que sólo bastaba cruzar la frontera y montar la sede del nuevo gobierno en Chihuahua. Victoriano Huerta sería la cabeza del gobierno y Enrique C. Creel, uno de sus puntales. Lo que los alemanes y expatriados no contemplaron fue que Estados

<sup>29</sup> Servicio del consulado de Nueva York, 13 de mayo de 1918, en CEHM-Condumex, fondo XXI, carpeta 122, 1918.

<sup>30</sup> Antonio Hernández Ferrer, cónsul en La Habana, Cuba, al secretario de Guerra y Marina, 7 de septiembre de 1916, en AHDM, SRE, L-E-843(1), 1916.

<sup>31</sup> “Sobre declaraciones hechas por el general Garza, referentes a Antonio I. Villarreal, que trató de sobornar guarnición de Nuevo Laredo”, San Antonio, Texas, 17 de abril de 1916, en AHDM, SRE, L-E-801 (16), 1916.

Unidos jamás permitiría que ello ocurriera. No tolerarían que México fuera nuevamente víctima de la intranquilidad política y social.

Después de medio año de la caída de Victoriano Huerta, las heridas aún estaban abiertas. El rencor no había desaparecido y los expatriados, tanto los civiles como los militares, estaban más que dispuestos a desquitarse; el problema era cómo. Después de su estrepitosa derrota, el ejército federal estaba más que desprestigiado, y los civiles desconocían el manejo de las armas. Pero algo los sacó de su letargo y amargura. Se enteraron de que los alemanes estaban dispuestos a apoyar a Huerta y de inmediato secundaron sus planes. Su emisario, Enrique C. Creel, viajó a Barcelona para reforzar el plan. A los ojos de los expatriados, qué mejor que Victoriano Huerta para encabezar la cruzada y convertirse en su paladín. Era la persona indicada para aglutinar las distintas corrientes políticas, guiar sus pasos e instalar su gobierno provisional en la ciudad de Chihuahua. Una vez aquí, el paso siguiente consistía en lanzar un llamado a los restos del ejército federal, a los villistas desencantados, convencionistas y caudillos menores que pululaban a lo largo y ancho del territorio nacional. Reagrupadas esas fuerzas, el paso siguiente sería enfilar hacia la capital de la república y derrocar a Carranza. En forma sorprendente, el plan tuvo un eco inesperado. No sólo Huerta cruzó el océano, sino también sus dos ex secretarios de Guerra y Marina: Manuel Mondragón y Aureliano Blanquet, más José Refugio Velasco, que ocupó el mismo cargo durante el interinato de Francisco S. Carvajal. Por la naturaleza de quienes lo apoyaban, se trató del movimiento que mayores posibilidades de triunfo tuvo. Claro que, al final de cuentas, como ya se dijo, Estados Unidos jamás toleraría que prosperara un movimiento detrás del cual estaba Alemania. Esto también lo sabía Carranza.

## El ex presidente de la república, Victoriano Huerta

Como se ha señalado, la primera guerra mundial estalló en julio de 1914 y con ello el interés de Alemania por distraer a Estados Unidos. Una de sus tretas fue acercarse a Huerta y proponerle algo insólito: recuperar el poder político en México, lo cual, a final de cuentas, no parecía tan descabellado, aunque, obviamente, se trataba de una provocación.

A principios de 1915, Franz von Rintelen, emisario de la División de Inteligencia del Estado Mayor Alemán, viajó a Barcelona y, a nombre del káiser Guillermo II, expuso a Huerta su plan, lo cual le permitía desquitarse tanto de Carranza como de Estados Unidos por su derrocamiento.<sup>32</sup> Lo mismo hizo Enrique C. Creel, el viejo jefe del espionaje porfirista, a quien la revolución triunfante obligó a exiliarse en Estados Unidos, donde se comportó exactamente igual que los revoltosos a los que

<sup>32</sup> Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato político* (México: Domés, 1983), 237-238. En sus memorias, tituladas *El oscuro invasor*, von Rintelen omite su viaje a Barcelona, aunque sí describe el encuentro con Huerta en Nueva York. El libro lo publicó en México la editorial Quetzal, en 1942 (véanse las pp. 152, 158-159). *The Providence Journal*, 4 de agosto de 1915, reprodujo un largo texto sobre el *affaire* Alemania-Huerta. El texto en español apareció en *El Demócrata* del 4 de octubre de 1915.

años atrás combatió. En el citado año fungía como vocero de los refugiados en suelo estadounidense y, al igual que el emisario alemán, cruzó el océano para instar a Huerta a que encabezara una cruzada contrarrevolucionaria.<sup>33</sup> Seducido por ambas propuestas, Victoriano Huerta dejó Barcelona y en abril de 1915 apareció en Nueva York. Según *The Mexican Herald*, la fecha de su llegada ocurrió entre el 10 y el 11 de abril, en el vapor *Antonio López*, supuestamente acompañado de Aureliano Blanquet. Según dicho diario, casi de inmediato Huerta fue víctima de dos intentos de asesinato. En vista de ello, las autoridades estadounidenses le pusieron una guardia de veinte agentes secretos con la consigna de seguirlo a todas partes. Pero algo ocurrió con Aureliano Blanquet. Se dijo que se trasladó a San Antonio, Texas, para reunirse con innumerables refugiados.<sup>34</sup>

Pero aquí salta nuevamente la interrogante: ¿por qué Huerta no tuvo temor de que el gobierno estadounidense lo atrapara y entregara a Carranza?, ¿qué le hizo creer que no ocurriría eso? Cualquiera que fuese la respuesta, lo cierto fue que su traslado a Estados Unidos provocó un desplazamiento de expatriados de todos los rincones de Estados Unidos, incluso de Europa y La Habana, hacia El Paso, Texas, lugar elegido para cruzar la frontera. Procedentes de Europa llegaron sus dos ex secretarios de Guerra y Marina: Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet, más José Refugio Velasco, ex titular del mismo cargo. Asimismo se le sumó un gran número de ex federales, como Pascual Orozco, José Inés Salazar, Enrique Gorostieta, José Delgado, Emilio Campa, Marcelo Caraveo, Guillermo Rubio Navarrete, Alberto T. Rasgado, Luis Medina Barrón, Ignacio A. Bravo, Eduardo Cauz, Prisciliano Cortés y otros jefes y oficiales. Entre los civiles figuraban Francisco del Toro, Manuel Garza Aldape, David de la Fuente y José María Lozano.<sup>35</sup>

En teoría, junto con Félix Díaz y otros militares de alta graduación, se abría la posibilidad de que se rehiciera la cúpula del ejército federal, cuyos efectivos andaban diseminados en ambos lados de la frontera. Incluso, a diferencia de lo sucedido durante el mandato de Huerta, ahora tenían a su alcance los pertrechos suficientes en Estados Unidos para armar todo un ejército. Pero, desde un principio, sucedió algo raro: no hubo acercamiento entre Huerta y los referidos ex secretarios de Guerra y Marina. El distanciamiento fue tan grande, que se convirtió en un serio obstáculo para reunirse y operar juntos.

La llegada de Huerta a Nueva York no pasó inadvertida para el espionaje carrancista. Bulnes Tavares, asignado en Nueva York, se abocó a seguir sus pasos e informar a Carranza. Casi de inmediato, varias ciudades estadounidenses fronterizas se convirtieron en verdaderos centros de conspiración. La vigilancia de las autoridades de Estados Unidos se hizo patente en San Antonio, El Paso, Laredo, Eagle Pass, Texas, y Los Ángeles, California. Como era previsible, casi de inmediato Estados Unidos entró en acción para frustrar el movimiento. Pretender que Carranza no fue

<sup>33</sup> *Ibíd.*

<sup>34</sup> "El general Huerta se halla en los Estados Unidos", *The Mexican Herald*, 12 de mayo de 1915.

<sup>35</sup> Meyer, *Huerta...*, 235-258.

informado de ello resulta una ingenuidad. Sorpresivamente, Carranza envió a varios emisarios para exigir al gobierno estadounidense que atrapara a Huerta y se lo entregaran para juzgarlo, lo cual equivalía a enviarlo al paredón. Los villistas repitieron semejante petición. Pasados dos meses de su arribo a Nueva York, Huerta puso en marcha su plan, pero rápidamente se truncó. El 30 de junio, *The Mexican Herald* informó que Huerta había sido aprehendido en un lugar cercano a El Paso, Texas, junto con Pascual Orozco y sus hijos Víctor y Jorge, cuando intentaban cruzar la frontera y penetrar en suelo mexicano.<sup>36</sup>

Internados en Fort Bliss y luego liberados bajo fianza, Orozco escapó, pero de inmediato los Rangers desataron una feroz persecución, la cual concluyó hasta que él murió. Sumido en una fuerte depresión a causa del fracaso de su movimiento, el 12 de enero de 1916 Huerta falleció.<sup>37</sup> Apesadumbrados, sus correligionarios, congregados en gran número en El Paso, se desperdigaron. El sueño de retornar a suelo patrio se había esfumado, pero claro que siguieron siendo vigilados. Curiosamente, los alemanes tomaron distancia y no hicieron más intentos de acercarse a Huerta ni a otros militares que deambulaban en suelo estadounidense. La razón: se percataron de que Estados Unidos estaba decidido a intervenir y sabotear toda clase de movimientos que amenazaran al primer jefe.

### **El ex secretario de Guerra y Marina, Manuel Mondragón**

Resulta difícil determinar en qué momento Manuel Mondragón se trasladó a América y si lo hizo en el mismo barco que Huerta. También resulta difícil determinar si fue llamado por éste para que lo secundara en su movimiento contrarrevolucionario. Aunque en realidad esto último resulta improbable, debido a un viejo resquemor derivado de que Huerta no sólo lo expulsó de la Secretaría de Guerra y Marina, sino también del país. Mondragón guardaba demasiado rencor. En la primera semana de julio de 1915, desde Nueva York, Bulnes Tavares afirmó que estuvo de visita en casa de su amigo Aureliano Blanquet, y se topó con la sorpresa de que ahí estaban los generales Manuel Mondragón y Javier de Moure.<sup>38</sup> Probablemente Mondragón regresó a Europa, ya que en noviembre de 1916 se reportó que él salió de París rumbo a Nueva York, acompañado de diecisiete correligionarios. Y naturalmente todos lo vigilaban, incluido el ministro de México en Francia.<sup>39</sup> Después de realizar varias gestiones, Mondragón viajó a Cuba. El 5 de agosto de 1917, el sistema de espionaje carrancista reportó su llegada en un vapor. Mondragón se

<sup>36</sup> “Se dice que el general Huerta fue aprehendido”, *The Mexican Herald*, 30 de junio de 1915.

<sup>37</sup> El Paso, Texas, “Anoche murió Victoriano Huerta”, 13 de enero de 1916 (recorte de un periódico sin nombre), en AHDM, SRE, Genaro Estrada, legajo 6.

<sup>38</sup> A. Bulnes Tavares a Venustiano Carranza, Nueva York, 7 de julio de 1915, en CEHM-ConduMex, fondo XX1, caja 44.

<sup>39</sup> Ministro Ancona a Cándido Aguilar, París, 17 de noviembre de 1916, en AHDM, SRE, L-E-839/legajo 5.

entrevistó con los generales Medina Barrón y Joaquín Maas, entre otros residentes aquí.<sup>40</sup>

Desde Brownsville, Texas, Ignacio Bravo Betancourt le lanzó un reto: sumarse al campo de lucha felicista. El 18 de febrero de 1918 le espetó: “¿Sería usted capaz, si yo le pongo un cable, de venir a México, para tomar su puesto en el lugar que le corresponde?”. Más adelante le dijo: “Si se resuelve a nuestro favor, la puerta está enteramente abierta”.<sup>41</sup> Después de un viaje relámpago a Estados Unidos, el 28 de febrero de 1918, Mondragón estaba otra vez en La Habana. En esta ocasión, llegó acompañado del general Reynaldo Díaz, su subordinado en el ejército federal. Durante su estancia en la capital cubana, se entrevistó de nuevo con varios expatriados. Sólo que, al parecer, no fue para montar un movimiento contrarrevolucionario, sino para formar una compañía mercantil, explotar un astillero y construir un dique cerca de esta ciudad, bajo el patrocinio del gobierno de la isla. Entre los socios potenciales figuraban el ministro de Instrucción Pública de Cuba, el de Guerra, más dos o tres capitalistas cubanos, pero todo dependía del visto bueno del gobierno de Washington para iniciar los trabajos. Eso sí, en sus ratos libres se reunía con la comunidad mexicana en la isla para conspirar y denostar al gobierno de Carranza.<sup>42</sup> A los pocos días, el ex secretario de Guerra y Marina salió nuevamente para Estados Unidos. Justo el 1º de mayo de 1919, un informe firmado por el cónsul de Nueva York, Bernardino Mena Brito, indicaba que Manuel Mondragón se encontraba de incógnito en la ciudad citada, con la intención de internarse furtivamente en México.<sup>43</sup> Simultáneamente, la prensa mexicana señaló que ello era cierto y que incluso había desembarcado en las costas veracruzanas para sustituir al recién fallecido Aureliano Blanquet. Mas todo fue completamente falso.<sup>44</sup> Mondragón zarpó para Europa y jamás regresó a América.

## El ex secretario de Guerra y Marina, Aureliano Blanquet

En realidad, entre Aureliano Blanquet y Huerta ya no hubo mayor acercamiento. En el destierro rompieron relaciones, lo cual no deja de llamar la atención. Ambos fueron derribados por la revolución y salieron del país en el mismo barco rumbo a Europa. Pero al llegar ahí se separaron, al parecer para siempre. Ya no hubo comunicación entre sí. Curiosamente, con el tiempo, en lugar de acercarse a Huerta, Blanquet lo hizo con su viejo rival, Félix Díaz. El 9 de mayo de 1915, *El Demócrata*, de filiación carrancista, difundió un cable procedente de Eagle Pass, que decía que Blanquet, el

<sup>40</sup> Alberto Franco, encargado de negocios, al subsecretario de Relaciones, Exteriores, La Habana, 5 de agosto de 1917, en AHDM, SRR, L-E-839/legajo 5.

<sup>41</sup> Ignacio Bravo Betancourt a Manuel Mondragón, Brownsville, Texas, 18 de febrero de 1918, en CEHM-Condumex, Fondo DCXX1, documento de Félix Díaz, 1917-1920, volumen 2.

<sup>42</sup> Alberto Franco, encargado de negocios, al secretario de Relaciones Exteriores, La Habana, 28 de febrero de 1918, en AHDM, SRE, S 17, caja 11, expediente 222.

<sup>43</sup> Bernardo Mena Brito, “Servicio consular mexicano”, en AHDM, SRE-L-E-839/legajo 9.

<sup>44</sup> “¿Desembarcó Mondragón?”, *El Universal*, 10 de mayo de 1919.

cómplice de Huerta, viajaba a Estados Unidos. Narraba que salió de la ciudad de San Sebastián, con dirección a Nueva Orleans, paraíso felicista, y que seguramente se instalaría en San Antonio, Texas. Eso sí: afirmaba que su arribo fue posterior al de Huerta.<sup>45</sup> En cambio, *The Mexican Herald* afirmaba que Aureliano Blanquet desembarcó en Nueva York junto con Huerta y el general José Delgado, procedentes de España. Se reiteraba que cruzaron el océano a bordo del vapor *Antonio López*, de la Compañía Trasatlántica Española. Pero sucede que José Delgado jamás estuvo en España, sino en México, en las filas villistas. Y respecto del arribo de Blanquet, mencionó que el dato estaba por verificarse, lo cual nunca se realizó. Líneas más adelante, la misma fuente periodística aseguraba que Blanquet se había desplazado de Nueva York a San Antonio, Texas. Después de hospedarse en un céntrico hotel, recibió un gran número de mexicanos ahí refugiados.<sup>46</sup> El 20 de mayo del mismo año, *The Mexican Herald* siguió causando confusión al insistir en que la llegada de Huerta y Blanquet a Nueva York era cierta. Incluso, que la familia de Huerta, compuesta por más de treinta personas, había llegado una semana antes a bordo del vapor español *Manuel Calvo*, procedente de Barcelona. Lo mismo ocurrió con la familia de Blanquet. Aunque en los días sucesivos ya no se mencionó que hubieran llegado juntos procedentes de Europa, ni que planearan algo.<sup>47</sup>

Lo más probable es que Huerta y Blanquet llegaron al continente americano por separado. Como se ha señalado, en la primera semana de julio de 1915, Bulnes Tavares afirmó que estuvo de visita en casa de Aureliano Blanquet, y se topó con la sorpresa de que ahí estaban los generales Manuel Mondragón y Javier de Moure. Previendo posibles fricciones, evitaron hablar de política. Mas lo que Bulnes Tavares hizo público fue que Huerta y Blanquet estaban distanciados, que habían roto en el destierro, que no se comunicaban. Por cierto, Bulnes Tavares mostró extremas simpatías por Blanquet, al que dijo conocer desde hacía más de veinte años. Justo por tales razones podía asegurar que todas las maledicencias que se lanzaban contra su persona eran producto de intrigas, viles calumnias y mentiras, que metía las manos al fuego por él, al igual que por Javier de Moure, no así por los demás. En cambio, dijo que quizá todas las acusaciones lanzadas contra Huerta eran ciertas. De cualquier forma, prometió vigilar a todos los expatriados, incluido su amigo Blanquet, y dar cuenta de sus pasos.<sup>48</sup>

En marzo de 1916, se rumoró que Blanquet estaba en La Habana, lo cual no se confirmó.<sup>49</sup> Hacia 1918 se supo que el ex secretario de Guerra y Marina figuraba en el directorio de la Junta Felicista, con sede en Nueva York, al lado de Manuel Garza Aldape, Pedro del Villar, Martínez Carrillo, Alonso Mariscal, Ricardo del Río, Vicente Sánchez Gavito, Enrique Santibáñez, Ricardo García Granados, Leopoldo

<sup>45</sup> "Blanquet, el cómplice de Huerta viene a Estados Unidos", *El Demócrata*, 9 de mayo de 1915.

<sup>46</sup> "El general Huerta se halla en los Estados Unidos", *The Mexican Herald*, 12 de mayo de 1915.

<sup>47</sup> "V. Huerta vivirá cerca de New York", *The Mexican Herald*, 20 de mayo de 1915.

<sup>48</sup> A. Bulnes Tavares a Venustiano Carranza, Nueva York, 7 de julio de 1915, en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 44.

<sup>49</sup> Antonio Henández Ferrer, Servicio Consular Mexicano, La Habana, 23 de marzo de 1916, en AHDM, SRE (3), 1916.

Rebollar e Ignacio Peláez. Se especulaba que, para pasar inadvertido, Blanquet utilizaba como seudónimos los de Alfonso Gutiérrez y A.B. Torres.<sup>50</sup> Involucrado de lleno en el movimiento felicista, en los primeros días de abril de 1919, el Departamento de Estado informó que Blanquet había cruzado la frontera y penetrado en suelo mexicano. La finalidad: asumir en el terreno de los hechos su papel de segundo comandante de las Fuerzas Revolucionarias, encabezadas por Félix Díaz. Una vez que Blanquet tocó tierra mexicana, los funcionarios del Departamento de Estado señalaron que ya nada tenían que hacer ni decir, que el problema debía ser afrontado por el gobierno de México.<sup>51</sup> Por cierto, antes de dejar Nueva York, Blanquet les dijo a sus amigos: “Nos vemos en México o en la eternidad”. Efectivamente, vino a México a perder la vida. El 19 de abril de 1919 se supo que, además de Blanquet, habían muerto el general Luis Amado y el coronel Traslósheros. Habían caído víctimas de la persecución de las fuerzas carrancistas.<sup>52</sup>

### **El ex secretario de Guerra y Marina, José Refugio Velasco**

A la caída del viejo régimen, Porfirio Díaz se refugió en París; Victoriano Huerta, en Barcelona; Manuel Mondragón, en San Sebastián, y José Refugio Velasco se instaló en Santander, España. Lo curioso fue que no se buscaran. Como otros muchos exiliados, en los primeros meses de 1915, José Refugio Velasco se enteró de que varios de sus compañeros de armas se habían congregado en San Antonio, Texas, para fundar la Alianza Pacificadora Mexicana. Semanas más tarde, supo que Huerta retornó a América dispuesto a recuperar el poder político. Coincidentemente, José Refugio Velasco, el último secretario de Guerra y Marina del régimen anterior, decidió abandonar suelo ibérico y trasladarse a Estados Unidos, concretamente a Los Ángeles, California. Si bien salió del país en la tercera semana de septiembre de 1914, ocurre que su estadía en Europa duró poco más de medio año. Esto se verifica con el hecho de que en junio de 1915 vivía en Los Ángeles, California.<sup>53</sup> Resulta difícil determinar si su traslado al continente americano se debió a su interés por sumarse a la cruzada huertista o fue meramente incidental. Lo que resulta cierto es que José Refugio Velasco no figuró entre los que secundaron a Huerta, tampoco se mezcló en conspiración alguna. Una hipótesis alternativa indica que, al enterarse de que estaba siendo atacado en Estados Unidos por disolver al ejército federal, decidió cambiar su lugar de residencia, para defenderse. Sólo que aquí la mayoría de sus compañeros de armas le dieron la espalda. A la acusación anterior añadieron la de

<sup>50</sup> Charles J. Jones, “Informes”, en AHDM, SRE, L-E 837/legajo 12.

<sup>51</sup> Consulado de México en Toronto, 4 de abril de 1919, en AHDM, SRE, L-E 804/legajo 5.

<sup>52</sup> “Editoriales de *El Pueblo*”, 19 de abril de 1919, en el CEHM-Condumex, manuscritos de Venustiano Carranza, fondo XXI, caja 132, y Legación de los Estados Unidos Mexicanos en Brasil, 19 de abril de 1919, en el AHDM, SRE, L-E-804/legajo 5. “Nos vemos en México o en la eternidad, dijo Blanquet a sus amigos al salir de Nueva York”, *El Universal*, 18 de abril de 1919.

<sup>53</sup> Miguel S. Ramos, *Un soldado. Gral. José Refugio Velasco* (México: Oasis, 1960), 167; Michael C. Meyer, *El rebelde del Norte. Pascual Orozco y la revolución* (México: UNAM, 1984), 144.

traidor a la patria por dos razones: primera, porque supuestamente pactó la entrega de la plaza de Torreón con los villistas y, segunda, porque ante el vacío de poder registrado en agosto de 1914, se negó a asumir el poder político en México, ocupar la silla presidencial que por ley le correspondía. Pero lo que también llama la atención fue que, no obstante haber sido secretario de Guerra y Marina en el gabinete de Francisco S. Carvajal, y este último vivir en Estados Unidos, concretamente en Nueva Orleans y en Pax Christian, Luisiana, no se buscaran.<sup>54</sup> Tampoco hubo contacto con Manuel Mondragón o Aureliano Blanquet, sus antecesores en la Secretaría de Guerra y Marina. La indiferencia fue completa. Velasco, al igual que otros de sus compañeros de armas, ya no se movió. Se sumergió en el aislamiento y la soledad. Desde su domicilio en Los Ángeles, California, observó el curso de los acontecimientos en México, viviendo en condiciones precarias. Al ser víctima de una mortal enfermedad, tuvo que ser rescatado por su familia.

### **Félix Díaz, el único valiente que “se la jugó”**

Como era previsible, el fracaso de la cruzada comandada por Victoriano Huerta para recuperar el poder político produjo una conmoción brutal entre los exiliados. Civiles y militares quedaron estupefactos. Lo sorprendente fue que no entraran al quite Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet y José Refugio Velasco. Ninguno tuvo las agallas suficientes para reemplazarlo. El descontrol fue absoluto y terminaron enfrascándose en discusiones vacuas, en culparse mutuamente por la caída del viejo régimen, por su fracaso y por la disolución del ejército federal. Pero, intempestivamente, hubo un personaje que salió al quite. Nos referimos a Félix Díaz. Radicado en Nueva Orleans, entró en acción, pero, ¿qué lo empujó a ello? Como en las *vendettas* sicilianas, era víctima de un enorme resentimiento. Le provocaba demasiada indignación la forma en que su tío fue desalojado de la silla presidencial por Francisco I. Madero.

Pero hubo otro hecho que agrandó su amargura: no entendía cómo es que años atrás permitió que Huerta lo envolviera en sus jugarretas, que jugara con él y prácticamente lo sacara del país. Por éstas y otras razones, consideró que su obligación era retornar a México y quitar de la silla presidencial a Carranza y compañía. En principio, varios ex federales expatriados lo apoyaron, pero, a la hora decisiva, se arrepintieron y no lo apoyaron. Sin importarle la mezquindad de sus compatriotas, Félix Díaz puso manos a la obra. Previo montaje de una vasta red de contactos en Estados Unidos, La Habana y Guatemala, en marzo de 1916 penetró en suelo mexicano, prácticamente solo. No obstante que era vigilado por la Secretaría de Estado del vecino país del Norte, que de antemano sabía que Félix Díaz se preparaba para cruzar la frontera y derrocar a Carranza, a la mera hora se les escapó. Lo que llama la atención fue que tampoco el sistema de espionaje mexicano detectó su entrada. Así, Félix Díaz entró a suelo mexicano sin grandes problemas. Pero casi nadie lo

<sup>54</sup> Sax, *Los mexicanos...*, 65-67.

esperó con los brazos abiertos para secundarlo. No obstante esta decepción, similar a la experimentada en Estados Unidos, siguió adelante. Ya no hubo forma de arrepentirse ni de echarse para atrás.<sup>55</sup>

## ¿La Iglesia católica en la conspiración?

Sobresale el hecho de que, no obstante que la mayor parte del episcopado vivía en San Antonio, Texas, no fuera objeto de vigilancia especial. Los dignatarios de la Iglesia no intervinieron en conspiración alguna o lo hicieron tan subrepticamente que casi nadie lo notó. Pero existe un hecho que llama la atención: a mediados de abril de 1915, desde Nueva Orleans, el paraíso de los felicistas, circuló un extraño rumor que involucraba a la Iglesia católica romana. Se hablaba de una junta secreta celebrada en la casa de Félix Díaz, en la que intervino el cardenal James Gibbons, el arzobispo José Mora y del Río, dirigentes del Partido Católico, aristócratas y prominentes católicos mexicanos, para discutir algo trascendental: apoyar la expedición de Félix Díaz, que algunos calificaban de filibustera. Entre otras cosas, se dijo que el plan contemplaba formar un ejército de doscientos mil hombres, veinte mil de los cuales ya estaban en pie de guerra. Ante el cardenal Gibbons, Mora y del Río, juró que la Iglesia católica estaba dispuesta a contribuir con diez millones de dólares, una cantidad realmente fantástica. Asimismo, dijo que un grupo de capitalistas mexicanos había empeñado sus propiedades para engrosar la suma. Pero hubo algo más: que si era necesario, el papa podía exigir a la Iglesia católica estadounidense que hipotecara varias de sus propiedades, todo en aras de la causa felicista. Lo descabellado fue que se especuló que, tarde o temprano, los doscientos mil soldados serían manejados desde Roma por el papa, para invadir México y derrocar a Carranza. De ser cierto, en realidad los conspiradores tramaban un complot papal. Lo de apoyar a Félix Díaz fue un pretexto. Como el autor del informe, de tinte más bien fantástico que real, no quiso ser identificado, firmaba como Carlos Félix Díaz.<sup>56</sup> Esto último se presta a sospechas. Pudo haber sido un émulo de Indalecio Jiménez o él mismo. La razón: la denuncia de Jiménez anteriormente citada también surgió en San Antonio, Texas.

Un año más tarde, en marzo de 1916 para ser exactos, el cónsul general en La Habana, Antonio Fernández Ferrer, informó que el cardenal Gibbons había montado un vasto movimiento armado conducente a llevar a Félix Díaz al poder. Sus

<sup>55</sup> Sobre la campaña de Félix Díaz en suelo mexicano, la información más importante se encuentra en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, archivo que lleva su nombre y que se encuentra en CEHM-Conдумex. En el primero vale la pena consultar los expedientes L-E-835; la letra L-E-810; la letra L-E-843 y las mismas siglas L-E-798; la letra S. 16, caja 17, expediente 11, y la S. 17, caja 8, expediente 112. En el segundo caso, se trata prácticamente de todo el archivo. Como fuente secundaria básica se tiene a Liceaga, *Félix Díaz*, 364.

<sup>56</sup> Carlos Félix Díaz, "Más dificultades para México", Consulado de Nueva Orleans, 13 de abril de 1915, en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 38, legajo 4131.

pilares de apoyo: los “clericales”, científicos y felicistas radicados en la isla, aliados a los cubanos y chilenos de la misma filiación religiosa. Agregó que el citado cardenal había puesto no sólo su apoyo moral al servicio del movimiento, sino el económico. Pero hubo algo más: que si bien tenían a su alcance toda suerte de armas y municiones en Estados Unidos, el clero contaba con una reserva especial de armas y parque almacenados en la República de Chile. Originalmente dicho material de guerra fue adquirido por el gobierno de Victoriano Huerta en Alemania, pero, debido a su in tempestiva caída, fue abandonado y era hora de recuperarlo. La nota tiene cierta dosis de credibilidad, ya que por esas fechas Félix Díaz había salido de Nueva Orleans con rumbo a suelo mexicano.<sup>57</sup>

### Planes para asesinar a Carranza

Al igual que con Huerta, también hubo rumores sobre el asesinato del primer jefe. Enemigos los tuvo por doquier, tanto en México como en el extranjero. Algunos surgieron en México; otros tantos en los santuarios de los desterrados. En septiembre de 1914, en la ciudad de México, corrió un rumor bastante extraño, consistente en que un comando armado planeaba asesinar a Carranza. Sus cabezas: dos anarquistas de nacionalidad española llamados Benigno Fernández y José Anaya. La razón: para los anarquistas de marras, Carranza, al igual que Madero en su tiempo, era un traidor, y había que desaparecerlo de la faz de la tierra.<sup>58</sup> En 1916, se repitió el mismo rumor. En este caso sí se involucraba a los exiliados. El cónsul de El Paso, Texas, informó que durante una junta verificada el 7 de septiembre, un grupo de legalistas, casi todos desconocidos, planearon asesinar a Carranza. Algunos de los complotistas eran Gaudelio Jiménez, Francisco Fernández y un representante de la Casa del Obrero Mundial, de apellido Paredes. Pero luego vino algo escalofriante. Que, para el mejor éxito de la empresa, se contaba con una parte de las fuerzas del general Pablo González, más los obreros de las fábricas de armas y cartuchos. La fecha del atentado estipulada era el 15 de septiembre, en plena celebración de las fiestas patrias. Los obreros aprehenderían al mandatario, a su gabinete, incluido Álvaro Obregón, e inmediatamente los ejecutarían. Para evitar ser culpados de sus muertes, se montaría un escenario que diera a entender que habían caído durante la refriega. A continuación, los golpistas se dirigirían a la cárcel de Belén, a la prisión militar de Santiago y a la Penitenciaría, para liberar a todos los presos. Logrado su propósito, atacarían los cuarteles y desarmarían las fuerzas leales. Pero en su informe, el cónsul sacó a colación un dato nuevo: que al quedar en libertad Lucio Blanco, probablemente recluido en uno de esos presidios, sería proclamado jefe del movimiento.

<sup>57</sup> “Antonio Fernández Ferrer, Servicio Consular Mexicano”, La Habana, 2 de marzo de 1916, en AHDM, SRE, L-E-798(3), 1916.

<sup>58</sup> A Venustiano Carranza, 19 de septiembre de 1914, en CEHM-Conдумex, 19 de septiembre de 1914, f. XXI, carpeta 16, legajo 1567.

Aunque, en caso de que fracasara el movimiento, los comprometidos planeaban escapar y refugiarse en los dominios de Emiliano Zapata.<sup>59</sup>

El 22 de marzo de 1917 se repitió el rumor. Desde La Habana, un personaje llamado Antonio Branchi le hizo saber a Cándido Aguilar, secretario de Relaciones Exteriores, que Luis Medina Barrón, general del extinto ejército federal, había llegado a La Habana. El tal Branchi, quien se jactaba de mezclarse sin problema entre los ex federales, habló largo y tendido con Medina Barrón sobre sus planes. Hablaron de Aureliano Blanquet, quien en ese entonces estaba en Estados Unidos arreglando todo lo relativo a la campaña felicista, de Gaudencio de la Llave, jefe de la escolta de Félix Díaz, de Francisco Villa y de los elementos de guerra que arrebató a los carrancistas en sus combates en Parral, en Bachimba y de la paliza que le dio a Francisco Murguía. Con todo ello se había formado un verdadero arsenal. Pero, de buenas a primeras, Medina Barrón le habló de un plan para asesinar al primer jefe, incluso que había tres generales constitucionalistas dispuestos a secundarlos. La fecha exacta del estallido del movimiento se fijaría cuando Aureliano Blanquet pisara suelo mexicano. Entre otras cosas, se planeaba dinamitar los trenes que circulaban entre la ciudad de México y Veracruz, con la finalidad de que quedaran incomunicadas. Cumplida esta primera etapa, Francisco Villa y Félix Díaz avanzarían sobre la capital mexicana. Se atraparía a Carranza, a Cándido Aguilar, al intendente de Palacio Nacional y se los fusilaría. Pero luego Medina Barrón salió con que no era el único plan. Le habló de otro. Que en la capital de México había tres anarquistas: dos italianos y un mexicano, que también pretendían asesinar a Carranza.<sup>60</sup> Al final de cuentas, ni un plan ni otro prosperaron. Todo quedó en meros rumores.

El plan citado por Medina Barrón pudo ser falso, una tomadura de pelo, pero pasado el tiempo, desde Los Ángeles, California, Heriberto Villarino conversó con Gerardo Murillo, el famoso Dr. Atl, quien hizo referencia a un complot para asesinar a Carranza, todo por simpatizar con Alemania. La fecha: febrero de 1917, después de una manifestación. En el montaje del cuartelazo participarían el gremio de los obreros, los contingentes de artillería de la capital mexicana, las tropas acantonadas en Querétaro y en siete estados más. Aunque, debido a un suceso fortuito, todo se vino abajo, Carranza ordenó al inspector de policía, general Carpio, involucrado en el complot, que sitiara a los obreros, y que a la menor provocación abriera fuego. Con ello quedó maniatado. Para arruinar el cuadro, en plena manifestación, una persona pasó en automóvil disparando al aire, dando lugar a que los obreros se atemorizaran y huyeran. Hechas las investigaciones, se descubrió el complot y el Dr. Atl tuvo que huir de México y exiliarse en Los Ángeles, California.<sup>61</sup>

<sup>59</sup> Consulado de El Paso, Texas, "Informe", 8 de septiembre de 1914, en AHDM, SRE, L-E-799(17)1916.

El 10 de septiembre de 1916, el cónsul de La Habana, Andrés García, insistió en los planes de asesinato de Carranza —véase AHDM, SRE: L-E-799(17)1916—. Un documento llamado "Asuntos Revolucionarios Interiores", del 14 de octubre de 1916, lo confirma. El texto está en AHDM, SRE, L-E-842(1), 1916.

<sup>60</sup> Antonio Branchi a Cándido Aguilar, La Habana, 22 de marzo de 1917, en CEHM-Conдумex, fondo XXI, carpeta 111, 1917.

<sup>61</sup> Heriberto Villarino, Los Ángeles, California, 31 de mayo de 1918, en AHDM, SRE, L-E-842/legajo 6.

## ¿Mexicanos prestos a servir en el ejército estadounidense?

Desde el inicio, Estados Unidos no pudo sustraerse del ambiente bélico que se vivía en el otro lado del océano. Previendo que tarde o temprano quedarían involucrados, su gobierno tomó precauciones: la principal, fortaleciendo al ejército. Fijó sus miras tanto entre sus conciudadanos como entre los mexicanos. En mayo de 1916, un telegrama publicado en *El Progreso*, de San Antonio, Texas, dio cuenta de que un grupo de mexicanos residentes en San Benito había solicitado a las autoridades de Estados Unidos su interés en prestar sus servicios en el ejército. El diario de referencia comentó la noticia llamando a los mexicanos “americanos prietos”, lo cual ofendió a las autoridades de Laredo, Texas, identificadas supuestamente con los “científicos”. El fiscal de distrito, por cierto ahijado de Porfirio Díaz, dictó una orden de aprehensión contra el director de *El Progreso*, Leo D. Walker. Con la orden en mano, los Rangers la cumplieron en los momentos en que hablaba con algunas personas en el Hotel Bender. No obstante las gestiones de sus abogados, Walker permaneció un día incomunicado en la cárcel del condado. Al final de cuentas, obtuvo su libertad mediante una fianza de cinco mil dólares.<sup>62</sup> Todo por acuñar el término “americanos prietos”.

Enardecidos por la conducta de los vecinos de San Benito, los ideólogos de Carranza saltaron a la palestra. Atacaron por igual a los redactores del diario como a los candidatos a vestir el uniforme de marines. Por medio del diario *El Pueblo*, se dijo que el telegrama publicado en *El Progreso*, de San Antonio, Texas, era una prueba del vil libertinaje que imperaba entre la prensa tejana, “donde nuestros compatriotas” eran “tratados peor que los negros” y donde las garantías no eran más que mitos. Pero luego se lanzó contra los mexicanos. Dijo que, por desgracia, tales mexicanos habían “descendido a los más bajos fondos de la cobardía y de la infamia. Habían contraído, ante la Nación y ante la Historia, la terrible responsabilidad, la más indigna, la más repugnante, el más odioso de los crímenes, la Traición a la Patria”, todo por aspirar a formar parte del ejército estadounidense. Juró que indagarían sus nombres para hacerlos del conocimiento público, para que la sociedad los identificara, los rechazara, que marcara sus frentes con el sello fatídico de la ignominia. Inmerso en la histeria absoluta, agregó que al tratarse de una traición a la patria, era menester castigarlos rompiendo sus cráneos con un gran mazo de plomo, marcar sus pechos con hierro candente y azotar su satánica faz de renegados con un látigo. Y es que sumarse a un ejército extranjero, aun inspirados en fines quijotescos, era indigno y significaba golpear a la madre patria en momentos en que México tenía la necesidad del esfuerzo de todos sus hijos.<sup>63</sup>

Como era previsible, al final de cuentas, Estados Unidos entró en la primera guerra mundial. A raíz de ello, en abril de 1917, se revivió el rumor del posible reclutamiento de mexicanos. En concreto, se habló de que los trabajadores agrícolas eran firmes candidatos para enlistarse en el ejército de Estados Unidos. A unos les

<sup>62</sup> “Un crimen de lesa patria”, *El Pueblo*, 23 de mayo de 1916.

<sup>63</sup> *Ibíd.*

desagradaba la idea, pero a otros no. Al mes siguiente, un grupo de tales trabajadores se espantó y decidió regresar a suelo patrio. Al enterarse de ello, los dueños de las compañías agrícolas, particularmente de Santa Fe, buscaron impedirlo, ya que corrían el riesgo de quedarse sin mano de obra. Contrataron a diversos emisarios para recorrer los campos ubicados a lo largo de la frontera y propagar que México no tenía gobierno y, por ende, reinaba la anarquía. En resumidas cuentas, era preferible permanecer en Estados Unidos, donde para nada serían molestados. El ex general Luis Emeterio Torres se convirtió en el más conspicuo de tales emisarios. Una compañía de Santa Fe le pagó cien pesos mensuales y cubrió sus gastos de transporte para convencer a los mexicanos de la necesidad de permanecer en suelo estadounidense. El argumento utilizado por el ex general Luis Emeterio Torres fue que Carranza había dado la orden de atraparlos y ejecutarlos.<sup>64</sup>

### **El ataque villista a Columbus**

Con la victoria de Obregón sobre Francisco Villa, ocurrida a mediados de 1915, la aprehensión de Huerta en suelo estadounidense, el asesinato de Pascual Orozco, la indecisión y cobardía de Mondragón, Blanquet, José Refugio Velasco y de otros más, la campaña incierta de Félix Díaz en suelo mexicano, el camino quedó despejado para el primer jefe. Realmente ya no hubo más amenazas serias. Tuvo frente a sí todas las de ganar para consolidarse en el poder. De paso, Estados Unidos sancionó su gobierno mediante el reconocimiento de facto. Lo único que empañó el panorama fue un hecho con tinte provocador: enfurecido por el reconocimiento que Estados Unidos hizo en pro del gobierno de Carranza, Villa se desquitó. Declaró la guerra a muerte a todos los estadounidenses, y en enero de 1916 ordenó una cruel matanza en Santa Isabel, donde fueron asesinadas diecisiete personas de esa nacionalidad. Como era natural, la opinión pública de Estados Unidos se exaltó y Wilson conminó a Carranza para que persiguiera al bandolero y evitara la repetición de semejantes atentados. Carranza hizo mutis y desatendió la petición. A principios de marzo, al frente de una gavilla, Villa cruzó la frontera y atacó el poblado de Columbus, haciendo pedazos la guarnición, asesinando a algunos civiles y quemando varias casas. El ataque y saqueo duró unas horas, y Villa regresó a México. Ante la indiferencia de Carranza para poner freno a tales desmanes, Woodrow Wilson ordenó al general Pershing perseguir a Villa en suelo mexicano. Se trata de la llamada expedición punitiva.<sup>65</sup>

Como resultado de la incursión de Villa en suelo estadounidense, así como de la entrada de las tropas de Estados Unidos en México, brotó el descontento y la indignación en ambos lados de la frontera. Mas, ¿quiénes fueron los culpables de las tropelías de Villa? De ninguna manera los desterrados. Estos últimos eran enemigos

<sup>64</sup> Informe de Ricardo Cuevas, cónsul en Los Ángeles, California, 23 de mayo de 1917, en AHDM, SRE, L-E-810(1), 1915-1916.

<sup>65</sup> Sax, *Los mexicanos...*, 9.

de Carranza y de Villa. Para ellos, al permitir la entrada de tropas extranjeras, Carranza dio pauta a la violación de la soberanía nacional. Resultaba peor que la invasión al puerto de Veracruz en 1914. De ahí que, sin tapujos, calificaran a Carranza de traidor. De este lado de la frontera, los carrancistas adujeron que los expatriados eran los traidores y que vendrían mezclados con las tropas de Pershing fortaleciendo la columna invasora. En medio de la guerra verbal, no fueron pocos los civiles y militares refugiados al sur de Estados Unidos que se dirigieron a las sedes consulares para ofrecer sus servicios en caso de que estallara una guerra entre ambos países. Como Carranza no estaba interesado en enfrascarse en guerra alguna, los cónsules se limitaron a tomar nota del ofrecimiento y les dijeron que esperaran la respuesta oficial, la cual jamás llegó. En otros casos, les comentaron, en forma socarrona, que como nadie los había corrido del país, ningún problema había para que regresaran. A pesar de ello, hubo rumores de que si cruzaban la frontera lo más probable era que los atraparan y fusilaran. La razón: su supuesta complicidad con Villa, obstinado en provocar un conflicto internacional. A fines de marzo de 1916, Nemesio García Naranjo, Manuel Garza Aldape, Ricardo Gómez Robelo y otros refugiados en San Antonio, Texas, se presentaron ante el cónsul Teódulo Beltrán, ofreciendo sus servicios. Beltrán les contestó que telegrafiaría a su gobierno sobre el ofrecimiento, y éste jamás contestó. Los generales José Alessio Robles y Vicente Calero solicitaron permiso a los jefes carrancistas de las guarniciones de Piedras Negras y Nuevo Laredo para cruzar la línea divisoria y defender la patria en caso de una guerra con Estados Unidos. El primero recibió una respuesta negativa; mientras que al segundo se le pidió firmar un documento de adhesión incondicional a Carranza, abjurando de su pasado huertista.<sup>66</sup>

De cualquier forma, en marzo de 1916, *El Pueblo*, un diario al servicio de Carranza, informó que las autoridades estadounidenses se aprestaban a meter en orden a los agitadores. La advertencia fue clara: toda persona que conspirara, difundiera intrigas o rumores malintencionados que afectaran la imagen del gobierno constitucionalista sería deportada a México, donde recibiría el merecido castigo. Al enterarse de semejante amenaza, cundió la alarma entre los santuarios ubicados a lo largo de la frontera.<sup>67</sup>

Como Carranza no tenía la menor intención de frenar las tropelías de Villa ni de sacar a los estadounidenses de suelo patrio, buscó nulificar las acusaciones de traición a la patria. Utilizó como vocero a Álvaro Obregón. En una manifestación ocurrida en junio de 1916 en la ciudad de México, dijo: “No hay que olvidar que en caso de guerra los primeros que entrarán a nuestro territorio serán mexicanos con el bigote rasurado y mascando tabaco, pues las pasadas administraciones crearon monstruos de perfidia y de maldad; pero no hay que temerles, sabremos darles la muerte que merecen”. En otra señaló: “Nosotros formaremos la vanguardia, a vosotros está encomendada la retaguardia. No importa que falten armas, al cabo [que] para colgar frailes, traidores y científicos no es necesario estar armados”.<sup>68</sup> Jamás habló de colgar a los

<sup>66</sup> Sax, *Los mexicanos...*, 11-12.

<sup>67</sup> “Deportación de reaccionarios”, *El Pueblo*, 27 de marzo de 1916.

<sup>68</sup> *Ibíd.*, 11.

miembros de la expedición punitiva ni a las huestes villistas. Pero eso no fue todo. En mayo de 1916, el diario *El Pueblo* publicó un encabezado que decía: “Los reaccionarios y los traidores que conspiran contra México”. A continuación calificó de insensatos a los expatriados por llamar traidor a Carranza, y arremetió contra todos:

Los villistas, huertistas, felixistas y demás enemigos de la Revolución han dicho que don Venustiano Carranza es un traidor. Han arrojado el oprobio de esta palabra, la que sirve de expresión al peor de los crímenes humanos, la que es el estigma de la más horrorosa bajeza, pero nadie ha probado, ni siquiera apoyado, sus decires, en razonamiento alguno.

Lo mismo el canallesco artículo preñado de sofismas, dictado por el cerebro cuya fuerza ha sido destinada al mal, que el libelo nacido en el cerebro obtuso de un mandril reaccionario, con el desahogo de un rencor de fiera herida, con el instinto de un reptil aplastado, lanzan a diario su denuesto, que se vuelve hacia ellos, convertido en maldición y que les quema sus espaldas como un látigo de lumbre.<sup>69</sup>

Luego expuso las razones por las cuales Carranza no hizo frente a la expedición punitiva ni a los villistas: no tuvo los suficientes elementos para hacerles frente. Así de simple. A continuación, *El Pueblo* señaló que una guerra con Estados Unidos no sería una guerra de corta duración, sino muy larga. Y lo peor: involucraría no sólo a México y a Estados Unidos, sino a todo lo que llamaba “intereses latinos de América”,<sup>70</sup> a todo el continente latinoamericano. Pero Carranza utilizó otro ardid. En junio de 1916, se difundió que una turba de carrancistas solía reunirse en un teatro de la ciudad de Chihuahua y luego salía a las calles vociferando contra los estadounidenses, lapidando a su paso los edificios, incluso arrancando el escudo del consulado de Estados Unidos. Para los redactores de *El Paso Morning Times*, era evidente que el movimiento antiestadunidense era fomentado por los jefes militares carrancistas. Aseguró que las masas mexicanas eran ignorantes e indiferentes ante las cuestiones políticas, y que sólo se movían si alguien las incitaba, y tocaba las fibras de su acendrado nacionalismo. Enterado de esos desmanes, el cónsul Andrés G. García se puso en contacto con Cándido Aguilar para transmitirle el malestar existente en el otro lado de la frontera.<sup>71</sup> Con el paso de los días, las acusaciones tanto en un sentido como en otro cedieron.

## Superada la tempestad: la reelección del primer jefe

De hecho, a mediados de 1916 todo había terminado. Los embates de los expatriados se diluyeron y Carranza se abocó a normalizar la vida económica y política

<sup>69</sup> Véanse “Los reaccionarios y los traidores que conspiran contra México”, *El Pueblo*, 20 de mayo de 1916; “Traidores”, *El Pueblo*, 8 de mayo de 1916, y “La revolución y la reacción en extranjero”, *El Pueblo*, 16 de mayo de 1916.

<sup>70</sup> *Ibid.*

<sup>71</sup> El cónsul Andrés García a Cándido Aguilar, El Paso, Texas, junio de 1916, en AHDM, SRE, L-E-800(1), 1916.

del país. Pero hubo algo más: lanzó su candidatura a la presidencia de la república. De primer jefe buscó transitar hacia la figura de presidente de México. Aunque no todos aceptaron su plan. Adujeron que, bajo una u otra forma, al final de cuentas, se trataba del ejercicio del Poder Ejecutivo. El llamado Partido Legalista lo acusó de ignorar el “principio” de la no reelección que predicaba que ningún ciudadano se perpetuaría en el poder. Recordó que la citada bandera fue reconocida por todos los revolucionarios, incluido él mismo. En suma, después de ejercer tal cargo en el llamado periodo preconstitucional, Carranza estaba incapacitado para ocuparlo de nuevo. La única forma permitida era ocuparla en forma discontinua. Firmaban: Emiliano G. Sarabia, Ignacio Borrego Esparza, Enrique Bordes Mangel, Adolfo M. Azueta, Benjamín Ríos, Ramón Puente, Federico Cervantes y Rodolfo Flores Farías.<sup>72</sup> Naturalmente, Carranza ningún caso les hizo. Hubo elecciones y las ganó.

### Provocación u ocurrencia

El cónsul de Los Ángeles, California, trabajó horas extra para lidiar con personajes con perfil de aventureros. Nos referimos a un tal Juan B. Uribe, discípulo de Felipe Ángeles, al Dr. Atl y al representante de Emiliano Zapata, de nombre Octavio Paz. ¿Qué pretendían esos personajes? Probablemente espantar a Carranza y nada más. A mediados de 1916, Juan B. Uribe, que se decía discípulo de Felipe Ángeles, dijo que pretendía internarse en el Distrito Norte de Baja California para apoderarse de su gobierno. Cómo: mediante un cuartelazo. Derribar nada menos que al coronel Esteban Cantú.<sup>73</sup> Pero hubo otra novedad. Despreciado por Carranza, a quien sirvió en su ascenso al poder, apareció en Estados Unidos Gerardo Murillo, el famoso Dr. Atl, entrometiéndose también en los dominios de Cantú. Pero lo notable aquí fue que Cantú se lo permitiera. Se trataba de su feudo y jamás lo dejaría en manos de unos intrusos. A pesar de que era probable que en este caso, al enterarse de que su estado mental no era el óptimo, Cantú le siguiera el juego. Muchos opinaban que, además de ser indigente, el Dr. Atl era firme candidato para el manicomio.<sup>74</sup> En enero de 1918, *El Universal* difundió que el coronel Esteban Cantú echaba chispas contra el Dr. Atl, todo porque tuvo la osadía de insinuarle que se rebelara contra Carranza. Como a Cantú le pareció una traición, lo desterró del Distrito Norte.<sup>75</sup> De paso, Cantú aprovechó la ocasión para intentar borrar su tortuoso pasado de equilibrista. Al cuadrarse ahora con Carranza, buscaba que se olvidaran de que antes también lo hizo con Eulalio Gutiérrez y Francisco Villa. A principios de febrero de 1920, se especulaba que, debido a sus inclinaciones bolcheviques, el Dr. Atl había sido

<sup>72</sup> Cónsul de El Paso, Texas, 2 de noviembre de 1916, en AHDM, SRE, L-E-799(s/n), 1916.

<sup>73</sup> Cónsul de México en San Diego, California al secretario de Guerra y Marina, 28 de julio de 1916, en AHDM, SRE, L-E-800(6).

<sup>74</sup> “Informe de reaccionarios”, Los Ángeles, California, 12 de enero de 1919, en AHDM, SRE, L-E-837/legajo 8, y “Notas de actualidad”, *Revista mexicana*, San Antonio, Texas, 16 de septiembre de 1917.

<sup>75</sup> “El doctor Atl pretende la independencia de Baja California”, *El Universal*, 8 de enero de 1918.

deportado a Rusia.<sup>76</sup> Octavio Paz, quien en 1918 apareció en Los Ángeles, no tuvo empacho en convivir con villistas, huertistas y toda clase de enemigos de Carranza. Se dijo que al llegar a la citada ciudad carecía de recursos, pero viajó a San Francisco y, misteriosamente, regresó con las manos llenas de dinero;<sup>77</sup> sin embargo, al percatarse de que en realidad tales personas eran inofensivas, tanto los cónsules como el primer jefe dejaron de prestarles atención.

## ¿Una Constitución política con influencia bolchevique?

En 1917, Carranza expidió una nueva Constitución política, cuyo artículo 27 fue calificado de socializante y estatista. Para muchos, al contemplar que el suelo y subsuelo pertenecían originariamente a la nación, desconocía la propiedad privada. En octubre de ese mismo año, con Lenin al frente, los bolcheviques tomaron el poder en Rusia y se abocaron a la implantación de la llamada dictadura del proletariado. A finales de 1918, terminaba la primera guerra mundial, cuyo armisticio se firmó en noviembre del mismo año. Debido a sus numerosas inversiones petroleras y mineras, en Estados Unidos se armó todo un escándalo. No fue raro que la propaganda periodística señalara que entre la Constitución de 1917 y el programa bolchevique no había diferencia alguna. Los medios difundieron imágenes del supuesto bolchevismo mexicano, acusándolo de fomentar una gran intranquilidad política y social. A causa de ello, sus espías enfocaron sus miras en Carranza, a quien, de paso, le dio por coquetear con Alemania.

A propósito de la Constitución política de 1917, las reacciones entre los expatriados fueron diversas: como varios tenían propiedades en México, con sobradas razones supusieron que, tarde o temprano, las perderían, como efectivamente sucedió. Jorge Vera Estañol se convirtió en el crítico más acérrimo de la Constitución, alegando una supuesta condición de ilegitimidad. El citado jurista recordó que, al levantarse en armas en 1913, Carranza enarboló la bandera restauradora del régimen constitucional, basándose en la Constitución de 1857.

Agregó que, mediante el decreto de reformas al Plan de Guadalupe, del 12 de diciembre de 1914, el primer jefe asentó que al triunfo de la revolución se convocaría a elecciones para restaurar el Congreso de la Unión, integrado por dos cámaras: la de Senadores y la de Diputados, más las legislaturas de los estados, por cierto, instancias únicas para revisar y reformar la Constitución de 1857, tal como se asentaba en el artículo 127.

Para reforzar su alegato, reprodujo el citado artículo, cuyo texto dice: “La presente Constitución puede ser adicionada o reformada. Para que las adiciones o reformas lleguen a ser parte de la Constitución, se requiere que el Congreso de la Unión, por el voto de las dos terceras partes de sus individuos, presentes, acuerde las reformas

<sup>76</sup> “Deportación del doctor Atl”, en AHDM, SRE, L.-E-835(4), 1920.

<sup>77</sup> Ricardo Cuevas a Emilio Salinas, cónsul en Los Ángeles, California, 10 de mayo de 1918, en AHDM, SRE, L.-E-842/legajo 6.

o adiciones, y que éstas sean aprobadas por la mayoría de las legislaturas de los Estados".<sup>78</sup> Según Vera Estañol, cubierto este requisito, resultaba procedente elevar a rango constitucional las reformas surgidas durante la lucha armada. El problema fue que Carranza erró el camino. Mediante la Asamblea de Querétaro consumó un golpe de Estado. Y lo que fue peor, su obra máxima, la Constitución de 1917, resultó ser una carta totalmente espuria.<sup>79</sup>

## ¿Organizarse para qué?

Conscientes de que el periodo de gobierno de Carranza estaba por concluir, los exatriados dejaron atrás sus ánimos belicistas y se enfrascaron en discusiones sobre la forma de reconstruir el país. Tan inmersos estaban que ni siquiera prestaron atención a las cruzadas armadas, francamente suicidas, de Ignacio Morelos Zaragoza, Felipe Ángeles y Aureliano Blanquet, quienes cruzaron la frontera para derrocar a Carranza. De la forma menos elegante, los ignoraron, ni caso les hicieron. Todos decían tener la fórmula para levantar al país después del desastre carrancista y conducirlo hacia adelante. Entre otras cosas, se fundaron diversas organizaciones políticas. Por ejemplo, Antonio Villarreal, Enrique Llorente, Federico González Garza, Enrique Santibáñez, Miguel Díaz Lombardo y otros villistas crearon en la ciudad de Nueva York, en 1918 la Alianza Liberal Mexicana. En la primera semana de noviembre de 1918, la Alianza hizo públicas sus bases, en las que se advertía que Ángeles regresaría a México para unificar todas las facciones políticas,<sup>80</sup> que recorrería el país de Norte a Sur predicando la concordia y la necesidad de que los distintos jefes rebeldes depusieran las armas. Una propuesta nada original, ya que se trataba de los mismos propósitos que animaron a Federico Gamboa, Ismael Zúñiga y Eliseo Ruiz, entre otros, al crear en 1915 la Asamblea Pacificadora Mexicana, lo cual les valió una tremenda reprimenda de Obregón, Villa y, curiosamente, del mismo Felipe Ángeles:

Nos encontramos muy próximos a un momento solemne en que la Patria va a exigir a sus buenos hijos un último esfuerzo para salvarla. El desgobierno de Carranza, con el fracaso militar de Chihuahua; con el fracaso económico que ha hecho descender su moneda a una quinta parte de su valor representativo; y finalmente con el fracaso diplomático de New London, no puede ni podrá sobrevivir. Es preciso, por tanto, empezar a preparar el camino de quien deba recibir las ruinas de la Nación, y ayudarle a reconstruir, lo que los bárbaros han devastado en seis años de regresión y crimen.

En estos instantes, todas las víctimas del desenfreno carrancista que se encuentran en el destierro hablan con entusiasmo de la necesidad imperiosa de unión y fraternidad; pero las obras no corresponden a las palabras, y lo que se mira en realidad es el afán, mal velado, de imponer el criterio propio. Los políticos quieren que las gentes se unan a ellos; pero no dan un paso en sentido de unirse ellos mismos a otra personalidad. El

<sup>78</sup> Jorge Vera Estañol, *Al margen de la Constitución de 1917* (Los Ángeles: Wayside Press, 1920), 3-11.

<sup>79</sup> *Ibid.*

<sup>80</sup> "La Alianza Liberal Mexicana. Bases fundamentales", en AHSRE, L-E-804, legajo 9.

grito general es el de “vénganse con nosotros”, pero nadie comienza a irse con los demás. Todos quieren ser unificadores.<sup>81</sup>

A finales de 1918, J.A. Reyes publicó un texto en la *Revista Mexicana*, en la que reiteraba que, para salvar a la patria, era necesario unirse. Aunque el problema era cómo, enseguida propuso un plan. Dijo que en casi todas las poblaciones estadounidenses había personas que representaban a todos los grupos políticos. Personas que, debido a su posición social, ilustración, honradez y capacidad, se considerarían jefes natos. Ellos tenían la suficiente autoridad moral para convocar a sus correligionarios. Nombres: en San Antonio, Texas, destacaba Nemesio García Naranjo, jefe del grupo autonombrado liberal, al igual que Eduardo Tamariz lo era del grupo religioso; el doctor Vázquez Gómez, también del liberal. En La Habana, figuraban los Elguero, Maqueo Castellanos, Federico Gamboa, entre otros. En Nueva York, Calero, Traslosheros, Esquivel Obregón, entre otros. En El Paso, Texas, Francisco Pascual García, entre otros. Transcurrieron días, semanas y meses discutiendo, pero, salvo contadas excepciones, no dieron un paso en firme. Fueron tantas las voces y opiniones, que al final de cuentas nadie confiaba en nadie. Nadie sabía a quién sumarse. Incluso, cuando se solicitaban fondos para imprimir volantes, fundar diarios, comprar armas, apoyar a algún dirigente, nadie soltaba un centavo.<sup>82</sup>

## El sistema de espionaje en crisis

A finales de 1918 y principios de 1919, la maquinaria de espionaje de Carranza empezó a resquebrajarse. Sumergida en espiar toda suerte de conspiraciones, muchas veces ficticias, cayeron en la confusión y en el letargo. Si bien reportó algunas cruzadas contrarrevolucionarias, no pudo enterarse de otras. Reportó la entrada a México de Felipe Ángeles, de Aureliano Blanquet, pero se le escapó la de Ignacio Morelos Zaragoza, al igual que la de Félix Díaz. Para fortuna de Carranza, todos ellos arrastraron contingentes minúsculos, no significaban mayor peligro ni merecieron mayor atención. Como es sabido, todas terminaron en verdaderas tragedias.

En marzo de 1918, Ignacio Morelos Zaragoza, acompañado de su hijo Roberto y quince hombres más, atravesó las aguas del Río Bravo, a cuatro leguas de Laredo, Texas. Nadie supo de ello, sino hasta que ya estaba en México. Fueron tantos sus ánimos de venganza que algunas versiones indican que perdió el control de sí mismo y enloqueció. Fue atrapado y enviado a prisión.<sup>83</sup> Por razones desconocidas, Carranza no lo fusiló. En diciembre de 1918, Felipe Ángeles se internó en suelo mexicano, acompañado de Alfonso Gómez Morentín, José Jaurrieta y un guía, y se dirigió a Cuchillo Parado, Chihuahua, para reencontrarse con Villa. Muchos de sus correligionarios se enteraron de su llegada, pero ni caso le hicieron. En mayo de 1919,

<sup>81</sup> Cónsul en Laredo, “Diversos informes referentes a reaccionarios”, en AHDM, SRE, L-E-798(7), 1916.

<sup>82</sup> “Manos a la obra de la unión”, *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 22 de diciembre de 1918.

<sup>83</sup> “Informe sediciosos”, en AHDM, SRE, L-E-837/legajo 12.

algunos villistas lo proclamaron presidente provisional de México. En noviembre de ese año, fue aprehendido y fusilado.<sup>84</sup> Sobre Aureliano Blanquet, el sistema de espionaje detectó sus pretensiones, pero no lo denunció, lo cual habría significado su aprehensión. De cualquier forma, los carrancistas lo cercaron en suelo mexicano y, en cuanto pudieron, se lanzaron sobre él. En plena escapada, Blanquet cayó con su caballo al fondo de una barranca y perdió la vida.<sup>85</sup>

Era obvio que en esas fechas el mayor peligro para Carranza no se hallaba entre los expatriados, sino en México. La causa: se agitaban las aguas de la sucesión presidencial, lo cual socavó el sistema de espionaje. Lo hizo explotar. El culpable no fue un desterrado, sino Álvaro Obregón, recién distanciado de Carranza. Como en Cuatro Ciénegas se empecinó en heredar su puesto a Ignacio Bonillas, Obregón se lanzó al ruedo y sus emisarios penetraron en el mismo ejército, entre distintos grupos revolucionarios, e incluso entre los desterrados y los mismos cónsules. Curiosamente, el manco de Celaya no se atrevió a pedirle a Blanquet ni a Felipe Ángeles que se sumaran a su campaña presidencial. Por supuesto que no faltó un obregonista que hiciera un guiño a algún cónsul fronterizo, quien entendió perfectamente bien que, para asegurar su futuro, se acercaba la hora de cambiar de casaca.

Obregón mismo les hizo un guiño a José Vasconcelos y al general Antonio Villarreal, exiliados en San Antonio, Texas, quienes no se ofendieron, sino que más bien se alegraron e incluso se trasladaron junto con sus familias a Los Ángeles, California, para estar más cerca de la base de operaciones del manco de Celaya. Obregón cruzó la línea fronteriza, habló con ellos y otros desterrados, y el pacto se selló.<sup>86</sup> Es probable que la invitación a sumarse a la campaña de Obregón haya sido extensiva a Octavio Paz Solórzano, quien, como premio, en 1921 ocupó una curul en la Cámara de Diputados. Para el resto de los exiliados, el mensaje era claro. Debido a que el enemigo común era Carranza, a su caída, todos podrían regresar. El 2 de abril de 1920, José María Arredondo, cónsul en Arizona, se quejaba amargamente de que Fernando Mendoza y Francisco Zamora, agentes de migración de Agua Prieta, en lugar de cumplir con su misión se dedicaban a invitar a los expatriados, sin distinción política, a cruzar la frontera y sumarse a las filas obregonistas. El objetivo: contribuir a derrocar a Carranza. Como a su juicio se trataba de una deslealtad hacia el gobierno mexicano, sugirió destituirlos, lo cual no ocurrió.

Efectivamente, los mencionados agentes, sin respetar las leyes de neutralidad, invitaban a los villistas, huertistas o maytorenistas a trasladarse a Agua Prieta, donde recibirían armas y parque.<sup>87</sup> Como se infiere, el sistema de espionaje había perdido su utilidad.

<sup>84</sup> *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, 16 de febrero de 1919; Sax, *Los mexicanos...*, 69-70, e "Informe de políticos de bandoleros", *El Paso*, Texas, 15 de enero de 1919, en AHDM, SRE, L-E-839/legajo 9.

<sup>85</sup> Toda la odisea de Aureliano Blanquet se publica en la *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas (nos. del 30 de marzo, 13 y 20 de abril, 4 y 7 de mayo de 1919).

<sup>86</sup> Gloria Sánchez Azcona, *El general Antonio I. Villarreal. Civilista de la revolución mexicana* (México: INEHRM, 1980), 69-71.

<sup>87</sup> José María Arredondo, cónsul en Douglas, Arizona, a Hilario Medina, subsecretario de Relaciones Exteriores, 2 de abril de 19120, en AHDM, SRE: L-E-866(1), 1920.

## Un llamado desesperado

Desde Nueva York, el 4 de febrero de 1920, Isabel Alcolea, esposa de Félix Díaz, lanzó un desesperado llamado de auxilio a Carmen Romero Rubio, la viuda de Porfirio Díaz, más conocida como Carmelita. De manera lastimera, afirmaba que no le había escrito antes porque no estaba del todo segura de que las cartas llegaran a sus manos. Ahora, gracias a la gentileza de la señora Limantour, las cosas habían cambiado. Isabel Alcolea le confesó que se había trasladado a Nueva York para cerciorarse del curso del movimiento de su esposo Félix Díaz, un movimiento que ya tenía cuatro años, luchando contra la adversidad, la mala voluntad de muchos y múltiples desengaños. Aunque luego cambiaba de tono y señalaba que la tenacidad de Félix era tanta, que en los círculos oficiales de Estados Unidos ya se hablaba de su inminente triunfo. Isabel Alcolea habló del embargo de una remesa de armas y municiones destinada a México, cuyo rescate llevaría tiempo.

Pero agregaba que Félix Díaz tenía la oportunidad de adquirir otra remesa de armas con valor de medio millón de dólares, para el cual sólo tenían cien mil. Buscando ablandarla, aseguró que en México había personas dispuestas a aportar tal cantidad, pero ponían como condición que Estados Unidos reconociera el movimiento de Félix y le dieran el rango de fuerza beligerante. Si bien Isabel comentaba que ella tenía algunas propiedades en México, con su venta no reuniría semejante cantidad. Pero luego fue directa y al grano: le recordó a Carmelita que se había acordado de un viejo ofrecimiento suyo, y que había llegado la hora de aceptar. Le solicitó el medio millón de dólares. Como no se trataba de un préstamo sin retorno, le aseguró que se lo devolvería en un plazo de sesenta días.<sup>88</sup> Resulta difícil saber si Carmelita acudió en auxilio de Félix Díaz con el medio millón de dólares que requería urgentemente. Lo más probable es que, después de meditarlo, no le haya proporcionado nada. Las noticias sobre las andanzas y aspiraciones de Obregón eran públicas y conocidas.

## Colofón: el Plan de Agua Prieta

Con el lanzamiento del Plan de Agua Prieta, en abril de 1920, todo terminó. Álvaro Obregón llegó al poder, Carranza fue eliminado y los desterrados pudieron volver a México. Los santuarios de los expatriados ubicados tanto en la frontera México-Estados Unidos, como en La Habana, en unos casos casi se vaciaron y, en otros, desaparecieron. Para los gobiernos de México y Estados Unidos, la agitación política en ellos incubada dejó de ser un problema, una preocupación. El sistema de espionaje carrancista se discontinuó. Parte del personal político de vieja y nueva raigambre se cambió de casaca y se fue a la cargada, se fue con el triunfador —una costumbre, por cierto, bastante arraigada entre los políticos mexicanos—. Los mecanismos y sistemas

<sup>88</sup> Isabel Alcolea de Díaz a Carmen Romero R. de Díaz, Nueva York, 4 de febrero de 1920, en CEHM-Condumex, fondo DCXXI, documentos de Félix Díaz, 1917-1921, V-2.

utilizados por Carranza para vigilar la frontera fueron cambiados. Involucrados en reiteradas disputas por el poder, en los años veinte, los enemigos de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles siguieron cruzando el Río Bravo para salvar su vida, abastecerse de armas, tomar un respiro y continuar en la brega. Eso sí, la vieja imbricación entre México y Estados Unidos siguió inalterable, y a pesar de las continuas fricciones y rivalidades, no se ha roto. Incluso se ha fortalecido. Pero todo eso es parte de otra historia.

## FÉLIX DÍAZ Y EL EXILIO MEXICANO

Peter V. N. Henderson\*  
Héctor L. Zarauz López\*\*

Desde la Antigüedad hasta nuestros días, diversas circunstancias han obligado a que la gente deje sus hogares en contra de su voluntad buscando refugio en tierras ajenas. Antes de Moisés, los judíos salieron del Medio Oriente para ir a Egipto buscando preservar su religión y sus costumbres. Disidentes religiosos en la Inglaterra del siglo XVII abandonaron su tierra por razones similares. La política también fue causa de expulsión: Malcolm, hijo del asesinado rey Duncan, escapó del tiránico Macbeth; los jacobistas escaparon de Guillermo de Orange durante la Revolución de 1688; emigrados franceses huyeron de los terrores de la Revolución de 1789, y los *tories* buscaron refugio en Canadá después de la Independencia de Estados Unidos, por citar sólo algunos casos.

Sin embargo, el fenómeno (más bien común) del exilio no ha sido objeto de muchos estudios historiográficos, comparado con los trabajos que hay sobre las revoluciones.<sup>1</sup> La razón para explicar este desequilibrio puede ser que los triunfadores realizaron cambios en sus países, y desde esa perspectiva estudiar a “los perdedores” ha sido un objetivo menos atractivo. Ciertamente, esta generalización ha sido extensiva para la Revolución mexicana, que desplazó a un número significativo de personas, que apenas ha merecido algunas palabras entre cientos de narraciones en torno a este proceso. Obviamente, este artículo está dirigido a llenar ese importante vacío.

En función de ese fin, aquí se tratará de examinar la mentalidad de los exiliados. Al respecto, Eduard Everett Hale fue de los primeros en explorar cómo se percibe el exilio en su libro *The Man without a Country*.<sup>2</sup> A diferencia de un inmigrante que es libre para regresar a su tierra en cualquier momento,<sup>3</sup> un exiliado es permanentemente separado de su hogar y sus amigos, hasta que sea perdonado por el gobierno en el poder. En el caso mexicano, para varios de estos exiliados políticos regresar a casa se convirtió en una misión de vida, particularmente para los asociados con

\* Profesor, Winona State University. peter.henderson@winona.msus.edu.

\*\* Facultad de Economía. hector.zarauz@gmail.com.

<sup>1</sup> Al respecto, véase James Lees-Milne, *The Last Stuarts: British Royalty in Exile* (Nueva York: Scriber, 1984). También, Daniel Maratos, *Escritores de la diáspora cubana* (Methuen, N. J., Scarecrow Press, 1986).

<sup>2</sup> Edward Everett Hale, *The Man without a Country* (Nueva York: W.M. Caldwell, 1897).

<sup>3</sup> James T. Scobie, *Revolution on the Pampas: A Social History of Argentine Wheat* (Austin: University of Texas Press, 1964); también la obra de Carl Solberg, *Immigration and Nationalism, Argentina and Chile, 1890-1914* (Austin: University of Texas Press, 1970).

el gobierno de Victoriano Huerta, quienes tuvieron menos recursos que los exiliados porfiristas. Los primeros expulsados por la caída del porfiriato en 1911 emigraron principalmente a Francia, donde crearon una colonia y llevaron un elegante estilo de vida.<sup>4</sup> A la caída de la dictadura de Huerta, un mayor número de exiliados huyó tanto hacia Estados Unidos como a Cuba, donde casi todos tuvieron que trabajar para vivir y la mayoría planearon su retorno.

La lucha del exilio no se concentró sólo en recuperar posición social y económica; también hubo un problema filosófico que mantuvo viva la lucha, porque de otra manera hubiera degenerado en una simple guerra de destrucción. En febrero de 1917, los constitucionalistas crearon una nueva Constitución que incrementó notablemente el poder del Estado. Tanto para porfiristas como para huertistas, la Constitución de 1917 representó un rechazo a la herencia liberal del siglo XIX, que era el centro de sus creencias. Además, varios de los enemigos de Carranza, que anteriormente habían apoyado la revolución, como la gente de Francisco Villa y Emiliano Zapata, tenían serias dudas sobre la sabiduría de la nueva Constitución; para ellos, el gobierno había ejercido el poder tiránicamente en el pasado y no era merecedor de confianza. ¿Por qué debían, entonces, entusiasmarse con una Constitución que prometía fortalecer el mismo ente que temían y despreciaban?

Esta investigación prueba la hipótesis de que todos los exiliados que huyen por razones personales, esperan regresar a su tierra.<sup>5</sup> También se tratará de saber cómo se concebía a los exiliados ligados a Félix Díaz y qué motivó a otros a buscarlos como líderes. Finalmente, se examinará el destino de este exilio en el periodo posterior a 1920, cuando claramente la carrera política de Díaz había terminado, aunque siguió constituyendo un problema para el gobierno mexicano. Así, al examinar la vida de Díaz y sus seguidores, obtendremos una idea del destino de uno de los exilios de la Revolución mexicana.

## **Félix Díaz: el exilio político**

Poder, privilegios y familia, todo favoreció al joven Félix Díaz, quien ganó presencia durante la década final del porfiriato. Como sobrino favorito de don Porfirio, el joven Félix se convirtió en un exitoso empresario, adquirió propiedades, tanto rurales como urbanas, por toda la nación. El tener información privilegiada acerca de proyectos de desarrollo le permitió capitalizar oportunidades, al igual que otros pocos privilegiados, aunque no tuvo reputación de corrupto como su primo Porfirio Díaz Jr.,<sup>6</sup> Félix Díaz se movió en los elegantes círculos sociales de la capital, mas

<sup>4</sup> Carlos Tello Díaz, *El exilio: un relato de familia* (México: Cal y Arena, 1993), e Ingrid Frey, "First Tango in Paris: Latin Americans in Turn-of-the-century France" (Los Ángeles: UCLA, 1996, tesis doctoral).

<sup>5</sup> Paul Tabori, *The Anatomy of Exile* (Londres: George G. Harrap, 1972).

<sup>6</sup> Peter V.N. Henderson, *Félix Díaz, the Porfirians and the Mexican Revolution* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1981).

no en la misma escala que las familias de la verdadera elite. Se convirtió en general sin nunca haber entrado en combate, aunque al parecer era un ingeniero militar suficientemente diestro.<sup>7</sup> Félix Díaz sirvió lealmente a su tío como jefe de la policía en la ciudad de México; al respecto, los extranjeros encontraban que los gendarmes de la capital eran eficientes y educados, y la banda de la policía era de las mejores del país. Además, la policía mantuvo baja la tasa de criminalidad, lo cual contribuyó a la reputación que tenía México de ser un lugar de ley y orden.

De todas formas, el estatus favorable de Félix Díaz estaba limitado a ámbitos económicos y sociales. Cuando trató de ingresar al ámbito político como opositor en las elecciones de Oaxaca en 1902, su tío calmó sus ambiciones y lo envió al extranjero por dos años. En el transcurso de la última década del porfiriato, Félix Díaz favoreció a varios políticos, como Bernardo Reyes y Teodoro Dehesa, quienes resistieron al grupo llamado los Científicos, quienes habían monopolizado el gabinete y obtenido varias gubernaturas alrededor del país. En 1909, esta oposición “leal”, que podríamos llamar de manera muy general anticientíficos, tenía la esperanza de lanzar un candidato a la vicepresidencia al año siguiente; sin embargo, Bernardo Reyes dejó a este grupo sin un candidato adecuado, al abandonar la carrera cuando Porfirio Díaz le ordenó ir a Europa en una misión militar.<sup>8</sup> Entonces, Félix Díaz recibió la propuesta de varios de sus colegas para contender por el puesto, un rumor que rápidamente aplacó su tío pues, además de ser su familiar, el asunto tenía una connotación de dinastía oaxaqueña.<sup>9</sup> Como consecuencia, los anticientíficos quedaron sin líder en 1910 y se enfrentaron a una decisión muy difícil. Tenían que elegir entre apoyar como candidato para vicepresidente, a quien se conocía como el hombre más odiado en México (el científico Ramón Corral), o hacer campaña por el candidato antirreeleccionista en ascenso, Francisco I. Madero, que había tenido la audacia de desafiar a Díaz por la presidencia.

En ese contexto, la estrategia militar de Madero fue convocar una serie de levantamientos para el 20 de noviembre, encabezados por políticos civilistas que había reclutado durante meses de campaña política. Mientras el fracaso más notorio del plan fue la conspiración de Aquiles Serdán en Puebla (frustrada por el jefe de la policía y el ejército), a los conspiradores en México no les fue mejor. Descubiertos por los operativos de Félix Díaz, la policía arrestó a miembros clave de la célula en la ciudad de México, mientras otros escapaban al exilio en Estados Unidos. El llamado de Madero a levantarse en armas el 20 de noviembre tuvo reverberaciones sólo en las áreas rurales de Chihuahua, donde la gente de Pascual Orozco y Pancho Villa derrotaron a pequeños destacamentos de tropas federales. El propio Madero fue forzado

<sup>7</sup> Luis Liceaga, *Félix Díaz* (México: Jus, 1958), 13-14.

<sup>8</sup> Henderson, *Félix Díaz...*

<sup>9</sup> Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución* (México: Editorial Nacional, 1967), 311; también en Carleton Beals, *Porfirio Díaz Dictator of Mexico* (Filadelfia: J.B. Lippincott, 1932), 400. Por lo menos durante dos meses, era obvio que el dictador no toleraría la candidatura de su sobrino; en ese sentido, véase el mensaje de Francisco I. Madero a Manuel Bonilla, del 25 de marzo de 1910, en Archivo de don Francisco I. Madero: Epistolario 1910, vol. 3 (México: Ediciones de la SHCP), 97-98.

a retomar la frontera texana y planear el rescate de la revolución desde su cuartel general en San Antonio, Texas.<sup>10</sup>

Durante los últimos dos meses del porfiriato, el nombre de Félix Díaz emergió de nuevo mientras el dictador continuaba sus negociaciones con los líderes civiles de la rebelión maderista. Porfirio Díaz buscó un compromiso con Madero: que preservara intactos los logros del porfiriato: “No queríamos ver los logros de los últimos veinticinco años tirados a la basura”, dijo el ministro de Finanzas, José Yves Limantour. Para mostrar su buena disposición a comprometerse, Díaz destituyó de su gabinete a todos los científicos, excepto al indispensable Limantour, y lentamente reemplazó a los gobernadores de todos los estados. En mayo, envió a su sobrino Félix a Oaxaca como nuevo gobernador. Sin embargo, estas reformas se dieron demasiado tarde; el éxito militar maderista crecía, así que aumentaron sus demandas políticas. De manera que al final Díaz renunció, al igual que todo su gabinete y todos los gobernadores, y se exilió en Europa. Declinó una oferta del inversionista británico Lord Cowdray para establecerse en alguna de sus propiedades en Inglaterra, y por el contrario, se unió a los mexicanos que partieron a París en el *Ypiranga*.<sup>11</sup> Al mismo tiempo, Félix Díaz rechazó la oferta de su primo “Firio” de unirse a ellos, decidiendo que permanecería en México y haría una prueba en política como símbolo de la familia Díaz.<sup>12</sup>

La carrera de Félix Díaz durante los periodos de Madero y Huerta es demasiado conocida para abordarla aquí con gran detalle. El papel que intentó jugar fue el de “mano de hierro”, un mito que circuló luego del porfiriato. De acuerdo con esta visión de la historia nacional, la disparidad de culturas, los intereses regionales y política interna tendían a la desintegración de México, a menos que un “hombre fuerte”, como Porfirio Díaz (o el PRI posteriormente) se hicieran cargo de la nación. Seguidores de la antigua dictadura, pensaban que el mito tenía mucho sentido, especialmente cuando Madero probó incapacidad para calmar las múltiples revueltas que infestaron su periodo de gobierno. Félix Díaz también atrajo seguidores porque, como ya se dijo, personificaba a la familia Díaz. Pero quienes lo conocían bien tenían temores sobre las posibilidades de su éxito, incluso en contra del débil y cada vez más impopular Madero.

Díaz inició un golpe militar en octubre de 1912, en el puerto de Veracruz. En este primer intento por echar a Madero, mostró todos los defectos que repetiría en su carrera revolucionaria. En vez de maniobrar activamente con sus tropas y marchar

<sup>10</sup> Friedrich Katz, *The Life and Times of Pancho Villa* (Palo Alto: Stanford University Press, 1998). Asimismo, en Charles C. Cumberland, *The Mexican Revolution: Genesis under Madero* (Austin: University of Texas Press, 1952).

<sup>11</sup> Carta de Porfirio Díaz a Francisco León de la Barra, 30 de mayo de 1911, en Archivo Francisco León de la Barra, CEHM, c.1, l. 88; carta de León de la Barra a Díaz, 5 de octubre de 1911, Archivo Particular de Gildardo Magaña, UNAM, en lo sucesivo AGM, c.19, exp.5, d. 4; de León de la Barra a Díaz, 1º de junio de 1911, AGM, c. 18, exp.1, d. 33; de John Body a Lord Cowdray, 27 de mayo de 1911, Weetman Pearson Papers, University of Texas, Austin, microfilme (en lo sucesivo citado como Pearson Papers), caja 161, caja A-3; de Porfirio Díaz a Lord Cowdray, junio de 1911, Pearson Papers, caja 161. Asimismo, Carlos Tello Díaz describe el exilio de Díaz y su familia.

<sup>12</sup> Véase la carta de Félix Díaz a su primo Porfirio Díaz hijo, 30 de mayo de 1911, en Colección Porfirio Díaz (en lo sucesivo CPD), leg. 70, doc. 012030.

en dirección de un objetivo militar, Díaz aguardó pasivamente a que otras unidades militares se le unieran. Cuando éstas dudaron, fuerzas federales leales entraron al puerto y lo capturaron casi sin disparar. Éstas fueron apenas las primeras acciones en busca de dar forma al mito de la “mano de hierro”, con las que muchos de los seguidores tendrían sus dudas sustentadas. Díaz apenas si actuó en su segunda rebelión contra Madero, la llamada Decena Trágica, en febrero de 1913. En esta ocasión, por lo menos tuvo el tino de unirse con otro porfirista que tenía popularidad, el general Bernardo Reyes, que fue muerto en su primera irrupción. Refugiado en La Ciudadela, se afianzó y esperó a que otras unidades se le unieran. No fue de extrañarse que cuando el comandante federal Victoriano Huerta cambió de bando, ya estuviera listo para forzar a Díaz a que aceptara un papel secundario.

Durante el periodo de Madero, Díaz emitió varios planes políticos, explicando su posición sobre asuntos nacionales, vacilando entre simples declaraciones en favor de reasumir el orden y crecimiento económico, hasta comentarios más sofisticados en los cuales parecía refrendar el consenso progresivo que había emergido en 1911 (una confluencia de ideas de maderistas civilistas y porfiristas, que adoptaban reformas moderadas similares a las sugeridas por los progresistas de Estados Unidos y Europa); el caso es que Díaz no tenía un programa claramente identificable. Permanecía más como un símbolo que como un líder, y como un símbolo pasivo probó ser vulnerable a las ambiciones de Huerta. Sistemáticamente, Huerta empujó a Félix Díaz y su gabinete, lleno de felicistas, al exilio en el verano de 1913, aunque Díaz volvería quijotesca para contender en las elecciones de octubre. En suma, a fines de 1913, Félix Díaz, el símbolo de la vieja dictadura, había perdido credibilidad como potencial “mano de hierro”, y había dejado México para exiliarse en Estados Unidos.<sup>13</sup>

Entre los exilios mexicanos, el vivido por Félix Díaz es un tanto peculiar, pues transcurrió en tres momentos distintos: siendo candidato a la presidencia de la república, después del golpe militar a Madero, debió salir del país un tanto forzado por una comisión asignada por el presidente interino Victoriano Huerta, para que visitara en Japón al emperador; ese año volvió fugazmente, sólo para salir de nuevo del país debido a las amenazas que se corrían en su contra por parte del propio Huerta. Volvió al país a pelear contra Venustiano Carranza, pero fue nuevamente expulsado de México al triunfar la facción obregonista, para de nuevo urdir planes de derrocamiento en contra de Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Finalmente, su retorno a México se daría en el marco de las amnistías promovidas por el gobierno mexicano, a la cual se acogió ya sin ambiciones políticas.

## De viaje a Japón

Luego de consumarse el golpe militar a Madero, las facciones golpistas, es decir, las encabezadas por Félix Díaz y Victoriano Huerta, se reunieron en la embajada de Estados Unidos auspiciadas por el embajador Henry Lane Wilson. Ahí suscribieron

<sup>13</sup> Henderson, *Félix Díaz...*, 35-106 y Liceaga, *Félix Díaz*, 319-331.

el llamado Pacto de la Embajada, acordando que Victoriano Huerta asumiría la presidencia interina, con un gabinete de hombres seleccionados por el propio Díaz, quien lanzaría su candidatura a la Presidencia de la República, de manera que Félix Díaz parecía tener la mesa puesta para asumir el poder. Sin embargo, no contaba con que Huerta tenía otros planes.

Esto empezó a esbozarse cuando, en los arreglos sucedidos en la embajada estadounidense el 18 de febrero de 1913, Huerta se negó obcecadamente a dejar la presidencia interina a Félix Díaz o a alguno de sus hombres; adujo entonces los fuertes compromisos adquiridos y que el ejército no permitiría que alguien más encabezara la administración del país, pero a cambio cedió en los nombramientos de lo que sería su primer gabinete.

Muy pronto Huerta dio más muestras de sus intenciones. Empezó por presionar a sus ministros, seguirlos, intimidarlos hasta hacerlos renunciar uno a uno, nombrando como sustitutos a incondicionales suyos. Así, dimitió Alberto García Granados a la Secretaría de Gobernación, luego de dos meses de labores; el secretario de Guerra y complotista principal, general Manuel Mondragón, renunció en junio, al igual que Jorge Vera Estañol a la Secretaría de Instrucción Pública; en julio, claudicaron el secretario de Relaciones Exteriores, Francisco León de la Barra, y en la de Fomento, Alberto Robles Gil; el de Hacienda, Toribio Esquivel Obregón, y el de Agricultura, Manuel Garza Aldape. El último representante del felicismo, Rodolfo Reyes, renunció el 11 de septiembre al Ministerio de Justicia. De manera que en cuatro meses Huerta casi se había deshecho del gabinete que Félix Díaz le había impuesto, pero aún le faltaba el movimiento de piezas que le permitiera eliminar a Díaz mismo. Esto lo haría el 17 de julio de 1913, cuando escribió al emperador Yoshihito de Japón, para agradecer su asistencia a los festejos del Centenario, por lo cual en reciprocidad nombraba como embajador especial al general Félix Díaz.

Las intenciones de Huerta eran obvias; Félix Díaz no quiso ni pudo evitar tal comisión y al día siguiente contestó que aceptaba ese “honor tan especial”, conservando la esperanza de regresar a México a tiempo para participar en las elecciones que debían realizarse a finales de octubre. Así, más forzado que por voluntad propia, salió rumbo al lejano Oriente. Al parecer, Díaz consideró inviable quedarse en ese momento en México; Victoriano Huerta tenía control del ejército, del gabinete, de las Cámaras, así que aceptó ese primer exilio disfrazado de comisión diplomática, con la esperanza de relevar a Huerta por la vía electoral.<sup>14</sup> La decisión demostró ser de una tibieza y una ingenuidad excesiva.

Ante lo inevitable del viaje, Félix Díaz trató de apretar el paso para volver a México a tiempo para los comicios. Primero tomó un vapor a San Francisco, en agosto estaba en Portland rumbo a Vancouver; su plan era llegar a Japón, entregar el obsequio que llevaba para el emperador, tomar camino de regreso y estar listo para el

<sup>14</sup> Félix Díaz diría en su aceptación de esta comisión al Oriente: “Quedo asimismo entendido del propósito del Sr. Presidente, relativo a que pueda yo encontrarme de vuelta en tiempo oportuno para cumplir mis compromisos políticos relacionados con la elección presidencial”. Véase Archivo de Félix Díaz (en lo sucesivo AFD), conservado en CEHM de Condumex, carpeta 1, leg. 72.

15 de octubre. Pero ahí recibió instrucción de trasladarse a Europa. Así que cruzó toda la Unión Americana, tomó un barco y llegó a Francia. En París de nuevo él y su comitiva recibieron órdenes de detenerse y luego de continuar a Japón. Finalmente, el 24 de septiembre Huerta lo relevaría de su comisión diplomática. Díaz decidió entonces volver a México vía Cuba, adonde llegó en septiembre. Ahí sufrió un atentado en el cual casi pierde la vida, presumiblemente atribuido a agentes huertistas, aunque éstos se hacían pasar por carrancistas.<sup>15</sup>

Resulta que mientras Félix Díaz y un reducido grupo de allegados paseaba cierta noche por el malecón de La Habana, se encontró con otro grupo de mexicanos con quienes se hicieron de palabras por cuestiones de política, hasta que uno de ellos, llamado Pedro Guerrero, se abalanzó sobre Díaz dándole una cuchillada, mientras alguien del grupo felicista respondía dando un balazo en la región glútea al agresor. Este incidente provocaría un juicio contra Félix Díaz y sus acompañantes: Cecilio Ocón, Luis Ángel Maldas y Harry Berlinger.

De cualquier forma Díaz continuó con sus planes de volver a México, en donde sus correligionarios trataban de crear un ambiente favorable a su candidatura, aunque la situación para el felicismo decaía.<sup>16</sup> Además, la rebelión de Carranza se multiplicaba por todo el país, dificultando la realización de las elecciones, por lo cual Huerta parecía un mal necesario para las “buenas conciencias”.

Díaz llegó al puerto de Veracruz el 23 de octubre; ese mismo día, apenas instalado, recibió un telegrama de Aureliano Blanquet (nuevo secretario de Guerra), en el que por instrucciones de Victoriano Huerta le pedía retirar su candidatura presidencial; se aducía que no era conveniente que usara su influencia como militar. Tan mal recibimiento no sorprendió a Díaz, pero eso no era nada, pues al día siguiente recibió otro telegrama, en esta ocasión del mismísimo Huerta, llamándolo a encontrarse con él en la capital.

Tal invitación parecía demasiado riesgosa y, desde luego, no quería correr la misma suerte de Madero y Pino Suárez, así que mejor escribió una carta dimitiendo a su candidatura y declinando el viaje a la ciudad de México.

El colofón sería que el día 27 de octubre Díaz hizo público un manifiesto en el que anunciaba su salida del país, pues no deseaba verse ligado a los procedimientos anti-constitucionales del nuevo gobierno, con lo cual selló su enemistad con Huerta.<sup>17</sup>

Así terminó un miniexilio o algo muy parecido a ello, el cual duró tres meses. En ese tiempo, Díaz sólo estuvo acompañado de un reducido grupo de allegados. Como tenía la firme creencia de que participaría en las elecciones y sería presidente, no

<sup>15</sup> Véase entrevista con Víctor Velázquez realizada por Eugenia Meyer, en *Archivo de la palabra* (México: Instituto Mora, 1984), 142-145. El licenciado Velázquez había hecho el viaje con Félix Díaz. En torno a este mismo asunto existe un expediente en el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en lo sucesivo ARE), exp.11-4-202 (II).

<sup>16</sup> Miembros del Partido Popular Obrero y del Club Liberal Veracruzano manifestaban su simpatía, pero la verdadera situación se la plantearía Emeterio de la Garza, de filiación huertista, al señalarle que desde su partida a Japón el felicismo “ha desfallecido y se va extinguiendo por completo [...]”. AFD, carpeta 1, leg. 79, doc. 1.

<sup>17</sup> Véase “Al Pueblo Mexicano”, en AFD, carpeta 1, leg. 83.

urdió planes de rebelión política o militar. Ahora iniciaría una segunda etapa y un exilio real, con la connotación abierta de enemigo del régimen y de intentar su derrocamiento.

## El exilio

A partir de octubre de 1913 y hasta el mes de febrero de 1916, Félix Díaz iniciaría su segunda estancia forzada en el extranjero. Ahora, por preservar su integridad física y sus posiciones antihuertistas, se había convertido en un exiliado político. Así, el régimen de Huerta había provocado ya dos exilios: los maderistas y los felicistas.

Félix Díaz y sus seguidores tuvieron que buscar acomodo en alguna parte y conseguir recursos para iniciar un movimiento armado que derrocaria a Huerta. La primera parada fue La Habana, entre otras cosas para finiquitar el asunto del atentado, pero también ahí dio las primeras muestras de intentar la organización de un movimiento. Así, desde tierra cubana envió a dos emisarios buscando aliados: Cecilio Ocón fue a Washington seguramente en busca de recursos, mientras que el licenciado Bonales Sandoval fue a conferenciar con Pancho Villa, con resultados lamentables, pues el Centauro del Norte, aunque apreciaba a Bonales, lo amenazó de muerte si volvía a hacerle proposiciones de unificación con los asesinos de Madero.<sup>18</sup> Sin embargo, en Cuba no encontró a los capitalistas que le permitieran organizar un movimiento, así que Díaz y seguidores se mudaron a Estados Unidos en febrero de 1914, primero a Nueva York y luego a Nueva Orleans. Estados Unidos era el lugar indicado, pues ahí se encontraban los inversionistas que pudieran interesarse en el derrocamiento de Huerta.

Al llegar a Nueva York, los felicistas tuvieron la oportunidad de difundir su lucha, pues se realizaba la conferencia del ABC (Argentina, Brasil y Chile), reunida

<sup>18</sup> Informe de D. Nájera y de Pindter al secretario de Relaciones Exteriores, en ARE, exp. L-E-847 (9). Bonales Sandoval había sido el abogado de Villa durante la corte marcial que le hizo Victoriano Huerta en Chihuahua en 1912. También en la carta de John Lind a Nelson O'Shaughnessy, del 6 de febrero de 1914, Nelson O'Shaughnessy Papers, anexo de la New York Public Library, caja 1. En Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa* (México: edición particular, 1966), 99, se menciona la dureza en el rechazo de Villa a tal propuesta. Un cónsul estadounidense reportó que Villa había ejecutado a felicistas que acompañaban a Bonales Sandoval; véase la carta de George Corouthers a William Jennings Bryan, 3 de febrero de 1914, Records Department of State, Internal Affairs of Mexico, 1910-1929, en National Archives Washington, D.C. (en lo sucesivo RDS), carrete 34, 812.00/10820. El retorno de Bonales Sandoval a La Habana fue notificado por D. Nájera y Pindter al secretario de Relaciones Exteriores el 7 de febrero de 1914, ARE, L-E-790 R, leg. 21 (11), 2; *New York World* asienta el mismo dato el 2 de mayo de 1915 en Isidro y Josefina Fabela, eds., *Documentos históricos de la Revolución Mexicana*, 27 vols. (México: Jus-FCE), 1960-1963, en lo sucesivo DHRM, vol. 16, 351-352. En una carta de 1915, Villa pedía a todos los mexicanos que se unieran a su movimiento, aunque notoriamente excluía a los felicistas; carta de Villa a Miguel Díaz Lombardo, 10 de junio de 1915, DHRM, vol. 16, 153-158. Más adelante, cuando Villa se encontraba en declive, un abogado amigo suyo se acercó a Díaz; véase Antonio Castellanos a Panuncio Martínez, 10 de septiembre de 1917, en Archivo Venustiano Carranza (en lo sucesivo AVC), c.115, y Antonio Castellano a F. Díaz, s.f., ibíd.

para mediar ante Woodrow Wilson por la crisis generada por la falta del reconocimiento diplomático a México. Wilson se había negado sistemáticamente a reconocer al “sanguinario” Huerta; de manera que se consideró como una posible salida a este *impasse*, la erección de una presidencia neutral y provisional encabezada por Félix Díaz. Sin embargo, Estados Unidos no mostró interés en tal propuesta.<sup>19</sup>

De cualquier forma, Félix Díaz empezó a movilizarse. Simultáneamente a su llegada, se informó que en Texas y Arizona se organizaba ya una insurrección en favor suyo y de Emilio Vázquez Gómez; la idea era que se levantara los generales Gustavo Guardiola y Miguel B. Álvarez, subordinados a Díaz. Supuestamente, trabajaban para ello Arturo E. Elías en San Antonio, Amador Sánchez en Laredo y Harry Berlinger en México.<sup>20</sup>

En Estados Unidos, Díaz se encontró con que existía una enorme efervescencia política de mexicanos ahí establecidos, seguidores de Carranza que confabulaban, conseguían dinero y armamento para derrocar a Huerta. Los constitucionalistas habían adquirido popularidad y reconocimiento en amplios círculos del gobierno y de la sociedad estadounidenses; por ello, toda la atención estuvo centrada en los carrancistas, lo cual marcaría una primera fase de este exilio. Es un tiempo en que Díaz y sus seguidores se establecen y tratan de organizarse como grupo político.

Díaz y su esposa se avecindaron en Nueva Orleans al igual que algunos seguidores. Ocuparon todo un piso en un edificio de oficinas en el centro de la ciudad, desde donde se coordinarían sus actividades. Ahí empezó la organización del felicismo, tratando de establecer: 1) una red de seguidores, 2) contactos con el gobierno de Estados Unidos y 3) contactos con capitalistas mexicanos y estadounidenses que quisieran aportar dinero a la causa. Además, contrataron a un detective llamado Charles E. Jones para que realizara labores de espionaje; para mala suerte de los felicistas, Jones era un triple agente que vendía la información al FBI y al gobierno de Carranza.<sup>21</sup>

No obstante que la atención estaba con los carrancistas, había en el gobierno estadounidense voces disonantes que no se entusiasaban con el fervor revolucionario y que preferían una opción más conservadora. Fue así como se inició una relación que sería larga entre Félix Díaz y el senador Albert B. Fall, miembro ultraconservador

<sup>19</sup> Emilio Rabasa a William Buckley, 13 de junio de 1914, en William F. Buckley Papers, Universidad de Texas, Austin, en lo sucesivo Buckley Papers, Conferencia de Niagara Falls, Vol. 52-56. Buckley fungió como consejero para los representantes de Huerta. También se puede consultar el diario de Agustín Rodríguez en el Archivo de Emilio Rabasa, Universidad de Texas, Austin, en lo sucesivo Rabasa Papers, fechado el 6 de junio de 1914. Esta historia apareció en los periódicos; véase Emilio Rabasa al secretario del Tesoro, 17 de junio de 1914, Rabasa Papers no. 30, 22. También véase W.H. Ellis a Francisco Vázquez Gómez, 8 de junio de 1914, Archivo Francisco Vázquez Gómez, Morris Library, Southern Illinois University, en lo sucesivo AFVG, caja 43, no. 2675. Vázquez Gómez asistió a las conferencias con aspiraciones presidenciales, por ello su archivo abunda sobre esta reunión. Véase el informe de Francisco Vázquez Gómez, 21 de julio de 1914, AFVG, caja 43, no. 2833-34; el informe de Vázquez Gómez del 15 de junio de 1914, *ibíd.*, no. 2702; informe de Vázquez Gómez del 11 de junio de 1914 *ibíd.*, no. 2752, y el informe de Vázquez Gómez del 26 de junio de 1914, *ibíd.*, no. 2746-47.

<sup>20</sup> Véase ARE, exp. L-E-795 (2).

<sup>21</sup> Conversación con el profesor Michael Smith, Departamento de Historia, Oklahoma State University.

del Comité de Relaciones Exteriores. En principio, Fall señaló la necesidad de gestar una representación oficial ante el gobierno de Estados Unidos tal y como la que tenía Victoriano Huerta a través de Emeterio de la Garza, Venustiano Carranza a través de Eduardo Hay, y Villa con Lázaro de la Garza.<sup>22</sup>

La situación de los exiliados cambió cuando el 14 de julio de 1914 Victoriano Huerta no pudo soportar los embates de constitucionalistas, zapatistas y villistas, y tuvo que dimitir al tiempo que salía del país.

A partir de entonces, se inició un segundo momento para el exilio felicista. Los planes de Félix Díaz y sus seguidores cambiaron de objetivo: con Huerta exiliado en España, el enemigo a vencer sería Venustiano Carranza, con cuyo programa de gobierno había notorias diferencias. Pero, y aun más importantes, fueron algunas disposiciones de Carranza, como la disolución y prescripción del ejército federal, lo cual generó otra ola de exilios, ahora de políticos y militares de cuño porfirista y huertista, así como del clero y terratenientes, que se desbordó por Cuba y Estados Unidos.

El clero se encontraba desencantado con los constitucionalistas. Algunos de los comandantes regionales, particularmente Pancho Villa, tenían una terrible reputación por cometer atrocidades en iglesias: usaban los santuarios como establos y robaban los edificios, de manera que el clero realmente deseaba que se restaurara el orden porfirista, en el cual la legislación anticlerical permanecía en los libros. De cualquier forma, el clero mexicano no estaba en posición de comprometerse en una guerra, así que Díaz se concentró en recaudar dinero de parroquianos en Estados Unidos.<sup>23</sup>

Los grandes propietarios también tenían sus preocupaciones por Carranza, sobre todo a partir del decreto del 6 de enero de 1915, pues aunque no proponía una reforma agraria radical, la proclama había despertado el interés de quienes peleaban por la tierra. Ello también capturó la atención de gente como Félix Díaz, Victoriano Huerta y Francisco León de la Barra, cuyas propiedades fueron confiscadas. De esta forma, los propietarios sintieron la necesidad de comprometerse en la lucha contra Carranza y proteger sus propios intereses.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Véase la carta de Albert B. Fall a Félix Díaz, 2 de marzo de 1914, AFD, c. 1, leg. 95, doc. 1.

<sup>23</sup> Los excesos anticlericales en los primeros años de la Revolución mexicana han sido apropiadamente relatados por Robert Quirk en *The Mexican Revolution and the Catholic Church, 1910-1929* (Bloomington, University of Indiana Press, 1973), 40-111. El interesante recuento de Quirk señala algunos de los casos más notables de abusos contra el clero. También se puede consultar a Douglas Richmond, *Venustiano Carranza's Nationalist Struggle, 1893-1920* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1983). En la carta de Jesús Flores Magón a Guillermo Meixueiro, 2 de marzo de 1915, en AVC, c. 33, se hace un estimado menor, mientras el cónsul John B. Silliman a William Jennings Bryan, 10 de marzo de 1915, RDS, carrete 44, 812.00/14554, menciona más casos. En comparación, Díaz era pro clerical, aunque creía en dar vigor a las Leyes de Reforma. Por ejemplo, Díaz se negó a atender una solicitud de una tía suya para obtener un permiso para realizar una procesión religiosa en la ciudad de Oaxaca; véase la carta de Dolores Prieto a Félix Díaz, 22 de abril de 1913, Archivo Manuel González, Conдумex, carpeta 3; y de Díaz a Dolores Prieto, carpeta 4; también en Liceaga, *Félix Díaz*, 359-360.

<sup>24</sup> Salvador Alvarado a Venustiano Carranza, 25 de enero de 1916, DHRM, 17: 21-23, no. 740. Mientras tanto, Obregón y los constitucionalistas estaban haciendo una coalición; véase Linda B. Hall, *Álvaro Obregón: Power and Revolution in Mexico* (College Station, Texas: A&M University Press, 1981).

Ante el triunfo del constitucionalismo, los exiliados mexicanos se empezaron a organizar y el 6 de febrero de 1915 fundaron la Asamblea Pacificadora de San Antonio, presidida por Federico Gamboa, con la participación de Jesús Flores Magón y el general Luis Medina Barrón, entre otros huertistas y felicistas. En abril se volvieron a reunir, ahora bajo el influjo felicista (Gamboa había renunciado), con el objetivo de recaudar cincuenta mil dólares. Contaba la reunión con el apoyo de algunos personajes de la Iglesia católica estadounidense, como el cardenal Gibbons y el arzobispo Mora, pues se consideraba que la iglesia aportaría diez mil dólares. Además, se emitiría una serie de bonos que serían manejados por una casa en Nueva York.<sup>25</sup>

En este segundo momento, Félix Díaz y sus seguidores no eran el único grupo empeñado en derrocar a Venustiano Carranza; los intereses afectados eran amplios. Carranza había lastimado al clero, al ejército y terratenientes, de manera que el exilio y sus animosidades habían crecido notoriamente.

Paralelamente, el general Victoriano Huerta, exiliado en España, decidió volver a la lucha política y militar, sobre todo después de que entró en contacto con agentes alemanes que le ofrecieron financiar su campaña militar a cambio de declarar la guerra a Estados Unidos, ello con el claro objetivo, en el contexto de la primera guerra mundial, de abrir un frente que desviara la atención militar de los estadounidenses. El 31 de marzo de 1915, Huerta se embarcó a Estados Unidos, en donde hizo una campaña por conseguir recursos económicos y armamentísticos. Ahora, el exilio mexicano debía definir cuál de las opciones militares era la más viable para iniciar un movimiento armado. Por un lado, aparecía Félix Díaz, un militar que había mostrado ineficacia en su rebelión de octubre de 1912 y que se había dejado arrebatar la presidencia en 1913 y, por el otro, Victoriano Huerta, que gozaba de fama de ser uno de los mejores militares.

Huerta enseguida mostró que contaba con dinero, con prestigio en la comunidad de exiliados mexicanos y con la disposición de actuar. Esto, desde luego, afectó al felicismo, que no acababa de despegar. Definitivamente, Huerta le comió el mandado a Félix Díaz una vez más, ahora al convertirse en el centro de los exiliados anticarrancistas, concentrar dinero y armamento; el avance trabajosamente logrado por los felicistas rápidamente quedó en un plano secundario.

Para entonces Huerta era estrechamente vigilado por los espías de Estados Unidos, de Inglaterra y de México. Así, los agentes carrancistas informaban que en Estados Unidos habría diez mil oficiales y miembros del ejército huertista, con poco dinero y dispuestos a enriquecerse con la primera opción que les presentara la guerra;<sup>26</sup> por si fuera poco, Huerta tenía el apoyo de Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, Francisco Castro e Inés Salazar. Sin embargo, no contaba con que el gobierno de Estados Unidos tenía conocimiento de sus planes: fue aprehendido junto con Pascual

<sup>25</sup> Véase Mario Ramírez Rancaño, *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910* (México: Miguel Ángel Porrúa-IIS-UNAM, 2002), 135-141. También en AVC, carpeta 38, leg. 4131.

<sup>26</sup> Véase el informe del consulado general de México en Nueva York, mayo de 1915, AVC, carpeta 41, leg. 4460.

Orozco el 25 de junio de 1915, acusado de violar el estatus de neutralidad de ese país. Fueron liberados, previo pago de fianza; pero encarcelado de nuevo Huerta en la prisión militar de Fort Bliss entre julio y noviembre, por su enfermedad de cirrosis se le permitió permanecer con su familia hasta el 13 de enero de 1916, fecha de su muerte.

A partir de la captura de Victoriano Huerta, las miradas de los conservadores mexicanos exiliados volvieron hacia Félix Díaz, con la convicción de que podía ser la nueva “mano de hierro” de México.

Desde su llegada a Estados Unidos, Félix Díaz había tenido la competencia de otros grupos de exiliados para la consecución de recursos económicos y militares, primero los constitucionalistas y luego los huertistas, pero en la segunda mitad de 1915, el felicismo era probablemente el grupo más organizado entre los exiliados mexicanos.

Habían formado la Junta Felicista con sede en Nueva Orleans, en donde residía el propio Díaz y su secretario Guillermo Rosas; desde ahí se trataba la formación y coordinación con juntas en otras poblaciones de Estados Unidos. El segundo en el escalafón era Pedro del Villar, que residía en Nueva York; otros miembros directivos eran Aureliano Blanquet, Ignacio de la Torre y Mier, Joaquín Amor y el doctor Vicente Sánchez.

En este tiempo la junta preparó el retorno de Félix Díaz a México, al frente de un movimiento armado para derrocar a Venustiano Carranza y al gobierno revolucionario.

La rebelión de Díaz enfrentaría un ambiente distinto al que habían tenido los exiliados maderistas y constitucionalistas; para empezar, estaban de por medio el estatuto de neutralidad de Estados Unidos y el embargo de armas decretado en 1912, ello sin contar con que esta nueva rebelión no tenía popularidad entre la comunidad de mexicoamericanos. No obstante, los preparativos se aceleraron cada vez más, y se tejió una red de partidarios en la república mexicana que esperaban la llegada de Díaz para sumarse a la rebelión, particularmente en Oaxaca, su estado natal. Con esa idea, y sin dar muchos avisos para no ser interceptado por los agentes carrancistas, Félix Díaz desapareció de Nueva Orleans e inició una incursión militar por México que transcurrió con más pena que gloria, hasta 1920.

La aventura de Félix Díaz dio comienzo el 16 de febrero de 1916, cuando se embarcó desde Galveston, Texas, en una nave pesquera hacia costas mexicanas; su plan era desembarcar y dirigirse a Oaxaca, donde pensaban unirse a los rebeldes serranos. Sin embargo, la madre naturaleza no estuvo de su lado, pues la embarcación fue azotada por una tormenta hasta naufragar, por lo que Díaz y la pequeña tripulación debieron nadar varios kilómetros hasta llegar a la costa tamaulipeca. Ahí fueron apresados y enviados ante las autoridades de Matamoros, quienes no reconocieron a un Díaz disfrazado con una barba crecida, por lo cual le extendieron un salvoconducto para ir a la ciudad de México. Una vez en la capital se reunió con correligionarios y planeó la rebelión; con ese afán salió el 12 de mayo hacia Oaxaca. En el camino se le unió Higinio Aguilar.

En Oaxaca, Díaz se encontró con que la lucha de los serranos tenía una organización propia y que no lo aceptarían como jefe; así que decidió partir a Chiapas,

adonde llegó diezmado. Ahí los llamados “Mapaches” estaban en rebelión; al igual que los serranos tenían su propio ejército y dirigencia, por lo cual Díaz decidió ir hacia el estado de Veracruz, donde sí pudo tener un papel más activo. Ahí emitió el Plan de Tierra Colorada y estableció contacto con varios seguidores de Zapata, como Juan Andreu Almazán, Pedro Gabay, Cástulo Pérez y Panuncio Martínez, que ahora se le unieron.

## **El felicismo sin Félix Díaz**

Félix Díaz permaneció más de cuatro años en la lucha armada, pasando casi siempre momentos difíciles; no obstante la cantidad de seguidores que se le habían unido, la mayoría de ellos actuaban por propia cuenta y nunca se dio la unión de las facciones anticarrancistas que peleaban en el territorio nacional. Zapatistas, villistas, mapaches en Chiapas, soberanistas en Oaxaca y los felicistas en varios estados de la república, nunca lograron presentar un frente unido, lo que facilitaba el control militar del gobierno.

Mientras tanto, en el extranjero permaneció buena parte del exilio felicista con una elaborada organización en Estados Unidos, Cuba y Guatemala, principalmente, cuyas tareas eran conseguir elementos financieros, armamento, municiones y voluntarios que se sumaran a la rebelión, así como el reconocimiento extranjero a la beligerancia de este movimiento.

No obstante que parecía existir un complejo sistema de juntas, militantes y agentes, la realidad es que desde febrero de 1916, cuando Díaz inició su incursión militar a México, hasta abril de 1920, cuando regresó a Estados Unidos, el exilio felicista en poco pudo auxiliarlo. Se dio entonces un fenómeno de mucha organización pero poca acción.

## **La organización**

Al salir de Estados Unidos en febrero de 1916, Félix Díaz dejó como su representante general a Pedro del Villar, quien gobernó desde Nueva York con mano de hierro a todas las demás juntas propagadas por la Unión Americana, Guatemala y Cuba, los destinos y los dineros del felicismo en el exilio. Pedro del Villar estaba asesorado por Aureliano Blanquet, Leandro Alcolea, Guillermo Rosas, Ignacio de la Torre y Mier, Joaquín Amor y el doctor Vicente Sánchez; en la práctica, celoso de que alguien le disputara el control, Del Villar manejaba junto con Blanquet todos los asuntos de la junta central. Esto provocó distanciamientos de Manuel Mondragón, Cecilio Ocón, Ramón Díaz y otros. Por tal situación, varios miembros de la junta hicieron saber su descontento a Félix Díaz, quien se encontraba en campaña militar en México.

Aunque el ambiente no era bueno, los felicistas debieron encontrarse, el 26 de febrero de 1917, en el Hotel Cecil de Nueva York, ya que Cecilio Ocón estaba por conseguir fondos de una corporación de Chicago y era necesario replantear la

administración de este dinero. Así, se reunieron Del Villar y Blanquet con el propio Ocón, Mondragón, Leandro Alcolea y Ramón Díaz. Ocón propuso la formación de una junta para administrar esos fondos, lo cual significaba que Del Villar no necesariamente manejaría todo el dinero. Para informar a Félix Díaz de los acuerdos de la reunión, se determinó que Ramón Díaz viajara a Guatemala y de ahí a México; sin embargo, al llegar a la frontera entre Guatemala y Chiapas, se encontró con que Félix Díaz estaba en camino a Veracruz.

Los felicistas se reunieron de nuevo el 9 de mayo de 1918, ahora en Nueva Orleans, donde acordaron reorganizar al felicismo, considerando que la junta de Nueva York sería la rectora en lo político y financiero. Ésta fue integrada por Pedro del Villar como presidente, Manuel Garza Aldape como vicepresidente y Aureliano Blanquet tesorero; también estaban Vicente Sánchez Gavito, Ricardo García Granados, Enrique C. Creel, Enrique C. Llorente, Oscar Braniff, Emeterio de la Garza, Cecilio Ocón, Tomás McManus, Ignacio de la Torre y Mier, Manuel Calero, Manuel Mondragón y otros.

En las otras juntas la composición era como sigue. En Nueva Orleans: Francisco T. Mascarenas era el presidente; Leandro Alcolea, vicepresidente; Guillermo Rosas Jr., secretario; también participaban Ramón Prida, Pánfilo Maldonado, Rafael Alcolea y otros.

En San Antonio: Nemesio García Naranjo, presidente; Mascarena de la Fuente, secretario; Andrés Garza Galán como tesorero y Enrique Llorente. Luego llegaron Jesús Covacevich, Juan Garza Galán, Rafael Ochoa Ramos, Teófilo Castillo Corzo, Ismael Hernández, Mariano Viesca Arizpe, Jesús D. Ibarra, Eneas Levi, etcétera.

Brownsville: el doctor Miguel Barragán, presidente; Francisco Caballero Garza, secretario, Francisco de P. Álvarez, Teófilo Valdez y otros más.

En Houston estaban el general Santos Cavazos y José Merced Lozano. En Eagle Pass el general J.A. Robles, como presidente; Gerardo Rodríguez, secretario; Atilano Garza, tesorero, y J.P. Hope. Laredo tenía como presidente al general Jerónimo Villarreal, y Fidel González era tesorero. Y así en varios poblados de Texas, como Carrizo Spring, Lantry, Comstock y Galveston, o Tucson y Douglas en Arizona. Los Ángeles se iría armando de felicistas con el tiempo, pero ya entonces estaba Jorge Vera Estañol, luego aparecieron Brígido Caro, Julio Ziegner Uriburú, Federico García y Alva, Francisco López Carvajal y otros.

En La Habana se encontraban Esteban Maqueo Castellanos, el general Gustavo A. Salas, E. Bulle Goyri, Olegario Molina (ex gobernador de Yucatán), Ignacio Bravo Betancourt (que era el representante oficial), Arturo A. Amaya y otros, mientras que en Guatemala estaban Joaquín Estiadal, Jac Graw, Pedro Torres Cortázar, Emilio Esenda. También participaba Roberto Gayón (luego mudado a Nueva York como representante de Blanquet), Juan de la Mata, Moisés Ramos, Rafael Díaz Gutiérrez, Gustavo Serrano (que era amigo de José de Orellana), José Barrios (representante oficial guatemalteco), Eduardo Aguirre Velázquez, L. Madrid Rojas (representante de Díaz), Machido Rojas, Alberto Pineda Ogarrio y Mario Ferrer. Sobre esta base se irían integrando y saliendo seguidores del felicismo.

## El financiamiento

El felicismo, como movimiento político y armado, siempre tuvo muchos problemas: el divisionismo interno, su poca credibilidad dentro y fuera de México, y sobre todo la falta de recursos materiales (dinero, armas, municiones, etc.) y humanos (voluntarios), que lo agobiaron todo el tiempo.

Las situaciones que impidieron que fluyeran los recursos financieros al felicismo fueron diversas. Una era la poca confianza que inspiraba Díaz, con fama de mal militar, nulo carisma, con una personalidad retraída que por momentos llegaba a la apatía.

Muy importante era el hecho de que el felicismo tenía que competir por el financiamiento con otras facciones militares de exiliados, que para los capitalistas, parecían más convincentes o con mayores oportunidades de vencer. Así, entre 1913 y 1914, los constitucionalistas capturaron la mayor parte de recursos. Después se repetiría la situación con la llegada de Victoriano Huerta a Estados Unidos.

Sin embargo, desde mediados de 1915, el felicismo, ante la ausencia de Huerta, se convirtió en la opción más clara entre las corrientes conservadoras por recuperar el poder. Félix Díaz, en cierta forma, se benefició de la ausencia de “competencia” y pudo recaudar algo de dinero. Es entonces cuando grupos católicos, encabezados por el obispo de Oklahoma, Frances C. Nelly, llegaron a ofrecer a Díaz hasta veinte millones de dólares para iniciar la lucha.<sup>27</sup> Asimismo, en marzo de 1916 el felicismo recibiría cincuenta mil dólares provenientes de banqueros estadounidenses; además, hacían intentos por conseguir financiamiento en Japón y Europa, en donde los responsables de tal tarea eran Rabasa y Enrique Pimentel. No obstante, la situación era angustiosa, pues las promesas de financiamiento no siempre se cumplieron y los correligionarios en armas en territorio mexicano seguían demandando el envío de dinero, armamento y municiones.<sup>28</sup> Finalmente, estos préstamos no se confirmaron, por lo cual siguieron las penalidades financieras.<sup>29</sup>

Del Villar, entonces, se entrevistó con funcionarios del Departamento de Estado, a quienes pidió “liberaran” a los banqueros para que les proporcionaran fondos, lo cual supuestamente fue autorizado de manera inmediata. Así, Del Villar se reunió en Washington con un tal McFaden, representante de varias compañías, como la Interocean Co., todo ello ante la presencia de un funcionario gubernamental.

<sup>27</sup> Héctor Díaz Zermeño, “Aurelio Blanquet. Exiliado por Carranza” (ms. inédito). También en Liceaga, *Félix Díaz*, 359-360.

<sup>28</sup> Pedro del Villar refleja desazón cuando comentaba: “ni nuestros banqueros quieren soltar el dinero, ni a mí me parece decoroso exigirselos [...]”. Y luego añadía: “Respecto a la cuestión financiera en una forma completamente confidencial debo decirle, que yo la considero por completo fracasada aquí [...]”. Véase la carta a Guillermo Rosas, 16 de marzo de 1916, AFD, carpeta 1, leg. 101, doc. 1.

<sup>29</sup> Pedro del Villar informaría en ese sentido: “[...] las personas con quienes teníamos convenido que nos refaccionaran, se niegan terminantemente a llevar a efecto sus convenios, y como es imposible sujetarlos a ningún apremio, es preciso esperar a que la situación se defina en forma más concluyente, o que lleguen los elementos que nos están trabajando en Europa”, en AFD, carpeta 1, leg. 102.

Al día siguiente McFaden comunicó a Del Villar que Mr. Swain, representante de la Standard, tenía autorizado un préstamo y que éste sería otorgado bajo la promesa de que las armas compradas no serían utilizadas contra intereses estadounidenses. Pero cuando la operación parecía cerrada, los capitalistas se echaron para atrás.<sup>30</sup>

A finales de ese año e inicios de 1917, los felicistas redoblaron sus intentos por conseguir recursos. Supuestamente Enrique C. Creel proporcionaría un millón de dólares a la causa si se daba una coordinación entre Zapata y Villa, cosa que no sucedió. Además, Cecilio Ocón manifestó que estaba en tratos con una corporación de Chicago que proporcionaría fondos, por lo cual propuso que se formara una junta que administrara la abundancia.<sup>31</sup>

Los felicistas, igualmente, consideraban la posibilidad de integrar en sus filas a José Y. Limantour pues, aunque no les simpatizaba del todo, había posibilidades de que hiciera aportaciones. Otro que también había prometido dinero (y que tampoco cumpliría), era Manuel Peláez, quien había ofrecido veinte mil dólares al mes. En las cuentas alegres los felicistas calculaban que con aportaciones de otros mexicanos y estadounidenses, sumarían cincuenta mil dólares al mes; además, habían ideado un sistema de aportaciones mensuales de sus afiliados con un mínimo de cincuenta centavos de dólar al mes. Así, por ejemplo, Isabel Alcolea, esposa de Díaz, aportaba quince dólares al mes.

En el afán de obtener más dinero y cambiar su imagen, el felicismo habría determinado flexibilizar sus posiciones hacia otros disidentes mexicanos y reafirmar lazos con la iglesia católica de Estados Unidos, pues calculaban que ésta podía hacer aportaciones superiores al millón de dólares.<sup>32</sup> Sin embargo, ninguno de estos proyectos en el aire se vio aterrizado.

Otra de las apuestas fuertes del felicismo fueron los petroleros estadounidenses e ingleses, cuyos intereses se mezclaban con los de sus gobiernos. Las compañías petroleras tenían enormes inversiones en nuestro país y sus ganancias eran tales que estaban dispuestos a financiar movimientos armados que les dieran garantías, de manera que desarrollaron una relación de mutua utilidad en la Huasteca con Manuel Peláez y en el sur de Veracruz con Cástulo Pérez. Por ello, Félix Díaz y sus seguidores se esmeraban en propiciar un acercamiento con ellos.

Ya en 1916 Cecilio Ocón se había entrevistado en Nueva York con enviados petroleros. Incluso en el estado de Veracruz había representantes de las compañías que mantenían contacto con Félix Díaz,<sup>33</sup> sobre todo a través de sus correligionarios Manuel Peláez y Cástulo Pérez.

Además, personalmente Félix Díaz había contactado a los representantes de las compañías y de las plantaciones extranjeras. Por ejemplo, en junio de 1917, se entrevistó con Mr. Duncan, gerente de las plantaciones La Tabasqueña y Filisola,

<sup>30</sup> Véase el informe de Pedro del Villar, 18 de julio de 1916, AFD, carpeta 1, leg. 107, doc. 1.

<sup>31</sup> Véanse los reportes de Charles J. Jones, en ARE, L-E-837, leg. 12, fols. 1-5. También Liceaga describe la reunión, *Félix Díaz*, 426.

<sup>32</sup> ARE, exp. L-E-837, leg. 12, f. 16-20.

<sup>33</sup> Véase el informe de Rafael Nieto, subsecretario de Hacienda, Archivo de Juan Barragán, CESU-UNAM, caja II, exp. 17, fols. 28-33.

en Minatitlán, y en agosto del mismo año con Mr. Green, representante de la Huasteca Petroleum Co.<sup>34</sup> Manuel Peláez relata que Díaz había solicitado un préstamo de treinta millones de dólares a las compañías petroleras, en especial a la Huasteca Petroleum Co., pero al margen de Peláez, quien, de acuerdo a los planes de Díaz, pasaría a ser un subordinado.

William Green rechazó la propuesta tomando en cuenta los buenos resultados que se habían obtenido con Peláez de manera independiente. Además, el veracruzano se opuso a tales arreglos (como era lógico), y las compañías decidieron continuar financiándolo.

El siguiente paso para Félix Díaz fue ofrecer a Peláez la Secretaría de Guerra del gobierno que pensaba formar a su triunfo. Resultado: una nueva negativa. A Félix Díaz sólo quedó pedir un préstamo y un lugar para refugiarse. Peláez, dueño de la situación, otorgó diez mil pesos y el refugio fue Metlatloyuca, en los límites de Veracruz y Puebla.<sup>35</sup>

Como producto de esta relación con los petroleros, se decía que la comunicación entre Félix Díaz y la Junta Central felicista en Nueva York se realizaba a través de los barcos de la Casa Pearson, además de que esperaban recibir hasta cinco millones de dólares y que acababan de obtener cuarenta mil de la Casa Sommer Herman y Cía. de Veracruz.

Los ingleses soñaban con que Félix Díaz pudiera asumir el poder en México, y haciendo cuentas alegres en ese sentido, calculaban que las concesiones petroleras se extenderían, que se harían indemnizaciones a Lord Cowdray y que la explotación de la ruta del Istmo de Tehuantepec se prolongaría por “sólo” 999 años.<sup>36</sup>

Mientras tanto, los felicistas siguieron tratando de desarrollar su lucha armada en México con poco éxito; por ello continuaron moviéndose en foros internacionales. Junto con las compañías petroleras se presentaron en las conferencias de Versalles, al finalizar la primera guerra mundial, a través de Francisco León de la Barra, sin mucho éxito.<sup>37</sup>

Dada la poca fuerza militar que tenía, Félix Díaz sujetó su futuro a lo que le pudiera llegar del extranjero, lo que acabó de hacerlo una opción inviable. En 1923, los felicistas seguían soñando con la toma del poder y para ello ideaban planes de completas garantías al capital: las propuestas eran de pago de indemnizaciones, erradicación de los bolcheviques (*sic*) y completa apertura en materia petrolera. Es claro que cuando Félix Díaz concibió su retorno militar a México, el factor de financiamiento extranjero fue fundamental. Esta apuesta, a la postre, dañaría mucho su imagen.

<sup>34</sup> RDS-IAM, 812.00/21058. W. Canadá al secretario de Estado de Estados Unidos, fechado en Veracruz el 14 de junio de 1917.

<sup>35</sup> Véase Gabriel Menéndez, “El drama del petróleo”, *Impacto*, 9 de abril de 1958, 48-50.

<sup>36</sup> Véase la carta de J. McKee a sir Edward Grey, PRO-FO 371, vol. 2709, fols. 413-427.

<sup>37</sup> Véase el informe de Mr. Barclau desde Washington: “La facción de Félix Díaz ve la Conferencia de París con tanta esperanza como Carranza la ve con preocupación. Los líderes contemplan una oportunidad para derrocar al gobierno actual y el establecimiento de Félix Díaz o algún otro miembro de su partido en el poder”, PRO-FO 371, vol. 3228, f. 60, p. 51282.

Por su parte, las compañías seguían dando alas a Félix Díaz, aunque seguramente para entonces estaban convencidas de sus nulas posibilidades; así, por ejemplo, el general Luis Medina Barrón recibiría un préstamo de seis mil pesos oro de El Águila.<sup>38</sup> Finalmente, la inviabilidad del movimiento felicista, la ausencia de poder militar y de control territorial, así como el fortalecimiento de los gobiernos revolucionarios, borraron a Félix Díaz del mapa de los intereses petroleros.<sup>39</sup>

## La acción

Con toda la estructura felicista funcionando en el extranjero, se suponía que se proveería de recursos a Félix Díaz, ya en lucha en territorio mexicano, y que se generarían nuevos movimientos de apoyo.

Después de la incursión militar de Díaz en 1916, existía conciencia en el felicismo de la necesidad de abrir nuevos frentes; de esta forma, se dieron por lo menos tres incursiones partiendo de la frontera estadounidense. Mauricio Sandoval cruzó hacia Nuevo León casi al mismo tiempo en que Díaz iniciaba su rebelión; él y sus soldados se refugiaron en las montañas y luego no se supo de ellos. Entonces, uno de los miembros de la junta felicista de Laredo, un abogado llamado Pedro González, encabezó una segunda incursión en la que tomaron el pueblo de Sabinas Hidalgo, pero en unas cuantas horas, al necesitar refuerzos, armas y municiones retrocedieron a Laredo, donde González fue encarcelado por violar las leyes de neutralidad.<sup>40</sup>

Otros dos veteranos revolucionarios también incursionaron a nombre del felicismo en el norte. Juan A. Almazán encabezó otra movilización y en julio de 1918 tomó Reynosa.<sup>41</sup> Por otra parte, el ex orozquista Marcelo Caraveo se sumó al movimiento de Almazán, logrando algunas victorias.<sup>42</sup>

<sup>38</sup> Carlos Moneglia, un connotado felicista, comentaba: “[...] a mi entender, la victoria de nuestros ideales está vinculada con este primer éxito: el petróleo”, AFD, carpeta 8, leg. 805, doc. 2. En cuanto al préstamo a Medina Barrón, tenemos que en 1929 no se había devuelto la cantidad prestada; véase Archivo Histórico de Pemex, caja 1713, exp. Adeudo del general Luis Medina Barrón.

<sup>39</sup> Ya desde 1916 Requena asumía una prematura actitud crítica señalando “que era preciso confesar que habíamos dejado pasar todas las oportunidades [...]”, y Del Villar confirmaba que la situación económica era precaria. Véase AFD, carpeta 1, leg. 97, y la carta de Pedro del Villar a Guillermo Rosas, 25 de febrero de 1916, AFD, carpeta 1, leg. 100.

<sup>40</sup> Carta del cónsul William Blocker a Robert Lansing, 3 de abril de 1916, RDS, 812.00/17726; de William Blocker a Robert Lansing, 12 de abril de 1916, RDS 812.00/17904. En la *Revista Mexicana*, San Antonio Texas, 14 de enero de 1917, se menciona el triunfo de González, quien debió abandonar la ciudad cuando una fuerza superior del gobierno apareció en el horizonte. En relación con su arresto, véase la carta de Leoncio Reveles a E. Garza Pérez, 14 de mayo de 1917, ARE, L-E-803 R, leg. 9, P. 2, y en *Revista Mexicana* del 25 de marzo de 1917.

<sup>41</sup> Véase la *Revista Mexicana* del 14 de julio y 29 de diciembre de 1918.

<sup>42</sup> Ignacio Bonillas a Robert Lansing, 18 de octubre de 1919, RDS, 812.00/23164. En Liceaga, *Félix Díaz*, 434, se señala que Caraveo llegó a pelear hasta el estado de Puebla. Pedro del Villar a Luke Dowe, 5 de febrero de 1919, DHRM, 18: 233-234, no. 921. En John Womack, *Zapata and the Mexican Revolution* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1969), 301-302, se incluye una lista significativa de felicistas activos en varios estados. También se puede consultar el informe de Charles E. Jones a V. Carranza,

En la frontera sur se abrió otro frente militar; de acuerdo con el plan, la rebelión se iniciaría en Chiapas para expandirse por la península de Yucatán y Tabasco. Al mando de la logística y acciones armadas estaría Javier Larrea, coordinado con la cabeza financiera y organizativa: Cecilio Ocón. Para la realización del movimiento se usarían los recursos recaudados en Estados Unidos; el dinero sería remitido en depósitos de quinientos a mil dólares a Guillermo Rosas en Nueva Orleans, quien dispondría del dinero mandándolo a bancos de Guatemala.<sup>43</sup>

Como parte de los preparativos se había encargado a la casa L. Frank Saddlery Co., de San Antonio, Texas, la elaboración de un gran número de monturas. Además, varios felicistas se concentraban en La Habana con el propósito de viajar a Guatemala y unirse a la rebelión; así llegaron Felipe Dusart, de Nueva Orleans, Luis Lavalle Bassó, Rodolfo Basail, Rafael Rosas, Ramón Díaz Ordaz, Enrique Vergara, Alberto Fuentevilla y el general Rubio Navarrete.<sup>44</sup>

Más importante aun fue la presencia de Cecilio Ocón en el mes de julio de ese 1916, pues se decía que contaba con recursos por hasta doscientos cincuenta mil dólares para comprar armas y municiones en Cuba, para luego viajar a Guatemala o Belice, al tiempo que, a manera de avanzada, salían a Guatemala Enrique Vergara, Fuentevilla y Morfín.<sup>45</sup>

El grueso de la expedición saldría de Santiago de Cuba a Puerto Barrón en Guatemala, y estaría encabezada por los generales Ramón Hinojosa, Escoto y Procóporo Meraz. Como parte fundamental del plan se contaba con la anuencia y cooperación del presidente guatemalteco Estrada Cabrera, pues además de permitir que su territorio fuera la base de la insurrección, aportaría armas y parque en pequeñas cantidades. Por ejemplo, al general Luis Medina Barrón le había dado cien rifles antiguos y tres mil cartuchos; además, se suponía que Cecilio Ocón y Javier Larrea llegarían desde Estados Unidos con más recursos.<sup>46</sup>

Los preparativos se extendieron durante lo que restaba del año, así Javier Larrea llegó en octubre a La Habana y se puso en contacto con el resto de los felicistas. Mientras tanto continuaba el envío de armas al departamento del Petén en Guatemala, a través de José Preves y Trinidad Flores.<sup>47</sup>

---

en junio de 1918, en ARE, L-E-837 R, leg. 12, p. 105, en donde se añade que en febrero de 1918, Ignacio Peláez y otros felicistas persuadieron a Luis Caballero, gobernador de Tamaulipas, de unirse a ellos. También se puede consultar la obra de Leander Jan Bekker, *The Plot against Mexico* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1919), 232, donde se presenta una visión crítica de la fuerza de Díaz. Asimismo en Katz, *The Life...*, 583-614.

<sup>43</sup> AFD, carpeta 1, leg. 112, doc. 2.

<sup>44</sup> Véanse los informes del cónsul mexicano en La Habana, Antonio Hernández, en ARE, exp. L-E-843, fols. 13, 16, 23, 27, 66 y 112.

<sup>45</sup> *Ibíd.*, fols. 121-140, 150 y 155-167.

<sup>46</sup> En ARE, exp. L-E-799 (XI). Por ello, en agosto se reunieron en Nueva York, Rodolfo Reyes, Cecilio Ocón, el general Guillermo Rubio Navarrete y el licenciado Esteban Maqueo Castellanos para ponerse de acuerdo en cuanto a las incursiones a Guatemala. Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, Fondo Cancelados (en lo sucesivo ADN-FC), exp. Guillermo Rubio Navarrete, XI-III-182, vol. 3, fol. 670.

<sup>47</sup> En los informes de Carlos Félix Díaz, cónsul en Belice; ARE, exp. L-E-801 (XXIII).

Sin embargo, y como de costumbre, aparecieron los problemas. Para empezar, Javier Larrea no había tenido un buen encuentro con los rebeldes chiapanecos, a quienes intentaba integrar a la rebelión. Además, había nombrado a un tal Guillén como agente confidencial, cuando era sabido que éste era de filiación maderista, y que por añadidura había nombrado a Arturo Santibáñez como gobernador felicista en Chiapas, cuando éste no tenía ninguna presencia en ese estado, pues era oaxaqueño, y además hermano de Alfonso J. Santibáñez, el asesino de Jesús Carranza, a quienes tropas felicistas habían atrapado y hecho juicio sumario. Finalmente, el grupo del general Hinojosa entró en Guatemala, pero pronto se desintegró.<sup>48</sup>

Por si fuera poco, el dinero no llegó con la fluidez deseada, y su manejo provocó recelos y desconfianzas: Medina Barrón se había distanciado de Félix Díaz, con quien no quería compartir sus recursos y había sido encarcelado en Guatemala; Pedro del Villar estaba peleado con Cecilio Ocón y Enrique Fernández del Castillo; Guillermo Rosas se quejaba de que “los amigos” le ponían obstáculos y estaba molesto con Ocón, lo cual provocó los airados reclamos de Rodolfo Reyes desde España. En fin, que el ambiente no podía ser peor.<sup>49</sup>

Hacia 1918, cuando el felicismo vivía su apogeo militar, se dio una mayor movilización en Estados Unidos y más atención por parte del gobierno de ese país. Por ejemplo, en febrero de 1918, Francisco P. Álvarez, Fiacro Betancourt y el capitán Harrison se habían entrevistado con el Servicio Secreto en Brownsville, y se dirigieron a San Antonio para hablar con autoridades militares con el fin de disuadirlos de que el felicismo no era de germanófilos.<sup>50</sup>

Por otra parte, Pedro del Villar, junto con el licenciado José Luis Requena y el doctor Enrique M. Aldana, lograron un préstamo en San Francisco para financiar un movimiento armado en Colima y Michoacán que sería encabezado por Eduardo Iturbide. La persona que facilitó el dinero era W.E. Stokes, de Nueva York (en donde tenía el Hotel Antonia); gozaba de influencia en el Senado de Estados Unidos, era bien conocido en los círculos bancarios y ya antes había conseguido dinero para Félix Díaz.

También estaban los Huntington, ricos ferrocarrileros con intereses en Guatemala, desde donde pretendían hacer una línea que penetrara Chiapas, Campeche y Tabasco. Para ello darían dinero a cambio de una concesión que les permitiera explotar las maderas finas en esos lugares, además de dos puertos. Por otra parte, los generales estadounidenses Brisbee y Agramonte, que tenían propiedades en México, también estaban involucrados.<sup>51</sup> Sin embargo, este movimiento nunca se dio.

Quien sí cruzó la frontera para hacer eco de la causa felicista fue el general Luis Medina, llegó a operar sobre la línea del ferrocarril interoceánico manteniéndose en armas hasta el triunfo de la rebelión de Agua Prieta. Otro movimiento felicista se

<sup>48</sup> Carta de Roberto Gayón del 8 de mayo de 1916, AFD, carpeta 1, leg. 103. También Ramírez, *La reacción...*, 180-184.

<sup>49</sup> AFD, carpeta 1, leg. 99, doc. 1; leg. 107, doc. 2; leg. 113, doc. 1; leg. 120, doc. 1.

<sup>50</sup> Carta de Francisco P. Álvarez, 20 de febrero de 1918, AFD, leg. 123, doc. 1.

<sup>51</sup> Al respecto es el informe del cónsul Ramón P. Denegri, entonces en San Francisco, California, ARE, exp.17-7-224.

dio en diciembre de 1918, cuando Evaristo Pérez cruzó la frontera de Chihuahua, reivindicando la Constitución del 57 y reconociendo como jefe a Félix Díaz.<sup>52</sup>

Uno más que logró desembarcar en costas mexicanas fue Aureliano Blanquet, que junto con Francisco de P. Álvarez y otros, se unieron a Félix Díaz el 23 de marzo de 1919; sin embargo, el general Guadalupe Sánchez seguía sus movimientos. Como resultado de la persecución, Blanquet murió en abril, al igual que sus seguidores.

Por organización el felicismo no paró; de hecho, ésa era su especialidad. Así, en mayo de 1918, formaron el Comité de Unión Nacional Felicista, que tuvo como presidente al licenciado Francisco T. Mascareñas, como secretario a Guillermo Rosas Jr. El corresponsal en San Antonio y más activo participante era Nemesio García Naranjo, quien estaba a cargo de un intenso plan de propaganda. Sucursales del comité surgieron en El Paso, cuyo presidente fue el licenciado Fausto Miranda; en Brownsville, Mcllen, Río Grande, Laredo con Enrique Gorostieta como presidente; en Tucson, Nogales y Los Ángeles.<sup>53</sup>

El plan incluyó la publicación de un manifiesto de Félix Díaz, editado en inglés y en francés, dirigido, entre otros, a los extranjeros que tuvieran intereses en nuestro país; no por nada el documento señalaba que los daños causados por la revolución a los bancos debían ser reparados y devolverles sus propiedades de acuerdo a la ley. Asimismo, se solicitaba la participación de los exiliados y, algo muy importante, se dirigía a los países aliados, señalando que Carranza era parte de un complot germano.<sup>54</sup>

Los esfuerzos por “quedar bien” con la opinión y el gobierno de Estados Unidos, y desprestigiar al gobierno mexicano señalando su germanofilia, muestran que las baterías estaban dirigidas a obtener el reconocimiento de beligerancia para Díaz y el Ejército Reorganizador Nacional de México, a fin de establecer un gobierno provisional.<sup>55</sup>

Al paso de los meses, el relativo auge de las rebeliones se evaporó, y Estados Unidos, desde luego, no otorgó reconocimiento alguno a los alzados.

¿Cuáles fueron los factores para este nuevo fracaso del felicismo? Por una parte, el apoyo económico no fluyó con la celeridad ni en la cantidad deseada; por otra, la desorganización y división hacia el centro del felicismo era endémica, y ello se notó en los resultados del movimiento.

Dentro del Comité de Propaganda Felicista, la cosa no era mejor, pues el licenciado Alcolea, cuñado de Díaz, amenazaba con renunciar a la presidencia.<sup>56</sup> Paralelamente, Guillermo Rosas tenía diferencias con Jorge Vera Estañol, que se mostraba

<sup>52</sup> En Liceaga, *Félix Díaz*, 515-517.

<sup>53</sup> Véase AFD, leg. 125, doc. 1-2, leg. 128, doc. 1, leg. 129, doc. 2.

<sup>54</sup> Véase “Proclamation”, en AFD, carpeta 2, leg. 136, doc. 1.

<sup>55</sup> Véase la carta de Roberto Gayón en Nueva York, febrero de 1919, AFD, carpeta 2, leg. 148, doc. 1; carta de Melquiades García, ARE, exp.17-16-177, 22 de febrero de 1919, y de Pedro del Villar, AFD, carpeta 2, leg. 144, doc. 2.

<sup>56</sup> Véase la carta de Guillermo Rosas a Nemesio García Naranjo, 17 de julio de 1918, AFD, carpeta 2, leg. 131, doc. 2.

oscilante, pues manifestaba cierto afán conciliador con el carrancismo;<sup>57</sup> ello sin contar con las envidias y celos manifiestos ante la ausencia del jefe. Por ejemplo, Cecilio Ocón había exigido el retiro de Aureliano Blanquet y de Pedro del Villar.<sup>58</sup> Mientras tanto, Félix Díaz seguía manifestando aversión a Ocón y, por lo tanto, negándole su representación en La Habana, la cual recaía en el licenciado Ignacio Bravo Betancourt.<sup>59</sup>

## Los grupos

Desde su primer y fallido intento de asalto al poder, en octubre de 1912, Félix Díaz había contado con la simpatía de la sociedad porfirista. Después del golpe militar de febrero de 1913, cuando parecía que Díaz sería presidente, estas simpatías se confirmaron. Sin embargo, el cambio de planes de Victoriano Huerta en la sucesión presidencial provocó un primer exilio de fieles a Félix Díaz. Como en principio Huerta no afectó a la burguesía mexicana y sus intereses, la mayoría de los capitalistas se mantuvieron en el país. Más tarde, la revolución constitucionalista originó, ésta sí, un enfrentamiento más claro con las “buenas conciencias” de la sociedad mexicana, con el clero y el ejército. Éstos serían los sectores que se integrarían de manera natural al felicismo y sus intentos por recuperar el poder. Veamos ahora en detalle estos grupos.

### LOS CATÓLICOS

Desde un inicio, Félix Díaz había contado con el apoyo del Partido Católico Nacional (PCN), no obstante que Díaz era masón.<sup>60</sup> Muchos de los militantes felicistas provenían de la clase alta mexicana, estrechamente vinculada a la jerarquía católica e identificada con sus intereses. Por ejemplo, algunos miembros del PCN, como Manuel F. de la Hoz y Gabriel Fernández Somellera (presidente de esta agrupación en 1913) se identificaban como felicistas. Incluso los delegados oaxaqueños del partido (representados por el licenciado Carlos Barroso), apoyaban abiertamente la fórmula Díaz-Requena para las elecciones presidenciales de 1913. Otro era Eduardo Tamariz, diputado católico, que se integró a la campaña de Díaz y al Partido Nacional Felicista, para luego pasar —sin ningún remordimiento— al huerismo como subsecretario de Instrucción Pública.

Más tarde, durante el exilio, participarían en el felicismo prominentes miembros de la comunidad católica como Fernández Somellera, Federico Gamboa, Ismael

<sup>57</sup> AFD, carpeta 2, leg. 139, doc. 2.

<sup>58</sup> Véase AVC, carpeta 122, leg. 13761.

<sup>59</sup> Carta de Félix Díaz a Pedro del Villar, 10 de junio de 1918, AFD, carpeta 2, leg. 128, doc. 2.

<sup>60</sup> De hecho, varias de las solicitudes de indulto a Díaz, dirigidas a Madero en octubre de 1912, provenían de logias masónicas, aludiendo a la solidaridad que debía existir entre los cofrades. AGN, colección Revolución, caja 2, exp. 41, fols. 1-26.

Zúñiga y jerarcas eclesiásticos como el arzobispo José María Mora del Río y el obispo Castellanos. Por otra parte, la Iglesia católica estadounidense llegó a apoyar a los exiliados mexicanos, aunque de manera limitada, como fue el caso del arzobispo de Chicago, monseñor Shannon.<sup>61</sup>

Cuando en 1917 se dio la reorganización de la Junta Felicista, en buena medida la atención se dirigió hacia los católicos, a quienes se quería incluir como suscriptores, pues, según los cálculos de los felicistas, en Estados Unidos había doscientos mil sacerdotes, por los cuales se podía recaudar más de un millón de dólares.<sup>62</sup>

Sin embargo, el Partido Católico y la jerarquía eclesiástica eran duros con el dinero y no otorgaron mayores recursos a la causa felicista.<sup>63</sup> De hecho, las relaciones con los católicos nunca fueron “plenas”; no obstante el conservadurismo e identificación política, siempre hubo mutuas reservas, incluso desde 1913 el Partido Católico no se mostró homogéneo respecto de la candidatura de Díaz.<sup>64</sup> Las resistencias del catolicismo hacia Díaz se mostrarían una vez más durante la cristiada, como se verá más adelante.

#### LOS MILITARES

La mayor parte del ejército porfirista se mantuvo intacto después de la revolución maderista y no se vio realmente afectado sino hasta el ascenso de Venustiano Carranza, cuando emitió los decretos de disolución del ejército federal, que marcaron el fin de esta institución y el inicio del exilio de los oficiales de mediano y alto rango. Pronto estos sectores se reagruparon en torno a Victoriano Huerta en su intento por retomar el poder y luego alrededor de Félix Díaz.

Así, hubo generales como Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet (ya perdonado por su huertismo), Higinio Aguilar, Rafael Eguía Liz y Luis Medina Barrón, entre muchos otros, que se integraron al felicismo.

Manuel Mondragón era un caso particular. Nacido en Ixtlahuaca, estado de México, ingresó al Colegio Militar hacia 1859, a los diecisiete años, y recorrió paso a paso todo el escalafón militar hasta obtener el grado de general de brigada en marzo de 1909.

Buena parte de su carrera la hizo en la Fundición Nacional de Artillería, pues había inventado un cañón de montaña de 70 mm, un mortero de 80 mm, un fusil y una carabina automáticos de 7 mm llamados “Porfirio Díaz”, ello como prueba de ser un porfirista consumado y como tal conspiró con Félix Díaz el golpe de Estado a Madero.

<sup>61</sup> Entrevista de Víctor Velázquez, 190-193.

<sup>62</sup> Véase el informe de Charles Jones en ARE, L-E-837, leg. 12, fol. 20.

<sup>63</sup> Informe del cónsul mexicano en La Habana, Antonio Hernández Ferrer, 17 de abril de 1916, en ARE, exp. L-E-843.

<sup>64</sup> En cuanto a los vericuetos del Partido Católico Nacional es valiosa la obra de Eduardo J. Correa, *El Partido Católico Nacional y sus directores* (México, FCE, 1991).

Por ser partidario de Díaz fue nombrado secretario de Guerra y Marina en el primer gabinete de Victoriano Huerta, entre el 22 de febrero y el 14 de junio de 1913; pero Huerta se deshizo de él y fue enviado a Francia, donde permaneció hasta 1914, para luego integrarse al exilio felicista en Estados Unidos.<sup>65</sup> Aunque nunca volvió a tomar las armas, tuvo un papel de cierta importancia al fungir como tesorero del felicismo.

Otro de los notables era Aureliano Blanquet, nacido en Morelia en 1849; había hecho toda su carrera en el porfirismo, desde cadete del Colegio Militar hasta coronel de infantería. Como muchos militares, se sumó al golpe de Estado, lo que le valió obtener el grado de general de brigada en febrero de 1913 y el de general de división un mes después. Huerta lo nombró ministro de Guerra el 14 de junio de 1913 hasta el 16 de julio de 1914, cuando se le dio una comisión en Francia para estudiar la organización del ejército de ese país.

Después de la caída de Huerta se pudo integrar al exilio de los felicistas, quienes, no obstante su huertismo, lo perdonaron y aceptaron. Así, desde 1915 estaba confabulando con los felicistas, cuando se encontraba en Nueva York. Sin duda Blanquet era el militar de mayor jerarquía e importancia que se unió a Félix Díaz; de hecho, fue nombrado segundo jefe del Ejército Reorganizador Nacional.<sup>66</sup> Como hombre de acción que era, decidió sumarse a la rebelión armada y en 1919 llegó a Veracruz junto con Francisco P. Álvarez, lo cual fue una mala decisión, porque al poco tiempo fue atacado y muerto por tropas carrancistas; a su cadáver le cercenaron la cabeza para ser expuesta a manera de escarmiento.<sup>67</sup>

## LOS INTELLECTUALES

Algunos de los intelectuales más connotados del porfiriato se habían integrado al exilio felicista; personajes como Jorge Vera Estañol, Nemesio García Naranjo o Manuel Calero, ya en el exilio se habían unido, tangencialmente, alrededor de la figura de Félix Díaz, en buena medida porque compartían la bandera de reivindicar la Constitución de 1857.

Entre ellos, quien más se ligó a Díaz fue Nemesio García Naranjo, que en febrero de 1913 se había integrado al Partido Nacional Felicista, junto con Francisco M. Olaguíbel y José María Lozano, diputados y miembros del grupo llamado “Cuadrilátero” de la XXVI Legislatura. Sin ningún problema, García Naranjo se integró como secretario de Educación al régimen huertista, y a su caída se exilió en Estados Unidos, donde fundó la *Revista Mexicana*, desde donde criticaba acremente a los gobiernos de la revolución. Vinculado al felicismo, sirvió de enlace con otras facciones del exilio, hasta que regresó a México en pleno periodo callista, sólo para ser exiliado de nuevo. A través de la *Revista Mexicana* trató de ensalzar la figura de

<sup>65</sup> ADN, FC, exp. Manuel María Mondragón, XI-III-I-137.

<sup>66</sup> Véase Díaz Zermeño, “Aurelio Blanquet. Exiliado...”; también AVC, leg. 12587.

<sup>67</sup> AND, FC, exp. Gral. Aureliano Blanquet, XI-III-I-30.

Félix Díaz. Por cierto que éste no fue el único medio utilizado por el felicismo, pues también *La Prensa* de San Antonio era pro felicista y otros medios efímeros, como *El Azteca* en La Habana.

Por otra parte, Jorge Vera Estañol era un exitoso abogado en México y lo siguió siendo en Estados Unidos. Ingresó a la política nacional durante el porfiriato, cuando fue secretario, por breve tiempo, de Instrucción Pública. Hacia 1911 había fundado el Partido Popular Evolucionista, pero en 1912 fracasó en su intento por obtener una diputación, aunque repitió como ministro bajo la presidencia de Victoriano Huerta.

Instalado en Los Ángeles tuvo una participación oscilante con el felicismo, pues se vio ligado también a Esteban Cantú y a otros elementos; por ejemplo, entre 1919 y 1920, junto con Manuel Calero, intentó organizar un movimiento con Vázquez Gómez,<sup>68</sup> por ello tuvo diferencias con el felicismo “oficial”, que se acrecentaron hacia 1922. En parte, la disputa derivaba de una interpretación del ideario político a seguir: Vera Estañol pensaba que la Constitución del 57 era superior a la del 17 y por lo tanto debía mantenerse intacta, mientras otros, Félix Díaz incluido, creían que debía reformarse.<sup>69</sup> A esta polémica se sumaron Rodolfo Reyes y Guillermo Rosas, entre otros, que compartían la visión de su jefe y, por increíble que parezca, Juan Sánchez Azcona se acercó a Díaz señalando acuerdos en el asunto de reformar la Constitución del 57.<sup>70</sup>

Las diferencias con el felicismo lo fueron alejando y terminó concentrándose en sus lucrativos negocios, hasta que regresó a México en 1931.

#### LOS GOBIERNOS EXTRANJEROS

El felicismo no se limitó a tratar de conseguir elementos financieros y armamentísticos entre los mexicanos exiliados o con capitalistas extranjeros, sino que una de sus principales apuestas fue obtener ayuda de gobiernos extranjeros, principalmente de Estados Unidos, al que se demandó reconocimiento de beligerancia y apoyo para que financieros de ese país pudieran hacer aportaciones al movimiento felicista.

En ese tenor, Pedro del Villar comenta cómo, en julio de 1916, hizo un viaje de incógnito a Washington, donde fue recibido por el responsable de la política estadounidense hacia México, quien le notificó que había disgustos con el gobierno carrancista, por lo que querían propiciar un gobierno revolucionario honrado con la participación de Félix Díaz. A esto último Del Villar dijo que no podía sumarse, pues no había ningún revolucionario honrado. A los pocos días se dio una nueva reunión en la que se dijo que el gobierno de Estados Unidos apoyaría a Félix Díaz, lo que aprovechó Del Villar para pedir que se permitiera a los banqueros proporcionar fondos a su causa, cosa que supuestamente fue autorizada.<sup>71</sup>

<sup>68</sup> AGN, Fondo Jorge Vera Estañol, caja 35, exp. 15.

<sup>69</sup> En cuanto a las desavenencias de Vera Estañol, véase AFD, c. 4, fol. 397; las posiciones de Vera Estañol quedan bien claras en su obra *Al margen de la Constitución de 1917*, s. 1 (Wayside Press, 1920).

<sup>70</sup> AFD, c. 10, leg. 932, doc. 2.

<sup>71</sup> Véase la carta de Pedro del Villar a Guillermo Rosas, 18 de julio de 1916, AFD, carpeta 1, leg. 107, doc. 1.

Lo cierto es que el gobierno estadounidense actuó con cautela en relación con el felicismo; en el contexto de la primera guerra mundial no deseaban enemistarse con el vecino del sur, y por ello era mejor mantener a los exiliados a raya. De hecho, el apoyo que conseguirían los felicistas sería más bien a título personal de algunos funcionarios, como el senador Albert B. Fall o el senador Broussard. Fue así que al finalizar la guerra europea, Jorge Vera Estañol redactó una carta contra la política exterior de Wilson, que le parecía francamente favorable a Carranza; en este documento convocaba a los exiliados a formar un Consejo Nacional para rechazar la Constitución de 1917.

De tal forma se unieron los grupos “Protesta Liberal del 5 de febrero de 1917”, la Liga Nacionalista (integrada por los licenciados Manuel Calero, Manuel Garza Aldape, Esteban Maqueo Castellanos, Jesús Flores Magón y Francisco T. Mascareñas) y la Asamblea Pacificadora que presidía Federico Gamboa, todos alrededor de Félix Díaz, aunque sin ningún resultado práctico.<sup>72</sup>

En esa misma línea de acción, Pedro del Villar se presentó en agosto de 1919 ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos; en esta ocasión denunció al gobierno carrancista y reivindicó la Constitución de 1857, criticando el reconocimiento otorgado a Carranza por parte del gobierno estadounidense.<sup>73</sup>

Debido al desdén por parte del gobierno de aquel país, el felicismo buscó apoyo en Gran Bretaña. El gobierno inglés mostró interés: en un informe enviado al representante inglés en Washington, Sir Cecil Spring Rice, se proponía abiertamente apoyar a Félix Díaz, y más aun, hacer público que Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos lo financiarían. Un segundo informe señalaba, de manera ilusoria, que Félix Díaz parecía la mejor opción entre los rebeldes.<sup>74</sup> Aunque otros análisis un tanto más serios consideraban inapropiado apoyar a Félix Díaz como cabeza del nuevo movimiento, tomando en cuenta que había perdido prestigio por sus derrotas militares recurrentes y por su relación con la muerte de Madero, de cualquier modo pensaban que Díaz aceptaría trabajar por el candidato seleccionado por los aliados.<sup>75</sup>

Félix Díaz, por su parte, no ocultaba sus intenciones de procurar el reconocimiento extranjero; así, en su “Manifiesto al Pueblo Mexicano”, al tocar la cuestión del petróleo, decía reconocer el derecho de los pueblos a su propia riqueza, pero no en detrimento de la propiedad privada.<sup>76</sup>

<sup>72</sup> En Liceaga, *Félix Díaz*, 518-520.

<sup>73</sup> *Ibíd.*, 579-583.

<sup>74</sup> Véase “La siniestra labor reaccionaria”, *El Pueblo*, 21 de noviembre de 1917, 1, y los informes del 15 de diciembre de 1917, PRO-FO 371, vol. 2964, fols. 199-201.

<sup>75</sup> Informe enviado a Mr. Cummins, fechado en Londres el 18 de diciembre de 1917, PRO-FO 371, vol. 2963, fol. 142.

<sup>76</sup> “A título de soberanía nacional, no puede privarse a los ciudadanos ni a los extranjeros de lo que les pertenece como legítimos dueños; los impuestos deben de tener el justo límite de conveniencia pública y de los derechos de propiedad; porque de otra manera pierden su carácter de impuestos para convertirse en verdaderas confiscaciones”, y agregaba: “el carrancismo ha decretado impuestos más o menos onerosos, que afectan profundamente los negocios petrolíferos del país”. Véase el informe de Mr. Barclau, fechado en Washington el 10 de marzo de 1919, PRO-FO 371, vol. 3228, fol. 60, P. 51282. Francisco León de la Barra y Manuel Mondragón aprovecharon su estancia europea para hacer proselitismo a

Menos cuidadoso sería el presidente guatemalteco, Estrada Cabrera, quien no ocultó sus deseos de apoyar a grupos disidentes con el vano afán de recuperar para su país el territorio chiapaneco. El felicismo fue momentáneo beneficiario de tales planes, pues recibió apoyo guatemalteco.

Otro gobierno centroamericano que otorgó ayuda tangencial fue el de El Salvador, que al parecer entró en tratos con el general Luis Medina Barrón, a quien debía entregar armas en 1917, luego de haber recibido catorce mil dólares.<sup>77</sup>

## De nuevo el exilio

La ruptura en la cúspide de la familia revolucionaria y el triunfo de Obregón significó un viraje en la política seguida por los gobiernos de la revolución.

En la Presidencia de la República quedó instaurado Adolfo de la Huerta quien, al igual que Obregón, llevó a cabo una política de integración de casi todas las corrientes políticas y militares. Este proceso de cooptación incluyó no sólo a quienes desde un inicio se habían manifestado como obregonistas, sino también a muchos grupos de anticarrancistas; así, se sumaron y fueron integrados los soberanistas de Oaxaca, los “Mapaches” de Chiapas, Peláez en la Huasteca y varios rebeldes que se habían identificado con Félix Díaz. A quienes no habían querido reconocer la nueva autoridad de los sonorenses, se aplicó la represión completa, pues el objetivo principal en ese momento era erradicar a cualquier grupo militar disidente.

El propio De la Huerta informaría que se había reprimido con “toda energía y acierto en términos no mayores de setenta y dos horas” varias asonadas como las de los generales Manuel Lárrega, Ireneo Villarreal, Pablo González, Carlos D. Osuna, Silvestre G. Mariscal, Estanislao Mendoza y Jesús M. Guajardo (quien fue fusilado).<sup>78</sup>

Un caso distinto fue el de Félix Díaz, con quien, no obstante que muchos de sus subordinados (Gabay, Pineda, Carvallo, Lagunes, Cástulo Pérez) se habían integrado al obregonismo, el nuevo gobierno decidió no hacer tratos. En realidad no lo necesitaban, pues, a diferencia de otros jefes alzados, Díaz no controlaba un territorio preciso, tenía contingentes más bien limitados y sus subordinados habían llegado a acuerdos individuales, dejándolo así sin posibilidad de negociar.

Además, las diferencias ideológicas eran abismales, pues Félix Díaz seguía propugnando por la reinstauración de la Constitución de 1857. Finalmente, aparecía demasiado cercano a la vieja casta gobernante por ser sobrino de don Porfirio y nunca se quitaría el estigma de haber participado en el asesinato de Madero. Por ello, Álvaro

---

favor de Félix Díaz, en centros diplomáticos principalmente; incluso se hizo una edición francesa del “Manifiesto al Pueblo” de Félix Díaz. Al respecto, el informe de Alfredo Aragón, cónsul en París, a Salvador Diego Fernández, ARE, exp. 17-18-38.

<sup>77</sup> Véase acta firmada por J.A. Almazán, S.T. del Valle, A. Blanquet y Pedro del Villar, ARE, exp. L-E-837, leg. 12, fol. 12.

<sup>78</sup> Véase Adolfo de la Huerta, *Informe rendido por el C. Adolfo de la Huerta. Presidente Constitucional substituto en la República ante el H. Congreso de la Unión, el día 1° de septiembre de 1920* (México: Imprenta Diario Oficial), 23.

Obregón había declarado, desde el mes de abril de 1920, durante el juicio que se le hizo en la capital por sus nexos con Roberto Cejudo, lo siguiente:

En un mensaje que dirigí al pueblo americano, con motivo de las dificultades internacionales, declaraba, entre otras cosas, que si el voto público me favorecía, haría un llamamiento a los grupos rebeldes para que depusieran las armas, con excepción de Félix Díaz, que presenta, mejor dicho representa una tendencia completamente opuesta a la nuestra y los [que] deliberadamente han provocado una guerra internacional.<sup>79</sup>

Por su parte, Félix Díaz había tratado de integrarse a la facción triunfante en la conflagración nacional o, por lo menos, buscar una salida decorosa y establecer un estatus similar al que había logrado Peláez. Así, desde junio de ese año eran públicos sus deseos colaboracionistas; para ello envió a su subordinado, el general Luis Medina Barrón, a tratar su rendición con el gobierno.<sup>80</sup>

Díaz se mantuvo en contacto con Medina Barrón para conocer los avances; como no se obtenían los resultados deseados, presentó un proyecto de rendición en el cual solicitaba garantías a su facción; por ejemplo, en el punto cinco demandaba garantías para quienes como él se retiraran a la vida privada.<sup>81</sup> Sin embargo, nunca fue tomado en cuenta; en realidad, el punto para el gobierno era deshacerse de Díaz. Por ello, a través del general Guadalupe Sánchez, se concertó una cita en la cual se le ofreció 1 250 000 dólares como indemnización por la confiscación de sus tierras. Como no aceptó fue preso y embarcado al exilio el 12 de octubre de ese año. Así, volvió a Estados Unidos luego de cuatro años de lucha infructuosa.

Para entonces era más o menos claro que los gobiernos de la revolución y su proyecto no tenían vuelta atrás. Sin embargo, el felicismo reinició su proceso organizativo y vio en cada nueva fractura de los gobiernos revolucionarios la posibilidad de regresar a México con un movimiento armado.

En lo sucesivo, el felicismo tendría que vivir el exilio al lado de otras facciones políticas; ello significaría menores posibilidades de acceder a recursos económicos, compartir el escenario con opciones políticas más atractivas ante los ojos de los gobiernos y capitalistas extranjeros.

A partir de 1920, el exilio mexicano se incrementó con la llegada de los carrancistas derrotados en ese año. Así, en Estados Unidos ya había huertistas, porfiristas y felicistas que se habían opuesto al constitucionalismo, y también carrancistas expulsados por la rebelión de Agua Prieta; aunque ideológicamente distantes y hasta hacía poco enemigos acérrimos en la contienda militar, tenían, por esas coyunturas que suele dar la historia, un enemigo común: Obregón. Por tanto, en los años siguientes, el exilio mexicano, entre todas sus orientaciones políticas, estaría permeado por su antiobregonismo.

<sup>79</sup> Véase "Lo que declara R. Cejudo y A. Obregón", *El Universal*, 8 de abril de 1920, 1.

<sup>80</sup> Véase "Félix Díaz quiere colaborar con el actual gobierno", *El Universal*, 1° de junio de 1920, 9.

<sup>81</sup> Véase el comunicado de Félix Díaz con Luis Medina Barrón, 15 de junio de 1920, Archivo Fernando Torreblanca (AFT-FAO), exp. 411, fs. 2-3.

En noviembre, Félix Díaz estaba instalado otra vez en Nueva Orleans iniciando la reorganización de su movimiento con el apoyo manifiesto de personajes como Toribio Esquivel Obregón, Manuel Garza Aldape, Jorge Vera Estañol y Manuel Calero, entre otros.<sup>82</sup>

Ante las derrotas constantes atribuidas a la falta de recursos, se generó un sentimiento de animadversión hacia el gobierno estadounidense. Así, en abril de 1921 Pedro del Villar envió un mensaje al secretario de Estado criticando la administración del presidente Wilson por haber apoyado a Carranza; insistía en la legitimidad del movimiento de Félix Díaz al reivindicar la Constitución de 1857, añadiendo que esta causa no había triunfado por “la exclusiva falta de recursos materiales de guerra que el gobierno de los Estados Unidos de América le ha impedido obtener, permitiéndolos tan sólo para el impuesto régimen imperante, para el Gobierno usurpador”.<sup>83</sup>

Paralelamente, otras corrientes políticas hacían sus movimientos en contra de Álvaro Obregón. Desde el mismo año de 1920 circuló un manifiesto del doctor Vázquez Gómez en contra del gobierno, al tiempo que el general Robles Domínguez decía contar con apoyo para la insurrección en Oaxaca.<sup>84</sup> En enero de 1921, el general Francisco Murguía lanzó el Plan de Saltillo convocando a las armas en contra de Obregón.<sup>85</sup> Más aún, en marzo de ese año, Cándido Aguilar, Ireneo Villarreal y Pablo González ingresaron al país por la frontera tamaulipeca para unirse al movimiento de Murguía, pero la invasión fue un completo fracaso y los dirigentes fueron detenidos.<sup>86</sup>

Esta experiencia fallida demostró que los exiliados tendrían que pensar muy bien las cosas antes de cualquier movimiento, y considerar una posible unificación para enfrentar a Obregón. Así, en julio de 1921 se preparó una reunión en San Antonio; en ésta estuvieron presentes varios generales, como Murguía, Mérito, Barragán, Pablo González y Lucio Blanco, quien trataba de propiciar un acercamiento con Díaz; sin embargo, este último no asistió.<sup>87</sup> Lucio Blanco insistió en la conveniencia de tener encuentros y en agosto de ese año se reunió con Pedro del Villar y con Esteban Cantú, quienes le propusieron acercarse a Pablo González, Francisco Murguía y Francisco Maytorena, y así enfrentar a Obregón.<sup>88</sup>

Sin embargo, desde estas primeras reuniones afloraron las diferencias ideológicas: los felicistas defendían la reinstauración de la Constitución de 1857, mientras que los demás generales estaban por la “correcta” aplicación de la Constitución de 1917. Entonces Lucio Blanco propuso, conciliatoriamente, enarbolar la bandera del antiobregonismo.<sup>89</sup>

<sup>82</sup> Liceaga, *Félix Díaz*, 662.

<sup>83</sup> Impreso firmado por Pedro del Villar, AFD, c. 2, leg. 207, doc. 2.

<sup>84</sup> Comunicado de M. Escudero a Félix Díaz, 14 de diciembre de 1920, en AFD, c. 2, l. 193, doc. 1.

<sup>85</sup> AGN, Fondo Obregón Calles (en lo sucesivo FOC), fol. 43-47, exp. 101-R1-A.

<sup>86</sup> Véase Ricardo Corzo Ramírez, José González Sierra y David A. Skeritt, ... *Nunca un desleal: Cándido Aguilar, 1889-1960* (México: Colmex-Gobierno del Estado de Veracruz, 1986), 245.

<sup>87</sup> AFD, leg. 218 doc. 1; leg. 224 doc. 1; también en AGN, FOC, exp. 428-R-3, fols. 5-7.

<sup>88</sup> Carta de Pedro del Villar a Félix Díaz desde Nueva York, 2 de septiembre de 1921, AFD, carpeta 2, leg. 223. También en Liceaga, *Félix Díaz*, 687-693.

<sup>89</sup> En Liceaga, *Félix Díaz*, 694-695.

Desde ese momento el antiobregonismo mostró poca cohesión; el general Manuel Peláez, que vivía cómodamente, decidió no participar; por el contrario, Esteban Cantú inició una movilización que fue un fracaso en Baja California y Sonora. Tras este intento estaban Jorge Vera Estañol y Manuel Calero, para entonces un tanto distanciados de Félix Díaz. Además, supuestamente se contaría con recursos de Peláez, mismos que nunca llegaron.<sup>90</sup>

Se especuló entonces que habría un movimiento antiobregonista que estallaría por todo el país: un frente en el norte con Domingo y Pablo González, y Lucio Blanco; mientras en el sur las acciones estarían a cargo de Félix Díaz, al tiempo que Francisco León de la Barra sería nombrado presidente interino.<sup>91</sup> Por otra parte, se dijo que Maytorena iniciaría una incursión en Sonora, financiado por la Union Oil Co., al tiempo que el general Samuel García Cuéllar, que se suponía subordinado o afín a Félix Díaz, hacía trabajos unificatorios en Nueva York.<sup>92</sup> El propio Félix Díaz había viajando a Nueva York, Washington y Filadelfia buscando apoyo para su causa.<sup>93</sup>

No obstante que todos los antiobregonistas parecían moverse rápidamente, la situación era que el exilio mexicano parecía una verdadera torre de Babel y los fracasos se sucedieron en cadena: la noche del 8 de junio de 1922, el general Lucio Blanco fue sacado de su hotel, en Laredo, junto con el coronel Aurelio Martínez, y al día siguiente sus cadáveres aparecieron en territorio mexicano. En agosto, Francisco Murguía lanzó un nuevo manifiesto: el Plan de Zaragoza; cruzó la frontera e inició una nueva rebelión esperando unirse a Juan Carrasco en Sinaloa y Domingo Arrieta en Durango, pero el movimiento fracasó y fue fusilado en Tepehuanes.<sup>94</sup>

## Otra vez el financiamiento

La presencia de nuevos opositores al régimen revolucionario creó un problema de división de recursos entre las distintas facciones del exilio mexicano. Esta situación afectó directamente al felicismo, que de por sí tenía dificultades recaudatorias. En ese sentido, el retorno de Félix Díaz a Estados Unidos no cambió mucho la situación; aunque se empeñó en reivindicar la restitución de la Constitución de 1857 y un programa de amplias garantías al capital extranjero, no le fue fácil obtener recursos, lo que hizo muy largo este peregrinar.

Desde su retorno llegaron noticias de posibles aportaciones económicas, las más de las veces no concretadas: donaciones de cien mil dólares de banqueros estadounidenses, de quinientos mil pesos por parte de simpatizantes en Monterrey, de Manuel Peláez, etc. Asimismo, en enero de 1921, Luis Liceaga se entrevistó con Félix

<sup>90</sup> *Ibíd.*, 697-703.

<sup>91</sup> Uriburu a Félix Díaz, 18 de enero de 1922, AFD, c. 4, leg. 334, doc. 2.

<sup>92</sup> Carta de Uriburu del 16 de febrero de 1922, AFD, c. 4, leg. 371, y de José Covacevich a Félix Díaz, 16 de mayo de 1922, AFD, c. 5, leg. 482, doc. 1.

<sup>93</sup> AFD, c. 5, leg. 480, doc. 2.

<sup>94</sup> Plan de Zaragoza en AFD, c. 6, leg. 577, doc. 1, y leg. 580, doc. 1.

Díaz y acordaron buscar apoyo en la Iglesia católica mexicana a través del arzobispo de México, José Mora del Río; el arzobispo de Puebla, Enrique Sánchez Paredes, y el obispo de Cuernavaca, Manuel Fulchoni y Pietra Santa, pero por absurdo que pareciera, la propuesta se vio interrumpida por el deceso del papa Benedicto XV.<sup>95</sup>

Para resolver este problema Pedro del Villar ideó formar, en noviembre de 1921, la International Association for Advancement of Religion and Political Liberty, Inc., para promover la rebelión como una inversión. Se emitieron dieciséis mil acciones a diez dólares, con lo cual logró organizar una campaña de prensa a favor de Díaz.<sup>96</sup> Esta organización no provocó mayor entusiasmo en Díaz, que había enfriado su relación con Pedro del Villar; para colmo de males, un año después, la asociación pasaba por un mal momento, pues no había logrado recaudar fondos en Nueva York.<sup>97</sup>

Por otra parte, Eduardo Aguirre Velázquez trataba de conseguir dinero en Guatemala. La conexión guatemalteca pareció recobrar interés, pues se había dado un cambio de gobierno que los felicistas interpretaron como favorable. Así, los agentes Robles (ex carrancista) y Macías establecieron contacto con el nuevo presidente, el general Orellana, cuyo gobierno supuestamente mostró interés en apoyar a los antiobregonistas.<sup>98</sup>

Lo cierto es que la falta de dinero, armas, municiones y voluntarios impidieron que el felicismo intentara nuevas movilizaciones en buena forma. Como se ha visto, la competencia de otras facciones políticas fue muy importante, pero también la ineficiencia, la división, la inactividad personal de Díaz y cierta corrupción (algunos miembros cobraban comisión por el manejo del dinero).

En relación con esto último, uno de los agentes felicistas en Laredo manifestaba que, en cierto negocio que produciría diez mil dólares, tenía desconfianza de un tal Serapio Rubalcava, a quien consideraba un “chingón del once”.<sup>99</sup> El propio Félix Díaz estaba al tanto del distanciamiento de algunos simpatizantes y militantes, entre otros motivos por el mal manejo de fondos.<sup>100</sup> De manera que eran recurrentes las acusaciones de ineficacia a la Junta Central del Movimiento de Reconstrucción Nacional, la cual había dejado sin recursos a los jefes militares para operar.<sup>101</sup>

Si esto no fuera suficiente, el año de 1923 fue peor. Félix Díaz tuvo que aceptar los trabajos de Cecilio Ocón, no obstante que estaba a disgusto con él, pues

<sup>95</sup> Véase la carta de Pedro del Villar, 12 de octubre de 1921, AFD, c. 2, leg. 246, doc. 2; de Rafael Ochoa, 3 de enero de 1922, c. 4, leg. 310, doc. 1; de Nemesio García Naranjo, c. 3, leg. 329, doc. 1; y de Luis Larrea, 27 de enero de 1922, c. 4, leg. 345, todas dirigidas a Félix Díaz. También en Liceaga, *Félix Díaz*, 668-669.

<sup>96</sup> Pedro del Villar a F. Díaz, 5 de enero de 1922, AFD, c. 3, leg. 313, doc. 2.

<sup>97</sup> La Asociación era dirigida por Alonso Mariscal, Wilbur Bates era el secretario y del Villar el tesorero. En AFD, c. 6, leg. 623, doc. 2; leg. 615, d. 1; también carta de Pedro del Villar a Félix Díaz, c. 8, l. 822, d. 2.

<sup>98</sup> Véase AFD, c. 4, leg. 379, d. 1; leg. 366 y leg. 446, doc. 1. Incluso el general guatemalteco José Barrios se habría entrevistado con Orellana en nombre de Félix Díaz. Carta de L.H. Machiani desde Guatemala, 7 de marzo de 1922, AFD, c. 4, leg. 395.

<sup>99</sup> AFD, c. 5, leg. 446, 447 y 466.

<sup>100</sup> AFD, c. 6, leg. 624, doc. 1.

<sup>101</sup> Antonio Escobar a G. Rosas, México, 14 de octubre de 1922, AFD, c. 7, leg. 632, doc. 1.

parecía tener los contactos para conseguir dinero. En ese sentido, Díaz planteó la necesidad urgente de concretar los préstamos o de plano prescindir de los servicios de Ocón.<sup>102</sup>

Ocón se movilizó, fue a Washington, y de paso por Nueva York comentó a Pedro del Villar que la oportunidad de Félix Díaz para encabezar un movimiento había pasado ya, y que por lo tanto era mejor pensar en alguien conectado con los nuevos acontecimientos, alguien como el general Enrique Estrada. Lamentablemente para el felicismo, Ocón había dado en el clavo: después de tales comentarios Félix Díaz le retiraría cualquier representación.<sup>103</sup>

Otros felicistas trataron de conseguir dinero: Eneas Levi entró en contacto con capitalistas de Chicago; Charles Moneglia insistiría una y otra vez en comprar y vender terrenos petroleros para allegarse de recursos; José María Servín contactó en México al banquero Castillo Negrete, y Teófilo Castillo Corzo recurrió infructuosamente a un amigo en Austin.<sup>104</sup> Las esperanzas de obtener financiamiento se redujeron; quedaba que Félix Díaz y Guillermo Rosas presionaran a los funcionarios de la Casa Blanca y a unos capitalistas de Nueva York, pero estas gestiones fallaron.<sup>105</sup>

Otra de las probables fuentes de financiamiento que exploró el felicismo se encontró entre los católicos. Entre ambos grupos había cierta identificación ideológica, que creció luego de la expulsión de monseñor Filippi, el representante de El Vaticano en México.

El felicismo trató de aprovechar cierta beligerancia de los católicos, y estableció contacto a través de algunos de sus militantes identificados plenamente con el catolicismo, como Luis Liceaga, Luis Corona, Jesús D. Ibarra o Enrique Cepeda (que era caballero de Colón y que brevemente había sido gobernador del Distrito Federal en febrero de 1913) para obtener fondos.<sup>106</sup>

Así, se repitieron las solicitudes hechas antes al arzobispo de Guadalajara, a los caballeros de Colón y demás católicos. Sin embargo, el catolicismo no mostró pleno convencimiento por Díaz y seguidores.<sup>107</sup>

<sup>102</sup> AFD, c. 8, leg. 760, doc. 1, l. 763, d. 2.

<sup>103</sup> Véase AFD, c. 8, leg. 785, doc. 1; también la carta de F. Díaz a C. Ocón, 7 de diciembre de 1923, c. 10, leg. 971, doc. 2.

<sup>104</sup> AFD, c. 8, l. 756, d. 2; l. 767, d. 2; l. 795, d. 2; l. 805, d. 2; l. 816, d. 1; l. 823, d. 2; l. 828, d. 1. c. 9, leg. 915 doc. 1.

<sup>105</sup> AFD, c. 8, l. 823, d. 1; c. 9, l. 881, d. 1; l. 927, d. 2; l. 930, d. 1.

<sup>106</sup> AGN, FOC, exp. 101-R1-A, fol. 25.

<sup>107</sup> Vendrían entonces las recriminaciones de los felicistas. Manuel de la Hoz comentaría desde México a Guillermo Rosas: "Si los llamados católicos, en tiempo y forma oportuna, cuando directamente los estreché, por medio del arzobispo a que nos prestaran ayuda material, hubieran hecho algún sacrificio, con seguridad que no se lamentarían hoy del golpe recibido. Han seguido el sistema de que 'aquel que no estorba ayuda' y con esa actuación hipócrita han encontrado su merecido". El arzobispo había dicho que no estaba en sus manos proporcionar ayuda a los felicistas. Tal actitud confirmaba la plática de Escudero con los jóvenes de la Asociación Cristiana de Jóvenes Mexicanos: "éstos me manifestaron que, el señor delegado opinaba porque nada se hiciera en forma de rebeldía, que era necesario apoyar y sostener al actual gobierno. Nada de hacer revoluciones, que el Gobierno si era malo, ya habría tiempo de que se fuera componiendo...", en AFD, c. 4, leg. 336, doc. 2.

Incluso entonces, con todo y la aplicación del artículo 33 al nuncio apostólico (ciertamente lo peor de las pugnas entre católicos y gobierno estaba por venir), los caballeros de Colón condicionaron su apoyo a que Félix Díaz subsanara algunos errores.<sup>108</sup> Al mismo tiempo, Luis Corona buscaba contactarse con el arzobispo de la ciudad de México y con el de la ciudad de Puebla. Sin embargo, los fondos no fluyeron y los felicistas en México, como Mario Ferrer, se quedaron sin apoyo.<sup>109</sup>

Incluso durante y después de la rebelión delahuertista, Díaz y sus seguidores trataron de propiciar un acercamiento con la jerarquía católica para obtener el financiamiento; sin embargo, una y otra vez la iglesia evadió comprometerse aduciendo que pasaba por mala situación.<sup>110</sup> Ante tanta dificultad los felicistas buscaron apoyo entre grupos de masones, a través de un contacto en Washington, Perry Widner, quien era secretario general de una logia.<sup>111</sup>

## Las nuevas movilizaciones

La falta de recursos sería el principal obstáculo para financiar a los pequeños grupos de felicistas que seguían en armas en México. Cástulo Pérez se mantuvo en la Sierra Sotepan, en el sur de Veracruz, gracias a sus propios recursos y a que furtivamente recibía dinero de El Águila. Menos adinerado era Mario Ferrer, que debió abandonar la lucha en Oaxaca y viajar a Estados Unidos para entrevistarse con Félix Díaz y Pedro del Villar; al no obtener el dinero que necesitaba, tuvo que refugiarse en Guatemala varios años en espera de mejores oportunidades.

La falta de recursos también mantuvo detenido a Raúl Matus en Juchitán, a Agapito Barranco en Orizaba y a otros más que mostraban deseos de entrar en acción.<sup>112</sup> Por su parte, Antonio Escobar se quejó de que en Puebla no había despedido la rebelión por la incompetencia de Pablo Ariza y Guillermo Pous, que no habían remitido los fondos requeridos.<sup>113</sup>

Tampoco hubo dinero suficiente para propiciar nuevas movilizaciones fuera de las ya existentes en territorio nacional. Uno de los pocos casos fue el de Ismael Hernández, que peregrinó por el noreste mexicano, siempre corto de recursos.

Los intentos insurreccionales de Hernández, quien siempre se mostró identificado con el felicismo, comenzaron a organizarse a inicios de 1922, cuando buscó apoyo entre banqueros regiomontanos.<sup>114</sup> Para obtener recursos estableció un negocio de amplio espectro que lo mismo realizaba compraventa de bienes inmuebles, representaciones o traducciones bajo el nombre de International Business and Information,

<sup>108</sup> Véase AFD, c. 6, l. 564, d. 1

<sup>109</sup> AFD, c. 5, leg. 495, d. 2; c. 8, leg. 804, doc. 2.

<sup>110</sup> Carta de Luis Liceaga a F. Díaz, México, 3 de junio de 1925, AFD, c. 12, l. 1133, doc. 1.

<sup>111</sup> AFD, c. 4, leg. 384, doc. 1.

<sup>112</sup> AFD, c. 6, l. 625, d. 2; c. 7, l. 680, d. 1-2; l. 689, d. 1 y c. 9, l. 914, d. 1.

<sup>113</sup> Carta de Antonio Escobar a Guillermo Rosas, 16 de julio de 1922, AFD, c. 6, l. 538, d. 2.

<sup>114</sup> Ismael Hernández a Félix Díaz, 8 de marzo de 1922, AFD, c. 4, leg. 397, doc. 2.

localizado en San Antonio.<sup>115</sup> Más le valía a Hernández moverse por su cuenta, pues la ayuda recibida de Díaz fue exigua: primero le regateó un nombramiento oficial y luego, los recursos remitidos fueron pobres.<sup>116</sup> Así que en busca de recursos recurrió al arzobispo de México, a quien pidió diez mil pesos.<sup>117</sup>

Los obstáculos para Hernández siguieron; a la falta de recursos y contingentes, hubo que sumar las intrigas generadas en el propio felicismo debido a que se le otorgó el nombramiento de jefe de División del Noreste del Ejército Reorganizador Nacional.

El plan de Hernández era iniciar la rebelión paralelamente en el norte y en el sur del país con la ayuda de Mariano Viesca Arizpe y Antonio Castellanos, contando con que se le sumaría el grupo de Lucio Blanco.<sup>118</sup> Finalmente, el 14 de octubre de 1922, Hernández, temerariamente, se internó en territorio mexicano con el afán de organizar las partidas que integrarían su contingente de campaña. Rápidamente se acusó la falta de recursos y fue muerto en las cercanías de Monterrey, a finales de noviembre.<sup>119</sup>

En California, los felicistas prepararon otro movimiento armado que debía estallar en el noroeste mexicano. El responsable de conseguir los recursos era Brígido Caro en Los Ángeles. Así, Juan Carrasco se levantó en armas en julio de ese año, reivindicando la Constitución de 1857, pero su movilización tuvo nulo impacto y fue fusilado.<sup>120</sup>

Otro tanto influyó, en estos fracasos, la actitud del propio Díaz, que en esos años se vio superado por propios y extraños. Sus seguidores le urgían a que se presentara ante los capitalistas para obtener recursos; se comentó entonces que Cecilio Ocón y el general García Cuéllar llegaron a restarle recursos al felicismo.

De cualquier forma, la Casa Blanca siguió teniendo en mente al felicismo, sobre todo a través de personajes como el senador Fall, pero a condición de que Díaz figurara al frente de acciones tangibles.<sup>121</sup> En agosto de 1922 hubo nuevos ofrecimientos de recursos y elementos de Fall, siempre dispuesto a entrometerse en asuntos mexicanos. En esta ocasión se trataba de un plan que incluía a Félix Díaz, Samuel García Cuéllar y Manuel Peláez con acciones en las zonas sur, norte y Huasteca, respectivamente.<sup>122</sup> Sin embargo, Díaz nunca se decidió y ciertamente no había las condiciones para iniciar una nueva aventura.<sup>123</sup>

<sup>115</sup> El negocio era manejado por José Merced Lozano. AFD, José M. Lozano a G. Rosas, c. 6, leg. 552, doc. 1.

<sup>116</sup> Carta de G. Rosas a I. Hernández, 4 de agosto de 1922, AFD, c. 6, l. 556 D. 1. Ese mismo mes Ismael Hernández recibió la cantidad de 1250 dólares remitidos por Rosas; c. 6, l. 561, d. 1.

<sup>117</sup> AFD, c. 6, leg. 566, d. 2.

<sup>118</sup> Carta de Ismael Hernández a F. Díaz, 18 de julio de 1922, AFD, c. 6, leg. 541, d. 1-3.

<sup>119</sup> Carta de J.M. Lozano a G. Rosas, c. 7, leg. 634, d. 1, y Eneas Levi, l. 680, d. 2, en AFD.

<sup>120</sup> Véase la carta de Brígido Caro a Félix Díaz, 5 de marzo de 1922, AFD, c. 4, leg. 393 y también c. 5, leg. 549, d.1.

<sup>121</sup> Eneas Levi a Guillermo Rosas Jr., 25 de octubre de 1922, AFD, c. 7, leg. 642 doc. 2; y de Antonio Escobar a Guillermo Rosas Jr., leg. 648, doc. 1.

<sup>122</sup> AFD, c. 6, l. 573, d. 2; también la carta de Eneas Levi a Guillermo Rosas, 8 de diciembre de 1922, leg. 689, d. 2.

<sup>123</sup> Bien claro se lo planteó Pablo Ariza desde México: "Aquello de que cuando Ud. pise el territorio se levante el pueblo como un solo hombre para secundarlo, no es cierto. La mayoría del pueblo carece de ideales...". Carta del 16 de noviembre de 1922, AFD, c. 7, leg. 666, doc. 2.

## Divisionismo y rupturas

Las diferencias internas del felicismo aumentaron al retorno de Díaz a Estados Unidos, pues, aprovechando su presencia, empezaron las recriminaciones.

Así, Pedro del Villar comenzó a ser blanco frecuente de críticas, y al ser relevado del control, fue motivo de contento entre algunos.<sup>124</sup> Por otra parte, Díaz se había alejado notoriamente de Jorge Vera Estañol debido a sus nexos con Cantú, pues se le consideraba la eminencia gris de los movimientos que éste hiciera en Baja California.<sup>125</sup>

Pero las críticas se proyectaban casi entre todos los felicistas; por ejemplo, otro de los blancos favoritos era Julio Ziegner Uriburu, uno de los contactos en Los Ángeles, quien supuestamente tenía acusaciones en su contra en la Corte de Estados Unidos por un dinero que había entregado a Esteban Cantú.<sup>126</sup>

Con razón o sin ésta, las desconfianzas se extendían hacia Esteban Cantú, Manuel Peláez, Ismael Hernández y sus seguidores, Nemesio García Naranjo (constantemente acusado de coquetear con otros líderes del exilio) o contra Brígido Caro. También José Covacevich y Eneas Levi tenían desacuerdos, Manuel de la Hoz consideraba que varios felicistas se habían comportado de manera deshonrosa: Mario Ferrer pensaba que Pedro del Villar, en lo político, y Cecilio Ocón, en lo financiero, obstruían la labor felicista; al tiempo que Guillermo Rosas deploraba las actividades de Ismael Hernández y José Merced Lozano, mientras Luis Liceaga acusaba a Manuel de la Hoz de haber falsificado documentos con la rúbrica de Félix Díaz.<sup>127</sup> Entonces los celos y envidias afloraron con más fuerza que antes; incluso se dio una escisión “mayor” cuando Manuel Calero, en pugna con Félix Díaz, decidió apoyar a Samuel García Cuéllar como jefe militar de la insurrección, en agosto de 1921.<sup>128</sup>

La subordinación de García Cuéllar fue más que relativa, pues en realidad había sido cercano a Victoriano Huerta, quien lo nombró gobernador del Distrito Federal en 1913.

Parte de las diferencias provenían de una discusión política, pues aunque Manuel Calero y Samuel García Cuéllar también defendían la reinstauración de la Constitución de 1857, ellos no deseaban reformarla, como ya lo pretendían Félix Díaz, Rodolfo Reyes y otros seguidores.

García Cuéllar se movilizó ampliamente; por una parte, tuvo contactos con Esteban Cantú y Pablo González y, por la otra, trató de obtener el apoyo de compañías petroleras, viajó hasta Washington y logró el apoyo de Albert B. Fall. Incluso se

<sup>124</sup> Carta de Federico García y Alba en que acusó a Del Villar de no haber cumplido con su cometido en AFD, c. 5, leg. 436, doc. 2; también leg. 484 y 495 doc. 2.

<sup>125</sup> Carta de Brígido Caro, AFD, c. 4, leg. 416, doc. 2.

<sup>126</sup> Carta de Brígido Caro a Guillermo Rosas, 15 de noviembre de 1922, AFD, c. 7, leg. 665, doc. 2.

<sup>127</sup> En este sentido de los desacuerdos, es muy puntual el comentario de Luis Larrea: “Nuestros trabajos por aquí siguen desenvolviéndose con cierta dificultad, debida principalmente a la falta de unidad en los trabajos, pues es notoria la discordia que existe entre nuestros amigos, quienes únicamente se concentran en injuriarse mutuamente...”. Carta a Díaz, 10 de agosto de 1922, AFD, c. 6, leg. 573.

<sup>128</sup> Véase la carta de Pedro del Villar y Rafael Ochoa Ramos a F. Díaz, AFD, c. 2, leg. 227 y leg. 230.

dio el lujo de invitar a Félix Díaz a unírsele. García Cuéllar se apoderaba de todas las instancias y parecía asumir la jefatura del movimiento. Entonces, Félix Díaz advirtió que no participaría en un plan conjunto con Cantú y García Cuéllar si este último asumía la dirección.<sup>129</sup>

Así, el felicismo tuvo una reunión magna el 25 de septiembre de 1921, en la que participaron Díaz, García Cuéllar, el general Guillermo Rubio Navarrete, Jorge Vera Estañol, Pedro del Villar, Nemesio García Naranjo y Manuel Calero, con el afán de llegar a acuerdos de acción. Sin embargo, para noviembre de ese año, García Cuéllar abiertamente se movía al margen de Díaz: al parecer había recibido señal del senador Fall de mantenerse independiente de Díaz, debido a la impopularidad de éste en círculos mexicanos. Una prueba de este distanciamiento es que García Cuéllar viajó a Nueva Orleans para hacer proselitismo sin visitar a Díaz.<sup>130</sup>

Para entonces, García Cuéllar había logrado cierta presencia en Washington debido a su relación con Fall, lo cual le propició mayor atención de parte de otros exiliados como Murguía, Pablo González, Lucio Blanco y hasta del mismo Nemesio García Naranjo.<sup>131</sup>

De nuevo, en abril de 1922 se dio una reunión en Nueva York con García Cuéllar, Alfredo Ricaut, Lucio Blanco, Pablo González y Félix Díaz, quienes decidieron adoptar un plan de acción común, el cual enviarían al Departamento del Interior de Estados Unidos.<sup>132</sup> Como nada pasó, Félix Díaz, García Cuéllar y Manuel Peláez se reunieron de nuevo en Nueva York y convinieron ante mister Dickinson (un allegado a Fall), dirigir de común acuerdo el Movimiento Restaurador Nacional en la zona sur, norte y Huasteca, respectivamente.<sup>133</sup> Sin embargo, en 1923 los tres generales seguían en Estados Unidos.

A partir de 1923, la situación para el felicismo se tornó desesperada; a la falta de financiamiento y el divisionismo que lo acosaba desde hacía años, se sumaría una serie de problemas: en México habían quedado fuera de circulación los pocos fieles que seguían en armas, Cástulo Pérez había muerto, Mario Ferrer estaba en Guatemala. En esos días la pugna electoral en México se aceleraba y la atención de Estados Unidos se concentró en ello; por si fuera poco, se veía venir la regularización diplomática entre México y aquel país, lo cual era casi un tiro de gracia al exilio mexicano. Así lo entendía el felicismo y toda la tensión estaba puesta en las reuniones oficiales entre ambos países; finalmente, se dio el reconocimiento diplomático en septiembre de 1923, lo cual canceló definitivamente cualquier esperanza de financiamiento o de reconocimiento de beligerancia.

Entonces, el felicismo jugó a la desesperada. Por una parte, se amplió la tolerancia hacia grupos que no necesariamente se identificaban con el ideario de la

<sup>129</sup> AFD, c. 4, leg. 303, doc. 1

<sup>130</sup> AGN, FOC, caja 48, exp. 104-W-4.

<sup>131</sup> Véase el informe de Mr. Russell del 7 de diciembre de 1921, AGN, FOC, c. 48, exp. 104-W-4. Celosos y enojados, los felicistas inquirirían a García Naranjo si todavía estaba con ellos o había virado al bando de García Cuéllar. AFD, c. 4, leg. 309, doc. 1-2.

<sup>132</sup> Véanse los informes del agente Walker entre el 1° y el 15 de mayo de 1922, AGN, FOC, exp. 104-W-4.

<sup>133</sup> AFD, c. 7, leg. 689, doc. 2.

Constitución de 1857; así, desde comienzos de 1923 se empezó a dar una mayor coordinación con el ex carrancista Domingo Arrieta y, paralelamente, Aquileo Juárez, José Merced Lozano y Nicolás Rodríguez se habían unido a seguidores del general Pablo González para formar una junta antiobregonista que incluía también a villistas.<sup>134</sup>

Otra salida que vio el felicismo a su crisis fue abrirse casi incondicionalmente a los gobiernos y capitalistas extranjeros, sin darse cuenta de que ello los hacía más inviables. Entonces cobró más fuerza la idea de pedir abiertamente ayuda a Estados Unidos para restituir la Constitución de 1857 con algunas reformas. Así, en abril de 1923, el felicismo envió desde la ciudad de México un documento al secretario de Estado, Charles Hughes, proponiéndole reconocer la deuda exterior y dar preferencia a las empresas petroleras estadounidenses en las concesiones gubernamentales, así como reanudar los tratados internacionales con Estados Unidos.<sup>135</sup>

La tolerancia del felicismo se había ampliado tanto, que deseaban existiera afinidad con el Partido Fascista en México.<sup>136</sup> Más aún, en un afán de provocar escándalo, los felicistas en la ciudad de México realizaron actos de los que ahora se califican como terroristas, pues colocaron una bomba en la embajada de Estados Unidos y otra en la iglesia de San Felipe Neri.<sup>137</sup> Y para obtener recursos rápidamente, urdieron el plan de secuestrar a “millonarios carrancistas” para pedir rescates que debían ser depositados en Estados Unidos.<sup>138</sup>

Entre 1920 y 1923, el exilio mexicano, particularmente el felicista, poco pudo hacer de manera efectiva para derribar a Obregón. Imperó el divisionismo y la falta de recursos, a la par que en México el gobierno fortalecía el control sobre los movimientos disidentes y estabilizaba sus relaciones con Estados Unidos. De hecho, el mayor peligro para el gobierno obregonista provendría de la división interna suscitada en 1923, encabezada por Adolfo de la Huerta y los generales Guadalupe Sánchez, Enrique Estrada y Fortunato Maycotte, líderes del movimiento conocido como rebelión delahuertista. Este movimiento (que fue de la mayor importancia), borró temporalmente los esfuerzos de los exiliados mexicanos.

## La rebelión y el exilio delahuertista

Aunque la rebelión delahuertista logró movilizar a más de la mitad del ejército y de las cámaras de Diputados y Senadores en contra del gobierno, Obregón pudo organizar sus fuerzas y hacer efectivas sus relaciones con Estados Unidos para recibir armamento. Así, los alzados fueron derrotados en tan sólo cuatro meses. Esto generó una nueva migración que se sumó a los mexicanos ya exiliados en aquel país. En seguida, los recién llegados empezaron a captar la atención del gobierno y

<sup>134</sup> Véase la correspondencia generada en el mes de agosto de 1923, AFD, c. 9, leg. 905 doc. 2; leg. 907, doc. 1; leg. 909, doc. 2. También en Liceaga, *Félix Díaz*, 762.

<sup>135</sup> AFD, c. 8, leg. 822, doc. 1.

<sup>136</sup> A. Escobar a Guillermo Rosas, 7 de abril de 1923, AFD, l. 809, D. 2, c. 8.

<sup>137</sup> Manuel de la Hoz a Guillermo Rosas Jr., 6 de junio de 1923, AFD, c. 9, leg. 866, doc. 2.

<sup>138</sup> Manuel de la Hoz a Guillermo Rosas, AFD, c. 11, leg. 1043, doc. 1.

capitalistas en Estados Unidos, así como de la policía secreta mexicana que los mantenía bien vigilados.

La llegada de los delahuertistas de nuevo afectó a los demás grupos de exiliados, pues se constituyó en un nuevo factor de dispersión ya que, además, tenía la posibilidad de obtener recursos económicos, pues había demostrado capacidad para movilizar a amplios sectores del ejército. Así, desde los últimos meses de 1924, los delahuertistas se reagruparon y junto con algunos carrancistas comenzaron a conspirar.<sup>139</sup>

Mientras tanto en México, el general Plutarco Elías Calles desarrolló su campaña a la presidencia con todo el apoyo del sistema. Por la oposición a los gobiernos de la revolución se propuso la candidatura de Ángel Flores, general conservador, a quien se identificó como la versión civilista electoral del delahuertismo. En ese contexto, el felicismo se acercó a la campaña de Flores, y desde Estados Unidos manifestó su simpatía al respecto.<sup>140</sup> Como era previsible, Calles ganó las elecciones y se dio cierta unión entre felicistas y floristas lo cual, de todas formas, no significaba mucho.

Como la competencia por los recursos era mucha y el gobierno de Estados Unidos había otorgado pleno reconocimiento a Obregón, el felicismo decidió cambiar de estrategia: en lo sucesivo esta facción buscó el apoyo de Inglaterra, que no había reconocido al gobierno de Álvaro Obregón. De esta manera, se ideó la formación del Partido Reorganizador Nacional, que desde luego tendría como cabeza a Félix Díaz, y que proponía por plan político reivindicar la Constitución de 1857; como guiño a los capitales extranjeros postulaba la formación adecuada de la Ley Petrolera para garantizar la propiedad privada.<sup>141</sup> El felicismo estableció entonces contacto con los petroleros ingleses, que ya antes habían financiado rebeliones; se consideraba que Inglaterra podía ser (ya lo había sido), una aliada de la causa felicista. En ese tenor, Carlos Moneglia estableció contacto con la casa Pearson y obtuvo la promesa de que Díaz tendría a su disposición pertrechos en Belice, que le serían enviados en tres buques. Sin embargo, concluyó el año de 1924 y el embarque nunca llegó, por lo cual los felicistas decidieron entrevistarse directamente con Pearson (los primeros contactos habían sido a través del sobrino del magnate).<sup>142</sup>

En realidad, para los ingleses Félix Díaz no era la mejor opción, pues pensaban que Adolfo de la Huerta tenía más posibilidades de hacer algo. De cualquier forma, los felicistas seguían esperando un milagro. Más realista sería el comentario de Francisco López Carvajal a Díaz, en relación con la actitud de Pearson y los estériles resultados con la conexión inglesa: “Estamos condenados al tío Sam sabe Dios hasta cuándo”.<sup>143</sup>

<sup>139</sup> Véase AGN, Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS), caja 262, exp. Junta sediciosa, 7/313.1 (72-73) y exp. 7/313 (72-73)5, fols. 24-25.

<sup>140</sup> Véanse las cartas a Félix Díaz de Julio Ziegner Uriburu, Pablo Ariza y Luis Liceaga, AFD, c. 10, leg. 1017, d. 1, leg. 1026, d. 2, leg. 1028, d. 2.

<sup>141</sup> AFD, c. 11, leg. 1086, doc. 2.

<sup>142</sup> AFD, c. 11, leg. 1070, doc. 1; leg. 1076, doc. 1; leg. 1080, doc. 1; leg. 1080, doc. 2.

<sup>143</sup> Carta fechada el 20 de marzo de 1929, AFD, c. 18, leg. 1751, doc. 1.

## La Cristiada y otras rebeliones

Cada ocasión que en México se daba una convulsión política o fractura militar, apenas se percibían barruntos de rebelión, el felicismo interpretaba que ellos mismos, “los elegidos”, los verdaderos “salvadores de la patria”, asumirían el papel protagónico. Una y otra vez, la realidad nacional se encargaría de demostrarles su error.

Así, se dieron varios intentos por unirse a movimientos antiobregonistas; uno de éstos fue el de Arnulfo R. Gómez. En este caso, el agente felicista Agustín Escobar se entrevistó con Gustavo Salinas y Gerzayn Ugarte, representantes de Gómez, en octubre de 1927, con el propósito de sumar fuerzas.<sup>144</sup> Los planes no fructificaron, pues, como se sabe, el general Gómez terminó fusilado en Coatepec el 4 de noviembre de 1927. Otra oportunidad se dio con la rebelión de Gonzalo Escobar, en 1929, a la que supuestamente se uniría Guillermo Rosas Jr. en Sonora, lo cual resultó falso.<sup>145</sup>

Por otra parte, Julio Ziegner Uriburu, que para entonces había adquirido el papel principal en el aspecto financiero del felicismo, decidió, al margen de Félix Díaz, apoyar la aventura militar de Enrique Estrada en Baja California, lo cual le propició el rechazo de sus correligionarios; sin embargo, fue aceptado de nuevo por el felicismo, pues parecía tener los contactos financieros.<sup>146</sup>

Julio Ziegner Uriburu era un personaje extraño entre el exilio mexicano: un abogado internacionalista de origen argentino, nacido en 1868. Había vivido en Alemania y se estableció en California desde 1905, donde fundó el “Movimiento Pan Americano”. Era sobrino del general Félix Uriburu, quien mediante un golpe militar había derrocado al presidente Irigoyen en Argentina; se decía que Ziegner Uriburu, a través del “Movimiento”, había obtenido financiamiento para la “gesta” de su tío.

En cuanto al exilio mexicano, se vinculó al felicismo desde 1920; se decía también que había desfalcado a un banco por doscientos mil dólares cuando fundó la L.A. Mercantil and Banking Co., que había financiado y robado quinientos mil dólares a Esteban Cantú, que se había unido a Enrique Estrada y a Adolfo de la Huerta.<sup>147</sup> Por si fuera poco, estuvo cercano a la rebelión cristera por cuenta propia en 1928, cuando mantuvo contacto con Luis G. Bustos, el agente cristero en Estados Unidos. Todas estas uniones coyunturales y bandazos alejaron poco a poco a Uriburu del felicismo.<sup>148</sup>

Por cierto que la rebelión cristera fue otra de las coyunturas que trató de aprovechar el felicismo para retornar a la palestra militar y política. Nuevamente Félix Díaz y seguidores se sintieron los elegidos y pensaron que era el momento de encabezarse una nueva rebelión. La cristiada fue la última oportunidad para ello.

Las disputas entre la Iglesia católica y los regímenes de la revolución se incrementaron notablemente por la política anticlerical del gobierno y el rechazo de los

<sup>144</sup> Agustín Escobar a Guillermo Rosas desde El Paso Texas, 21 de octubre de 1927, AFD, c. 15, leg. 1509, doc. 2.

<sup>145</sup> AFD, c. 18, leg. 1749, doc. 2.

<sup>146</sup> Al respecto Francisco López Carvajal reprocharía a Félix Díaz su falta de apoyo a esta movilización. AFD, c. 13, leg. 1264, doc. 2; también leg. 1258, doc. 1, leg. 1263, doc. 1.

<sup>147</sup> AFD, c. 13, leg. 1269, doc. 1; c. 18, leg. 1798, doc. 2.

<sup>148</sup> AFD, c. 16, leg. 1554, doc. 1; leg. 1562, doc. 2; leg. 1584, doc. 1; leg. 1606, doc. 2.

católicos al nuevo laicismo. La situación explotó hacia 1926, de manera violentísima, en una rebelión armada que abarcó varios estados, sobre todo en el Bajío y norte del país.

Más aún, la movilización católica traspasó la frontera mexicana, pues la iglesia y asociaciones como los caballeros de Colón se movilizaron para recabar fondos que coadyuvaran a la rebelión.<sup>149</sup>

De las facciones políticas en el exilio, la que de manera más natural se identificaba con los católicos por su conservadurismo, era el felicismo. Como además esta lucha podía despertar simpatía entre los católicos estadounidenses, los felicistas redoblaron su interés tratando de entretejer una relación entre ambos grupos.<sup>150</sup>

Sin embargo, la Iglesia católica mexicana, aunque tenía afinidad con el felicismo, contaba con un movimiento armado propio, surgido en territorio nacional, con bases populares en el campo y las ciudades del Bajío, por lo que no sintieron la necesidad de importar a Félix Díaz y su movimiento. De hecho, los católicos enviaron a René Capistrán Garza a Estados Unidos en busca de recursos y para propiciar un encuentro con el general Enrique Estrada y sumarlo al movimiento.<sup>151</sup>

Por ello los católicos, si bien estimaban la ayuda que Félix Díaz pudiera aportar, consideraban que la conducción les debería estar reservada. Así, por ejemplo, los caballeros de Colón se mostraron dispuestos a financiar un movimiento, siempre y cuando a la cabeza estuviera uno de ellos;<sup>152</sup> de hecho, pensaban en René Capistrán o en Rubio Navarrete. Para los católicos estadounidenses quedaba claro que el líder de la lucha no era Félix Díaz,<sup>153</sup> y cuando algún miembro de la iglesia se mostró más animado, como el padre C. Maya, se requirió que existiera el apoyo de Washington.<sup>154</sup>

Además, los cristeros tenían su propio enviado en Estados Unidos con el fin de obtener recursos para la lucha, al principio René Capistrán Garza y luego Luis G. Bustos, lo cual minó la hipotética ayuda que pudiera recibir Félix Díaz de los católicos estadounidenses;<sup>155</sup> así, a principios de 1927, se reportaba que Capistrán Garza había obtenido doscientos cincuenta mil dólares tan sólo en Los Ángeles. Aunque con frecuencia solía fantasear en torno a sus recaudaciones.<sup>156</sup>

Félix Díaz y sus partidarios siguieron pensando, ilusamente, que serían los elegidos para encabezar el descontento de los católicos y que contarían con el apoyo de la Liga Católica, obispos y clero en general, y que Capistrán Garza se subordinaría

<sup>149</sup> Por ejemplo, los Caballeros de Colón de México y Estados Unidos se reunieron en El Paso, en septiembre de 1926. Véase la carta de Benjamín Jurado a Guillermo Rosas, AFD, c. 13, leg. 1268, doc. 2.

<sup>150</sup> Incluso desde agosto de 1926, Browne Willis ofreció un barco a Félix Díaz para que viajara a México: "para que se ponga al frente de las huestes católicas y redima al pueblo mexicano del yugo opresor del tirano ateo". AFD, c. 13, leg. 1253, doc. 1 a leg. 1254, doc. 1.

<sup>151</sup> Jean Meyer, *La Cristiada* (México: Siglo XXI, 1980), 72.

<sup>152</sup> Seguramente, la autonomía mostrada por los Caballeros de Colón para fomentar una rebelión al margen de la Liga se debía a las pugnas entre ambas organizaciones en septiembre de 1926. *Ibíd.*, 62.

<sup>153</sup> Véanse las cartas de Luz Franco de Perches, AFD, c. 13, leg. 1290 doc. 2, leg. 1297 doc. 2.

<sup>154</sup> AFD, c. 13, leg. 1297, doc. 2; leg. 1306, doc. 2.

<sup>155</sup> AFD, c. 13, leg. 1321, doc. 1; leg. 1331, doc. 2.

<sup>156</sup> AFD, c. 13, leg. 1357; también Meyer, *La cristiada*, 74-78.

al caudillo.<sup>157</sup> Por ello, los felicistas trataron de obtener el apoyo del obispo de Huejutla, de José de Jesús Manríquez y Zárate del Partido Católico, de los caballeros de Colón y de la Asociación Cristiana de Jóvenes Mexicanos;<sup>158</sup> pero en junio de 1927, José Ortiz Monasterio fue nombrado jefe militar de la Liga Católica, lo cual provocó la ira de los felicistas. Al sentirse desplazado, Félix Díaz señaló que tanto Ortiz Monasterio como Luis G. Bustos eran unos vividores.<sup>159</sup>

Al respecto, Jean Meyer consigna que “si la Liga no aceptó, se debió a que desconfiaba de un ambicioso como Félix Díaz y prefería un militar dócil como Ortiz Monasterio o Rubio Navarrete”.<sup>160</sup> De cualquier manera, los planes católicos no excluían a Félix Díaz, más bien pensaban en una Unión Nacional que reuniera a porfiristas, maderistas, católicos, etc., pero finalmente nunca se logró dicha meta.

Como estaban condenados al aislamiento, los felicistas tuvieron que tragarse su enojo y buscaron unirse con los católicos; así, se contactaron con Enrique Gorostieta, el nuevo líder militar de los cristeros.

La rebelión cristera acabó de demostrar que los buenos años del felicismo (si es que habían existido), habían pasado hacía mucho y que provocaba pocas emociones en el orden político.

Al margen de la rebelión cristera, el felicismo buscó apoyo en la Casa McCarthy y Cía. de Galveston, que tenía acciones en The Alamo Mining and Smelting Co., de Nuevo León; por otra parte, Pedro Duhart (agente felicista) se obstinaba en conseguir el apoyo oficial y financiero a través de Wilbur Bates.<sup>161</sup> También se especuló que el Departamento de Justicia no obstruiría una acción de Félix Díaz para entrar a territorio mexicano con mil doscientos hombres, financiados por el First National Bank; el plan incluía promover la presidencia interina de Francisco León de la Barra; Además, se decía que había contactos con banqueros y comerciantes de San Francisco y Seattle.<sup>162</sup> Otro de los posibles financieros era el judío millonario Kupp, de quien se decía había andado con Pancho Villa,<sup>163</sup> y también se especuló que los caballeros de Colón y el propio clero habían dado dinero al felicismo.<sup>164</sup>

Pedro Duhart, desde Nueva York, comunicaba que The Mexican People's Bureau of Public Information in the U.S., fundada para obtener aportaciones, tenía éxito pues había recibido dinero de los arzobispos de Baltimore San Antonio, monseñor Dunn y monseñor Bedford, respectivamente. La organización era presidida por Adolfo Ferrer y también participaban el propio Duhart, José Garza Aldape y

<sup>157</sup> AFD, c. 13, leg. 1352, doc. 1; leg. 1370, doc. 1; leg. 1371, doc. 1; leg. 1376, doc. 1.

<sup>158</sup> AFD, c. 15, leg. 1431, doc. 1; c. 14, leg. 1421, doc. 1; leg. 1451, d. 2.

<sup>159</sup> Véase la carta de Félix Díaz a Guillermo Rosas Jr., 21 de octubre de 1927, AFD, c. 15, leg. 1510, doc. 1. Guillermo Rosas también montó en cólera y se decepcionó de los católicos; al respecto, véase AFD, leg. 1510, doc. 2; leg. 1515, doc. 2; leg. 1622, doc. 1.

<sup>160</sup> Meyer, *La cristiada...*, vol. 1, 79.

<sup>161</sup> AFD, c. 13, leg. 1312 doc. 2; leg. 1360 doc. 2.

<sup>162</sup> Carta de Francisco López Carvajal a Guillermo Rosas Jr., 14 de mayo de 1927, AFD, c. 14, leg. 1411, doc. 1.

<sup>163</sup> AFD, c. 13, leg. 1353, doc. 1; leg. 1360, doc. 1; leg. 1361, doc. 1.

<sup>164</sup> AFD, c. 15, leg. 1452, doc. 2; c. 16, leg. 1595, doc. 2.

Wilbur Bates. El dinero recaudado alcanzaba para editar panfletos, y se habían mantenido a distancia de la Liga Católica de México y del clero mexicano. Al parecer, también fundaron la Independent Fruit Corp., con la misma intención recaudadora. Lo cierto es que el felicismo se mantenía más de las aportaciones de sus propios militantes, como Luz Franco de Perches, que de financiamiento exterior.<sup>165</sup>

La muerte de Obregón en 1928 pareció reanimar los trabajos de los exiliados y formaron la Junta General de la Asociación Cívico-Mexicana de Protección Mutua, con la participación, entre otros, de Nemesio García Naranjo, Félix Díaz, José de Jesús Manríquez y Zárate (obispo de Huejutla), Jorge Prieto Laurens, Adolfo de la Huerta, Enrique Estrada, etc. Sin embargo, las diferencias ideológicas y protagonismos pesaron más y, desde luego, la organización no condujo a nada.<sup>166</sup>

Ante la evidencia, por enésima ocasión, de que no obtendrían recursos y de la consolidación de los gobiernos revolucionarios, sobrevendrían algunas bajas en el felicismo. Pedro del Villar se había ido a México; Guillermo Rosas, cansado de estrecheces, se mudó a Los Ángeles, donde puso un restaurante. Otros, como Nemesio García Naranjo y Federico García y Alva, oficialmente avisaron de su salida del felicismo; en México había fallecido en marzo de 1928 Pablo Ariza, que presidía ahí la Junta Revolucionaria; Melesio Martínez había muerto en abril de 1930 y al año siguiente Pedro Duhart.

Algunos de los más fieles y obstinados en la causa empezaron a flaquear. Antonio Escobar comentó que desde 1920 había vivido en angustia y luchas sin tregua. Rodolfo Reyes, en mayo de 1928, escribió a Félix Díaz desde Bilbao observando lo remota que se presentaba la posibilidad de intervenir en México; por ello, consideraba insano y absurdo el sacrificio al que se sometía tomando en cuenta que no contaba con los elementos idóneos. Ya antes había confiado a García y Alva: “De Félix siento confirmar en mí mismo esa frialdad, ese poco calor humano, que le ha hecho mucho mal a él y a la buena causa [...]”.<sup>167</sup>

Finalmente, Félix Díaz volvió a tierras mexicanas el 19 de abril de 1937, esta vez sin pretensiones políticas y para siempre; se refugió en el puerto de Veracruz, donde murió en paz en julio de 1945.

<sup>165</sup> AFD, c. 15, leg. 1479, doc. 1.

<sup>166</sup> AFD, c. 17, leg. 1708, doc. 2; leg. 1688, doc. 2.

<sup>167</sup> AFD, c. 16, leg. 1629, doc. 1. El comentario de Reyes reproducido en c. 13, leg. 1257, doc. 2.

## **Fuentes complementarias**

### ARCHIVOS

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

Fondo Obregón/Calles, Fondo Jorge Vera Estañol, Fondo Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales.

ARCHIVO HISTÓRICO DE PETRÓLEOS MEXICANOS

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

PUBLIC RECORD OFFICE, FOREIGN OFFICE

Londres, Inglaterra (microfilmes en El Colegio de México).



# SEGREGACIÓN Y UTOPIA SOCIAL EN EL SUR DE TEXAS: LOS MOTIVOS DEL PLAN DE SAN DIEGO, UNA RELECTURA

*Silvestre Villegas Revueltas\**

The Rangers tactics of violence were part of a larger strategy to reverse the Revolution in Mexico carried out by gubernatorial advisors such as Colonel Francisco Chapa and Ranger Inspector William Hanson.

RICHARD RIBB

Al iniciar el siglo xx, la relación entre Estados Unidos y México mostraba un evidente deterioro que, si bien lento en un principio, se tornó acelerado por el tipo de acciones intervencionistas que a nivel continental implementó el gobierno de Theodore Roosevelt (1901-1909), además del posterior desafecto que hacia México mostró el presidente William Taft (1909-1913), mismo sentimiento que respecto al México revolucionario llegaría a tener el gobierno siguiente del “internacionalista” Woodrow Wilson (1913-1920).<sup>1</sup>

Debido a tal impresión del Ejecutivo estadounidense, en los últimos años de su régimen, Porfirio Díaz otorgó diversas concesiones de obra pública a intereses europeos; un caso fue el ferrocarril del Istmo de Tehuantepec a Weetman Pearson, a quien se conocía como “el miembro del Parlamento para México”. Las decisiones de Díaz intentaban equilibrar la masiva cantidad de inversiones estadounidenses al potenciar las británicas, las provenientes del imperio alemán y las francesas, en ese orden de importancia por su cuantía económica.<sup>2</sup>

Esta política ya había molestado a las autoridades en Washington, y si a lo anterior se agrega la negativa mexicana de prorrogarle a la armada estadounidense el arrendamiento de la Bahía de Magdalena en Baja California, amén de que la entrevista entre Díaz y Taft no fue precisamente un éxito diplomático, en términos generales puede afirmarse que, aunque no existía un enfrentamiento abierto entre los dos

\* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM. svill99@yahoo.com.

<sup>1</sup> Lewis Gould, *America in the Progressive Era 1890-1914* (Harlow: Pearson, 2001), X.

<sup>2</sup> Véase Paul Garner, “The Policies of National Development in Late Porfirian Mexico: The Re-Construction of the Tehuantepec National Railway 1896-1907”, *Bulletin of Latin American Research* 14, no. 3 (1995): 339-356; *British Lions and Mexican Eagles. Business, Politics and Empire in the Career of Weetman Pearson in Mexico, 1889-1919* (Stanford: Stanford University Press, 2011).

países, la autonomía con la que en determinados temas actuaba el gobierno de México y el progresivo mejoramiento de la república eran asuntos que preocupaban en la ciudad del Potomac.

En pro de un proyecto modernizador, a lo largo de tres décadas el gobierno porfiriano promovió reducciones arancelarias en muchos artículos de importación, moralizó el funcionamiento de las aduanas marítimas y fronterizas, alentó a los industriales mexicanos para que sus productos pudieran ser vendidos en ultramar y realizó obras carreteras para facilitar el traslado de mercancías de todo tipo hacia todos los rumbos de la geografía nacional.

De hecho si se analiza con una óptica más profunda, desde la administración de Manuel González (1880-1884) y luego a partir de la segunda reelección de Díaz, se reformaron varios artículos constitucionales que modificaron el concepto jurídico de propiedad de origen español, particularmente el proveniente de la Castilla medieval. El nuevo Código de Minería permitió, de acuerdo con la tradición anglo-estadunidense, la legítima posesión —que no concesión— de particulares en el ramo de la minería, la extracción de petróleo y la consolidación de títulos agrarios; en la práctica, estos últimos se materializaron en latifundios localizados en el norte de la república, pero también en otras regiones del país. Muchas de tales propiedades, que significaban inversiones millonarias, estaban en manos de ciudadanos y compañías de nacionalidad estadounidense.

Todos estos cambios, entendidos por parte de la oligarquía porfiriana como sustentados en bases científicas y que así han sido señalados por la historiografía mexicana y mexicanista, no pudieron, a lo largo del porfiriato, remediar la observación que sobre la Nueva España Alejandro de Humboldt había hecho un siglo atrás y que años después José María Morelos resumiría espléndidamente: reducir la brecha entre opulencia e indigencia. Por ello, a principios del siglo xx, un reporte del Departamento del Trabajo del gobierno estadounidense señalaba que a pesar de toda la violencia y racismo que en aquel país se ejercía sobre los campesinos mexicanos, éstos diariamente cruzaban la frontera en busca de mejores oportunidades para escapar “del infierno que es México”.<sup>3</sup> La pobreza los obligaba a dejar su país y a laborar en la Unión Americana principalmente como peones en el Texas rural, donde se exponían a todo tipo de vejaciones, inclusive a perder la vida.

\* \* \*

Huyendo de la represión porfiriana, Ricardo Flores Magón llegó a Texas a principios de 1904 y se asentó en San Antonio, que junto con Brownsville y Laredo eran las ciudades con el mayor número de tejanos y mexicanos.<sup>4</sup> Durante su estancia

<sup>3</sup> Neil Foley, *The White Scourge. Mexican Blacks and Poor Whites in Texas Cotton-Culture* (Berkeley: University of California Press, 1997), 40-41.

<sup>4</sup> Para los efectos del presente artículo y siguiendo la norma establecida por la historiografía estadounidense especializada en el tema, se define al tejano como el ciudadano estadounidense de origen mexicano cuyas raíces familiares datan del proceso colonizador en la Nueva Santander/Tejas de José de Escandón y Helguera, Conde de Sierra Gorda en el siglo xviii. Por su desahogada posición social, los tejanos eran y

conoció la realidad que se vivía en el estado, particularmente en el sur de Texas y en el Hill Country al occidente de Austin. En la zona fronteriza, desde El Paso hasta Port Isabel, las sociedades mutualistas integradas por estadounidenses de origen mexicano habían decidido llamarlas Juárez, Morelos o Cuauhtémoc en honor de aquellos preclaros hombres de “la historia nacional”. Éstas resultaban ser las organizaciones que más ayudaban con un sentido de solidaridad social a “todos los mexicanos” en situaciones de apremio económico, jurídico o de salud. También colaboraban en esta ardua empresa la diócesis de San Antonio, las iglesias metodistas, presbiterianas y bautistas mexicanas ubicadas en el sur de Texas; presentes estaban también los masones y un grupo significativo de periódicos tejanos como *La Crónica de Laredo* que, publicados en español e inglés, analizaban los problemas que a diario enfrentaba la comunidad.<sup>5</sup>

Aunado al histórico conflicto que desde 1836 y particularmente después de 1848 significó en Texas el despojo de la grande y pequeña propiedad rural otrora en manos de mexicanos, a partir de 1880 hubo una sistemática segregación contra los mexicanoamericanos en los servicios públicos y en los negocios privados. Asimismo, empeoró la discriminación en el tema electoral, de enorme significado para los mexicanoamericanos para poder ejercer sus derechos de ciudadanía estadounidense. La historiografía de aquel país coincide en que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, existía en el sur de Texas un cuasimonopolio político del Partido Demócrata, el cual era posible por la mancuerna entre candidatos de origen anglo y promotores tejanos de prosapia y fortuna que controlaban el voto campesino mexicano.<sup>6</sup> Sin embargo, a partir de la década de 1890, con el desarrollo a gran escala de la industria agrícola y la llegada de los ferrocarriles, se asentó en el sur texano un importante número de estadounidenses que no conocían las relaciones sociales y políticas de compadrazgo, ni la convivencia religiosa ni las costumbres que en el ámbito familiar ligaban a las comunidades tejanas, anglo y mexicana. Los recién llegados provenientes de los estados del medio este y algunos del Deep South eran republicanos y demócratas profundamente segregacionistas. Éstos protestaron por lo que se refiere al sistema de acarreo campesino en las elecciones estatales y particularmente en las efectuadas en los condados del llamado Valle de Río Grande, pues las consideraban evidentemente fraudulentas.

Denunciaron a los *bosses* por controlar el voto de los *brown greasers* que no sabían leer ni escribir ni hablaban inglés. A partir de 1890, el monopolio demócrata

---

son una comunidad que después de 1848 convivieron con otros habitantes de Texas conocidos como mexicanoamericanos, y ambos son y se sienten distintos del mexicano llegado del sur del Río Bravo. Por otro lado, se encuentra el blanco estadounidense llamado anglo, aunque sus orígenes hayan sido alemanes, escoceses o irlandeses; para el blanco texano de finales del siglo XIX e inicios del XX, el individuo que tuviera nombre y apellido en español, aunque fuera estadounidense de nacimiento o por adopción era, simplemente, un mexicano más, independiente de su origen familiar o posición económica.

<sup>5</sup> Véase Laura Gutiérrez Witt, “Cultural Continuity in the Face of Change: Hispanic Printers in Texas”, en Erlinda Gonzales y Tatum Chuck, eds., *Recovering the US Hispanic Literary Heritage*, vol. 2 (Houston: Arte Publico Press, 1996).

<sup>6</sup> Véase Evan Anders, *Boss Rule in South Texas. The Progressive Era* (Austin: University of Texas Press, 1982), 205-207.

se rompió y, al conseguirlo, los anglos pudieron votar en la legislatura del estado de Texas para que se impusiera el *poll tax* como una condición para que el elector pudiera ejercer su derecho al voto. Los líderes tejanos protestaron porque muchos peones de origen mexicano, inclusive muchos blancos, no tenían el dinero suficiente para pagar semejante impuesto; alegaban que con dicha medida la discriminación histórica de la comunidad mexicana resultaba más patente. En la práctica, al disminuir el voto de los mexicoamericanos se materializaba la exclusión de los políticos tejanos en la legislatura estatal pero, sobre todo, a nivel de los condados. Al no poder votar debido al mencionado *poll tax*, dicha medida contradecía una recurrente queja de los anglos texanos acerca de que “los mexicanos” descuidaban sus deberes ciudadanos, no se sentían estadounidenses y no realizaban actos para compenetrarse con la cultura estadounidense, que era distinta y superior a la de México.<sup>7</sup>

Los temas descritos anteriormente (además de la prohibición de que los campesinos mexicanos pudieran asistir a escuelas más allá del nivel elemental) provocaron que Flores Magón escribiera artículos, promoviera mítines, concibiera planes rehabilitadores, en fin, que condenara a la sociedad estadounidense y a las autoridades del estado de Texas por fomentar un estado de cosas que redundaba en segregación social y menosprecio cultural hacia todo lo mexicano:

¿Quién de vosotros no ha recibido un ultraje en este país por el solo hecho de ser mexicano? ¿Quién de vosotros no ha oído relatar los crímenes que a diario se cometen en personas de nuestra raza? ¿No sabéis que en el sur de este país no se permite que el mexicano se siente, en una fonda al lado del norteamericano? ¿No habéis entrado a una barbería donde se os ha dicho, mirándoos de arriba a abajo: ‘aquí no se sirve a mexicanos’? ¿No sabéis que los presidios de los Estados Unidos están llenos de mexicanos? ¿Y habéis contado, siquiera, el número de mexicanos que han subido a la horca en este país o han perecido quemados por brutales multitudes de gente blanca?<sup>8</sup>

Para él, la cultura estadounidense era eminentemente racista; por ello se reproducían constantemente acciones de segregación, pero el pueblo estadounidense era más culpable cuando la violencia racial se cebaba en la integridad de un inocente mexicano. Los anglos aceptaban tal brutalidad como la manera de reforzar y perpetuar el statu quo, pero al mismo tiempo hacían gala de un cristianismo piadoso: “intolerantes e hipócritas”. El estado de Texas, a pesar de estar cerca de la ciudad de México y de que muchos mexicanos de toda índole se habían asilado en aquél durante el siglo XIX y lo harían por miles en el futuro cercano debido a la violencia de la Revolución mexicana, era una sociedad conservadora, muy discriminatoria y alejada culturalmente de la civilización estadounidense que fascinaba a los que se habían establecido en ciudades como San Francisco, Filadelfia o Nueva York. Por ello, Ricardo Flores Magón decidió mudarse a Los Ángeles, California, para desde allí plantear en los medios impresos un programa revolucionario que pugnara por la

<sup>7</sup> Sarah Deutsch, *No Separate Refugee. Culture, Class and Gender on an Anglo-Hispanic Frontier in the American Southwest, 1880-1940* (Nueva York: Oxford University Press, 1987), 36.

<sup>8</sup> Ricardo Flores Magón, *Discursos de Ricardo Flores Magón. Tribuna Roja* (México: Antorcha, 1982), 68.

modificación de las condiciones de vida de los mexicoamericanos, todo ello sustentado en reformas jurídicas que, partiendo del nivel federal, tuvieran un alcance particular en los estados fronterizos.

Además, es conveniente señalar que este revolucionario, oriundo de Oaxaca, salió de Texas porque no pudo entenderse con los tejanos progresistas. Éstos, provenientes en su mayoría de estratos medios y de las familias “españolas” sabían por referencia y en carne propia de todos los abusos que contra los mexicanos se cometían a diario, debido al racismo texano; sin embargo, no buscaban el cambio social por medio del camino revolucionario, sino que los anglos comprendieran que los mexicanoamericanos sí eran estadounidenses, que no significaban una amenaza para Texas y que eran distintos de los negros.<sup>9</sup> En particular, pedían eliminar las prácticas de segregación racial conocidas coloquialmente como Jim Crow en los establecimientos privados como hoteles y restaurantes, mejorar los contenidos de los planes de estudio, la calidad de los profesores y de los planteles escolares públicos los cuales, a lo sumo, ofrecían hasta el sexto grado. Argumentaban que, con dichas mejoras, los mexicanos verdaderamente podrían desempeñar trabajos calificados en los negocios propiedad de anglos, o en las oficinas públicas de los condados y de la administración estatal. Subrayaban los tejanos progresistas que el dominio del idioma inglés por la comunidad mexicana era el medio más adecuado para defender sus derechos ciudadanos y americanizarse.<sup>10</sup> Hasta qué punto tal proceso significaba eliminar las antiguas y en algunas veces muy queridas formas mexicanas de la vida cotidiana, era

<sup>9</sup> El discurso político y la cultura popular de los anglos en Texas subrayaba que los mexicanos estuvieron en contra de los patriotas texanos durante el conflicto que tuvo como resultado la independencia texana. Luego, entre 1846 y 1848, apoyaron a México y terminaron perdiendo la guerra. Más adelante, ya en la guerra de secesión, muchos mexicanos criticaban el esclavismo en Texas pero hicieron negocios con la Confederación y terminaron por apoyar a la Unión. Peor aun, en 1898, la comunidad mexicoamericana defendió la cultura hispánica en la guerra en que España fue vencida y perdió sus últimos reductos coloniales. En síntesis, históricamente, los mexicanos habían tenido una actitud contraria al verdadero ser texano y eran antiestadunidenses; por lo tanto, no eran de confiar. Además, cultural y racialmente resultaban distintos de los anglos estadounidenses. En un sentido totalmente opuesto, molestaba mucho a la totalidad de la comunidad mexicana que en la práctica los anglos les aplicaran la misma segregación que los negros padecían, a pesar de que en la legislación texana claramente se establecía lo que era un “negro” o mestizo hasta la tercera generación. Véase Title X, “Offense against Public Morals, Decency and Chastity”, art. 327, *The Penal Code of the State of Texas, 1900* (Austin: State Printing Office, 1901), The Briscoe Center for American History, University of Texas at Austin, en adelante TBCFAH.

<sup>10</sup> Benjamin Heber Johnson, *Revolution in Texas. How a Forgotten Rebellion and Its Bloody Suppression Turned Mexicans into Americans* (New Haven: Yale University Press, 2003), 42-53. Años después de lo estudiado por Johnson y frente a la violencia antimexicana del periodo 1915-1925, la opción más adecuada que visualizaron los líderes comunitarios fue promover una política de asimilación a la cultura estadounidense. El resultado: los tejanos de “prosapia” con recursos económicos, de tendencias un tanto conservadoras pero con una visión realista, se unieron en 1929 en la ciudad de Corpus Christi para crear una organización civil defensora y promotora exclusivamente de los derechos civiles de los mexicanoamericanos, que no de los migrantes mexicanos, aunque estos últimos en algo sintieran ciertos beneficios. Véase Douglas O. Weeks, “The League of United Latin-American Citizens: A Texas-Mexican Civic Organization”, *The Southwestern Political and Social Science Quarterly* X, no. 3 (diciembre de 1929): 257-278, TBCFAH.

un tema que provocó insalvables discusiones dentro de la comunidad. Los progresistas organizaron, en septiembre de 1911, el Primer Congreso Mexicanista en Laredo, el cual fue promovido desde el periódico *La Crónica*, cuyos propietarios eran Nicasio Idar y familia. Los convocantes eran los más entusiastas promotores de la vía reformista, que no del peligroso camino revolucionario; sin embargo, éste era ya una realidad al sur del Bravo, y por aquel entonces su expresión más radical se materializaba en el anarquismo al que habían llegado los hermanos Flores Magón.

\* \* \*

Muchas cosas sucedieron en México entre 1910 y 1916; no es el lugar ni el propósito señalarlas porque sería imposible enumerar por completo los momentos más importantes del conflicto, pero vale la pena subrayar cuatro asuntos que directamente se relacionan con la revuelta que sucederá (1915-1916) en el sur de Texas. Primero, el gobierno en Washington llevó adelante una política tortuosa y de doble discurso, inmediatamente antes de la caída de Díaz y muy en particular durante la revuelta civil: apoyaba a un bando determinado y tiempo después al contrario. Hubo diversas incursiones militares y se invadió formalmente el país en por lo menos tres ocasiones. Como ya se dijo, a los presidentes Taft y Wilson la Revolución mexicana les resultaba en extremo desagradable por lo que ésta proclamaba en sus principios y porque desconfiaban sinceramente de cualquiera de los jefes mexicanos, ya fuese el instigador Francisco I. Madero, el golpista Victoriano Huerta o aquellos que se apuntaban como líderes regionales de la Revolución. A pesar de la general antipatía en Washington secundada por una prensa estadounidense muy crítica hacia todas las facciones, el gobierno del Wilson terminó por reconocer como un mal necesario a Venustiano Carranza en su carácter de jefe de la revolución (octubre de 1915), para que éste pusiera orden y con ello salvaguardase los intereses de los estadounidenses avocados en México.<sup>11</sup>

Segundo asunto: en varios momentos de la Revolución mexicana, contingentes de tropas maderistas, huertistas, orozquistas, villistas y carrancistas hicieron de la frontera mexicana con Texas su teatro de operaciones militares.

El conflicto armado afectó a la región binacional porque, a pesar de la neutralidad de Estados Unidos, las autoridades aduanales de aquel país dejaron pasar miles de armas, cañones y uniformes militares. Asimismo, porque los balazos originados en el sur del Bravo caían del lado estadounidense; hubo heridos, muertos y una gritería que llegó a la oficina del gobernador estatal y a la del Ejecutivo federal solicitando urgentemente protección: la respuesta fue el traslado a la zona fronteriza de los Texas Rangers (los “rinches”, tan odiados por la comunidad mexicana) y soldados del ejército de Estados Unidos. También, la revuelta preocupó a la elite texana

<sup>11</sup> Desde Los Ángeles, criticando el proceso que estaba llevando la guerra civil y una vez enterado de la intervención de las tropas de Estados Unidos en el puerto de Veracruz, el anarquista mexicano culpó de la injerencia estadounidense a “dos reptiles a quienes hay que aplastar al mismo tiempo: Villa y Carranza, dos engendros de Judas”. Véase Flores Magón, *Discursos...*, 73.

porque militares y políticos mexicanos de todos los bandos se asilaron en Texas, y desde allí tramaron acciones de guerra.

Tercer asunto: en su aspecto económico, la guerra civil en México trastocó el intercambio comercial que se realizaba en ambas direcciones. Dejó de hacerse efectivo el servicio de la deuda externa mexicana contratada en la época porfiriana con bancos estadounidenses y, como en el siglo XIX, el conflicto generó reclamaciones de ciudadanos estadounidenses por daños y perjuicios en su vida y propiedades sufridos como parte de la revuelta.

Finalmente, la cuarta lectura resulta nodal: en su aspecto social migraron hacia Texas miles de ciudadanos mexicanos que huían de la revolución. Entre ellos, ingresaron muchos campesinos y ex soldados que, aunque en condición de civiles, sabían algo de técnicas militares. Pero todos ellos empezaron a sufrir en carne propia el sistema de segregación y linchamiento cotidiano en el sur de Texas.

Por otro lado, los mexicanos que llegaron a Texas y aquellos estadounidenses de origen mexicano que recibían noticias del sur de la frontera percibieron que una reforma agraria estaba sucediendo en Tamaulipas y en otros estados norteros, amén del proyecto agrario zapatista en el estado de Morelos. Supieron que los grupos revolucionarios habían propuesto y estaban llevando a la práctica medidas que daban al traste con el orden porfiriano caracterizado por la gran hacienda, el peonaje, las deudas impagables, la intolerancia política, la falta de democracia y la violencia frente al reclamo social. Todas ellas, comprendieron algunos mexicoamericanos, existían en su versión estadounidense en el sur de Texas, en el Deep South y el medioeste agrario.<sup>12</sup> Después de treinta años de afrentas (1880-1910) que verdaderamente arrinconaron a la comunidad mexicoamericana en Texas, ahora existían las condiciones para una sublevación; unos la deseaban fervientemente, otros temían que las cosas resultaran, al final de cuentas, infinitamente peores para los mexicanos en su conjunto.

\* \* \*

Aquí se expondrán brevemente los acontecimientos y la propuesta de reforma social resultante del texto llamado Plan de San Diego. Posteriormente, se ponderará cuál fue la respuesta de los anglos y como tercer aspecto se reflexionará sobre las consecuencias de “la revuelta mexicana”, su reducida mención en la historia de Texas y el sesgo interpretativo que sobre el Plan ha imperado en la academia estadounidense.

De acuerdo con la historiografía que toca el tema de la revuelta en el sur de Texas y el Plan de San Diego en particular, se señala a Luis de la Rosa<sup>13</sup> y a Aniceto

<sup>12</sup> David B. Danbom, *Born in the Country: A History of Rural America* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2006), 119-123.

<sup>13</sup> Luis de la Rosa (1865-1930) varias veces fue *deputy sheriff* del condado de Cameron. Tenía una tienda de abarrotes en Río Hondo e intereses ganaderos cerca de San Benito, lugar violento por su acendrado segregacionismo. Leyó literatura marxista y teoría revolucionaria; entre 1904 y 1909 formó, junto con Aniceto Pizaña, un movimiento de ideología floresmagonista en Texas. Véase Carlos M. Larralde, “De la Rosa, Luis”, *Handbook of Texas Online*, 22 de agosto de 2011, en <<http://tshaonline.org/handbook/online/articles/fdead>>.

Pizaña<sup>14</sup> en su calidad de líderes del alzamiento. En enero de 1915, las autoridades texanas en Brownsville detuvieron a un esquivo y nervioso Basilio Ramos con un documento manuscrito que llamaba, para el 20 de febrero a las dos de la mañana (redacción muy parecida al Plan de San Luis de Madero), a realizar un alzamiento de todos los mexicanos en Texas. Junto con lo anterior, el plan señalaba otras demandas que parecieron totalmente descabelladas a los oficiales del condado de Cameron. Como no hubo rebelión ni adhesiones se decidió la liberación de Ramos; sin embargo, al pasar los meses, a principios de julio se desató la violencia.

Desde el siglo XIX, los habitantes del sur de Texas sabían de las múltiples incursiones, especialmente en las décadas de 1870 y 1880 que, para apropiarse de ganado, robar dinero y enseres domésticos de los ranchos o asaltar el tren habían involucrado a mexicanos, tejanos, anglos e indios. Tales hechos violentos siempre fueron calificados por las autoridades de los condados fronterizos, la prensa y los Texas Rangers como *bandit riots*. Sin embargo, a partir de julio de 1915, las bandas que empezaron a cruzar el Río Bravo y que de pronto surgían en el chaparral texano comenzaron a incendiar pequeñas y grandes propiedades rurales, pero no para robar ganado, sino que asesinaron a varios texanos anglos que los mexicoamericanos identificaban como individuos que en las cortes texanas, por medio de juicios fraudulentos o por la fuerza, les habían arrebatado la legítima posesión de sus tierras; los títulos de éstas se los había otorgado la Corona española o el gobierno mexicano hasta 1836.<sup>15</sup>

Hubo otros que identificaron a varios anglos que durante décadas y en conjunción con sheriffs, Texas Rangers y vigilantes habían promovido el linchamiento de decenas de mexicanos. También, la violencia se desató contra los anglos que habían estado coludidos para no dejar votar a los mexicanos, y que como patrones eran famosos por maltratar a sus peones simplemente por el hecho de que éstos no eran blancos. Pero la ira de los alzados se dirigió, asimismo, contra algunos mexicoamericanos que se habían cebado en sus semejantes para congraciarse con un anglo influyente; debido a esto último, el Plan de San Diego no recibió un apoyo uniforme de “la comunidad mexicana” y sí provocó que los tejanos “de prosapia”, por el contrario, decidieran unirse a la represión anglo.

Las bandas revolucionarias funcionaban como cuerpos de caballería con organización militar, aunque en pequeños grupos, se dieron a la tarea de volar puentes de ferrocarriles. Éstos eran el símbolo de la modernidad para los texanos del sur y para los mexicanos ricos del noreste; pero también los ferrocarriles significaron la

<sup>14</sup> Aniceto Pizaña (1870-1957) nació en el rancho El Sombrero en el condado de Cameron y en 1904 conoció a Ricardo Flores Magón. Dueño del rancho Los Tulitos, durante la revuelta de San Diego él, su esposa y su hijo fueron arrestados, éste murió por heridas de bala. Lo anterior provocó que decidiera vengarse y empezó una guerra de guerrillas en contra de los anglos en el Valle del Río Grande. Cuando todo estaba perdido se asiló en México, no fue deportado y murió en El Encino, Tamaulipas. Véase Carlos M. Larralde, “Pizaña, Aniceto”, *Handbook of Texas Online*, <<http://tshaonline.org/handbook/online/articles/fpi42>>.

<sup>15</sup> William W. Morrow, *Spanish and Mexican Private Land Grants* (San Francisco: Bancroft & Whitney, 1923), 14.

llegada de extraños estadounidenses “del Norte” que no sabían de los viejos apellidos castellanos en Texas, de los nexos interclasistas de la cultura fronteriza, y cuyos elementos más pobres llamados por los tejanos *white trash* empeoraron con su ignorancia el racismo regional. Los contingentes revolucionarios atacaron pueblos segregacionistas como Harlingen, pero se dirigieron específicamente contra algunos ranchos fronterizos en manos de anglos. En agosto llegaron hasta la estancia Las Norias, perteneciente al corporativo King Ranch, lo que significaba una incursión cien kilómetros al interior de Texas, por lo que puede afirmarse (y los anglos lo comprendieron muy bien en su tiempo) que de ninguna manera se trataba de otra correría más de ladrones como las de las décadas de 1880 y 1890, o un ataque limitado a la frontera. En Las Norias el asalto fue repelido, pero la casa grande del rancho, llamada Santa Gertrudis, otros cien kilómetros al norte, se dispuso a enfrentar a “los mexicanos” con piezas de artillería, con un destacamento de *rangers* y con el apoyo de los caporales del rancho llamados coloquialmente “kineños”.<sup>16</sup>

Aunque en el centro y el sur de Texas, especialmente en el muy mexicano pueblo de San Diego, condado de Duval, hubo rumores de que el día 16 de septiembre de 1915 habría un alzamiento general de sus habitantes, no pasó nada, pero en octubre otros dos ferrocarriles fueron descarrilados.<sup>17</sup> En uno de ellos los asaltantes mataron a los anglos, dejando vivos a mexicanos y a aquellos que se identificaron como alemanes; asimismo, las autoridades de la ciudad de San Antonio y los periódicos locales reportaron que al consulado del imperio alemán llegó un contingente de “soldados mexicanos” quienes exigían sueldos (?) atrasados; en este ambiente de animosidad se supo del encarcelamiento de Victoriano Huerta y Pascual Orozco.<sup>18</sup> Todo esto último dio pie a que Friedrich Katz y demás historiadores de la escuela estadounidense

<sup>16</sup> La cultura popular texana tiene en el King Ranch el modelo de lo que en el siglo XIX fue una exitosa empresa que se transformó en el XX en un auténtico corporativo internacional ganadero y agrícola. El migrante irlandés Richard King transformó su pobreza y se convirtió en el propietario de quizá el rancho más grande de Estados Unidos. En sus estancias, el rancho albergó cientos de miles de reses; sus vaqueros, que provenían de Cruillas, Tamaulipas, fueron llamados kineños porque estaban ligados de por vida al señor King. Para más información, véase Don Graham, *Kings of Texas. The 150 Year Saga of an American Ranching Empire* (Hoboken: Wiley & Sons, 2003), 193-204; Lauro F. Cavazos, *A Kineño Remembers. From the King Ranch to the White House* (College Station: Texas A&M University Press, 2006), 3-67.

<sup>17</sup> San Diego era una importante estación de tren que conectaba el puerto de Corpus Christi con Laredo; la fisonomía del pueblo, a diferencia de los urbanizados al modo estadounidense, tenía y tiene una plaza central con su iglesia, quiosco y casas comerciales. Asimismo, el pueblo fue el hogar de Archie Parr y familia, quizá uno de los políticos demócratas más influyentes del sur texano, quien durante décadas ejerció un verdadero cacicazgo. Véase Dale Lasater, *Falfurrias. Edward Lasater and the Development of South Texas* (College Station: Texas A&M University Press, 1985), 118.

<sup>18</sup> El posterior asesinato de Pascual Orozco y sus acompañantes por un puñado de Texas Rangers cerca de El Paso fue comentado por la prensa tejana como un ejemplo no sólo de la animadversión que los anglos tenían contra los mexicanos, sino de que la cultura del linchamiento se había cebado en un general del ejército mexicano, cercano colaborador del ex presidente Huerta. Se preguntaban: ¿cuál será la suerte de los campesinos que se habían levantado en el Valle del Río Grande contra décadas de despojo agrario, segregación racial y violencia perpetrada por los anglos a ciencia y paciencia de las autoridades texanas?

y mexicana indagaran y repitieran la versión del complot alemán para que el México revolucionario invadiera el suroeste de Estados Unidos, como parte de la complicada estrategia resultante de la primera guerra mundial. Sin embargo, es conveniente subrayar que la academia estadounidense, hasta muy recientemente, omitió los específicos y genuinos motivos que tenían los mexicoamericanos en el sur de Texas para levantarse contra los intereses anglos, situación revolucionaria la tejana que, sólo tangencialmente y muy de lejos, coincidía con las “maquinaciones” germánicas.

Así como de pronto, en julio de 1915, se iniciaron los ataques contra intereses anglos, meses después la bien organizada represión anglo menguó la eficacia de los levantados en armas. Los ataques dejaron de producirse. Era como si “las correrías de los mexicanos” estuviesen en combinación con el hecho de que Carranza tenía más poder político/militar y el innegable nexo con las autoridades de Estados Unidos. Sin embargo, esto no significó que a lo largo de la frontera continuaran sucediéndose incursiones “mexicanas”, las cuales se acrecentaron en marzo de 1916 con el ataque de Francisco Villa a Columbus, Nuevo México. En el sur de Texas, las últimas acciones militares de los revolucionarios mexicoamericanos fueron en mayo de ese mismo año, pero la represión anglo continuó durante 1917 y se alargó por lo menos tres años más.<sup>19</sup>

\* \* \*

¿De qué manera y qué motivó el alzamiento de un número importante de tejanos y mexicoamericanos contra personas y servicios que, bajo su óptica, simbolizaban la esencia del despojo y la segregación en el sur de Texas?

La respuesta, en la más pura tradición mexicana, fue la aparición, circulación y adopción de los contenidos del Plan de San Diego y su adición posterior materializada en el Manifiesto a los pueblos oprimidos de América. El Plan de San Diego proclamaba la secesión e independencia de los estados de Texas, Nuevo México, Arizona, Colorado y California, los cuales habían pertenecido a la República mexicana y “fueron robados de la manera más páfida por el imperialismo de los Estados Unidos”. Tales entidades podrían reunificarse con México cuando “la misma madre patria a su vez fuera redimida” (?), pero también advertía que con el paso del tiempo tales estados podrían constituir por sí mismos un país y una nación distinta. Por otro lado, el plan subrayaba la liberación social de todos los individuos de raza negra, a quienes se ayudaría a obtener otros seis estados de la Unión Americana; con estos territorios podrían formar una república independiente.

<sup>19</sup> José Tomás Canales (1877-1976), diputado por Brownsville (1905-1911/1917-1921) y miembro de una de las familias más respetadas de la zona, posteriormente juez, trabajó y consiguió de la legislatura del estado de Texas que se hiciera más estricta la organización de los Texas Rangers. Eran famosos por aplicar la ley fuga a los detenidos de origen mexicano, especialmente en los años inmediatos a la revuelta de San Diego. Véase *San Antonio Express News*, 2 de abril de 1976, Colecciones Especiales, Institute of Texas Cultures/ University of Texas, San Antonio; Evan Anders, “Canales, Jose Tomas”, *Handbook of Texas Online*, en <<http://www.tshaonline.org/handbook/online/articles/fcarg>>.

En un plano más operativo, el plan indicaba que “el ejército liberador de las razas y los pueblos” operaría según la disciplina militar y estaría bajo el comando del “Supremo Consejo Revolucionario”. Su emblema sería una bandera roja con una franja diagonal en blanco, en medio el escudo nacional de México con el gorro frigio, y en la base la leyenda “Igualdad e independencia”. Los soldados de dicho ejército deberían ser exclusivamente individuos mexicanos, negros y orientales —léase japoneses y chinos—. Advertía que todos los prisioneros tomados en acciones de armas serían ejecutados y lo mismo se haría con todos aquellos individuos anglos mayores de dieciséis años que viviesen en la zona de guerra. Por último, prometía a los indios comanches que sus territorios ancestrales les serían devueltos como premio por su apoyo a la causa revolucionaria.<sup>20</sup>

Igual que en los años santanistas con el Plan de Ayutla (1854) y las precisiones subsecuentes que se le hicieron al ser reformado en Acapulco, en el marco de la realidad de Texas, el Manifiesto a los pueblos oprimidos de América clarificaba en un segundo texto los argumentos del de San Diego y explicaba las razones del levantamiento. En este sentido el manifiesto señalaba que en Estados Unidos no solamente los blancos de aquella sociedad estaban contentos de que hubiera linchamientos todos los días, sino que, en conjunción con los últimos gobiernos estadounidenses, estaba dedicado a linchar a todo un pueblo (el mexicano), a toda una raza (la latina) y a un continente entero (Hispanoamérica). Agregaba que “los proletarios” en Estados Unidos y en particular en Texas habían sido presas de un sistema de segregación total y de que imperase el odio entre razas, el cual se había manifestado en que las puertas de las escuelas, hoteles, teatros, todo tipo de establecimientos públicos y vagones de ferrocarril se “les hubiesen cerrado a los mexicanos, a los negros y a los amarillos”. Apuntaba que el movimiento revolucionario devolvería a sus legítimos dueños la tierra cultivable que les había sido arrebatada por medios fraudulentos y daría a los combatientes de “la Revolución” terrenos suficientes para que pudiesen vivir de sus productos. Con el paso del tiempo y siendo ya la Revolución un gobierno constituido, éste haría las reformas necesarias, cuyo “fin último será la total colectivización de la propiedad, de los instrumentos de trabajo y de los medios a la comunicación”. Finalmente, subrayaba que el movimiento reivindicador dedicaría todas sus fuerzas a la creación de escuelas modernas y humanistas “donde no habrá segregación ni diferencias sociales”, se les enseñaría a los alumnos que una vez arrojados los opresores, más allá de la raza y la nacionalidad, la nueva sociedad revolucionaria buscaría que se hicieran realidad el amor y la fraternidad universales.<sup>21</sup>

Para los tejanos y mexicoamericanos que lo abrazaron en 1915, el documento recordaba toda una serie de afrentas que durante décadas se habían radicalizado en el estado de Texas y en el suroeste estadounidense. Proponía asuntos que estaban en el imaginario de la comunidad “mexicana” y otros, los más radicales, incluyeron temas que podrían ser considerados por muchos de un franco utopismo romántico. Igual-

<sup>20</sup> Heber Johnson, *Revolution in Texas...*, 72; James A. Sandos, *Rebellion in the Borderlands, Anarchism and the Plan of San Diego, 1914- 1923* (Norman: University of Oklahoma Press, 1992), 81.

<sup>21</sup> Heber Johnson, *Revolution in Texas...*, 80-81; Sandos, *Rebellion in the Borderlands...*, 81-83.

mente, el manifiesto reproducía diversas demandas de los progresistas tejanos, por ejemplo, escuelas modernas, eficientes y sin segregación. Sin embargo, es preciso señalar que los fines últimos del documento, esto es, la colectivización total de la sociedad y de los bienes de producción iban más allá de las clásicas pretensiones liberales que en Laredo o Brownsville publicaban los periódicos tejanos o se discutían en las mutualidades. Las ideas políticas incluidas en el manifiesto (y así lo entendieron las autoridades de Texas) fueron consideradas de comunistas e inclusive anarquistas, corriente ideológica esta última con muchos adeptos tanto en México como en Estados Unidos.

\* \* \*

Conviene resaltar que inmediatamente los anglos organizaron la defensa de su sistema de vida, de sus propiedades, y reforzaron la persecución armada de los siempre llamados bandidos mexicanos, nunca revolucionarios. Frente a las primeras acciones violentas, las autoridades de los condados fronterizos relevaron el Plan de San Diego que le habían encontrado a Basilio Ramos cuando fue detenido en enero de 1915. El documento, al plantear la devolución territorial del suroeste de Estados Unidos a sus originales dueños, los pueblos indios y los mexicanos, implicaba un serio atentado contra la integridad de aquel país, pero también les preocupó muchísimo que, explícitamente, se incitara al asesinato de todas las personas masculinas de raza anglo en la zona de guerra. Ambas propuestas eran delitos positivos incluidos en el Código Penal del Estado de Texas, bajo el título XVIII “Ofensas Misceláneas”, capítulo uno “De la conspiración”, particularmente lo que estatúan los artículos 804, 807-808.<sup>22</sup> Más aún, cuando en los hechos, el mencionado plan se materializó en individuos que atacaron diversos tipos de propiedad inmueble, volaron puentes, descarrilaron trenes y asesinaron a propietarios señalados por su antimexicanismo, amén de otros tantos males que proliferan en cualquier revuelta civil, por semejantes acciones violentas las autoridades texanas decidieron sancionarlos de acuerdo con el mismo código penal texano en su título IX “Ofensas contra la paz pública”, capítulo dos titulado “Motines”, artículos 295 al 312, que ante tales desórdenes definían los múltiples castigos y penas a que se harían acreedores aquellos que violasen la ley. Finalmente, aunque el título XVI “De las ofensas contra la reputación”, capítulo uno, “De los libelos”, se refiere únicamente a la publicación de denuncias que afectan la integridad y el honor de una determinada persona, la lectura de los artículos 616 al 642, aunque no se relacionaban directamente con todo el proceso militar resultante del Plan de San Diego, los correctivos sí fueron aplicados cuando las autoridades texanas denunciaron los daños que a Estados Unidos, al estado de Texas y a individuos en lo particular habían sido resultado del sedicioso plan.

Al atentar contra la integridad territorial del país, contra personas en sus intereses materiales y morales, las autoridades y la comunidad anglo llegaron a la conclusión de que lo que establecía el Plan de San Diego y el Manifiesto a los pueblos oprimidos era fundamentalmente antiestadunidense; quienes lo secundaron, enemigos públicos de

<sup>22</sup> *The Penal Code of the State of Texas 1900* (Austin: State Printing Office, 1901), 104, TBCFAH.

Texas y “los mexicanos”, un segmento poblacional poco confiable y extraño a la cultura de Estados Unidos. A través de la prensa, en español e inglés, la comunidad mexicoamericana reviró que la mayoría de sus miembros no habían participado en las revueltas, que sí eran leales a Estados Unidos, pero debía admitirse por parte de los anglos la realidad de que durante las últimas décadas el sistema de segregación había ofendido profundamente a la comunidad mexicana.

Es preciso reiterar que aunque las autoridades del estado de Texas utilizaron las herramientas jurídicas para enfrentar la revuelta y enjuiciar a los alzados como se mencionó líneas antes, se privilegió la vía más rápida que, de acuerdo con los anglos, era la única que entendían los mexicanos: el ejercicio de la violencia. Compañías de *minutemen*, vigilantes, Texas Rangers y *sheriffs*, todos ellos secundados por tropas del ejército federal de Estados Unidos, comenzaron una campaña brutal contra “los bandidos”, pero sobre todo fueron implacables contra la población en sus rancherías, pueblos e individuos. La represión no solamente produjo muertos por los enfrentamientos entre unos y otros, sino que la mayoría de las víctimas, tejanos y mexicanos que no habían estado involucrados en hechos de armas, fueron denunciados por sus vecinos anglos con quienes tenían rencillas de tiempo atrás. Se continuó con el histórico despojo de la propiedad agraria. Resultaron víctimas de la confusión porque los anglos no entendían la diferencia entre unos y otros apellidos en español, o terminaron siendo asesinados porque eran parientes de algún alzado que después de ser torturado identificó a algún familiar.

En el mundo rural, atrasado y racista del sur de Texas, las dos comunidades tenían un auténtico pavor de las venganzas mutuas; debido a ello, y rápido, los anglos procedieron a ajusticiar al padre, al hermano o al amigo. El linchamiento por parte de “los rinches”<sup>23</sup> en las veredas secundarias y en las soledades del chaparral fue el denominador común con el que tuvo que lidiar la comunidad mexicana. Era una auténtica desgracia encontrarse en un camino solitario con cualquier tipo de vigilante, que al ver a un broncíneo campesino pensaba lo que pusimos al inicio de estas páginas: mexicano igual a ladrón, y disparaba su pistola. Se calcula que entre 1915 y 1916 murieron entre treinta y setenta anglos, alrededor de sesenta “bandidos con las armas en la mano” y entre quinientos y seiscientos “mexicanos” atrapados en circunstancias criminales en las veredas, en los pueblos y en el traslado de una cárcel a otra. No se sabe a ciencia cierta cuántos asesinatos hubo a lo largo de la década porque los parientes no se atrevían a inquirir por ellos ni enterrarlos, pero hacia principios de 1930 la suma podría elevarse a entre dos mil y cinco mil personas de origen mexicano.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Forma peyorativa con que los mexicoamericanos llamaban a los Rangers, descritos por la academia y la literatura mexicoamericana por su violencia, racismo y arbitrariedad. Así como el juez J. Canales se hizo famoso por promover una reforma en la organización de los Texas Rangers, el historiador y folclorista tejano Américo Paredes escribió varios textos que los criticaban, lo cual provocó que lo amenazaran varias veces, que tuviera problemas con las autoridades de la Universidad de Texas y que algunos de sus colegas, como el consagrado panegirista de los Rangers, el historiador Walter Prescott Webb, lo boicotearan en el ambiente académico.

<sup>24</sup> Una diferencia muy amplia entre el mínimo y el máximo de muertos; ésa es la cifra consignada en la historiografía especializada en el tema; datos retomados por Heber Johnson, *Revolution in Texas...*, 108-143.

Para dar una idea del ambiente preponderante, entre junio de 1915 y marzo de 1916, el influyente diario *Corpus Christi Caller* informaba en su primera plana tanto acerca de la primera guerra mundial como del desarrollo de la revuelta en el Río Grande. Sobre el particular mencionaba el asalto al rancho Stillman, cuyo dueño era una de las personas más influyentes en la zona; días después, sobre el asesinato de cinco mexicanos que, amagados por desconocidos y estando en custodia en la cárcel de Mercedes, terminaron colgados en un camino secundario. Otra nota enfatizaba que los estadounidenses Smith y Donaldson habían sido brutalmente desmembrados por los salvajes mexicanos. A principios de agosto, la nota era que “los bandidos” habían volado otro puente y que, por fin, el gobierno en Washington había decidido enviar tropas federales.

Prácticamente todos los ciudadanos americanos de los condados de Cameron, Hidalgo y Starr duermen temiendo que la mayoría de la población, que es mexicana, rompa en un estallido de violencia [...]. Se sabe que el argumento central de los disturbios es que la parte sur de Texas vuelva a control mexicano; dicho plan es respaldado por mexicanos ignorantes, convictos escapados de las prisiones, fugitivos de la justicia americana y algunos pocos irresponsables mexicanos del lado sur de la frontera [...]. No se cree que la mejor clase de los mexicanos en Texas esté implicada porque muchos ya han solicitado la protección americana.<sup>25</sup>

Hacia septiembre, el periódico informaba que ciudadanos estadounidenses habían participado todo el día en un tiroteo continuo con soldados carrancistas y que el “jefe” Carranza ordenó a su comandante en la zona fronteriza de Tamaulipas, el general Emiliano Nafarrete, a observar una estricta neutralidad sobre lo que estaba sucediendo en Texas. Éste le había contestado a Carranza que los Rangers disparaban indiscriminadamente sobre el lado mexicano y que varias mujeres que lavaban ropa en el río fueron atacadas. Nafarrete agregaba que no podría realizar una vigilancia efectiva en la frontera mientras no contara con la cooperación, en el lado texano, del ejército federal de Estados Unidos “puesto que los Rangers y los rancheos texanos son una caterva de asesinos de mexicanos”. El día 8, el *Caller* publicó que las autoridades de Texas habían obtenido el documento que incitaba a llevar adelante “una independencia y liberarse de la esclavitud americana”. El alzamiento coincidiría con el 16 de septiembre, fecha de la independencia de México y comenzaría en San Diego, Texas, donde la población era 95 por ciento mexicana. Agregaba, días después, que algunos sediciosos caídos en combate tenían una cinta en su sombrero con la leyenda “Viva la Independencia, viva Villa”. El día 24, la noticia de primera plana era que los personajes más influyentes de las poblaciones en el Valle de Río Grande habían firmado una petición al gobierno estadounidense de asistencia en la frontera; le señalaban que de tres años atrás a la fecha, innumerables actos de violencia en el sur de Texas habían sido cometidos por mexicanos quienes, después de robar y asesinar paradójicamente a “buenos mexicanos” y a anglos, finalmente

<sup>25</sup> *Corpus Christi Caller*, 12 de agosto de 1915, TBCFAH.

encontraban asilo al sur de la frontera. No sólo eso, sino que resultaba evidente que las autoridades mexicanas ofrecían asistencia, confort y licencia a los bandidos para reclutar individuos que terminarían ultrajando propiedades de estadounidenses. Para remediar tal situación se pedía: que Estados Unidos protestara formalmente por todo lo que estaba sucediendo en el sur de Texas ante el gobierno de Carranza. Segundo, se publicaba el ofrecimiento de generosas recompensas para quien capturase a “los líderes de los bandidos” [Pizaña y De la Rosa], y tercer recurso: que las autoridades federales estadounidenses tomaran en sus manos los asuntos de la frontera y el sur del estado de Texas, estableciendo modos distintos de asegurar una paz efectiva. El editorial del periódico puntualizaba: los jefes del Valle del Río Grande finalmente comprendieron que el vigilantismo, el linchamiento de mexicanos y el brutal comportamiento de los Texas Rangers con su ley fuga no eran la solución.<sup>26</sup> En febrero de 1916, se comentaba que las autoridades carrancistas en Matamoros habían tomado preso a Aniceto Pizaña, por lo que el editorial del *Corpus Christi Caller* se preguntaba: ¿lo extraditará el gobierno de Carranza? Éste no lo hizo.<sup>27</sup>

Por parte de los anglos, por la forma en que reaccionaron públicamente, por su desprecio en las actitudes privadas hacia todo lo mexicano, por sus demandas de ayuda militar al estado de Texas y al gobierno federal estadounidense, y finalmente, debido a lo que se publicó en la prensa texana, el movimiento mexicoamericano contra el statu quo en el sur de Texas no fue entendido como un grito de revolución social, sino que continuó siendo confinado una y otra vez como *bandit and border riots*. Públicamente no se reflexionó sobre las críticas al sistema de segregación racial, tampoco acerca de las reformas al sistema educativo ni las propuestas de “amor universal” que proponía el manifiesto de los pobres.

Los conceptualizados por la historiografía estadounidense como tiempos de conflicto al iniciarse el siglo xx, tiempos de bandidaje, tiempos de Texas y la Revolución mexicana, pero que hoy podemos llamar tiempos de guerra civil en el sur de Texas, provocaron que se atrincheraran en el estado alrededor de cincuenta mil hombres de varias guardias estatales; que hacia 1918, una vez pasada la Gran Guerra, en El Paso y en Brownsville se ubicara la artillería más importante del ejército de Estados Unidos. La revuelta provocó que la industria agrícola sufriera pérdidas enormes y que las compañías ferrocarrileras tuvieran que gastar mucho dinero en reparaciones. Provenientes del Valle del Río Grande muchas familias de origen anglo emigraron al norte de Texas y más allá de las fronteras estatales. Las crónicas hablan de pueblos desiertos y de que los mexicanos ricos y pobres se replegaron a ciudades como Laredo, Corpus Christi o San Antonio, dejando libres los pueblos y el chaparral. Sin embargo, a partir de 1916, como reportaban los oficiales aduanales, siguieron llegando muchos campesinos migrantes del interior de la república mexicana que nunca habían vivido en Texas. Durante las décadas de 1920 y 1930 aumentó en miles la presencia de mexicanos, quienes encontraron oposición, racismo, pero los anglos siguieron contratándolos en ínfimas condiciones laborales, quizá peores debido

<sup>26</sup> *Ibíd.*, 24 de octubre de 1915.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, 12 de febrero de 1916.

a las políticas de repatriación implementadas por el gobierno de Estados Unidos y a la crisis económica que, iniciada en 1929, se agudizó a partir de 1931.<sup>28</sup> La situación contra la segregación y mejores oportunidades educativas paulatinamente comenzó a modificarse para bien hasta después de la segunda guerra mundial, con movimientos a favor de los veteranos de guerra y haciendo causa común con la lucha de los derechos civiles de los afroamericanos.

\* \* \*

A lo largo de estas páginas, la intención se ha focalizado en exponer los daños históricos y las aspiraciones mexicoamericanas, las cuales motivaron que en el sur de Texas apareciera y se llevara adelante un alzamiento que, con auténticos argumentos de revolución social, trastocó la vida diaria de toda la región por alrededor de nueve meses. Se expusieron las propuestas que enumeraba el Plan de San Diego y las ideas bosquejadas en el Manifiesto a los pueblos oprimidos; asimismo, de una manera breve, se narraron las acciones llevadas a cabo por los mexicanos y la respuesta pragmática de los anglos, la cual culminó con una derrota total de los mexicoamericanos. ¿Qué pasó después? ¿Cómo lo ha visto la academia? ¿Qué ha quedado de recuerdo en el imaginario de los anglos, tejanos y mexicoamericanos en el sur de Texas?

Como venía reseñando en aquellos años el *Corpus Christi Caller*, el desarrollo de la primera guerra mundial vio involucrarse a Estados Unidos a finales de 1916, y frente a los llamados para una conscripción forzosa muchos mexicanos y otros tantos mexicoamericanos decidieron emigrar hacia la república mexicana. Si bien algunos de estos últimos terminaron por enlistarse. Debido a su aspecto físico y por sus apellidos, los soldados anglos los confundían con indios de Nuevo México. Frente al prejuicio generalizado que subrayaba la condición de *Mexican loser* muchos tejanos, desconsolados (recuérdese la versión propia del racismo hispanoamericano), prefirieron que se los identificara con indios de Texas u Oklahoma, pues éstos habían presentado una heroica y tenaz lucha contra el hombre blanco, inclusive habían obtenido algunas victorias, cosa que no podían ostentar “los mexicanos”. Algunos tejanos junto con los afroamericanos pelearon bajo la bandera estadounidense, a pesar de que para ambos grupos sociales los valores sobre la democracia, los derechos de ciudadanía, los beneficios de la moderna educación pública y el Estado de bienestar económico eran más bien un discurso que una realidad conocida. Poco habían palpado unos y otros de aquellos beneficios “estadunidenses”.

Dentro de la comunidad tejana quedó un triple resentimiento: por un lado, la represión y segregación anglo continuó por décadas, al grado de que no tuvieron representación en el Congreso de Texas entre 1920 y 1956. En otro sentido, un enfado hacia México y sus gobiernos posrevolucionarios de quienes no recibieron una

<sup>28</sup> Fernando Saúl Alanís Enciso, “Regreso a casa: la repatriación de los mexicanos en Estados Unidos durante la Gran Depresión. El caso de San Luis Potosí”, *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, no. 29 (enero-junio de 2005): 119-148.

ayuda efectiva; quizá —ellos así lo veían— habían sido entre 1915 y 1916 peones de los oscuros caminos de la política mexicana. Como tercer predicamento: la continua llegada a Texas de mexicanos paupérrimos, los cuales literalmente eran fumigados en la frontera, era motivo de irritación; los tejanos insistían en que, por sus casinuos conocimientos en trabajos especializados, por su atraso cultural materializado en la vestimenta (huaraches), por su servilismo y por su tendencia a aceptar salarios miserables, los migrantes proletarizaban al conjunto de la comunidad de estadounidenses de origen mexicano.

La manera como terminó la revuelta en el sur de Texas y en general la experiencia de violencia social durante los primeros cuarenta años del siglo XX dio la razón a los tejanos progresistas que señalaban que el único camino duradero para hacerse respetar por los blancos era la americanización en la vida diaria de la comunidad mexicana. La League of United Latin American Citizens (LULAC),<sup>29</sup> integrada por mexicoamericanos de estratos medios y gente pudiente, pugló para que la comunidad aceptara la arquitectura, la comida, las vestimentas, las tradiciones y las fiestas de los estadounidenses en demérito de las antiguas tradiciones mexicanas. Repetían que el higienismo anglo adoptado por el mexicano o el protestantismo que pudieran asumir los mexicoamericanos frente al catolicismo ancestral y el participar libremente en las cuestiones electorales, provocarían que paulatinamente los blancos vieran a los texanos de origen mexicano como un segmento de población más afín, como ciudadanos más confiables. Mientras más se parecieran y fueran estadounidenses, la segregación sería menor. Con los años y a partir de la década de los sesenta, la postura de la LULAC encontró oposición respecto de otros grupos “mexicanos”, especialmente en el movimiento chicano, el Consejo de La Raza y otro tanto en los trabajadores agrícolas de California. A pesar de sus diferencias, empezaron a ver cambios fundamentales a inicios de la década de los setenta.

\* \* \*

Por lo que se refiere a los estudios y opinión de los académicos que han trabajado la historia de Texas, “el problema de los mexicanos” es irresoluble porque el estado formó parte de México; la república mexicana sigue existiendo, continúan llegando migrantes a Texas y “los mexicanos” son hoy mayoría absoluta en los condados fronterizos. Historiadores como Walter Prescott Webb (1935) y otros tantos que se dedicaron al tema de los *cowboys* y los Texas Rangers, amén de los libros que reproducen testimonios de los siglos XIX y XX, en general siguen repitiendo la visión más estereotípica: mexicano igual a ladrón. Y respecto de la cultura mexicana, se transita de la visión decimonónica de Mexico: *bells, smells and lazy people*, a la de que todas las mexicanas son *spicy* señoritas; a los siempre presentes charros cantores y que los jóvenes son proclives a ingresar a las *gangas* (pandillas). Respecto al Plan de San Diego

<sup>29</sup> Existen varios textos de carácter muy diverso que tratan el tema de LULAC, pero para ver el problema desde una perspectiva histórica, sin duda el seminal libro de David Montejano es una referencia obligada: *Anglos and Mexicans in the Making of Texas, 1836-1986* (Austin: University of Texas Press, 1987).

y sin afán de agotar el tema, su análisis fue omitido por décadas hasta que en los años cincuenta dos revistas texanas publicaron textos sobre la revuelta; luego, en 1970, Ciro de la Garza publicó en la Universidad Autónoma de Tamaulipas un artículo que ahondó el análisis. Ocho años después, Charles Harris III y Louis Sadler escribieron otro artículo que reexaminaba el tema, el cual vio la luz en la *Hispanic American Historical Review*. En 1990, Linda B. Hall y Don Coerver, en su libro *Revolution on the Border: The United States and Mexico 1910-1920*, dedicaron a la revuelta en el Valle de Río Grande tan sólo dos páginas. Sin embargo, los libros de James A. Sandos (1992), de Benjamin Heber Johnson (2003) y más recientemente el coordinado por Arnoldo de León, *War Along the Border. The Mexican Revolution and Tejano Communities* (2012), son los que dan visiones no contrapuestas sino complementarias para entender las razones y el desarrollo del movimiento mexicanoamericano. Como ha subrayado Heber Johnson, San Diego es un episodio poco conocido de la historia estadounidense y por ello, en la actualidad, los libros de divulgación en general sobre la historia de Texas continúan enfatizando el problema de la frontera en aquellos años (1880-1917): migración, violencia y robo de ganado, y omiten el valor de la protesta respecto de la segregación racial y la idea central (aunque utópica) del Plan y del Manifiesto, esto es, recuperar el Suroeste que alguna vez perdió México, y a su vez, estados exclusivamente para los negros, devolución de ciertos territorios para los indios originarios y, como ya se dijo, la aspiración de buena educación y fraternidad universales, ideas de raigambre anarquista.

En la actualidad, la primera “aspiración” de la revuelta es ampliamente difundida de manera negativa en la Internet por los Minutemen que vigilan la frontera en Arizona, California y Texas por igual; el tema es tan sensible que en 2010, un comercial del vodka Absolut, en el que se veía un mapa de México anterior a 1836 como el mundo ideal, produjo una serie de protestas, insultos por la red, boicot para la marca y que ésta retirara el anuncio. Hoy, en 2012, existe la propuesta en Arizona de prohibir la enseñanza de la historia mexicana o la de cualquier grupo minoritario cuyos contenidos educativos inciten a la diferencia cultural, más allá de la propiamente estadounidense. Asimismo, un elemento que a lo largo de los siglos XIX y XX jugó un papel primordial para entender los momentos de mayor o menor racismo, esto es, la cantidad de “mexicanos” viviendo en Texas, constituye una variable muy importante que va desde la todavía problemática organización distrital para las votaciones locales o federales —cuando se quiere partir una comunidad mayoritaria para engendrar dos minoritarias en dos distritos anglos—, hasta el más sencillo aspecto que significan la comida y la música tejana como integrantes de lo texano.<sup>30</sup>

<sup>30</sup> “The People of Texas 25 145 561 (2010 census): Anglo 45.3%, Hispanic 37.6%, Black 11.8%, Other 5.3%”, *Texas Almanac 2012-2013* (Denton: Texas State Historical Association, 2012), 15.

## Visiones de la revolución



# JACK LONDON Y SU RELACIÓN DE AMOR-ODIO CON LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Ana Rosa Suárez Argüello\*

## Baja California, 1911

Jack London debió de enterarse en su soberbio Beauty Ranch de Sonoma, California, acerca de los disturbios que agitaban a México desde fines de 1910 y prestó creciente atención a la prensa local y nacional que relataba con detalle cómo esos disturbios se convertían en revolución.<sup>1</sup> Desconocemos lo que opinaba al respecto, si bien por lo que sabemos de su persona podemos decir que se percató de inmediato acerca del carácter moderado del movimiento dirigido por Francisco I. Madero y, como otros izquierdistas en Estados Unidos, de que la Revolución maderista no pretendía derrocar el capitalismo mexicano, aun cuando su triunfo sí podría facilitar la realización de algunas reformas.<sup>2</sup>

De allí que London, quien se reconocía como socialista —lo cual equivalía para él a luchar por una sociedad más justa—,<sup>3</sup> aplaudiera la noticia de que, el 29 de enero de 1911, un grupo de dieciocho partidarios de Ricardo Flores Magón hubiera tomado la población de Mexicali, derrotando a las fuerzas del ejército federal, pues veía más posibilidades en él que las ofrecidas por los maderistas. Entusiasta, unos días después dejó sentir su peso en el Labor Temple de Los Ángeles, donde se había organizado una reunión a favor de esta milicia, en la que se lograron juntar ciento cuarenta dólares —suma que apenas alcanzaba, si acaso, para calzar a los combatientes—. London no quiso pronunciar un discurso, pero sí envió un manifiesto desafiante y sarcástico a “los queridos y valientes camaradas de la Revolución mexicana”. Les decía:

Nosotros, los socialistas, anarquistas, vagabundos, bandoleros, forajidos y ciudadanos indeseables de Estados Unidos los apoyamos en cuerpo y alma en sus intentos por derrocar la esclavitud y la autocracia en México. Ya se habrán dado cuenta de que no somos

\* Investigadora titular en la Dirección de Investigación del Instituto Mora y profesora de asignatura en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. [asuarez@mora.edu.mx](mailto:asuarez@mora.edu.mx).

<sup>1</sup> Margaret A. Secor, “San Diego Looks at the Maderista Revolution in Mexico 1910-1911”, *The Journal of San Diego History* (verano de 1972), en <<http://www.sandiegohistory.org/journal/72summer/maderista.htm>>, passim; *The New York Times*, 20 de febrero de 1911.

<sup>2</sup> Ivie E. Cadenhead, Jr., “Flores Magón y el periódico *Appeal to Reason*”, *Historia Mexicana* (julio-septiembre de 1963): 90-91; Jennie A. Chinn, *The Kansas Journey* (Layton, Utah: Gibbs Smith, 2005), 180.

<sup>3</sup> Geoffrey Harpham, “Jack London and the Tradition of Superman Socialism”, *American Studies* 16, no. 1 (1975): 23.

seres respetables. Tampoco lo son ustedes. En estos días en que impera la propiedad, ningún revolucionario puede serlo. Se nos ha calificado con los mismos adjetivos que ahora les adjudican a ustedes. Pero cuando el robo y la avaricia toman la palabra, nosotros, los hombres honestos, los hombres valientes, los hombres patriotas y los mártires no podemos esperar nada mejor que ser nombrados hombres “fuera de la ley”. ¡Seámoslo!

Ya querría yo que hubiese más hombres “fuera de la ley” como los que formaban la valiente partida que se apoderó de Mexicali, como quienes resisten heroicamente en las mazmorras de Díaz, como quienes hoy luchan y mueren y se sacrifican en México.

Yo también me declaro “fuera de la ley” y revolucionario.<sup>4</sup>

El texto, publicado profusamente por la prensa socialista,<sup>5</sup> daba un espaldarazo a Ricardo Flores Magón y a sus seguidores en México y Estados Unidos, el espaldarazo del escritor más popular y mejor cotizado de su país en ese momento.

La “valiente partida” que había tomado Mexicali era un destacamento organizado por el Partido Liberal Mexicano (PLM), el cual tenía algún tiempo de preparar una revolución social y había dispuesto que ésta estallara en la península de Baja California. El alzamiento de Madero interrumpió este plan. Se acordó apoyarlo, a pesar de las diferencias ideológicas, pero sin hacer causa común con él. El apoyo duró tan sólo unas semanas; al sentirse traicionados por la excesiva medida de aquél, los magonistas retomaron el plan original y emprendieron la incursión en Baja California a fines de enero de 1911.<sup>6</sup>

Todavía era un estudiante al inicio del siglo xx, cuando Ricardo Flores Magón comenzó a asistir a los congresos celebrados por los liberales en todo México para exigir la libertad de expresión, el fin de las reelecciones de Porfirio Díaz y el cumplimiento de las Leyes de Reforma. A la vez publicaba *Regeneración*, un periódico contrario al régimen imperante. La represión no se hizo esperar y se manifestó en el cierre de numerosas publicaciones, la cárcel, persecuciones y el exilio para los disidentes. Tanto Flores Magón como su hermano Enrique, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera, Juan Sarabia y otros respondieron radicalizándose, de manera que en 1905, con la fundación del Partido Liberal Mexicano en San Luis, Missouri, sus metas iban mucho más allá de las originales, pues el nuevo partido reclamó una reforma agraria, mejoras educativas, leyes laborales, protección al indígena, entre otros asuntos.<sup>7</sup>

Hubo varios resultados. El primero fue que los liberales moderados se apartaron. El segundo, que los magonistas se dedicaron a la tarea de provocar una revolución social en México, mediante levantamientos, rebeliones en la frontera y huelgas. El tercero fue, naturalmente, que la represión aumentó; la mayoría debió exiliarse a Estados Unidos y actuar desde allá. Acosados de forma implacable por los esbirros

<sup>4</sup> Jeanne Campbell Reesman, *Jack London's Racial Lives. A Critical Biography* (Atenas: University of Georgia, 2009), 271.

<sup>5</sup> Richard O'Connor, *Jack London*. Biografía (México: Diana, 1966), 417.

<sup>6</sup> Salvador Hernández, “El magonismo 1911: la otra revolución”, *Cuadernos Políticos* (julio-septiembre de 1975): passim.

<sup>7</sup> Alan Knight, *La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, vol. 1 (México: Grijalbo, 1996), 70-72.

que Díaz o el gobierno de Theodore Roosevelt pagaron, se pasaron varias temporadas en prisión, además de que tuvieron que andar a salto de mata por Texas, Missouri, Arizona y California.<sup>8</sup>

Los Flores Magón y sus colaboradores estaban en contacto con intelectuales y grupos de izquierda en Estados Unidos, que iban desde los integrantes del Partido Socialista de Eugene Debs a los International Workers of the World (iww). El primero, con un discurso reformista, poco dogmático y partidario de ganar presencia en las urnas, se había fortalecido en los últimos años, razón por la cual muchos de sus contemporáneos temían que se convirtiera en una fuerza política mayor, en tanto que los segundos (o *wobblies*, como también se les llamaba) constituían un sector radical y combativo, defendían un sindicato obrero único, que no excluyera a nadie por razones de sexo, raza o capacidad, y postulaban la acción directa, con el objeto de preparar a las masas para una huelga general que culminara en la expropiación de capitales.<sup>9</sup>

Estos intelectuales y grupos izquierdistas no ocultaban sus simpatías por los disidentes del país vecino y en 1908 formaron la Liga por la Defensa de los Revolucionarios Mexicanos, brindando a éstos apoyo moral y económico. Era el caso de los esposos John y Ethel D. Turner, que participarían activamente en la campaña de Baja California, y de Jack London, autor de *El llamado de la selva* (1903) y de más de cuarenta novelas y textos cortos, que habían hecho de él el escritor más famoso y mejor pagado de Estados Unidos.

London tenía una buena amistad con los Turner, con quienes solía coincidir en Carmel, al sur de Monterrey, California, adonde un grupo de artistas y escritores célebres, como Upton Sinclair, Sinclair Lewis, Lincoln Stephens, Ambrose Bierce, George Muir, Frank Norris y George Sterling, entre otros, acudían a encontrar inspiración en el espectáculo de las “olas azul pavo real, atravesadas por la luz dorada del sol, rompiéndose estrepitosamente en blanca espuma sobre una playa casi virginal”.<sup>10</sup> Allí algunos poseían una cabaña, otros como London y los esposos Turner iban nada más de visita. En ese sitio tenían reuniones donde hablaban de todo, sin duda también de los múltiples y crecientes aprietos por los que pasaban México y la cercana Baja California.<sup>11</sup>

Proseguía la lucha en la península. Después de tomar Mexicali, alrededor de unos quinientos hombres, llenos de entusiasmo por el triunfo, se habían integrado a las fuerzas rebeldes. Muchos eran extranjeros, sobre todo estadounidenses; había *wobblies*, socialistas, residentes mexicanos en California, desempleados, aventureros.

<sup>8</sup> Colin M. McLachlan, *Anarchism and the Mexican Revolution: The Political Trials of Ricardo Flores Magón in the United States* (Berkeley: University of California Press, 1991), 1-30.

<sup>9</sup> Howard Zinn, *A People's History of the United States* (Nueva York: Harper and Collins, 1980), 324; Philip Sheldon Foner, *History of the Labor Movement in the United States*, vol. 4, *The Industrial Workers of the World* (Nueva York: International, 1980), 391-394.

<sup>10</sup> *The Valley of the Moon* (1913), en <<http://london.sonoma.edu/Writings/ValleyMoon/bookIIIchapter6.html>>, consultada el 1º de octubre de 2010.

<sup>11</sup> O'Connor, *Jack London*, 254-355.

El armamento con que luchaban procedía de Los Ángeles, donde John Turner se encargaba de reunirlos y enviárselos.<sup>12</sup>

Estas fuerzas combatieron durante casi cinco meses, por un tiempo con bastante éxito, pues las tropas locales eran pocas y el ejército federal se hallaba muy ocupado lidiando con los distintos brotes insurgentes que surgían en todo el país, sobre todo en el estado de Chihuahua, donde los partidarios de Francisco I. Madero adquirían cada vez más fuerza. La batalla más importante en Baja California tuvo lugar en Tijuana los días 8 y 9 de mayo de 1911; la conquista de esta población fortaleció la reputación de genuinos revolucionarios que ya tenían los magonistas.<sup>13</sup>

Sin embargo, tanto sus victorias como sus propuestas radicales les arrebataron no sólo la posible buena voluntad de los maderistas, sino de distintos grupos de interés en Estados Unidos que se sintieron amenazados. Por un lado, la revuelta impedía los trabajos de irrigación que, con autorización del gobierno porfirista, llevaba a cabo la administración de William H. Taft en el lado mexicano del río Colorado. Taft había pedido la protección mexicana para los ingenieros; como Díaz le respondió que, por el momento, estaba imposibilitado para darla, él le ofreció ayuda militar, la cual fue aceptada, de manera que dos mil quinientos soldados estadounidenses llegaron al límite entre California y Baja California en marzo y el torpedero *Yorktown* zarpó del puerto de San Diego rumbo a Ensenada.<sup>14</sup>

Con todo, el gobierno de México acabó por enviar a un batallón de infantería a combatir a los alzados, pero también a salvaguardar las inversiones de varias empresas, entre éstas de la Colorado River Land Company, en posesión de todo el valle de Mexicali, y de la poderosa California-Mexico Land and Cattle Company, propiedad de Harrison G. Otis, también dueño del influyente diario *Los Angeles Times*, de su yerno Harry Chandler, editor del mismo diario, y de William Randolph Hearst, el propietario de *Los Angeles Examiner*.<sup>15</sup>

Por lo demás, Otis, enemigo acérrimo de los *wobblies* y hondamente resentido con ellos por haber dinamitado el edificio de *Los Angeles Times* en octubre, escribió a Taft para pedirle que enviara tropas a la frontera. Y tanto él como Hearst libraron con sus cadenas de periódicos toda una campaña destinada a acabar con *wobblies*, magonistas y demás, acusándolos de “vagabundos, bandoleros, forajidos”, justo como London había predicho, pero también de “filibusteros”, esto es, de buscar la anexión de Baja California a Estados Unidos.<sup>16</sup>

La gran variedad de orígenes de los combatientes, así como su falta de experiencia y disciplina bélica les hizo cometer errores estratégicos. También enfrentó

<sup>12</sup> Lowell L. Baisdell, *La revolución del desierto, Baja California, 1911* (México: SEP-Universidad de Baja California, 1993), 139, 236; Peter Gerhard, “The Socialist Invasion of Baja California, 1911”, *The Pacific Historical Review* 15 (septiembre de 1946): 295-304.

<sup>13</sup> Salvador Hernández Padilla, *El magonismo: historia de una pasión libertaria, 1900-1922* (México: Era, 1988), 139 y ss.

<sup>14</sup> *Ibid.*, 143, 160, 180, 186.

<sup>15</sup> McDougal, *Privileged Son: Otis Chandler and the Rise and Fall of the L.A. Times Dynasty* (Nueva York: Da Capo, 2002), 74-75.

<sup>16</sup> Hernández, *El magonismo...*, 143-144.

a los *wobblies*, quienes pretendían establecer en Baja California una república desde la cual pudieran derrocar al sistema capitalista de su país, y a los magonistas, decididos a que la revolución iniciada en Baja California se extendiera por todo México. Motivos de conflicto fueron también la actitud de superioridad racial de los anglosajones y el hecho de que su líder, Ricardo Flores Magón, no se presentara en el frente. Esto, más la falta de órdenes y suministros bélicos, incluso alimenticios, coadyuvarían al fracaso final unas semanas después.<sup>17</sup>

Para entonces, Porfirio Díaz se había rendido y, luego de renunciar a la presidencia, partió al exilio. Después de una etapa de dudas, causadas por la renuencia de Madero a reprimir a quienes tanto habían combatido a la dictadura, el gobierno interino de Francisco León de la Barra logró el asentimiento del presidente en ciernes y negoció el permiso de Estados Unidos para transportar en ferrocarril, desde El Paso hasta Calexico, a mil quinientos soldados del ejército federal, con la misión de reforzar a las tropas estacionadas en la península. Era el fin del sueño bajacaliforniano; los jefes rebeldes así lo entendieron y entregaron las armas el 17 de junio de 1911.<sup>18</sup>

¿Qué hizo Jack London a favor de “los queridos y valientes camaradas de la Revolución mexicana” después de su entusiasta manifiesto en el Labor Temple? Nos faltan datos al respecto. Suponemos que estuvo al tanto de los sucesos por la prensa y las noticias que Turner y otros debían de llevar a las reuniones en Carmel. Y especulamos que, como sucedió a otros integrantes del Partido Socialista, su entusiasmo menguó a la vista del caos en que degeneró el movimiento.<sup>19</sup> Nada más.

No obstante, existe un relato del propio London, que constituye un material de primera para saber qué hizo y qué pensó durante ese tiempo, si bien hasta ahora ha sido desdeñado como fuente de información, tal vez por su índole literaria. Se trata de un cuento titulado “El mexicano”, que publicó el 19 de agosto de 1911 en el *Saturday Evening Post*, entonces la revista ilustrada de mayor circulación en Estados Unidos.<sup>20</sup>

El relato nos deja saber que, al menos de vez en cuando, London llegaba a las dos piezas que servían de sede en el exilio a la Junta Revolucionaria del PLM y se enteraba de las angustias y crispaciones que la dominaron los días previos a la incursión en Baja California: “bregaban lo que podían —nos dice, acercándonos así a ellos— y siempre andaban sin céntimo en el bolsillo, muriéndose de hambre”.<sup>21</sup>

Dos hechos nos dan confianza en el cuento: uno es que “la pequeña señorita Sethby”, a cargo de la correspondencia y las cuentas de la junta, fuera Ethel Duffy Turner, quien lo reconoció en una entrevista posterior.<sup>22</sup> El segundo, que la historia de

<sup>17</sup> *Ibíd.*, 206, 212, 221-222; Gerhard, “The Socialist Invasion...”, *passim*.

<sup>18</sup> Lawrence Douglas Taylor Hansen, “¿Aventurero o defensor de los principios magonistas?: el papel de Jack Mosby en la revuelta de 1911 en Baja California”, *Región y Sociedad* 12, no. 20 (2000): 129-130.

<sup>19</sup> Hernández, *El magonismo...*, 6, nota 9.

<sup>20</sup> Dicho relato formaría parte más tarde del libro de cuentos titulado *The Night Born* (1913).

<sup>21</sup> Jack London, *El mexicano* (México: Coyoacán, 2003), *passim*.

<sup>22</sup> Ethel Duffy Turner, “Writers and Revolutionists” (entrevista de Ruth Teiser) (Berkeley: Regional Oral History Office, Bancroft Library, 1967).

Felipe Rivera, el joven protagonista, caracterizado por London con el estereotipo del “mestizo”, se inspiró en el boxeador “Joe Rivers”, pseudónimo de un soldado villista establecido en El Paso, Texas, quien llegó a competir en los campeonatos de peso ligero y pesado, y quien solía entregar todas sus ganancias a la Junta Revolucionaria.<sup>23</sup>

De aquí podemos suponer que Paulino Vera personifique a Ricardo Flores Magón y Arellano y Ramos a los más cercanos colaboradores del líder rebelde, estimados por London como “honestos y corrientes revolucionarios, cuyo odio ardiente hacia Díaz no era más que el repudio de cualquier patriota corriente”.<sup>24</sup>

Podemos, asimismo, confiar en la verosimilitud del relato cuando nos sitúa en las vísperas mismas del estallido del conflicto y nos hace vivirlas: “el trabajo desvelado, titánico, terrible de los conspiradores anunciaba palpablemente su fruto y había que aprovecharlo a toda costa”.<sup>25</sup>

Los conspiradores disponían entonces —narra London— de “una avalancha” de hombres dispuestos a jugarse la vida: “aventureros, soldados mercenarios, bandidos, miembros de las asociaciones obreras, socialistas, anarquistas, descamisados, mexicanos exiliados, peones sin trabajo, mineros de las profundidades [...] todos los fugitivos de mar y tierra del mundo contemporáneo complicado y enfermo”.<sup>26</sup>

La chispa revolucionaria estaba lista. Prendería en el norte de México y también en el sur. El plan era que el fuego se extendiese a todas partes, las ciudades cayeran, una tras otra, siguiesen los estados y, por último, “todos los ejércitos victoriosos de la libertad se concentrarían en la ciudad de México, la última fortaleza del tirano”. Sin embargo, los rebeldes enfrentaban un gran problema: la urgencia de dinero para comprar el cargamento de fusiles y municiones que hiciera arder la mecha.<sup>27</sup>

London nos transmite la desesperación reinante. El esfuerzo de años, los sacrificios de muchos, la esperanza de todos se abortaría si no reunían los recursos para armar a las “tropas impacientes”. Los jefes ya habían vendido sus bienes personales y también habían acudido y agotado a sus benefactores, incluso sufrido hambre. Nos permite oír, de tal manera, cómo exclama Paulino Vera/Flores Magón: “¡Y pensar que la libertad de México depende de unos cuantos míseros dólares!”.<sup>28</sup>

Fue entonces cuando Felipe Rivera, el joven de diecisiete años que servía de “mil usos” en las oficinas de la Junta, y a quien al inicio todos creyeron agente de Porfirio Díaz, se comprometió a conseguir en tres semanas cinco mil dólares, instando a sus incrédulos jefes a hacer de inmediato el pedido de armamento. Si bien a partir de ese momento el cuento es ficción —si se puede decir que exista algo que sea sólo ficción—, los motivos del mozo para brindar su auxilio, tal como London los relata, nos permiten entender las mil y una causas de la Revolución mexicana.<sup>29</sup>

<sup>23</sup> Mario T. García, *Memories of Chicano History* (Los Ángeles: University of California, 1995), 65-66.

<sup>24</sup> London, *El mexicano*, passim.

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> *Ídem.*

<sup>27</sup> *Ídem.*

<sup>28</sup> *Ídem.*

<sup>29</sup> *Ídem.*

“El mexicano” relata que Felipe Rivera era boxeador y había librado varios pequeños encuentros pugilísticos para obtener dinero para la contienda. En el trance de la próxima batalla, decide contratarse para una pelea de mayor envergadura con Danny Ward, un conocido campeón de box, a quien se enfrentará a pesar de la gran desigualdad de condiciones, pues Ward tiene más edad, más peso y más artimañas, además de contar con el apoyo del público, el empresario, el árbitro y el mismo *coach* de su competidor. Las apuestas se disparan en un cien por ciento a su favor: el espectáculo —aclara London— no iba a ser “una lucha, sino un asesinato”.<sup>30</sup>

Rivera se mantiene firme a lo largo de los diecisiete rounds que dura el encuentro. Se niega a ser vencido, lucha con convicción, odia el box, pero boxea porque en cada espectador contempla un rifle, todos los rifles que se requieren para hacer caer a la dictadura. Se sostiene en fuerzas profundas que lo vuelven de acero y que, conforme avanza la pelea, llevan a su memoria visiones terribles de su pasado.<sup>31</sup> Un Jack London “nacido en la clase trabajadora”, en un ambiente “duro y áspero y riguroso”, y a quien siendo niño y adolescente “la vida no le ofreció más que sordidez y miseria, tanto de la carne como del espíritu”,<sup>32</sup> intuye cómo, en pleno encuentro pugilístico, Rivera vuelve a mirar las fábricas de Río Blanco y a “aquellos esqueletos ambulantes, las caras de muerto de los hombres que trabajaban en las salas de aquel infierno”. Mira la huelga, el cierre forzado de la empresa y “la muchedumbre de obreros muertos de hambre ante los depósitos de la compañía, el saqueo de las existencias [...] y los soldados de Porfirio Díaz, el silbido mortífero de los fusiles que no paraban de escupir fuego mientras la sangre de los obreros anegaba a sus propios cadáveres”. Mira “aquella noche de pavor en que vio los trenes cargados de muertos, listos para partir rumbo a Veracruz, donde arrojarían su carga a los cocodrilos de la bahía”. Y mira a sus padres entre los cadáveres.<sup>33</sup>

Golpe a golpe, asalto tras asalto, el muchacho soporta las trampas, los insultos, las burlas de Danny Ward; las presiones del *referee*, de su *coach*, del público absolutamente contrario. Sólo lo acompañan los recuerdos, sus espantosos recuerdos, que lo sostienen con pie firme en el ring. Vive de nuevo “su odisea a partir de Río Blanco”, la “infinita línea férrea, que se extendía cruzando el desierto; jefes rurales y autoridades de Estados Unidos; prisiones y calabozos, trampas y tanques de agua”. Sobre todo transforma en fusil cada uno de los rostros que lo agreden y divisa “la extensa, árida y asoleada frontera mexicana, donde los millares de revolucionarios mexicanos esperaban rabiosamente fusiles, nada más que fusiles”.<sup>34</sup>

Jack London hace triunfar a Rivera. Lo hace, según nuestra opinión, porque en agosto de 1911, cuando había fracasado la revolución social que iba a extenderse desde Baja California a todo el planeta y en Los Ángeles, Flores Magón y sus principales colaboradores de la Junta Revolucionaria habían sido puestos en prisión,

<sup>30</sup> Ídem.

<sup>31</sup> Ídem.

<sup>32</sup> Ídem.

<sup>33</sup> Ídem.

<sup>34</sup> Ídem.

acusados de violar las leyes de neutralidad de Estados Unidos, London conservaba la fe en que una revolución social salvaría a la humanidad, así como una gran admiración por quienes luchaban por ello. Las cuatro primeras palabras de “El mexicano” dicen: “Nadie conocía su historia” y las cuatro palabras de su final abierto: “La revolución podría continuar” nos confirman que aún esperaba el día en que los individuos sin nombre de los que nadie conoce la historia pudieran triunfar.<sup>35</sup>

## Veracruz, 1914

London debió de olvidar a México después de la derrota magonista; lo suponemos porque carecemos de indicios de que le hubiera prestado atención. Es posible que lo desalentara el curso de los acontecimientos al sur del Río Bravo, pero lo que por entonces acaparaba su atención era el Beauty Ranch, que no sólo extendió a quinientas hectáreas mediante la compra de propiedades cercanas y se empeñó desesperadamente en hacer productivo —con viñedos, ganado lechero, cría de cerdos, entre otros—, sino que allí construyó la que llamó Casa del Lobo, una espléndida mansión en la que gastó ochenta mil dólares, a pesar de las críticas de sus compañeros del Partido Socialista, quienes le acusaban de traicionar las ideas que siempre defendió con militancia.<sup>36</sup> Para él, en ese tiempo: “Después de mi esposa, el rancho es para mí lo más querido en el mundo”.<sup>37</sup>

Todo esto requería de mucho dinero. London quiso ganarlo con su pluma y por eso no hubo jornada en que no cumpliera con su meta de escribir mil palabras como mínimo. Pero el dinero que ganaba se iba con rapidez; cuatro novelas y varios volúmenes de cuentos publicados en ese tiempo no le dieron lo necesario para pagar todo.<sup>38</sup> Y la situación empeoró a partir del 22 de agosto de 1914, cuando la Casa del Lobo, a punto de estar totalmente terminada, se consumió en un terrible incendio.<sup>39</sup>

Pese a su mal estado de salud —sufría de una uremia crónica—, decidió empezarla de nuevo. De allí que, al inicio de 1914, cuando William R. Hearst le ofreció viajar a México como corresponsal si la revolución en curso cobraba mayor magnitud o Estados Unidos intervenía, considerara seriamente la oferta. No le importó que Hearst fuera dueño de la poderosa cadena de periódicos que había acusado a los luchadores de Baja California de ser un montón de “vagabundos, bandoleros, forajidos”, incluso de “filibusteros” y que fuese también evidente que, de acceder a trabajar para él, no podría enviar reportajes contrarios a los intereses del empresario.<sup>40</sup> Pero

<sup>35</sup> Ídem.

<sup>36</sup> Dale L. Walker, “Wolf House Burning”, en <[http://www.jacklondon.net/writings/WolfHouseBurning/page\\_four.html](http://www.jacklondon.net/writings/WolfHouseBurning/page_four.html)>, consultada el 24 de octubre de 2010; O'Connor, *Jack London*: 369-370, 396-399, 410-411.

<sup>37</sup> Jack London y Sinclair Lewis, *Letters* (Rochester, N. Hampshire: Odyssey, 1965), 432.

<sup>38</sup> Adrian Praetzellis y Mary Praetzellis, “‘Utility and Beauty Should Be One’: The Landscape of Jack London’s Ranch of Good Intentions”, *Historical Archaeology* 23 (1989): 2, 10.

<sup>39</sup> Ídem.

<sup>40</sup> McDougal, *Privileged Son...*, 74-75; Hernández, *El magonismo...*, 148.

si tres años antes hubiera echado al empresario con cajas destempladas, los meses y las desilusiones no habrían sido inútiles y ahora sólo quería invertir en su rancho y restaurar su incinerada mansión. Si no hubo trato fue porque no hubo acuerdo respecto de los honorarios del escritor.<sup>41</sup>

Los acontecimientos se desarrollaron de tal manera que, unos meses después, London recibió una mejor oferta por un trabajo equivalente. El 9 de abril de 1914, un barco estadounidense atracó en Tampico y envió a tierra para comprar combustible a un oficial y ocho marineros, quienes tan pronto como desembarcaron fueron arrestados por soldados del dictador Victoriano Huerta —el año anterior había derrocado al gobierno de Madero—, muy inquietos por la proximidad de las tropas rebeldes. Si bien el general Morelos Zaragoza, a cargo de la plaza, corrigió el error de inmediato y presentó disculpas al contralmirante Henry T. Mayo, comandante de las fuerzas navales del vecino país del norte en el Golfo de México, éste juzgó que era insuficiente; después de todo, sus hombres habían sido sacados de un barco que enarbolaba la bandera de las barras y las estrellas, esto es, de su propio territorio. Por tanto, exigió una reparación oficial, castigo para los culpables y una salva de veintidós cañonazos para desagrar a la insignia patria. Sin mostrar mayor juicio o mesura, el almirante Frank J. Fletcher, su superior inmediato, le dio todo su respaldo.<sup>42</sup>

Lo que pudo quedarse en un incidente, derivó en un grave conflicto. En tanto, el presidente Woodrow Wilson consideraba la conveniencia de llevar a cabo una acción punitiva que favoreciera, de paso, a la oposición constitucionalista, Victoriano Huerta pensó tener entre las manos la forma de mejorar el menguante apoyo interno a su régimen.<sup>43</sup>

El desenlace fue inesperado. Cuando el 18 de abril llegaron noticias a Washington de que un vapor alemán con una carga de armas para Huerta estaba a punto de atracar en Veracruz, Wilson ordenó tomar la aduana del puerto. Se pensó —y esperó— que la ocupación sería fácil, pero la resistencia, primero de las tropas federales, después de los civiles y cadetes de la Escuela Naval forzaron a abrir “fuego a discreción” desde las naves y al descenso de 3 500 infantes de marina. La tarde del 22 de abril, después de doce horas de lucha, el puerto de Veracruz había sido dominado. Al frente de la quinta brigada, a la que se sumaron cuatro regimientos más, el general Frederick Funston se hizo cargo de la situación el día 27.<sup>44</sup>

En Estados Unidos hubo un amplio rechazo a esta intervención, si bien una minoría muy importante exigió aún más: quienes tenían intereses en esto, quienes no los tenían y quienes no sabían nada sobre nuestro país, pero sí creían ciegamente en la superioridad de la raza, cultura y nación White Anglo Saxon and Protestant.<sup>45</sup> Para sorpresa de muchos, Jack London se evidenció entre estos últimos.

<sup>41</sup> O'Connor, *Jack...*, 420-421.

<sup>42</sup> Friedrich Katz, *La guerra secreta en México/The Secret War in Mexico* (México: Era, 1998), 227; Knight, *La Revolución*, vol. 2, 692-693.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, 693.

<sup>44</sup> Lawrence Lenz, *Power and Policy: America's First Steps to Superpower, 1889-1922* (Nueva York: Algora, 2008), 194-195; Katz, *La guerra...*, 228-229; Knight, *La Revolución*, vol. 2, 693-698.

<sup>45</sup> *Ibíd.*

El famoso escritor, que no dejaba de padecer apuros económicos, había recibido poco antes de la caída de Veracruz una oferta de la revista *Collier's: The National Weekly*, de excelente reputación y baluarte del periodismo crítico en Estados Unidos, así como de defensa de los valores democráticos y progresistas de la época, para cubrir cualquier campaña que se librara en México; a cambio, recibiría el salario semanal sin precedentes de mil cien dólares, además de sus viáticos. Aceptó, aun cuando su salud iba en deterioro creciente, porque le urgía el dinero, pero también por el deseo de probarse como corresponsal de guerra en una campaña que —eso esperaba— lo llevaría hasta la ciudad de México.<sup>46</sup>

De suerte que decidió ir por tierra de Los Ángeles a El Paso y de allí tomar rumbo a Galveston, donde abordaría un transporte militar para trasladarse al puerto de Veracruz. En este lugar aguardó a que a él y a “las bandadas de buitres” —como solía llamarse entonces a los periodistas— les llegaran los permisos de viaje desde Washington. En el breve intervalo tuvo lugar el “incidente de Tampico” y, desde el otro lado del Golfo de México, él pudo entonces vislumbrar “el resplandor rojo, cada vez más rojo de la guerra”.<sup>47</sup>

Un imprevisto trastornó sus planes de partir de inmediato hacia México; su autorización no llegó, a diferencia de las de sus compañeros, que pudieron partir casi de inmediato. De hecho, no supo de su rechazo sino poco antes de que el resto zarpara. Corrió al cuartel del general Funston a reclamar enfurecido; un ayudante le comunicó que el motivo del rechazo era el artículo que publicó en la *International Socialist Review* del mes de octubre, al que London denominaría después “La farsa del buen soldado”.<sup>48</sup>

El “buen soldado”, como se titulaba el susodicho artículo, era muy breve, pero en éste se ofendía a todo el ejército y la flota de Estados Unidos. En una época de reclutamiento intenso —la Gran Guerra estaba a punto de estallar—, el escrito se dirigía a los jóvenes del país, a quienes se aseguraba que lo más bajo en que podían caer era convertirse en soldados. Y agregaba:

El buen soldado nunca distingue entre lo bueno y lo malo. Nunca piensa; nunca razona; sólo obedece. Si se le ordena disparar a sus conciudadanos, a sus vecinos, a sus parientes, obedece sin dudar. Si se le ordena disparar hacia una multitud que pide pan, obedece [...], sin que sienta remordimiento o compasión. Si se le ordena que forme parte de un pelotón de fusilamiento para ejecutar a un héroe o a una persona generosa, dispara sin dudarle, aunque sabe que la bala penetrará en el corazón más noble que haya latido en el pecho de un hombre [...].

<sup>46</sup> London había cubierto la guerra ruso-japonesa en Manchuria y Corea en 1905. O'Connor, *Jack London*: 421-422; Leonard Ray Teel, *The Public Press, 1900-1945: The History of American Journalism* (Westport: Greenwood Press, 2006), 14-15.

<sup>47</sup> Jack London, “The Red Game of War”, *Collier's*, 16 de mayo de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/jl/TheRedGameOfWar.html>>, consultada el 19 de octubre de 2010. *Collier's*, “Red”, 16 de mayo de 1914; O'Connor, *Jack London*: 423-424; Elisa Ramírez Castañeda, Prólogo, en Jack London, *México intervenido. Reportajes desde Veracruz y Tampico, 1914* (México: Toledo, 1990), 14.

<sup>48</sup> London, “The Red Game of War”; Thomas Streissig, *Jack London* (Mineápolis: Twenty-First Century Books, 2001), 97; O'Connor, *Jack London*, 423-424; Ramírez, Prólogo, 14.

Y, como si esto fuera poco, el texto remataba: “¡Abajo con el ejército y la armada! No necesitamos instituciones asesinas. Necesitamos que den vida”.<sup>49</sup>

London se presentó ante el general Funston para negar que él fuese el autor del texto. Pero su fama le precedía. “El buen soldado” era similar en fondo y forma a varios de sus escritos y aparecía en una revista reconocida como voz de su partido. De allí que el Departamento de Guerra opinara que su presencia en el puerto de Veracruz resultaba indeseable. Para colmo, él no se había tomado la molestia de exigir una aclaración al aparecer el artículo con su nombre y también calló cuando se reimprimió en otras revistas, periódicos y carteles, así como cuando llegaron peticiones al Congreso de que se hiciera una investigación.<sup>50</sup>

El novelista fue tan convincente, se defendió con tal pasión que Funston acabó por creerle y le ofreció que tan pronto recibiera las credenciales, podría pisar el puerto mexicano. Así fue, pero más bien porque para entonces su aclaración y sus reproches habían llegado a Washington, donde Josephus Daniels, secretario de Marina, le otorgó el tan deseado permiso de viaje. Más tarde, London manifestaría a *The Army and Navy Journal* y a otros periódicos no ser el autor de “The Good Soldier” y así lo sostuvo hasta el final de sus días.<sup>51</sup>

El flamante corresponsal pudo zarpar el 24 de abril de 1914 en el *Louisiana*, el barco de guerra que dirigía el convoy de otros tres. Al llegar a Veracruz, se sintió sorprendido y orgulloso por la presencia dominante de la flota de su país: eran tantas las naves —dice a los lectores—, que para hacerles sitio fue preciso “despejar el atestado puerto, tantas veces como naves hay en mar abierto [...] barcos de suministros, barcos hospital, uno de transmisiones y los carboneros” —modernos “laboratorios eléctricos, químicos y mecánicos” atendidos por científicos y técnicos—. En un detalle de índole literaria y efectiva, registra que por encima de todos zumbaba un hidroplano naval “como un escarabajo gigantesco en el día gris”.<sup>52</sup>

London desembarcó, dispuesto a entregarse de lleno a sus labores de corresponsal de guerra, que a su juicio consistían en seguir a las tropas y estar cerca del frente. No pudo hacerlo: el combate había terminado días antes de su arribo y ya no se reanudó. En la ciudad portuaria reinaría la calma que aseguraban los fusiles de los soldados que efectuaban sus rondines, alertas.<sup>53</sup>

Su chasco fue tan grande que aumentó la depresión causada por el mal estado de su salud. Debió pasar largas horas en el café del Hotel Diligencias, donde estaba alojado, escribiendo junto a una mesa, con una botella al lado, a la espera de que llegara algún refugiado o reportero y le acompañase a la barra. Entonces bebía más, jugaba

<sup>49</sup> Kingman, “Good Soldier Canard”, en <<http://www.jacklondon.net/canard.html>>, consultada el 19 de octubre de 2010; O’Connor, *Jack London*: 424; Ramírez, Prólogo, 14.

<sup>50</sup> Streissig, *Jack London*: 98; O’Connor, *Jack London*, 424; Ramírez, Prólogo, 14-15.

<sup>51</sup> Jack London, “The ‘Good’ Soldier”, *The International Socialist Review* (octubre de 1913), en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/TheGoodSoldier.html>>, consultada el 19 de octubre de 2010; Ramírez, Prólogo, 15.

<sup>52</sup> Jack London, “With Funston’s Men”, *Collier’s*, 23 de mayo de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/WithFunstonsMen.html>>, consultada el 18 de noviembre de 2010.

<sup>53</sup> *Ibíd.*; O’Connor, *Jack London*, 425.

a los dados, bebía otra vez, apostaba, bebía aún más, entre los rumores y lamentos de los demás por las restricciones que el ejército imponía a los viajes al interior de México y de los que él se hacía eco.<sup>54</sup>

Aparte de lo anterior, dormir la siesta y dar vueltas a la plaza, no había otra cosa en que matar el tiempo. Con todo, London entrevistó a algunos soldados y marinos, y tomó fotografías.<sup>55</sup> Hizo una breve excursión a Tampico en un barco de vapor, al poco de que este puerto cayera en poder de las tropas constitucionalistas. Llamó entonces su atención la gran cantidad de buques tanque situados en ambas vertientes del río Pánuco, el cual navegó hasta divisar propiamente la ciudad de Tampico. Visitó varias tabernas, así como un campo petrolero y convivió con los recién regresados empresarios estadounidenses, a los que bautizó como “aventureros” y lo hicieron sentirse en “el Oeste, la frontera, el campamento minero”.<sup>56</sup>

Tuvo por entonces la intención —dijo— de escribir una novela, lo cual, a la postre, no llevaría a cabo. También contrajo una terrible disentería, que se le complicó con fiebre alta, pleuresía y el problema renal crónico, todo lo cual le forzó a internarse en un hospital. Estuvo a punto de morir; salió adelante, pero en junio, tan pronto logró cierta mejoría, regresó a su país en condición de extrema debilidad.<sup>57</sup>

Siete artículos, todos dignos de su excelente pluma, aparecerían en *Collier's* desde el 16 de mayo de 1914. Los lectores de la revista subieron al mismo ferrocarril que lo trasladó a Galveston, sintiendo como él que “la guerra iba hacia el sur sobre ruedas”. Juntos observaron a los jóvenes dirigirse al otro lado del golfo, como si se tratara de “una aventura”, seguros de ser “capaces de hacer cualquier cosa a los mexicanos” y supieron que una buena parte de sus compatriotas pensaban que, además de Veracruz y Tampico, “los Guardias Nacionales y los Rangers tendrían que [...] adueñarse de cuanto pueblo o charco hubiera a lo largo de toda la frontera, hasta llegar al Pacífico”.<sup>58</sup>

De la mano del escritor, los aficionados a *Collier's* hicieron propia su versión de los últimos hechos en México: Victoriano Huerta, quien hizo asesinar por sus esbirros al presidente Francisco I. Madero cuando éste pretendía “escapar en la oscuridad de la noche”, se tambaleaba en Palacio Nacional. Sin esperanzas de huir, llegar a Veracruz y embarcarse para Europa, vivía temeroso de que Francisco Villa, con “el pico y las garras rojas por muchas victorias”, alcanzara la capital a cobrar venganza y liquidarlo.<sup>59</sup> De allí que —dice London— el “dictador indio” creyera contar con

<sup>54</sup> O'Connor, *Jack London*: 425; Ramírez, Prólogo, 17; Pierre Boucheron, “In Sharper Focus”, *Advertising and Selling Fortnightly*, 6 de mayo de 1925, 38.

<sup>55</sup> Meg McConahey, “Eyes of London”, *The Press Democrat*, 16 de octubre de 2010, en <<http://www.google.com/search?tbm=bks&tbo=1&hl=es&q=Meg+McConahey+&btnG=Buscar+libros#sclient=psy&hl=es&q=Meg+McConahey+Kacl+London+&aq=f&aqi=&aql=&oq=&psj=1&fp=442521d790bcd590>>, passim.

<sup>56</sup> Jack London, “Our Adventurers in Tampico”, *Collier's*, 27 de junio de 1914, <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/jl/OurAdventurersInTampico.html>>, consultada el 24 de noviembre de 2010.

<sup>57</sup> *Ibid.*

<sup>58</sup> London, “The Red Game of War”; Zinn, *A People's History...*, 240.

<sup>59</sup> *Ibid.*

un escape si producía un conflicto entre Estados Unidos y el furioso norteño, esto es, si jugaba su única carta: “ignorar el procedimiento del saludo formal a la bandera”. Así esperaba obligar al “gringo” a salvarlo, seguro de que éste no le entregaría “a la tierna misericordia de Villa”.<sup>60</sup>

Esta explicación provenía de las noticias transmitidas por la prensa y, desde luego, de los rumores circulantes. También compartía la certidumbre estadounidense, que tenían London y muchos de sus compatriotas, de que su sangre “impura” o “mestiza” (mixed-blood), la “sangre mezclada de las razas de Cortés y Moctezuma”, hacía víctima a Huerta de todos los vicios y pecados. Lo acusaba de varias cosas, entre otras, de haber traicionado y hecho matar sin testigos a Madero y robarse diez millones de pesos que en ese momento guardaba en Europa.<sup>61</sup>

London redundaba en que estos hombres de sangre impura —la mayoría mexicana— libraban la guerra de forma innoble, aunque no le constaba, nada más repetía lo que le contaron, con frecuencia adornado con sus propios prejuicios. De tal modo relata cómo la víspera del desembarco extranjero, el general Gustavo A. Maas, jefe militar del puerto, soltó a los criminales presos y huyó. Si bien estos hombres lucharon contra los ocupantes, cometieron también abusos y tuvieron aterrorizada a la población.<sup>62</sup> Se mofa de la defensa de Veracruz —calificada de “heroica” por los historiadores mexicanos—, al afirmar que sólo a “hombres muy tontos o muy temerarios” pudo ocurrírseles disparar desde la Escuela Naval contra los marinos y los infantes de marina de su país, cuando allí cerca estaba el barco *Chester*, el cual respondió disparando durante cinco largos minutos, en lo que a algunos espectadores les recordó “las exhibiciones de tiro de Buffalo Bill”.<sup>63</sup>

Si bien nuestro corresponsal-escritor describe con más simpatía a las tropas constitucionalistas del general Pablo González, con las que trató en Tampico,<sup>64</sup> lo cierto es que casi todos los mexicanos le merecieron un gran desprecio. Eran “indios” —dice como si serlo fuese una desgracia—, “patéticamente chaparros, hundidos de pecho, angostos de espaldas”.<sup>65</sup> Concurriendo en los axiomas de la leyenda negra, explica a los lectores de *Collier's* que estos “indios” o “peones” tenían un “aspecto bovino” por ser descendientes de dos razas inferiores: “los millones de estúpidos, que no pudieron resistir a varios cientos de pelafustanes dirigidos por Cortés, y tontos cambiaron la ruda esclavitud de los Moctezuma por la no menos ruda esclavitud de españoles y mexicanos posteriores”.<sup>66</sup>

Redunda en que la razón principal de su inferioridad radicaba en la “sangre impura” que surcaba sus venas. Sin ser “ni blancos, ni indios”, portaban “todos los

<sup>60</sup> *Ibíd.*

<sup>61</sup> London, “The Red Game of War”.

<sup>62</sup> London, “With Funston’s...”.

<sup>63</sup> *Ibíd.*

<sup>64</sup> Le parecieron guerreros “temerarios”, “despreocupados”, “exuberantes por la buena comida y el buen humor” (London, “Our Adventurers...”).

<sup>65</sup> Jack London, “Lawgivers”, *Collier's*, 20 de junio de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/Lawgivers.html>>, consultada el 23 de noviembre de 2010.

<sup>66</sup> London, “With Funston’s...”.

vicios de varias sangres mezcladas y ninguna de sus virtudes”.<sup>67</sup> De allí que la unión de “gente atrasada en el desarrollo del gobierno y gente desprovista de talento para gobernar produjera el gobierno débil e ineficiente que México ha tenido durante los últimos cuatro siglos”.<sup>68</sup>

London revela su falta de estima, si bien la disimula con talento literario que puede engañar peligrosamente al lector. Esto resulta claro cuando describe una escena que le causó honda impresión y en la que, entre gritos y jalones, varias decenas de hombres, mujeres y niños “miserables, se arrojaron sobre los escombros de la Escuela Naval, tan pronto se retiró la vigilancia militar que la cercaba, arrebatándose cuanto deshecho o desperdicio hallaron”. Corrían de “un lado a otro como hormigas ante un tarro de miel” y gozaban —remata— si tenían éxito.<sup>69</sup> El relato despierta repulsión, de ningún modo entendimiento y menos aún simpatía.

Y es que sin pronunciarse abiertamente contra su fe socialista, London dio prioridad en México a su fe tan estadounidense en el individuo, la cual le permitía justificar la propia búsqueda de beneficios, a la vez que defender y explicar abusos que, de otra manera, no habría podido defender ni explicar. Cuando estallara la inevitable revolución mundial —predica entonces— sería dirigida por unos cuantos hombres fuertes y arrogantes, los únicos que sobrevivirían y dejarían atrás a los no aptos, esa clase inferior a la que siempre llamó bestial, corrupta y degenerada, una clase a la que también consideraba mediocre y pasiva.<sup>70</sup>

En realidad, nuestro autor había creído siempre en la superioridad de los White Anglo-Saxon and Protestants. En México, ratificó esta convicción: “Todo lo que las otras razas no son, lo es el anglosajón [...]” —escribe—. Éste poseía muchos dones, entre otros, un “talento innato para el gobierno”: lo probaba que, sin importar el lugar en que este “superhombre” pusiera el pie, allí reinaban “la decencia y el orden”.<sup>71</sup> Así, el tío Sam se las compuso para que en unas semanas reinaran en el puerto de Veracruz la “salud, el orden y los negocios crecientes. El dinero se revaluó; los precios subieron; las ganancias aumentaron”.<sup>72</sup> Eso sí, para restaurar la paz fueron precisos “cuatro mil soldados y veinte mil infantes de marina y marineros”, además de buques de guerra,<sup>73</sup> pero los veracruzanos recordarían siempre “esta conquista estadounidense y anhelarán el día bendito en que sean conquistados de nuevo”.<sup>74</sup>

No es, pues, extraño que, con esta perspectiva, el famoso escritor se hiciera portavoz de la doctrina Monroe. A la pregunta de quién podrían estos mexicanos recibir un “trato justo” si sus autoridades eran iguales a ellos, incapaces de proporcionárselos,

<sup>67</sup> Jack London, “The Trouble Makers of Mexico”, *Collier's*, 13 de junio de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/TheTroubleMakersOfMexico.html>>, consultada el 22 de noviembre de 2010.

<sup>68</sup> London, “Lawgivers”.

<sup>69</sup> Jack London, “Mexico’s Army and Ours”, *Collier's*, 30 de mayo de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/MexicosArmyAndOurs.html>>, consultada el 19 de noviembre de 2010.

<sup>70</sup> Harpham, “Jack London and the Tradition...”, 27, 32.

<sup>71</sup> London, “Lawgivers”.

<sup>72</sup> London, “Mexico’s”.

<sup>73</sup> London, “Lawgivers”.

<sup>74</sup> London, “Mexico’s”.

declara que sólo de Estados Unidos, el “hermano mayor de las naciones del Nuevo Mundo”. Nadie mejor para “vigilarlo, organizarlo y dirigirlo”.<sup>75</sup> Si bien este hermano mayor carecía de una “historia inmaculada”, sí podía dar “ejemplo” del buen trato que en su territorio se daba a los peones de origen mexicano. ¡Cuán pronto había olvidado lo que tres años antes denunció en “El mexicano”!<sup>76</sup>

Por tanto, ayudar a México —sostiene— correspondía a su país, ya que entre los mexicanos faltaba un “hombre fuerte” o “movimiento nacional o popular” para hacerse cargo. Aclara que a la mayoría mexicana de estos hombres nada más les interesaba vivir en paz, no ser arrastrados al frente. Niega las dimensiones que se daban al hecho de que el “hambre de tierra” hubiera llevado a la revuelta. Nuestro autor cancela de tal forma una justificación primordial de la Revolución mexicana al afirmar que la supuesta “hambre de tierra” que llevó a la insurrección no había existido, por lo menos no en las dimensiones que se le adjudicaban. De verdad no creía que “la cuarta parte del 1 por ciento de los peones” alzados lo hubiesen hecho con el fin de “obtener tierra gratis o de ganar algo más”.<sup>77</sup>

El escritor no contaba con la menor duda de que la mala relación con los mexicanos derivara de la falsa suposición de sus compatriotas de que pensaban, sentían y actuaban como ellos, esto es, compartían los mismos valores. Esto era un error, agravado por la esperanza de que aquéllos alguna vez cambiarían de conducta y, por tanto, que fuese posible “tratarlos y negociar como si fueran exactamente iguales a nosotros, con una historia similar, instituciones similares y una ética similar”.<sup>78</sup>

Jamás habían tenido estos valores —afirma—. Salvo en contados casos —como los de Benito Juárez y Madero—, quienes los gobernaron durante los últimos cuatrocientos años procedían del quinto de la población, el constituido por ladrones que se disputaban “el reparto de las sobras”, a veces eran “valientes, pero jamás valerosos”, en cambio, siempre “traidores”, de “mentes infantiles” y peligrosos por “jugar con armas”. Era imposible que el estadounidense promedio pudiera comprenderlos, nunca estarían al mismo nivel.<sup>79</sup>

No le inquietaba que fuera indispensable el recurso de la violencia; la veía como un purgante para eliminar los males sociales. De allí que le hubiera bastado con apenas asomarse al conflicto al otro lado del Golfo de México para concluir que, mientras no existiera en la tierra “una fuerza y un tribunal de vigilancia internacional”, el tío Sam tendría que “seguir armando barcos de guerra [...] y entrenando a sus jóvenes [...]”.<sup>80</sup> La intervención bélica resultaba precisa para salvar a México de sí mismo.<sup>81</sup>

<sup>75</sup> *Ibíd.*

<sup>76</sup> *Ibíd.*

<sup>77</sup> London, “The Trouble...”; Harpham, “Jack London and the Tradition...”, 29.

<sup>78</sup> *Ibíd.*

<sup>79</sup> *Ibíd.*

<sup>80</sup> Jack London, “Stalking the Pestilence”, *Collier's*, 6 de junio de 1914, en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/StalkingThePestilence.html>>, consultada el 21 de noviembre de 2010.

<sup>81</sup> *Ibíd.*

El escritor de gran oficio supo elegir temas para conmover a los lectores. Uno fueron los refugiados. Que decenas de hombres, mujeres y niños de su misma raza y nacionalidad hubieran tenido que huir ante “las chusmas que los saqueaban, robaban y gritaban mueras” le indignaba. ¿Cuántos de sus lectores no se habrían sentido emocionados al enterarse de la alegría de sus compatriotas al ver “uniformes americanos”? ¿Cómo no conmoverse al saber que, al acercarse el ferrocarril que los trasladaba al puerto de Veracruz, la vista de la flota en la bahía los llenó de júbilo?<sup>82</sup>

Otro tema atractivo eran los empresarios petroleros, o “aventureros” como les llama London, que corrieron con una suerte peculiar. Al optar por la ocupación de Veracruz, el presidente Wilson había puesto a la colonia estadounidense en Tampico en condición de suma vulnerabilidad. Si bien el ejército federal mexicano llevó a muchos a los barcos de guerra que dejaban el Pánuco, quienes no corrieron esta suerte la pasaron mal: “Hubo multitudes en las calles y los estadounidenses —hombres, mujeres y niños— se refugiaron en los hoteles, mientras las multitudes despedazaban y escupían sobre nuestra bandera y gritaban mueras [...]”. Unos cuantos quedaron atrapados en los campos petroleros, pero mostraron una conducta “heroica” al escapar en medio de dificultades incontables hacia el río y subir al vapor que los remontó por él: “soldados y saqueadores les disparaban, tropas federales los seguían a caballo por las orillas”.<sup>83</sup>

Sin duda, las voces de los refugiados y los petroleros fueron un medio eficaz para convencer a muchos de cuán equivocadas resultaban las medidas elegidas por Washington para salir del brete en que se metió y de que la ocupación militar debía llevarse hasta sus últimas consecuencias. Medidas diplomáticas como el arbitraje de Argentina, Brasil y Chile parecían necias; ni asegurarían la vuelta a México de esos grupos ni tampoco la reparación de los negocios en que los ciudadanos de Estados Unidos habían puesto más “capital, cerebros y capacidad técnica” que cualquier otro país.<sup>84</sup>

El feroz crítico del capitalismo cayó en contradicciones. Por más que juzgara “perniciosas” las actividades de estos “aventureros” del petróleo, no pudo ocultar la admiración que le producía el contemplar las numerosas empresas que sus connacionales ya tenían parte muy importante en los yacimientos de Tampico, a pesar de que aún les tomaría tiempo y dinero obtener ganancias, pues —con sabiduría empresarial— destinaban gran parte de éstas a la exploración de los campos.<sup>85</sup>

Los siete artículos de Jack London fueron leídos por un sector de peso e influencia en su país y tuvieron mayor impacto por estar bien escritos y por ir acompañados de dibujos y fotografías. Sin duda, el retrato de un México y unos mexicanos inferiores y en declive constituían toda una defensa de la intervención, “un alegato

<sup>82</sup> London, “With Funston’s...”; Kevin Starr, *Americans and the California Dream, 1850-1915* (Nueva York: Oxford University Press, 1986), 215.

<sup>83</sup> London, “Our Adventurers...”.

<sup>84</sup> London, “With Funston’s...”.

<sup>85</sup> London, “Our Adventurers...”.

en favor —diría John K. Turner— de lo que los mexicanos llaman ‘el imperialismo yanqui’.<sup>86</sup>

No puede entonces sorprender que el Partido Socialista de Estados Unidos acusara a su célebre afiliado de traicionar sus principios y propias ideas acerca de la justicia de la Revolución mexicana. En México, sin pronunciarse abiertamente contra su fe socialista, London había dado prioridad a su fe tan estadounidense en el individuo, la cual le permitía justificar su propia búsqueda de beneficios, y defender y explicar abusos que, de otra manera, carecían de defensa o explicación.

Pero él, que de regreso a California hubo de convalecer en su rancho varias semanas, guardó silencio al respecto. Es posible que le importara poco lo que otros dijeran; su fervor por el socialismo había menguado; de hecho, en 1916 presentaría su renuncia al partido al que había pertenecido durante muchos años. Tampoco le interesó que su ahora ex amigo Turner lo acusara de dejarse adular por los petroleros e insinuase —sin pruebas— que se hubiera dejado corromper. Al respecto, escribe Turner:

Hubo un tiempo en que [London] gozaba de la reputación de ser hombre de pueblo. Sus escritos muestran que no albergaba ilusiones respecto de las virtudes de la sociedad actual. Cuando la Revolución mexicana era débil, en sus inicios, hace cinco años, Jack London tuvo unas palabras a su favor. Pero cuando salió de Tampico y escribió para el *Collier's Weekly* sobre el petróleo mexicano y los petroleros estadounidenses, invirtió todos los principios de su filosofía socialista.<sup>87</sup>

La realidad es que lo que en ese momento le interesaba más era ser y comportarse como un próspero empresario y escritor, y que por eso dejaba atrás las ideas que defendió desde siempre. No cambiaría de opinión por el resto de su vida, que, por lo demás, terminaría muy pronto, a fines de 1916.<sup>88</sup>

## Reflexión final

El seguimiento de la literatura de Jack London sobre México y la revisión de su biografía y el medio en que la produjo nos permiten ver que en el escritor y sus textos se hallaban presentes las mismas corrientes ideológicas contradictorias respecto de la Revolución mexicana que había en Estados Unidos. Desde los simpatizantes del movimiento, con los cuales el prestigiado autor coincidió por un buen tiempo, merced a la pobreza y las dificultades sufridas durante su niñez y juventud, hasta los inversionistas, cuyo espíritu empresarial y arrojo no dejaría de admirar, pues, a su juicio, personificaban lo mejor del espíritu de su país. Los avatares de esta biografía y la

<sup>86</sup> Eugenia Meyer, *John Kenneth Turner* (México: Era, 2005), 324.

<sup>87</sup> Turner, “Appeal to Reason”, Girard, Kansas, 26 de junio de 1915, en Meyer, *John Kenneth Turner*, 324; O’Connor, *Jack London*: 430; Clarice Stasz, *Jack London’s Women* (Boston: University of Massachusetts, 2001), 200.

<sup>88</sup> *Ibíd.*

forma de responder de Jack London ante la situación nos ofrecen, por lo demás, indicios de lo que en ese momento acontecía en el seno de la sociedad estadounidense, una sociedad rota y cambiante, en el seno de la cual, por tanto, se escuchaban muchas voces.

¿Era London un embustero que, por un lado, predicaba una doctrina y, por el otro, vivía y quería vivir como esos capitalistas cuya destrucción había anunciado en el pasado? De ningún modo; pensamos que al final de su vida, como a lo largo de ésta, procedió de forma honesta y leal a sus ideas, siempre acorde con las circunstancias.

### **Fuentes complementarias**

JONES, MALDWIN A.

1995 *Historia de Estados Unidos 1607-1992*. Madrid: Cátedra.

LONDON, JACK

1906 "What Life Means to Me", *Cosmopolitan Magazine* (marzo), en <<http://carl-bell-2.baylor.edu/~bellc/JL/WhatLifeMeansToMe.html>>, consultada el 15 de septiembre de 2010.

LONDON, JACK *et al.*

1985 *Bajando la frontera*. Pról., sel. y notas de Paco Ignacio Taibo II. México: Leega Júcar.

## LOS CANADIENSES Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA, 1910-1928\*

J.C.M. Ogelsby†

Uno de los sucesos más importantes y dramáticos de la época moderna fue la Revolución mexicana, fue la primera gran revolución social de este siglo pero, a pesar de esto, en Canadá es casi desconocida, salvo cuando la televisión nocturna transmite alguna película como *¡Viva Villa!* o *¡Viva Zapata!* La impresión general que probablemente se tiene de este hecho es la de unos hombres morenos y bigotones que usan pijamas blancas, anchos sombreros y cabalgan tras un tren. Hay algo de cierto en esas películas: esa vestimenta era normal en las zonas rurales de México. Las batallas también se dieron a lo largo de vías férreas, cuyo control era absolutamente necesario en un país tan vasto como México. Pero lo que estas películas no muestran es el porqué de la revolución y cuáles eran sus fines, así como tampoco que más de un millón de personas murieron durante el periodo más cruento de la lucha (1910-1920).

México tiene una extensión de 1700 millas desde la frontera con Texas, El Paso, hasta Guatemala; hay más de dos mil millas aéreas desde Tijuana, Baja California, hasta Cozumel, Yucatán, dos regiones muy atractivas para los turistas canadienses. A éstos les gusta hablar de sus cuatro mil millas de frontera sin resguardo con Estados Unidos, y aun cuando México no puede igualar esta longitud, comparte una frontera de dos mil millas con Estados Unidos y, en 1910, tenía una población de más de doce millones de habitantes, de los que aproximadamente el 80 por ciento vivía en áreas rurales<sup>1</sup> y más del 95 por ciento carecía de títulos de propiedad y trabajaba para los terratenientes en las haciendas.

Una pequeña minoría de mexicanos era poseedora de tierras, pero la industria y el comercio nacional estaban preponderantemente en manos de extranjeros.

\* Este artículo se publicó originalmente en *Gringos del lejano norte: ensayos de historia de las relaciones canadienses-latinoamericanas, 1866-1968* (México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1989). La traducción de este texto estuvo a cargo de Beatriz Ruiz Gaytán y Juan Manuel de la Serna.

<sup>1</sup> México es uno de los países más fascinantes de América. Los canadienses que aseguran que su historia nacional es aburrida no podrán decir lo mismo sobre la de su vecino norteamericano al sur de Estados Unidos. Una de las mejores obras introductorias al conocimiento de México es el libro de Leslie Byrd Simpson, *Many Mexicos*, 4ª ed. (Berkeley: University of California Press, 1966) [edición en español: *Muchos Méxicos*, trad. de Lesley B. Simpson y Luis Monguió (México: FCE, 1977)]. Hay, además, muy buenos trabajos sobre la revolución, como por ejemplo el de Anita Brenner y G.R. Leighton, *The Wind that Swept Mexico* (Austin: University of Texas Press, 1971), un soberbio y vívido relato sobre el periodo revolucionario hasta 1940. Hay dos obras recientes de narrativa popular sobre la revolución: Ronald Atkin, *Revolution: Mexico 1910-20* (Londres: Macmillan, 1969) y William Weber Johnson, *Heroic Mexico: The Violent Emergence of a Modern Nation* (Nueva York: Doubleday, 1968), y hay muchas más obras de este género sobre el tema.

Un connotado historiador estadounidense en asuntos sobre Latinoamérica ha expuesto, de manera sucinta, lo que esto significó para el México prerrevolucionario:

La propiedad de pozos petroleros y minas estaba en manos de estadounidenses y de canadienses, los franceses controlaban la mayor parte de la creciente industria textil y muchas de las grandes tiendas. Los alemanes controlaban el comercio de ferretería y medicinas. Los españoles [...] eran abarroteros y comerciantes minoristas. Los servicios públicos —trolebuses, compañías de energía, de agua— pertenecían a los ingleses, canadienses, estadounidenses y extranjeros de otras nacionalidades. Los mexicanos, quienes desconocían las técnicas modernas eran, de hecho, extranjeros en su propio país.<sup>2</sup>

La alineación de los mexicanos de su propio país se realizó durante los casi treinta y cinco años del régimen de Porfirio Díaz, que comenzó en 1876. Díaz inició el proceso de modernización de México pero, como lo enfatiza la cita anterior, estaba empeñado en permitir que dicho proceso fuera dominado por extranjeros. Su control tanto del gobierno como de la sociedad era tan férreo que tenía pocos oponentes; por ello, al nacer el siglo, México parecía ser uno de los lugares más seguros del mundo para invertir y, además, las ganancias eran también muy buenas; ¿habría alguna duda para que los canadienses invirtieran sus excedentes de capital en ese país? Más aún, México era uno de los lugares más seguros del mundo para vivir; ¿habría duda también de por qué determinado número de canadienses, anticipando el flujo masivo de pinzones del periodo posterior a 1950, huyeran de los fríos inviernos del Norte para asentarse en lugares más cálidos? Tanto a los inversionistas como a los emigrantes les gustaba el México de Díaz, donde quizá vivían y/o trabajaban cerca de mil canadienses.<sup>3</sup> Aunque era un grupo reducido, sus aventuras en la revolución son bastante interesantes.

Los inversionistas canadienses descubrieron México gracias a los esfuerzos de F.S. Pearson quien, con mucha de la gente que había trabajado con él en Brasil, inició proyectos similares en México, tanto en la capital como en sus alrededores. Estas actividades lo pusieron en contacto con otro Pearson (sin lazos de parentesco), Weetman Pearson, vizconde de Cowdray, un británico que tenía ya veinte años en México a la llegada de F.S. Pearson; muchas veces se llegó a confundir a los Pearson, ya que ambos estaban vinculados en empresas similares como trenes, electricidad y construcción portuaria. La diferencia más notable entre ellos era que el vizconde Cowdray era amigo cercano del presidente Díaz<sup>4</sup> y, por otro lado, F.S. Pearson tenía amistades en Canadá dispuestas a proporcionarle capital para sus actividades en México, como lo habían hecho en Brasil.

<sup>2</sup> Hubert Herring, *A History of Latin America*, 3a. ed. (Nueva York: Knopf, 1968), 337.

<sup>3</sup> No he hallado cifras exactas y este cálculo puede resultar elevado. Además, quizá sea irrelevante mencionar que hay reliquias de Porfirio Díaz en Canadá: su enorme colección de armas se conserva en un museo del Real Colegio Militar de Kingston, Ontario.

<sup>4</sup> Desmond Young, *Member for Mexico: A Biography of Weetman Pearson, first Viscount Cowdray* (Londres: Cassell, 1966).

Visto de manera retrospectiva, tal vez resulte raro encontrar inversionistas canadienses entrando a México cuando Porfirio Díaz se aproximaba a los ochenta años de edad, aunque esto posiblemente se debiera a que los inversionistas generalmente desconocen la historia o la conformación sociológica de los países en donde invierten. Seguramente en ese tiempo México era un país seguro para invertir, pero el conocimiento de su pasado podría haberles prevenido para un acercamiento más cauteloso, aunque, incluso así, México ofrecía ganancias elevadas.

El periodo anterior a la llegada de Díaz fue caótico política y económicamente, pues estuvo marcado por continuas guerras civiles y disputas. Díaz, el exitoso general y hombre fuerte —en una sociedad inclinada a aceptar y admirar al poderoso— era mortal, por lo que habría sido importante determinar si había quien pudiera reemplazarlo, pero nadie parece haberse hecho tal pregunta y, ciertamente, menos en Canadá, de donde llegó un río de dinero durante los últimos siete años que duró Díaz en el poder.

Al terminarse el Canadian Pacific Railway y con la expansión de asentamientos en las praderas hubo un gran excedente de capital disponible. Los capitalistas más prominentes de la época incluían a canadienses como sir William Mackenzie, Donald Mann, sir William van Horne, James Ross, E.R. Wood, E.S. Clouston, el senador George Cox, L.A. Lash, el doctor Samuel Machew, John Mac Donald y Robert Bird, entre otros, hombres vinculados con las grandes corporaciones y bancos canadienses y que pronto lo estuvieron también con grandes empresas mexicanas.

Al parecer, el primer canadiense que adquirió importancia en México fue A.E. Worwich, ingeniero a cargo de la electrificación del sistema tranviario de la ciudad de México; el antiguo sistema de tracción animal había sido desarrollado con inversiones alemanas en 1876; posteriormente, en 1898, fue comprado a los alemanes por inversionistas ingleses y franceses. Fue entonces cuando Worwich puso a trabajar a cerca de dos mil hombres para electrificar dicho sistema. Cumplió su objetivo, pero creó un sistema que llegó a ser conocido como “la línea homicida”, ya que los conductores debían llevar sus vehículos alrededor de la ciudad a paso tan lento que era considerado mortal. Hacia 1906, cuando los canadienses compraron el 75 por ciento de la compañía tranviaria, tenía un alto índice de accidentes y la fama de que proporcionaba un pésimo servicio.<sup>5</sup> F.S. Pearson fue nombrado entonces presidente de la Mexico City Tramways, electrificada por otra compañía comprada por canadienses, la Mexico City Light and Power Company.

Pearson se vinculó con el sistema eléctrico de la ciudad de México en 1902 y fue precisamente bajo su gerencia, en 1909, cuando los intereses canadienses pasaron a controlar casi la totalidad del sistema de servicios eléctricos del Distrito

<sup>5</sup> Un estudio un tanto prejuicioso, pero pese a ello profundo, sobre el papel de los inversionistas mencionados es el ya citado de L.C. Park y F.W. Park, *The Anatomy of Big Business*. F.S. Pearson a Grey, 2 de enero de 1914, PAC RG21/9758-1 (A). Para saber de la actividad de Worwich, véase Alfred Tischendorf, *Great Britain and Mexico in the Era of Porfirio Díaz* (Durham, N.C.: Duke University Press, 1961), 116.

Federal, asiento de la capital nacional y la ciudad más grande de la república. En ese entonces, Pearson redujo las tarifas de electricidad a la mitad.<sup>6</sup>

Antes de su derrocamiento, el gobierno de Díaz se las había arreglado para comprar la mayoría de los ferrocarriles existentes; para ello, había obtenido fondos vendiendo bonos fuera del país, especialmente en Estados Unidos. Los canadienses tuvieron la oportunidad de unirse a F.S. Pearson para comprar una línea, la Mexicana Northwestern Railway, a sus propietarios estadounidenses en 1909, compra que incluía la línea que corría de la frontera con Estados Unidos en Ciudad Juárez a la ciudad de Chihuahua y, además, tres millones de acres de tierra en una zona maderera del mismo estado “para explotarla, uno de los principales objetivos de la compra por parte de esta compañía”.<sup>7</sup> Los nuevos propietarios extendieron la sociedad a Canadá y establecieron sus oficinas principales en Toronto. Pearson y sus socios canadienses también compraron una empresa minera con una concesión en el área del río Conchos en Chihuahua. Pearson constituyó la nueva Northern Mexico Power Company en Montreal en el año de 1909 e intentó que la empresa proporcionara energía para las actividades mineras de Chihuahua y los estados vecinos.<sup>8</sup>

Tres canadienses se habían unido al vizconde Cowdray en sus aventuras en Veracruz: Samuel Machew, John Mac Donald y Robert Bird. En 1906 contrataron a Worwich para desarrollar el sistema eléctrico de su compañía, la Vera Cruz Electric Light Power and Traction Company. Hacia 1910, Worwich había terminado el sistema de tranvías y había proporcionado iluminación a varias tiendas y casas particulares. La otra adquisición de Cowdray y sus amigos, la Anglo-Mexican Electric Company, tenía el monopolio energético de la región del altiplano situada cerca de Veracruz, en la región Orizaba-Puebla.<sup>9</sup>

Sir William Mackenzie y Donald Mann llegaron a Monterrey —la segunda ciudad en importancia de la república—, y en 1905 adquirieron el control de la Monterrey Tramways, Light and Power, que estaba en manos alemanas, y establecieron su oficina matriz en Toronto.<sup>10</sup>

La actividad canadiense y su riqueza potencial atrajeron los intereses de los bancos de esa misma nacionalidad, pues muchos de los principales inversionistas en las empresas mexicanas estaban afiliados al Bank of Montreal y al Canadian Bank of Commerce. El primero de ellos abrió una sucursal en la ciudad de México en 1906, y el segundo en 1910. El Bank of Commerce confiaba en que “desde un principio se aseguraría negocios verdaderamente importantes”, y ciertamente que

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 114.

<sup>7</sup> Gow a Borden, 9 de enero de 1913, PAC RG7, G21/9758-1 (A) (en adelante se eliminará la clave PAC RG7 y se citará sólo la serie G21/9758).

<sup>8</sup> Marvin D. Bernstein, *The Mexican Mining Industry, 1390-1950: A Study of the Interaction of Politics, Economics and Technology* (Albany, N.Y.: State University of New York Press 1964), 43.

<sup>9</sup> Tischendorf, *Great Britain and Mexico...*, 118-119.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, 119; J. Fred Rippy, *British Investments in Latin America, 1822-1949; A Case Study in the Operations of Private Enterprise in Retarded Regions* (Hamden, Conn., Archon, 1966), 245.

tenía potencial, puesto que había recibido las cuentas de la Mexican Light and Power y de la Mexico City Tramways, ganancias que significaron pérdidas para el Banco Nacional de México.<sup>11</sup>

Las anteriores fueron las áreas de mayor inversión canadiense que ascendían a cerca de cincuenta millones de dólares al momento de la caída de Díaz. No eran inversiones canadienses en su totalidad, aunque sí gran parte —las que no eran canadienses eran británicas—. Es cierto que los canadienses y británicos llegaron a México creyendo que iban a incrementar sus fortunas y que ese excedente podía ser usado en Canadá —especialmente en la región oeste del país—, y fue esta región la que resintió que dichas expectativas no se materializaran,<sup>12</sup> debido a que México se levantó contra su presidente, que estaba ya en edad senil.

En 1910, Díaz tenía ochenta años, pero estaba decidido a reelegirse. Había recibido el apoyo de muchos mexicanos que creían que un presidente no debía reelegirse y, en principio, aceptó la condición: no buscó la reelección en 1880 y permitió que uno de sus hombres ocupara la silla mientras él dirigía la nación. A partir de 1884 se las arregló para manipular el país según sus fines y la reelección pasó a ser un hecho aceptado, aunque, de cualquier manera, el México de esa época no estaba dispuesto a dejar a Díaz hacer de las suyas. Entre los intelectuales y los campesinos rebeldes había una oposición abierta a su régimen: el dirigente más connotado de estos últimos era Emiliano Zapata, mientras que Francisco I. Madero representaba, entre los intelectuales, la tendencia reformista, y fue él quien decidió oponerse a Díaz en la carrera electoral por la presidencia.

Madero era un hombre de buena posición cuya familia poseía varias minas, algunas fábricas y una considerable cantidad de tierras en el estado de Coahuila, al norte del país. Sin embargo, su conciencia social lo distinguía de muchos de sus compañeros. En 1909, inició su campaña contra Díaz, quien respondió mandándolo arrestar poco antes de las elecciones del 26 de junio, de tal manera que no hubo contienda electoral, y con los resultados manipulados, Díaz ganó las elecciones. Al salir de la cárcel, Madero cruzó la frontera hacia Estados Unidos, desde donde planeó su regreso, y en octubre de 1910 lanzó su Plan de San Luis Potosí que llamaba al “sufragio efectivo, no reelección”. El *Plan* es un método tradicional por medio del cual un candidato anuncia sus intenciones con la esperanza de atraerse apoyo y en este caso funcionó. La ola antidictatorial alcanzó las proporciones suficientes para obligar a Díaz a partir rumbo a Europa en la primavera de 1911, y Madero hizo su entrada triunfal en el mes de junio.

El periodo maderista, que duró hasta febrero de 1913, fue decepcionante para los reformistas mexicanos. La presencia de los antiguos colaboradores de Díaz era demasiado obvia y el descontento en el campo continuaba. Esta situación no había afectado a los canadienses de manera severa, pero como lo hizo notar el ministro británico en México en diciembre de 1911: “Hay mucho trabajo, pues los abogados

<sup>11</sup> Tower a Grey, 18 de marzo de 1910, G21/9758-1 (A).

<sup>12</sup> J. Castell Hopkins, ed., *The Canadian Annual Review of Public Affairs, 1913* (1914), 12-22.

canadienses y otros gritan su aflicción por doquier [...]”.<sup>13</sup> No está claro a qué trabajo se refería, lo único cierto es que había problemas; el poder de Madero iba disminuyendo gradualmente y finalmente fue depuesto por su general Victoriano Huerta, un hombre ambicioso y alcohólico.

Durante el periodo de Madero, el ambiente en el norte de México era tenso. Un canadiense que había invertido sus ahorros de dieciocho años en una planta de tratamiento de minerales en la que tenía sesenta empleados, sentía verdadero temor de perder su inversión; escribió que los rebeldes cobraban fuerza, mientras que la policía y el ejército eran poco eficientes. En una ocasión vio al segundo jefe de una de esas bandas justo antes de abordar un tren que después sería atacado, pero se abstuvo de comunicarlo a la policía, pues tenía miedo de meterse en problemas si los policías resultaban ser amigos de los rebeldes. En el asalto al tren perdió su pistola y cincuenta y cinco dólares. La legación británica había recibido reportes similares y decidió que viajar por tren en el México maderista era muy arriesgado.<sup>14</sup> A tal grado que el Mexican Northwestern Railway se vio obligado a reponer 575 puentes y bastidores en el curso del año que precedió a la caída de Madero. El gobierno mexicano insistía en que la compañía mantuviera abierta la línea, “pero a pesar de las constantes peticiones de que se le brindara una protección adecuada y de las promesas del gobierno de que se la otorgaría, lo cierto fue que la compañía quedó a merced de los revolucionarios, quienes la usaban a su antojo [...]”.<sup>15</sup>

Las presiones existentes sobre las acciones canadienses obligaron a los directores de la compañía a solicitar y obtener ayuda del gobierno de sir Robert Borden, quien tenía buenos amigos entre los principales integrantes de la comunidad económica canadiense. Cuando el conocido empresario canadiense sir James Dunn (quien dirigía sus negocios desde Londres, al igual que su amigo lord Beaverbrook) cablegrafió al primer ministro canadiense en enero de 1913, notificándole que él tenía intereses cercanos al Mexican Northwestern Railway y que solicitaba que el gobierno canadiense intercediera ante los británicos para obtener protección; Borden le contestó: “Daremos una rápida respuesta a cualquier solicitud de la compañía”.<sup>16</sup>

Dunn cablegrafió dos semanas después para saber si Borden había hecho algo y para ver si los ejecutivos de la compañía podían obtener una entrevista con un ministro británico. Un día después, Dunn, convencido de que la intervención directa de la compañía para ponerse en contacto con representantes británicos podía complicar las cosas, prefirió esperar a que Borden se comunicara con ellos. Sin embargo, en su cable decía que el tiempo era esencial, debido a que la compañía quería vender bonos en diez días y que la decisión con que la Foreign Office apoyara a la compañía en México y en Washington sería de vital importancia.<sup>17</sup> Trece

<sup>13</sup> Citado en Peter Calvert, *The Mexican Revolution, 1910-1914: The Diplomacy of Anglo American Conflict* (Cambridge: Cambridge University Press, 1968), 118.

<sup>14</sup> Crosby a Stringer, 12 de abril de 1912 y Stronge a Grey, 15 de abril de 1912, en /21/9758-1 (A).

<sup>15</sup> Grow a Borden, 9 de enero de 1913, en G21/9758-1(A).

<sup>16</sup> Dunn a Borden (sin fecha) y Borden a Dunn, 8 de enero de 1913 en los papeles de Borden, PAC, MG26H, 71466 y 71470.

<sup>17</sup> Dunn a Borden, 20 y 21 de enero de 1913, papeles de Borden, 71483-4.

días más tarde, Dunn cablegrafió de nuevo a Borden diciéndole que no tenía noticias de los británicos, a lo que Borden contestó que lo intentaría nuevamente.<sup>18</sup> Según los británicos, el comandante general del gobierno mexicano encargado de esa área estaba brindando la protección necesaria.<sup>19</sup> El ferrocarril necesitaba la protección debido a que mientras Dunn intentaba salvaguardar sus intereses, las fuerzas rebeldes y sus oponentes federales iban y venían por las vías férreas, aunque más evidentemente los rebeldes que las tropas gubernamentales. Eran los rebeldes quienes impedían que la compañía reparara los puentes dañados.<sup>20</sup> De cualquier forma, el derrocamiento de Madero por Huerta hizo que muchos capitalistas tuvieran un respiro: Huerta simbolizaba la fuerza y el orden, fue él quien cablegrafió al gobernador general: “Placer anuncio: paz lograda hoy con derrocamiento gobierno Madero”.<sup>21</sup> Sir James Dunn no se volvió a molestar en cablegrafiar.

Huerta pudo hacer un llamado a los inversionistas extranjeros en México y fue capaz de persuadirlos para que compraran bonos para apoyar a su gobierno. El Bank of Commerce llegó a comprar un millón de dólares y entonces empezó a darse cuenta de lo que significaba vivir en un ambiente revolucionario (¿en 1930 el Banco todavía intentaba rescatar sus bonos!).<sup>22</sup> Huerta, el amigo de los banqueros, tenía solamente un enemigo poderoso que vivía en la Casa Blanca en Washington, D.C., su nombre: Woodrow Wilson, quien no aceptaba la forma en que Huerta había llegado al poder. Los esfuerzos de Wilson para “enseñar a los latinoamericanos [en este caso los mexicanos] a elegir a los hombres adecuados” se ha descrito en otra parte; lo que aquí es importante resaltar es que México no logró la paz con Huerta.<sup>23</sup> Estados Unidos hizo todo lo posible para deponer a Huerta proporcionando toda clase de ayuda a sus enemigos. Así, México sólo pasó de una situación revolucionaria a otra.

Huerta, pertrechado en la ciudad de México, era el blanco de tres principales grupos, pero mientras controlara el puerto de Veracruz (que le proporcionaba impuestos aduanales) y la ciudad de México, se encontraba seguro. Sin embargo, los estadounidenses ocuparon el puerto en abril de 1914. En el Oeste, cerca de la ciudad de México controlada por Huerta, estaba el Ejército del Sur comandado por Emiliano Zapata, y en el Norte estaban las divisiones de Francisco, “Pancho”, Villa, Álvaro Obregón y Venustiano Carranza; se libraban violentas batallas por doquier.

Los periódicos canadienses informaban sobre la lucha, por lo que había conocimiento de los sucesos en México, aunque no el suficiente como para impedir que Borden por lo menos interrogara a sus ministros sobre la posibilidad de una propuesta alternativa para el Canal de Panamá, que estaba por concluirse. Tal propuesta vino de lord Grey, gobernador general de Canadá (1904-1910), en abril de 1913;

<sup>18</sup> Dunn a Borden, 4 de febrero de 1913 y Borden a Dunn, 4 de febrero de 1913, papeles de Borden, 71487-8.

<sup>19</sup> Nota verbal (sin fecha), papeles de Borden, 71504.

<sup>20</sup> Stronge al gobierno mexicano, 10 de enero de 1913, G21/9758-1 (A).

<sup>21</sup> Huerta al gobernador general, 19 de febrero de 1913, /21/9758-1 (A).

<sup>22</sup> SSEA a SSDA, 29 de marzo de 1930, G21/9758-4.

<sup>23</sup> Robert E. Quirk, *An Affair of Honor: Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz* (Mississippi Valley Historical Association, University of Kentucky Press, 1962).

Grey, a su vez, la había recibido de Alfred Maudslay, el británico mexicanista que sugirió la posibilidad de que Canadá obtuviera el control del Isthmus of Tehuantepec Railway, debido a que “Ahora que México está en apuros es buen tiempo para hacerlo”.<sup>24</sup> El ferrocarril era obra del vizconde Cowdray, el financiero británico que, según su biógrafo, había arriesgado con éxito, y quien probablemente veía a Canadá como un buen fiador para rescatar su inversión. Maudslay, por su parte, se percató del gran potencial que tenía la ruta, por lo que llegó a sugerir que su compra podría significar “otro trato comparable al del Canal de Suez, para Canadá”.<sup>25</sup> Pero Borden no estaba tan seguro de que fuera así, por lo que envió la sugerencia a su ministro de Ferrocarriles y Canales con la siguiente anotación: “La idea me parece un tanto quimérica”.<sup>26</sup> En su respuesta, Cochrane, el ministro en cuestión, se mostró cauteloso diciendo que el proyecto necesitaría un minucioso estudio. No obstante, lord Cowdray quería vender y, confiado en que era un hombre importante, en el otoño de 1913 se dirigió a sir Richard McBride, el premier de Columbia Británica, presionándolo para que Canadá nombrara una comisión para estudiar el caso.<sup>27</sup> Borden no estaba del todo convencido, pero en esta ocasión pidió opinión a sir George Foster, su ministro de Finanzas, quien le recomendó que no interviniera, ya que Canadá sólo obtendría las acciones de Cowdray y el gobierno mexicano retendría sus obligaciones. Su manera de ver el asunto era que Canadá no obtendría el control, “el cual quedaría en manos de una potencia extranjera que no es ni muy estable ni muy confiable”. Finalmente, la propuesta se extinguió en diciembre de 1913 y Cowdray tuvo que buscar otro comprador al que nunca encontró y finalmente tuvo que rematársela al gobierno de Carranza en 1918.<sup>28</sup>

Es interesante hacer notar que Canadá tuvo injerencia en los intentos de resolver el conflicto entre Huerta y Estados Unidos, aunque fue un papel secundario: el sitio escogido para celebrar la reunión fue Niagara Falls, Ontario, un lugar neutral a la vez que agradable. Niágara fue escogido por los mediadores brasileños, chilenos y argentinos.<sup>29</sup> Parece que a Canadá no se le consultó, ya que, de hecho, el embajador británico en Washington, sir Cecil Spring Rice, sugirió al gobernador general —el Duque de Connaught— que el gobierno canadiense enviara a algún representante para mostrar que había interés por parte de Canadá. Sugirió, asimismo, que ciertas atenciones por parte del gobernador general “sin duda producirían un buen efecto en Hispanoamérica y... [en Washington,] en donde estos procedimientos serían observados

<sup>24</sup> Maudslay a Grey, 27 de abril de 1913, papeles de Borden, 10319.

<sup>25</sup> *Ibid.*; Young (*Member for Mexico...*, 110-111) insinúa que la primera guerra mundial y posiblemente la apertura del Canal de Panamá redujeron el tráfico ferrocarrilero. No menciona este esfuerzo particular por parte de Cowdray.

<sup>26</sup> Borden a Cochrane, papeles de Borden, 10322.

<sup>27</sup> Cochrane a Borden, 23 de mayo de 1913 y O'Farrel a Borden, 7 de noviembre de 1913, papeles de Borden, 19323 y 10325.

<sup>28</sup> Foster a Borden, 3 de diciembre de 1913, papeles de Borden, 10329-30; Young, *Member for Mexico...*, 110-111.

<sup>29</sup> Spring-Rice al gobernador general, 9 de mayo de 1914, G21/9758-1 (A).

con gran atención”.<sup>30</sup> El Club Canadiense en Niagara Falls invitó al primer ministro a la conferencia.<sup>31</sup>

Aparte del revuelo que provocó en Niagara Falls, la conferencia, por sí misma, no atrajo gran atención en Canadá. El gobernador general envió un mensaje de bienvenida y sus “fervientes esperanzas de que sus esfuerzos y los de sus colegas por preservar la paz tengan un éxito rápido y duradero”. Borden declinó la invitación y en su lugar envió a H. Martin Burrell, su ministro de Agricultura.<sup>32</sup>

La conferencia no tuvo éxito, ya que Carranza, el principal opositor de Huerta, rehusó enviar a su representante, alegando que era un problema interno en el que no debían intervenir extranjeros para tratar de resolverlo. De cualquier forma, hacia finales de la conferencia, los días de Huerta estaban contados y él lo sabía.<sup>33</sup>

Antes de la caída del breve gobierno de Huerta, iniciaron los contratiempos que enfrentarían, por muchos años, las inversiones canadienses. La Mexico City Tramways Company, cuyos inversionistas canadienses, estadounidenses y británicos creyeron que ofrecía ganancias potenciales en el México gobernado por el rígido autoritarismo de Díaz, demasiado pronto supieron lo que era vivir una revolución. El 2 de enero de 1914, el Departamento de Comunicaciones y Obras Públicas de México notificó a Pearson que la concesión “bajo la cual operan ciertos tranvías de la compañía” sería cancelada el día 10 del mismo mes. La razón aducida era que la concesión no tenía validez debido a que había sido otorgada a perpetuidad y no por los noventa años que establecía la Constitución. Pearson se molestó por la disposición y buscó una enérgica respuesta del gobierno británico a favor de los intereses de la compañía.<sup>34</sup>

El representante británico en México, sir Lionel Carden, buscó a los responsables mexicanos y logró que le aclararan cuál era en realidad la intención de México: querían que la compañía discutiera la concesión, a lo que ésta accedió, aunque no era su política usual. Carden se había dado cuenta de que sus derechos sobre la concesión no estaban bien definidos, debido a que algunas de sus concesiones databan de 1856. Escribió entonces: “[La compañía] ha preferido dejar las cosas como estaban, y sin rehusarse a discutir el asunto ha tenido más éxito que evadiéndolo”.<sup>35</sup>

El gobierno de Huerta pronto tuvo cuestiones más importantes que atender que las concesiones tranviarias: luchaba por sobrevivir y perdió esta batalla en julio de 1914. La ciudad de México era un trofeo y sólo una guardia federal se encargaba de mantener el orden hasta que su jefe negociara la rendición. Los habitantes de la ciudad no querían que esa guardia se rindiera a las fuerzas zapatistas que estaban ya muy cerca de la capital. Temían que las bandas rurales zapatistas vagaran por la ciudad y conservaban la esperanza de que las fuerzas de Carranza y Obregón, más

<sup>30</sup> Spring-Rice al gobernador general, 12 de mayo de 1914, G21/9758-1 (A).

<sup>31</sup> Carta a Borden, 18 de mayo de 1914, papeles de Borden, 21403.

<sup>32</sup> Ottawa Citizen, 18 de mayo de 1914; Borden al secretario del Club Canadiense, 20 de mayo de 1914, papeles de Borden, 21403.

<sup>33</sup> Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution, 1914-1915* (Nueva York: Norton, 1970), 46.

<sup>34</sup> Pearson a Grey, 2 de enero de 1914, G21/9758-1 (A).

<sup>35</sup> Carden a Grey, 14 de enero de 1914, G21/9758-1 (A).

disciplinadas, tomaran el control, situación que se resolvió hasta mediados de agosto a favor de las fuerzas del Norte.

El nuevo gobierno, encabezado por Carranza, no se olvidó de la compañía por mucho tiempo. Aunque los ojos de la nación estaban atentos a la Convención que se celebraba en la ciudad de Aguascalientes —en donde los líderes de las diversas tendencias esperaban resolver sus diferencias—, la ciudad de México tuvo que enfrentar una huelga de conductores de tranvías y carruajes que la paralizó el 8 de octubre.<sup>36</sup> Con el paso de los días, los huelguistas se inquietaban, pues la compañía rechazaba sus demandas de un aumento del cien por ciento y el reconocimiento de su sindicato. Pearson solicitó a Hohler, un miembro de la legación británica, que hablara con Carranza y le informara que la compañía no podía cubrir las demandas de aumento salarial puesto que no había tenido ganancias el año anterior, mensaje que fue recibido por Carranza. El gobierno de Huerta adeudaba a la compañía 1 500 000 pesos y el gobierno de Carranza debía a la Light Power y a la Tramways 196 000 pesos. Carranza contestó que, aunque no quería intervenir en la huelga, tendría que hacerlo por el interés público, por lo que sus hombres tomaron la compañía el 12 de octubre.<sup>37</sup>

Esta acción condujo a la National Trust Company —que tenía una hipoteca de quince millones de pesos desde 1906 y otra de 2 350 000 desde 1909— a buscar a los representantes gubernamentales canadienses ante el gobierno británico para que averiguasen qué había sucedido y protegieran los derechos de los accionistas.

Los representantes de Carranza sorprendieron a Hohler —quien tuvo que llevar la representación de la compañía— “comportándose curiosamente bien...”, pues sólo refutaron al gerente de la compañía y lo reemplazaron con un *interventor*, designado por el gobierno, quien depositó las ganancias en una cuenta de la compañía en el Bank of Commerce.<sup>38</sup> Diez días después, el *interventor ordenó* un incremento del 25 por ciento en los salarios sin consultar a la compañía. A partir de ese momento, las divergencias de la convención se reflejaron en un caos gubernamental que afectó directamente la situación de la compañía; ésta no estuvo de acuerdo con el aumento a los salarios, pero no le quedaba más que observar cómo el *interventor*, poco a poco, tomaba el control total, llegando incluso a ordenar al gerente del Bank of Commerce qué hacer con los fondos de la compañía.<sup>39</sup>

Hohler no era muy optimista respecto del futuro, pues el 20 de noviembre escribió a Grey: “En medio del caos prevaeciente sería una mera casualidad si alguno de nuestros esfuerzos obtiene algún resultado”.<sup>40</sup> Dos días después, las fuerzas de Carranza evacuaron la ciudad hacia Veracruz. Los hombres de Zapata entraron a la capital pisando los talones de las tropas que salían. Contrariamente a lo que

<sup>36</sup> Francisco Ramírez Plancarte, *La ciudad de México durante la revolución constitucionalista*, 2a. ed. (México: Ediciones Botas, 1941), 76.

<sup>37</sup> *Ibíd.*, 77, 89; Hohler a Grey, 14 de octubre de 1914, G21/9758-1 (A).

<sup>38</sup> Sobre los intereses del National Trust Co., véase Privy Council Report on Mexico Tramways Co., 17 de octubre de 1914 y Hohler a la Foreign Office, 21 de octubre de 1914, G21/9758-1 (A).

<sup>39</sup> Hohler a Grey, 10 de noviembre de 1914, G21/9758-1 (A).

<sup>40</sup> *Ibíd.*

se esperaba, los recién llegados trataron de imponer orden en la ciudad. Hohler se entrevistó con el gobernador zapatista del distrito, quien “era casi analfabeto, pero mostró muy buena voluntad” hacia la compañía y la devolvió a sus propietarios el 28 de noviembre. El *interventor* perdió su empleo, mas no su deseo de recobrarlo, pues dos días después de perderlo y gracias a ciertas negociaciones tras bambalinas regresó a su trabajo y el amigo de la compañía en el alto mando zapatista terminó en la cárcel.<sup>41</sup>

La compañía continuaba sus esfuerzos por presentar su caso ante el gobierno, sosteniendo que el incremento salarial, si no iba compensado con un aumento en las tarifas del transporte, rebasaba sus posibilidades. Estaban en la mejor disposición de cooperar, pero aducían que las tarifas eran muy bajas y si la compañía no podía mantener sus costos, el servicio empeoraría.<sup>42</sup> Así fue como se mantuvo este asunto entre diciembre y enero mientras la vida en la ciudad se deterioraba notablemente. Los problemas de la compañía no eran nada comparados con los de los millones de ciudadanos que sufrían la carencia de alimentos y una escasez de circulante, puesto que cada facción que llegaba al poder contaba con su propio equipo de impresión, por lo que el papel moneda abundaba, pero compraba poco.

Las fuerzas de Carranza al mando del general Obregón tomaron el control de la capital el 28 de enero de 1915. Su plan consistía en tomar todo lo de valor y llevarlo a Veracruz, en donde los carrancistas se habían fortificado. Como consecuencia, las condiciones ciudadinas empeoraron: se propagó el hambre, la peste y la inseguridad. El 3 de marzo, los ocupantes suspendieron el servicio de tranvías y tomaron las guías de control de los vagones junto con otras cosas se las llevaron a Veracruz el 9 de marzo.<sup>43</sup> Los zapatistas volvieron a ocupar la plaza.

Para ese entonces, la compañía había tenido suficiente y uno de sus gerentes estaba dispuesto a no hacerla funcionar hasta que México tuviera un gobierno legal y estable. Pearson suavizó esa declaración diciendo, a su vez, que la compañía aceptaría que se le regresaran sus propiedades, siempre y cuando se hiciera un acuerdo formal con el gobierno mexicano en el que se estableciera que la compañía “libremente asumiría el control total”.<sup>44</sup>

Finalmente, en 1919, la Mexico City Tramways Company recuperó sus propiedades; lo que es difícil decir es cuál fue el costo para los accionistas: fue una inversión que la revolución arruinó. Entre 1913 y 1946, la compañía obtuvo ganancias, y operó con pérdidas, desde 1928 hasta dos años antes de que el gobierno mexicano se hiciera cargo de ésta en 1946.<sup>45</sup> Para ese entonces ya no podía ostentarse como canadiense, puesto que estaba en manos de intereses belgas y seguramente muy pocos en Canadá resintieron su nacionalización.

<sup>41</sup> Hohler a Grey, 7 de diciembre de 1914, G21/9758-1 (A).

<sup>42</sup> “Memorandum Relative to Affairs of the Mexican Tramway Company”, 7 de diciembre de 1914, G21/9758 (B).

<sup>43</sup> Hohler a la Foreign Office, 3 de marzo de 1915, G21/9758 (B).

<sup>44</sup> Hohler a Grey, 18 de marzo de 1915 y Pearson a Graves, 15 de marzo de 1915, 021/9758 (B).

<sup>45</sup> *New York Times*, 24 de enero de 1946.

Las dificultades que enfrentó otra gran inversión canadiense pueden ilustrarnos, no tanto sobre los problemas de hacer funcionar una inversión en tiempos caóticos, sino más exactamente sobre lo que puede suceder cuando sus directivos conocen poco sobre el país en el que se han comprometido a operar. Pocos podrían negar que sir William Mackenzie y Donald Mann fueran hábiles hombres de negocios, pero aun así tuvieron problemas en México con la Monterrey Railways, Light and Power Company. Esta compañía había recibido concesiones antes de que los canadienses tuvieran injerencia. En 1905, tenían el control de una planta de luz, trabajos de abastecimiento de agua, alcantarillado, tranvías, una planta de gas y una granja. Con ello habían comprado la “enfermedad” de la compañía, puesto que ésta “nunca había sido popular para la gente de la ciudad [...]” debido a los términos de la concesión. Entre finales de octubre y principios de noviembre de 1915, la prensa local atacaba a la compañía, pero con la consolidación de Carranza en el gobierno, el vicecónsul británico en Monterrey pensaba que se iniciarían las reformas. Sugirió que la compañía debía tener un “representante competente” en la sucursal, puesto que hasta entonces los dirigentes habían dejado que un alemán se hiciera cargo, quien no era del agrado de los gobernantes municipales.<sup>46</sup> La situación de la compañía empeoró, pero aun así, el director general y sus directivos en Toronto no supieron qué hacer. En poco tiempo renunciaron dos representantes de la compañía en Monterrey debido a que la oficina en Toronto los menospreció y al parecer los problemas en esta ciudad se debían fundamentalmente a que allí “no tenían conocimiento de las condiciones locales y [eran] incapaces de apreciar el estado actual de sus asuntos”.<sup>47</sup> La oficina de Toronto tenía una solución, ya que, aparentemente, sabían cómo llegar al poder que podía influir en los asuntos mexicanos o al menos eso pensaban. Los directores canadienses de una compañía canadiense rentada, pero cuyos accionistas eran predominantemente británicos, decidieron “presentarse al Embajador de su Majestad en Washington para solicitarle información y ayuda, y [...] como lo hizo notar agríamente el encargado de Negocios británico en México] también al Departamento de Estado [de Estados Unidos] y por lo tanto existía el riesgo para sus intereses, de que el gobierno norteamericano mediara en esos asuntos”. Los representantes británicos en México no estaban molestos porque los estadounidenses se hicieran cargo, ya que la compañía no había aceptado la asesoría británica.<sup>48</sup>

La Compañía Monterrey no era la única institución canadiense que buscaba sobrevivir bajo el difícil gobierno de Carranza, acudiendo a Estados Unidos para que la apoyase. El Bank of Montreal y el Canadian Bank of Commerce rechazaban la determinación de Carranza de obtener más dinero de inversiones extranjeras. Su gobierno había ordenado al Banco de Montreal pagar dos mil dólares mensuales y al Bank of Commerce mil quinientos dólares mensuales en impuestos al gobierno mexicano.<sup>49</sup> Los bancos se resistieron al mandato y buscaron la intervención del

<sup>46</sup> Sanford a Spring-Rice, 3 de noviembre de 1915, G21/9758 (B).

<sup>47</sup> Sanford a Hohler, 10 de julio de 1916, G21/9758 (B).

<sup>48</sup> Hohler a Grey, 16 de Julio de 1916, G21/9758-2 (A).

<sup>49</sup> Nota de Pope al secretario del gobernador general, 7 de julio de 1916, PARC, 265076.

gobierno de Estados Unidos, pues creían que esto les daría “resultados efectivos”.<sup>50</sup> Los gerentes del Banco en Canadá pidieron a su gobierno que solicitara al embajador británico en Washington la ayuda estadounidense. Hohler, el representante británico en México, estaba disgustado por la acción de los bancos, pero cuando supo que el embajador estadounidense no había recibido indicaciones sobre el asunto, acudió al Ministerio de Finanzas y se las arregló para persuadir al gobierno mexicano de retirar sus exigencias de impuestos.<sup>51</sup> Un mes más tarde, el gobierno mexicano estableció una recaudación de doscientos dólares mensuales, cantidad que los bancos aceptaron, aunque lo hicieron bajo protesta.<sup>52</sup>

Tanto la Compañía Monterrey como los dos bancos canadienses dieron un paso importante —que parece haber sido el primero de esa naturaleza en las relaciones entre Canadá y América Latina— cuando solicitaron ayuda estadounidense para sus asuntos. Los funcionarios de la Monterrey aparentemente pensaron que la influencia estadounidense podría dar resultados en donde los británicos no habían tenido éxito. Los bancos justificaban esta medida debido a que sus clientes “en su mayoría [eran] ciudadanos estadounidenses”.<sup>53</sup> Lo que evidentemente queda fuera de esta acción por parte de quienes presumiblemente eran grandes expertos en asuntos financieros, es que con toda esa supuesta pericia ¡sabían tan poco sobre México! Hohler pensó que la acción estadounidense sería un riesgo para las compañías, y el embajador británico en Washington cablegrafió al gobernador general que sería conveniente que cualquier negociación “mejor se hiciera a través [del] Encargado de Negocios Británico en México, debido a que el gobierno mexicano ve con recelo cualquier intervención del gobierno estadounidense [...]”<sup>54</sup> y ambos estaban en lo cierto. Los mexicanos no habían olvidado la guerra de 1845-1848 ni la ocupación de Veracruz. Pero lo que resulta más sorprendente sobre la petición hecha a Estados Unidos es que precisamente en esos momentos un destacamento militar estadounidense comandado por el general Pershing llevaba a ambos países hacia la guerra, por lo que fue el peor momento para solicitar ayuda estadounidense. No hay duda de que los inversionistas canadienses no tenían el menor conocimiento de la sociedad con la que estaban comprometidos. Ni los bancos, ni las grandes compañías tenían noción de la realidad en el México posterior a Díaz; por ello es comprensible que, como resultado, tuvieran muchas dificultades.

La época más violenta y caótica de la Revolución mexicana fue durante el periodo comprendido entre 1913 y 1915 cuando, eventualmente, Carranza salió triunfante. Sin embargo, el país no disfrutó de una estabilidad inmediata, aunque para todo propósito fueron Carranza y Álvaro Obregón —su principal aliado— quienes iniciaron la etapa del orden. Hubo generales disidentes como Zapata y Villa que

<sup>50</sup> *Ibíd.*

<sup>51</sup> Hohler a Grey, 11 de julio de 1916, PARC 265076.

<sup>52</sup> Hohler al gobernador general, 16 de agosto de 1916, PARC 265076.

<sup>53</sup> Arthur al encargado de negocios de S.M. (Hohler), 8 de julio de 1916, PARC 265076.

<sup>54</sup> Hohler a Grey, 11 de julio, y Spring-Rice al gobernador general, 10 de julio de 1916, PARC 265076.

operaban en la periferia hasta que finalmente encontraron una muerte violenta; no obstante, no pudieron modificar el rumbo de la revolución.

Las dificultades de las compañías canadienses en el periodo posterior a 1915 derivaban de la actitud de muchos de los líderes revolucionarios que estaban determinados a eliminar los excesos de la era de Díaz, particularmente el control extranjero de la nación. Por supuesto que las empresas intentaban proteger sus intereses, pero habían fallado notoriamente al identificar sus intereses con los del pueblo mexicano, por lo que tuvieron que sufrir las consecuencias. En el periodo inmediato posterior a 1915, compañías como la Mexico City Tramways, Mexican Light of Power, Mexican Northwestern Railway y la Mexico Northern Power quedaron bajo control mexicano.<sup>55</sup>

Los directores canadienses querían que se les reintegraran sus propiedades, por lo que, a principios de 1919, buscaron la ayuda del primer ministro Borden. Hacia esta época ya había terminado la primera guerra mundial y en las conferencias de paz se buscaban soluciones para el mundo de la posguerra, por lo que los directores de las empresas urgían a Borden para que sus casos fueran examinados en París, antes de que la formación de una Liga de Naciones dificultara ese tipo de asuntos.<sup>56</sup>

Borden llevó el caso al primer ministro británico Lloyd George, pues creía que las acciones extranjeras reflejaban el deseo de Carranza de destruir y confiscar las inversiones foráneas, aunque tenían la esperanza de que se podría hacer algo para mejorar la situación del capital extranjero en México antes de que Woodrow Wilson regresara a Europa.<sup>57</sup> Aparentemente, Wilson no tenía muchas simpatías por la intención intervencionista proclamada por algunos de los capitalistas. Evidentemente, Lloyd George y Borden no lograron una conclusión importante, aunque, de cualquier manera, las relaciones entre México y Gran Bretaña sufrían un deterioro considerable, debido a que el gobierno de Carranza confiscaba más propiedades británicas.

Los británicos no reconocían a Carranza y en agosto de 1919 iniciaron su proceso de retirada de México;<sup>58</sup> sus relaciones se restablecieron hasta 1925. Durante esta etapa, el gobierno mexicano modificó sus ásperas relaciones con los intereses extranjeros y devolvió a los canadienses el control de sus negocios. De hecho, había comenzado a aceptar discutir los reclamos tanto de personas físicas como de compañías,<sup>59</sup> aunque esto no significaba que intentara volver a los tiempos de absoluta libertad de la era de Díaz: los extranjeros no volverían a tener todo el control.

Un indeterminado número de canadienses, que posiblemente no llegara a un millar, había elegido vivir en el México prerrevolucionario; algunos trabajaban para

<sup>55</sup> Peacock a Borden, 1° de marzo de 1919, papeles de Borden 87434-44.

<sup>56</sup> *Ibid.*, y White a Borden, 1° de marzo de 1919, papeles de Borden 21478.

<sup>57</sup> Borden a Lloyd George, 5 de marzo de 1919, papeles de Borden 87485.

<sup>58</sup> Cummins a Barclay, 24 de diciembre de 1918 y el encargo de negocios (Washington) al gobernador general, 25 de agosto de 1919, G21/9758-2 (B).

<sup>59</sup> SSDA a SSEA, 24 de enero de 1928, PARC.

empresas canadienses, otros habían comprado propiedades, pero sólo unos cuantos tuvieron alguna experiencia desagradable durante el periodo violento de la revolución. Aun cuando existen numerosos informes sobre este tipo de experiencias sufridas por los nacionales de otros países, en cuanto a los canadienses, prácticamente no hay registros.<sup>60</sup> Los pocos incidentes que llamaron la atención en Canadá no sirven de mucho, o tal vez sólo para mostrar las vivencias durante una revolución.

Algunos canadienses atraídos por la idea de la guerra, se unieron a la lucha. John Reed, el famoso autor de *Diez días que conmovieron al mundo* (un testimonio de la revolución rusa), también escribió *México insurgente*, y entre la gente que conoció durante su estadía en México se encontraba A.W. Lewis, artillero veterano de la guerra de los Bóers, y un capitán Treston, que había peleado junto a Villa.<sup>61</sup> También se unió a las tropas revolucionarias Gustave Schoof, sargento mayor del 23º regimiento de Rangers de Alberta.<sup>62</sup> Al parecer, el número de voluntarios fue muy reducido, tanto como el número de canadienses que sufrieron alguna mala experiencia a manos de los revolucionarios.

Dos jóvenes cadetes, oficiales de la Royal Canadian Navy, se vieron involucrados en un incidente similar al que condujo al gobierno estadounidense a increpar al gobierno de Huerta. La tripulación de un ballenero fue arrestada y detenida por las fuerzas federales durante un breve lapso, lo cual causó el enojo del almirante que estaba al mando, quien se rehusó a aceptar las disculpas presentadas por el comandante federal. Este hecho tuvo lugar a principios de abril y el gobierno estadounidense lo utilizó como parte de su argumento para ocupar Veracruz el 21 de abril de 1914.<sup>63</sup> Dos meses más tarde ancló en Coatzacoalcos —el mayor puerto al sur de Veracruz— el *HMS Berwick*. El capitán autorizó que desembarcaran algunos miembros de su tripulación, entre quienes se encontraban los cadetes Critchley y Taylor quienes, como jóvenes aventureros, decidieron internarse tierra adentro —un área pantanosa— por la única ruta posible: las vías del tren. Caminaron unas siete millas y llegaron a un puente en donde, al otro extremo, se veían algunos civiles y militares. Aparentemente estos soldados se alertaron cuando vieron a los cadetes pero, no obstante, decidieron acercarse al lugar, en donde posiblemente conseguirían bebidas. Los soldados los esperaron, los arrestaron e incluso pretendieron ejecutarlos. A fin de cuentas, sólo tuvieron que pasar una noche en la selva tropical, pues a la mañana siguiente sus captores los llevaron al puerto, viaje que fue una mezcla de caminata, carrera y empujones; en fin, una desagradable experiencia.

A pesar de todo, los oficiales mexicanos les permitieron regresar a su barco y cuando su capitán los interrogó consideró que tenía razón suficiente para enviar

<sup>60</sup> Algunas de las memorias que mencionan a unos cuantos de los residentes canadienses en México son Rosa E. King, *Tempest Ayer México: A Personal Chronicle* (Londres: Methuen, 1936); Patrick O’Hea, *Reminiscences of the Mexican Revolution* (México: Fournier, 1966); John Reed, *Insurgent Mexico* (Nueva York: Simon and Schuster, 1969). No es necesario consultar estas obras para ver las referencias a los canadienses, dado que son mínimas; más interesante resulta leerlas por su valor intrínseco.

<sup>61</sup> Reed, *Insurgent Mexico*, 161, 191-192.

<sup>62</sup> *Edmonton Journal*, 3 de abril de 1914.

<sup>63</sup> Quirk, *An Affair of Honor...*

a un teniente, quien lucía su espadín, a fin de solicitar una disculpa del oficial federal al mando, el general Rincón, quien explicó que sus hombres habían pensado que los cadetes eran desertores o espías estadounidenses, puesto que las leyes mexicanas estipulaban que cualquier militar que se alejara más de seis millas de su base debía ser considerado como desertor. Todo terminó con una visita del teniente y el general federales al *Berwick* en donde pidieron disculpas.<sup>64</sup>

Un canadiense que se estableció en México para realizar actividades agrícolas fue el señor Lupum, quien compró un rancho cercano a la ciudad de México y había soportado los ires y venires de las diferentes fuerzas rebeldes y los bandidos (muchas veces era difícil diferenciar entre ambos) en sus tierras, intrusiones que le costaron la pérdida de su ganado. Estas intrusiones se habían dado por años hasta que, finalmente, en 1915, cuando una facción saqueó su casa llevándose lo poco que le quedaba y dispersó a sus caballos dejándolos que acabaran con sus sembradíos y cosechas, Lupum enfureció;<sup>65</sup> pero cuando vio que ¡para rematar, derribaron y rasgaron su bandera nacional, decidió que era el colmo!, por lo que llevó su queja a la Embajada Británica, quien se hizo cargo del asunto.

El cónsul británico recibió la visita del ministro de Guerra y de un general, quienes se disculparon por el hecho; habiendo investigado el caso encontraron que las tropas del coronel De la Fuente eran las responsables del saqueo de la casa del señor Lupum, y aseguraron al cónsul británico que De la Fuente había sido castigado “con todo el rigor que mandaba la ley en esos casos, ya que su lamentable conducta había causado gran indignación entre los miembros del Ejército de Liberación”.<sup>66</sup> El señor Lupum debe haber aceptado las disculpas pues, veinticinco años después del incidente, aún habitaba su rancho.<sup>67</sup>

El México del presidente Carranza y de su sucesor Obregón (1920-1924) intentaba reponerse de los estragos de la guerra y del desorden civil, lo que impresionó a dos canadienses: R.D. Adams y el coronel Leckte, quienes habían llegado a México en 1920 pensando recorrer el país a lomo de mula, buscando posibilidades de desarrollo minero. Adams había escrito a su amigo Arthur Meighen —que había sucedido a Borden como primer ministro— que encontraba a México en plena calma y con leyes justas que, “posiblemente, en muchos casos, son mejores que las nuestras”.<sup>68</sup> En junio, tres meses después, y posteriormente a la muerte de Carranza, Adams volvió a escribir a su amigo diciéndole que creía que los mexicanos estaban cansados de la guerra y que el triunfo de Obregón era lo mejor que podía haberle sucedido a la nación.<sup>69</sup>

Las observaciones de Adams pueden haber sido correctas, pero aún había hombres ambiciosos que pensaban que el poder podía obtenerse con la fuerza y las armas, y

<sup>64</sup> Capitán Baker, R.N. al almirante al mando del 4° escuadrón Crucero, 10 de junio de 1914, G21/9758-1 (B).

<sup>65</sup> Hohler a Grey, 8 de julio de 1915, G21/9758-1 (B).

<sup>66</sup> Macario López a Hohler, 9 de julio de 1915, G21/9758,-3 (B).

<sup>67</sup> “Canadian Interest in Mexico, 1940”, PAC, RG20 B1, v.316/11102.

<sup>68</sup> Adam a Meighen, 3 de marzo de 1920, PAC MG261, 000178.

<sup>69</sup> *Ibíd.*, 7 de junio de 1920.

otros que simplemente se habían inclinado por la violencia como un modo de vida, combinación que condujo a un periodo de tres meses de lucha que llevó a la ruina a un miembro de una prominente familia de Nueva Escocia.

En diciembre de 1923, Obregón nombró su sucesor al general Plutarco Elías Calles, un reconocido radical que contaba con amplio apoyo de campesinos y trabajadores. Adolfo de la Huerta, antiguo banquero amigo de Obregón y su ministro de Finanzas —presidente interino en el periodo entre la muerte de Carranza y la elección de Obregón— se opuso a dicha elección optando por la lucha armada que condujo, consecuentemente, a una guerra civil que creó un periodo de inestabilidad social y fue la excusa para que el hermano menor de Pancho Villa, Hipólito, se levantara en armas del lado de De la Huerta, viejo amigo de Pancho. Hipólito se autonombró general en jefe del Ejército Insurgente del Norte.<sup>70</sup>

T.G. Mackenzie, cuñado del propietario del *Morning Chronicle* de Halifax y quien también estaba emparentado con el honorable C.B. McCurd —antiguo ministro de Obras Públicas—, casado con la hermana de su esposa, radicó en Chihuahua durante los ocho años anteriores a 1924, desempeñándose como gerente general de la Compañía Agrícola y de Fuerza Eléctrica del Río Conchos, una empresa de F.S. Pearson.

En enero de 1929, Mackenzie se encontraba visitando a un cliente cuando fue cercado por las fuerzas comandadas por Hipólito Villa. En ese momento sólo se envió un cable a su oficina, pero al día siguiente los raptores se pusieron en contacto con la matriz de la oficina e Hipólito Villa, personalmente, demandó un préstamo de doscientos mil dólares para apoyar sus operaciones, a lo que Mackenzie respondió que no contaba con tal suma, así que lo retuvieron como rehén. Al tener noticia de su captura, sus familiares solicitaron la intervención del gobierno canadiense, por lo que lord Byng, el gobernador general, cablegrafió al encargado de negocios británico en México, quien respondió que las fuerzas del gobierno mexicano en el área eran insuficientes como para intentar hacer algo. El diplomático hizo notar que Mackenzie se había rehusado a firmar la nota de rescate. Plutarco Elías Calles, entonces ministro responsable de Asuntos Internos, informó a los británicos que no se escatimaban esfuerzos para recuperar a Mackenzie, explicación que no satisfizo a sus familiares en Canadá, por lo que buscaron ayuda estadounidense aduciendo que Mackenzie, años atrás, había intervenido para salvar la vida de algunos estadounidenses, por lo que en esta ocasión requería de un trato recíproco.

El representante británico no estaba realmente muy preocupado por la suerte de Mackenzie, puesto que sabía que el rehén estaba familiarizado con los habitantes del lugar y con el lugar mismo. Mientras tanto, Calles había enviado a una partida militar a perseguir a Villa. Sin embargo, éste se encontraba en su territorio, lleno de montañas y barrancos, lo que hacía sumamente difícil intentar la captura; esto ya lo había comprobado Pershing años atrás. Pasaron tres semanas sin que se supiera de Mackenzie y de sus captores, pese a que tanto fuerzas gubernamentales como antiguernamentales buscaban a Villa a fin de quedar bien con los canadienses. Mientras

<sup>70</sup> La correspondencia relativa al incidente de Mackenzie se encuentra en G21/9758-3 (A).

tanto, funcionarios británicos en Washington habían hecho contacto con De la Huerta por medio de su representante en Washington, y aquél había prometido su ayuda.

Desde el 21 de febrero, día de su captura, Mackenzie no había vuelto a ver a Villa, pero en esa ocasión éste le comunicó a Mackenzie que, de no obtener el dinero del rescate, sería fusilado y, además, dañarían las propiedades de la compañía, por lo que el rehén escribió al presidente de la compañía en Toronto, informándole sobre las amenazas y diciendo que el Consejo de Directores hiciera lo que considerara más conveniente; sin embargo, decidió no enviarla porque no le satisfizo su contenido y, así, el asunto quedó sin resolverse. Mackenzie permaneció con el grueso de las fuerzas de Villa hasta el 4 de marzo, cuando Villa le asignó una guardia de nueve hombres. Una semana después de esta fecha, el vicecónsul británico en Chihuahua reportó que Villa había reducido sus demandas a tan sólo una suma razonable. No obstante, en ese momento la situación se complicó debido a que la rebelión de la huertista estaba en su última fase: las fuerzas gubernamentales habían derrotado a las principales tropas rebeldes, por lo que sus dirigentes habían abandonado el país o se habían refugiado en los puntos extremos del país. Para entonces, Villa intentaba negociar con el gobierno y Mackenzie era el medio adecuado para hacerlo.

El gobernador general tenía la esperanza de que se pudiera persuadir a Obregón para que concediera la amnistía a Villa a cambio de Mackenzie. El encargado de negocios británico no creía que esto funcionara, pues sabía que el gobierno mexicano no aceptaría tal responsabilidad e “invariablemente, en estos casos de secuestro, intentaba demostrar que la víctima había actuado en colusión con sus captores con el propósito de repartirse el rescate”.<sup>71</sup> Como dicha propuesta por parte de los canadienses daría al gobierno mexicano oportunidad de suponer una colusión, el diplomático británico decidió no proponerla. Tampoco pensó que el gobierno mexicano concediera la amnistía a Villa, puesto que lo consideraban un simple bandido y no un rebelde político.

Tales noticias desalentaron a los familiares y amigos de Mackenzie en Canadá; pero el cautivo continuaba con vida y, de acuerdo con cierta información, cada vez “se hacía más popular entre sus captores”.<sup>72</sup> Así estuvieron las cosas hasta la noche del 31 de marzo. Las noches en México caen temprano y rápidamente; y esa noche en particular, los captores de Mackenzie se encontraban ocupados preparando comida y buscando leña para encender sus fogatas, pues las noches de la planicie en Chihuahua suelen ser frías. Mackenzie tenía ya dos meses con sus captores, por lo que su presencia había dejado de preocuparlos; en cierto momento, Mackenzie se fue internando en la oscuridad donde no podía ser visto y ya no regresó. Tanto él como sus captores sabían que el cuartel federal más cercano se localizaba a veinte millas al noreste del campamento, por lo que Mackenzie decidió seguir otra dirección presuponiendo que lo buscarían hacia ese rumbo e intentarían seguirlo, así que se dirigió hacia el Sureste, lo que significaba una caminata de cincuenta millas en terreno difícil,

<sup>71</sup> Encargado de negocios británico al gobernador general, 24 de marzo de 1924, G21/9758-3 (A).

<sup>72</sup> Dale a Cummins, 18 de marzo de 1924, G21/9758-3 (A).

pero su táctica funcionó y llegó a su destino sano y salvo, y aun tuvo palabras de agradecimiento para sus captores, quienes lo habían tratado bien.

Lo irónico del caso es que el 3 de abril el asunto llegó a la Cámara de los Comunes, cuando el conservador T.L. Church preguntó al gobierno si estaba al corriente del secuestro de Mackenzie y si podían interceder para lograr su liberación; de ser así, quería saber si se había dado la noticia de ello al gobierno de Su Majestad. La respuesta del gobierno fue que se habían dado pasos en ese sentido y que los mexicanos habían respondido que “no se escatimarían esfuerzos para liberar a Mackenzie”.<sup>73</sup> Pero para entonces Mackenzie mismo había tomado el problema en sus manos y lo había resuelto.

El rapto de Mackenzie sirve para mostrar ciertos aspectos de lo que significa ser residente y, al mismo tiempo, hombre de negocios en un país extranjero. Mackenzie sobrevivió porque al establecerse se propuso comprender y ser parte de su ámbito, aprendió la lengua del país, lo que es un caso raro entre los migrantes de Estados Unidos o Gran Bretaña; además, valoraba la psicología del pueblo mexicano, podía vivir del mismo modo que sus captores, por lo que éstos lo respetaban. Mantuvo siempre un comportamiento firme en lo que pudo haber sido una experiencia trágica.

Sólo dos canadienses murieron a consecuencia de la revolución, el mismo número de muertos ocasionados por un canadiense en 1924, como veremos. Tal vez otros mexicanos murieron a manos de voluntarios canadienses durante la lucha, pero no se tienen evidencias de ello. De lo que sí existen registros, sin embargo, es del asesinato de dos mexicanos en Veracruz en 1924, a manos de A.P. Halliwell, hecho que debe resaltarse, pues implica ciertas actitudes canadienses hacia México. Halliwell era un veterano de la primera guerra mundial; se había enlistado a los quince años. En 1924, la corte mexicana lo sentenció a veinte años de prisión, ya que la pena de muerte se consideraba en México como inhumana y, por lo tanto, anticonstitucional. Las noticias sobre la detención de Halliwell llamaron la atención del arzobispo de Winnipeg, de la Asociación de Veteranos de Guerra y de la Town Clerk, entre otros, quienes bombardearon al encargado de negocios británico con solicitudes de liberación.<sup>74</sup> En un telegrama el vicedónsul británico en Veracruz subrayaba que “aparentemente, para esta gente es razón suficiente que el crimen fuera cometido en México como para hacerles creer que deba ser liberado”.<sup>75</sup>

Dos años más tarde, los canadienses interesados en el caso aún intentaban liberar a Halliwell. La Legión Canadiense de la Liga Británica del Servicio al Imperio pensaba que “si se le liberara y regresara a Canadá podría, bajo ciertas influencias, convertirse en un buen ciudadano”.<sup>76</sup> La señora F. Woolcott, presidenta de la Carry-On League en Hamilton, también presionaba para obtener la liberación.

<sup>73</sup> Canadá, House of Commons, Debates, vol. 1, 3 de abril de 1924, 971.

<sup>74</sup> Papeles sobre el caso Halliwell y Cummins a Byng, 23 de mayo de 1924, G21/9758-3 (A). En tanto México no tuvo pena de muerte oficial, los funcionarios hacían aplicar con frecuencia la ley fuga a los criminales o delincuentes políticos. Esto equivalía a pasarlos por las armas en el momento de la captura y evitar así un proceso judicial.

<sup>75</sup> Hutchinson a King, 25 de junio de 1924, G21/9758-3 (A).

<sup>76</sup> Herwing a Walker, 29 de diciembre de 1926, G21/9758-4.

El vicecónsul británico en Veracruz llevó estas solicitudes al general Jara, gobernador del estado, aduciendo que la buena conducta de Halliwell lo calificaba para obtener el perdón. Desafortunadamente, el político mexicano veía el caso desde otra óptica. Parece ser que Halliwell no se había comportado tan bien, lo que era “un requisito indispensable para su liberación”. El prisionero había intentado abandonar la prisión ¡sin notificar a las autoridades!<sup>77</sup>

Durante la revolución, los canadienses que habían elegido México para vivir o trabajar pudieron haber tenido algunas experiencias penosas. Los pocos que perdieron sus propiedades se unieron a los que habían sido agraviados o que habían perdido parientes, a fin de solicitar una compensación a través de la Comisión Internacional de Reclamos.<sup>78</sup> Si confiamos en los archivos gubernamentales canadienses, fueron muy pocas las dificultades, considerando la violencia y la inestabilidad del periodo revolucionario.

Como ya se ha hecho notar, las empresas dirigidas por canadienses pasaron por tiempos difíciles, pero sabían que era arriesgado invertir en México, aunque el riesgo fue aparente en lo que se refiere a una cosecha anticipada de las utilidades. Las inversiones canadienses en México fueron sustanciales y demostraron —como dijo sir William Mackenzie, uno de los principales inversionistas— “que en la fundación de empresas [Canadá] había alcanzado una estatura internacional”.<sup>79</sup> Y habiéndola alcanzado, los inversionistas canadienses descubrieron que hacerse rico en otro país podía acarrear problemas. Canadá no era lo suficientemente poderoso como para proteger a sus inversionistas, así que los directores de las compañías buscaron la ayuda de otros países. Gran Bretaña fue su primera elección debido a sus vínculos imperiales y al sistema diplomático imperial que encargó a sus diplomáticos el cuidado de los asuntos canadienses en el exterior, pero el poco empeño demostrado por los británicos hizo que los canadienses buscaran la ayuda estadounidense, que de poco les sirvió. Los asuntos más importantes empezaron a aclararse sólo cuando se tuvo en México un gobierno estable, que fue hacia 1920. En 1928 llegó una calma relativa a la nación, pero el gobierno seguía siendo revolucionario. Así fue como, lenta pero firmemente, aquellas empresas de propiedad canadiense, durante la primera década del siglo xx, pasaron a ser controladas por los mexicanos.<sup>80</sup>

<sup>77</sup> Jara a Hogg, 7 de abril de 1927, G21/9758-4.

<sup>78</sup> Las cartas sobre tales demandas se encuentran en G21/9758-2 (B).

<sup>79</sup> Citado en Park y Park, *The Anatomy of Big Business...*, 136.

<sup>80</sup> Según se ha indicado, Mexico City Tramways pasó al control gubernamental por última vez en 1946. También de manera lenta, pero segura, el gobierno mexicano empezó a comprar las compañías de energía eléctrica, pero no antes de que estas empresas hicieran sus últimas operaciones libremente. Según apuntaba Miguel Wionczek, distinguido economista mexicano: “En muchos aspectos el comportamiento de las compañías entre 1926 y 1930 recuerda al de los buenos tiempos del fin de la era porfirista [...] el cielo parecía ser el único límite para los ejecutivos de estas empresas en México”. Ésa fue la época en que American and Foreign Power adquirió todos los grandes sistemas en México, en la periferia de la capital. Finalmente, entre 1960-1961, el gobierno asumió el control sobre ellos. Véase Miguel S. Wionczek, “The State and the Electric-power Industry in Mexico, 1895-1965: An Uneasy Partnership”, en Raymond Vernon, ed., *Public Policy and Private Enterprise in Mexico* (Cambridge: Harvard University Press, 1964), 46, 91.

# LA PRENSA AFROAMERICANA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Ben Vinson III\*

## Introducción

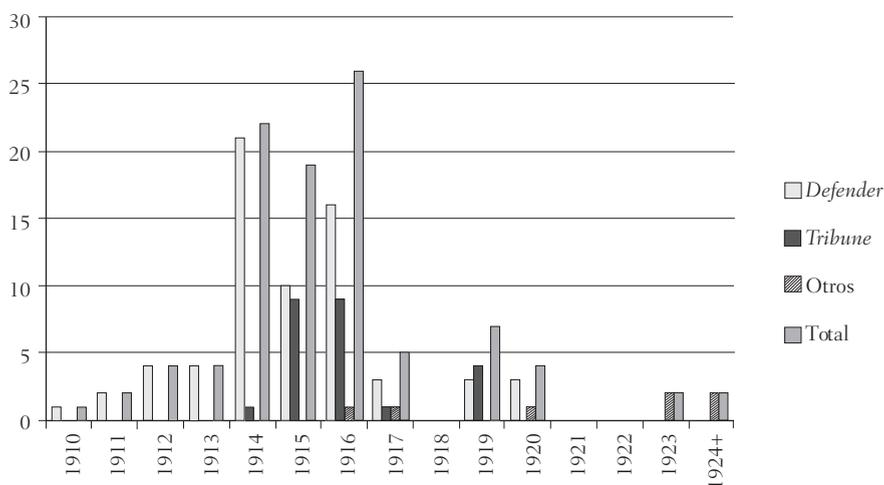
Entre los años de 1910 y 1921, la prensa afroamericana publicó diversos artículos que daban cobertura a la Revolución mexicana, los cuales iban desde comentarios editoriales de una línea hasta extensos reportajes de primera plana. También se publicaban artículos de opinión que analizaban las implicaciones de la lucha en la política internacional, así como su impacto potencial en la política interna de Estados Unidos y sus efectos en la comunidad afroamericana. El propósito de este ensayo es abordar los temas básicos cubiertos por algunos periódicos afroamericanos mediante el análisis de noventa y ocho artículos extraídos del *Baltimore African-American*, el *Philadelphia Tribune*, el *Norfolk New Journal and Guide*, el *Pittsburgh Courier*, el *Atlanta Daily World* y el *Chicago Defender*.<sup>1</sup> De los tres mil a cuatro mil periódicos afroamericanos que surgieron en Estados Unidos después de 1827, los mencionados fueron reconocidos entre los más importantes de su época para la comunidad afroamericana, por ofrecer fuentes de opinión e información. En esencia, constituyeron una “esfera pública” afroamericana que conformó el comportamiento político de esa comunidad, así como su vida social y sus acciones. Los editores de prensa también eran pilares de sus respectivas sociedades y a menudo se aventuraban a publicar y a dar a conocer las actividades de una hostil mayoría blanca, a pesar de enfrentar un rígido antagonismo que con frecuencia ponía en riesgo sus vidas. Los tirajes de los periódicos afroamericanos nunca alcanzaron la magnitud de otros periódicos estadounidenses de mayor presencia, debido tanto a que el estatus económico y los niveles de alfabetización de los afroamericanos eran menores, como a la renuencia de los medios de comunicación estadounidenses a abarcar las publicaciones afroamericanas. Sin embargo, sus columnistas, reporteros y equipo editorial mantuvieron altos niveles de profesionalismo y rectitud, presentando las noticias de tal manera que proyectaban nueva luz sobre los asuntos cotidianos. Sin duda, la prensa afroamericana fungió como una voz que dio a conocer lo que de otra manera no se habría escuchado en la sociedad estadounidense y, en consecuencia, los periódicos afroamericanos podrían

\* Profesor y vicepresidente de la School of Arts and Sciences, The Johns Hopkins University. [bvinson2@jhu.edu](mailto:bvinson2@jhu.edu). La traducción de este texto estuvo a cargo de Ingrid Ebergenyi Salinas.

<sup>1</sup> A pesar de no ser totalmente representativos de la distribución geográfica de la población afroamericana (que estuvo concentrada en gran medida en el sur), en conjunto, estos periódicos representaban una amplia región que abarcaba partes del sur, el oeste medio y la costa este de Estados Unidos.

servir para realizar una evaluación crítica de las políticas y el comportamiento de Estados Unidos. Estudiar la Revolución mexicana a través de las páginas de la prensa afroamericana puede ofrecer una comprensión igualmente novedosa de aquello en lo que se tradujo esta lucha fuera de las fronteras de México, particularmente en la configuración de ciertas fuerzas sociales, cuyo estudio ha sido en gran medida subestimado y considerado ausente en los debates sobre política exterior que se conocieron en Washington durante la época de la Revolución mexicana.

GRÁFICA 1  
NÚMERO DE ARTÍCULOS PUBLICADOS POR AÑO  
SOBRE LA REVOLUCIÓN MEXICANA EN LA PRENSA AFROAMERICANA



La mayoría de los artículos periodísticos analizados son del *Chicago Defender* y el *Philadelphia Tribune* (véase gráfica 1). Cada uno contaba una historia ligeramente diferente, que influía en la manera en que las noticias eran tratadas. Fundado en 1905, el *Defender* se encontraba entre los primeros periódicos afroamericanos que rompieron con la tradición de dar cobertura a las noticias con base únicamente en los hechos. Sin hacer concesiones, el *Defender* buscaba despertar los sentimientos de sus lectores al presentar opiniones contundentes y dar cobertura a temas intrínsecamente violentos, provocadores y controversiales. En ocasiones, en la presentación de sus artículos, el *Defender* ponía sobre la mesa de discusión sus propios temas de interés. A pesar de ser considerada una práctica riesgosa para el negocio, el estilo periodístico del *Defender* pronto se convirtió en un éxito y fue adoptado por otros periódicos afroamericanos. Por otra parte, el *Philadelphia Tribune*, fundado en 1884, mostró un firme compromiso con los principios del republicanismo. Desde sus inicios, el periódico se esforzó por informar sobre las experiencias de los afroamericanos,

con la intención de promover el orgullo racial, examinar amplias facetas de la vida de estas personas y crear una ciudadanía afroamericana excepcionalmente informada.<sup>2</sup>

Para el momento en que la Revolución mexicana estalló, todos los periódicos que conformaban la prensa afroamericana habían desarrollado una fuerte tradición de activismo periodístico, encauzada a brindar ayuda a los afroamericanos para superar algunos de los mayores obstáculos y barreras políticas que afectaban sus vidas. De las luchas que tuvieron lugar en el siglo XIX para lograr la abolición de la esclavitud, a los esfuerzos posteriores en la guerra civil para asegurar una mejor calidad de vida a los afroamericanos, la prensa afroamericana apoyó e impulsó de forma radical el cambio social. A principios del siglo XX, la prensa redirigió su atención a superar la historia de linchamiento en Estados Unidos, así como a ayudar a los afroamericanos a luchar para establecer su lugar en un mundo en el que la migración internacional iba en rápido aumento, y donde la guerra mundial se convertía en una realidad tangible.<sup>3</sup> Así, la Revolución mexicana, un acontecimiento global, independiente y poderoso en sí mismo, fue necesariamente reinterpretado a través de las varias lentes que la prensa utilizaba para transmitir a sus lectores una imagen del mundo que existía allende sus fronteras. Con frecuencia, la Revolución mexicana fue presentada, de manera ambivalente, como un acontecimiento inserto en una serie más amplia de eventos —tanto internacionales como internos— que ayudaba a los afroamericanos a encontrar sentido a los hechos que sucedían a su alrededor y les ofrecía una perspectiva (y, en ocasiones, una esperanza) de futuro. Un poco como la propia revolución, con frecuencia, el resultado final era un *collage* confuso e inconsistente de imágenes de una guerra, reunidas de manera selectiva para formar la narrativa alterna de una revolución que no sería reconocida ni siquiera por quienes vivían al sur del Río Bravo.

## Héroes, cronologías y villanos

Cuando la Revolución mexicana comenzó, en 1910, uno de los impulsos iniciales de algunos periodistas afroamericanos fue celebrar lo que el hecho representaba. La revolución simbolizaba la manera en que los oprimidos y sojuzgados eran capaces de llevar a cabo una respuesta violenta e imperdonable; un mensaje que no pasaba inadvertido entre los afroamericanos, que se podían identificar visceralmente con tan apremiante situación. Por ejemplo, el fenómeno del linchamiento, que prevalecía en la cultura estadounidense como la prueba más extrema de la falta de valor que se atribuía a la vida de los afroamericanos, podía ser totalmente reevaluado haciendo referencia a la revolución. Tomando a los sublevados mexicanos como fuente de

<sup>2</sup> Mucha de la información sobre la prensa afroamericana incluida en este párrafo se obtuvo de Charles A. Simmons, *The African American Press: A History of News Coverage During National Crises, with Special Reference to Four Black Newspapers, 1827-1965* (Jefferson, N.C.: McFarland and Company, 1998), 1-8; Irvine Garland Penn, *The Afro-American Press and its Editors* (Springfield, Mass.: Wiley and Company, 1891), 145-148; Frederick Jerome Taylor, "Black Musicians in the *Philadelphia Tribune*, 1912-1920", *The Black Perspective in Music* 18, nos. 1-2 (1990): 127-128.

<sup>3</sup> Simmons, *The African-American Press...*, 1-8.

inspiración, un editorialista del *Chicago Defender* escribió en 1910 que había ciertas razas que simplemente demandaban atención y que respondían a cualquier agresión hostil en su contra con igual o mayor fuerza. Está de más decir que dichas razas no tolerarían linchamientos y, en caso de ser sometidas a tales crueldades, se asegurarían de que las consecuencias fueran rápidas y directas. Según el artículo, los mexicanos, al igual que los japoneses, a través de su espíritu rebelde de lucha, habían demostrado tener gran carácter y los afroamericanos necesitaban prestar atención a su ejemplo si querían sobrevivir en Estados Unidos.<sup>4</sup> La Revolución mexicana en sí misma ofrecía oportunidades únicas a los afroamericanos para poner en práctica dicho consejo. Aunque no fue divulgado hasta años después, en 1910 Joseph Henry Jr., un texano\* afroamericano que dejó el Morgan College para hacer un viaje a México, fue seducido por el mensaje de los revolucionarios. Se alistó en sus filas, peleando primero al lado de Francisco Villa, para después volverse carrancista. En su ascenso al rango de teniente coronel, Henry aprovechó múltiples oportunidades para utilizar la revolución como una plataforma desde la cual atacar a los estadounidenses blancos en México, tanto militares como civiles. Siguiendo la recomendación de algunos miembros de la prensa afroamericana, las víctimas de Henry de alguna manera pagaban por lo que él percibía como injusticias históricas en contra de su pueblo.<sup>5</sup>

Durante los primeros años de la revolución, una figura pronto atrapó la imaginación de los afroamericanos y los periodistas afroamericanos como ninguna otra. Rápidamente, Pancho Villa ascendió al estatus de ícono heroico, en parte por su reputación estelar como soldado y comandante, pero también por su creatividad militar, su salvaje desafío a las autoridades y su antipatía hacia las clases privilegiadas de Estados Unidos. Su popularidad llegó a su apogeo en 1914, cuando comenzaron a circular varios rumores de que, de hecho, Villa era afroamericano. Después de haber sido publicado inicialmente por el *New York Age*, varios reportajes especiales llenaron pronto las páginas de otros periódicos afroamericanos sugiriendo que Villa en realidad había sido parte de la brigada de la décima unidad de caballería afroamericana, emplazada en Arizona a finales del siglo XIX. Después de haber participado en una reyerta en la que, según se informa, había matado a un ciudadano británico, Villa habría desertado de su compañía y huido a México en 1879. Según se cuenta, el nombre verdadero de Villa era George Goldsby, un hombre libre cherokee (parte afroamericano, parte indio), cuyo padre había sido portero en el hotel Cobb de Oklahoma. Se rumoraba que su

<sup>4</sup> "Lynching of Men", *The Chicago Defender*, 19 de noviembre de 1910, 2. Otro excelente artículo sobre la manera en que la revolución y el linchamiento podían relacionarse apareció en el *Chicago Defender*, "An Explanation", 2 de septiembre de 1916, 12. Aquí, la cuadrilla de linchamiento era comparada con grupos de "bandoleros", pero el autor demostraba cómo México era mucho más civilizado al abordar su problema de bandidaje que Estados Unidos al tratar la cuestión del linchamiento. Para obtener más información sobre este tema, véase *The Chicago Defender*, 22 de abril de 1916, 8.

\* En el argot de los historiadores mexicanos, cuando se hace referencia a los estadounidenses nacidos en Texas la ortografía es con "x" (texanos); sin embargo, cuando se trata de mexicanos nacidos en Texas la ortografía es con "j" (tejanos). [N. de la t.]

<sup>5</sup> "Mexican Lt. Colonel Is Local Barber", *The Baltimore African-American*, 7 de enero de 1928, 10.

hermano era Cherokee Bill, un famoso forajido. Goldsby supuestamente había vivido un estilo de vida itinerante, estableciéndose finalmente para casarse con una mujer afroamericana con la que tuvo dos hijos, a los que al final abandonó. Según otros testimonios, Villa era nada menos que Spencer Young, el hijo de un esclavo y hermano de un ministro religioso afroamericano. Nacido en Cambridge, Maryland, el hombre que posteriormente se convertiría en Villa experimentó de primera mano la forma en que los afroamericanos eran maltratados en el ejército estadounidense por haber sido parte de la décima compañía de caballería, lo cual lo impulsaría más adelante a desertar discretamente del ejército para ir a México. Tales artículos no decían que Villa hubiera dejado al ejército en condiciones vergonzosas, sino simplemente que se había cansado de la discriminación y quería buscar un nuevo comienzo. Algunos testigos declararon que alrededor de doscientos afroamericanos de las novena y décima compañías de caballería, así como de las vigesimocuarta y vigesimoquinta de infantería se unieron a Villa en el extranjero, muchos de los cuales se convertirían en oficiales de los ejércitos mexicanos.<sup>6</sup> El estatus de Villa como héroe afroamericano resonó profundamente entre los lectores de la prensa. En él, los afroamericanos imaginaban las alturas a las que podrían elevarse si lograran liberarse del racismo que limitaba sus vidas. Se trataba de un punto enfatizado de manera reiterada en los periódicos, y al que se seguiría haciendo referencia bastante tiempo después de que la revolución hubiera llegado a su fin. Durante el año de 1914, algunos afroamericanos incluso llegaron a ver en Villa a un aliado potencial con el que el presidente Woodrow Wilson podría entablar una relación que pusiera punto final al conflicto mexicano. Dado que daban por hecho que era afroamericano, la prensa insinuaba que Villa probablemente tenía un amor incondicional hacia su país, lo cual lo volvía único entre las fuerzas constitucionalistas mexicanas. Con la persuasión adecuada, podría transformarse en una especie de diplomático encubierto de Estados Unidos. Tales artículos incluso iban más allá de Villa, sugiriendo que en toda América Latina existían figuras en puestos de liderazgo, “hombres de raza que simplemente habían perdido su identidad”.<sup>7</sup> Estos individuos podrían ser de utilidad para la política exterior de Estados Unidos, pero también servir como figuras de inspiración para la comunidad afroamericana en su conjunto.

Una de las grandes ironías de la guerra, por supuesto, es que con la misma velocidad que nacen los héroes igualmente se desploman. Hacia 1915, el apoyo público de Villa comenzaba a menguar y hacia 1916 (gracias a su hostilidad y ataques hacia los ciudadanos estadounidenses) se había convertido en un vilipendiado forajido para muchos de los círculos afroamericanos. El lapso entre su auge y su decadencia coincide claramente con la evolución y propagación de las noticias que daban cobertura a la revolución en la prensa afroamericana. A pesar de que la lucha llevaba

<sup>6</sup> “Baltimore Minister Brother of General Villa, Mexican Leader”, *The Chicago Defender*, 2 de mayo de 1914, 1; “General Villa Is George Goldsby, Lived in Vinita”, *The Chicago Defender*, 14 de marzo de 1914, 2; “General Villa of Mexico G. Goldsby who Deserted the United States Cavalry?”, *The Chicago Defender*, 7 de marzo de 1914, 1.

<sup>7</sup> “Baltimore Minister Brother of General Villa, Mexican Leader”, *The Chicago Defender*, 2 de mayo de 1914, 1.

años, la mayoría de los artículos que aparecieron en esos periódicos se concentró entre 1914 y 1917, una cronología que no resulta casual en absoluto.<sup>8</sup> En 1914, Estados Unidos sitió y ocupó el puerto de Veracruz, y en 1916, Pancho Villa saqueó la ciudad de Columbus, Nuevo México, lo que fue seguido por una intensa y costosa campaña militar de represalias por parte de Estados Unidos. En ambos episodios, el desempeño de los afroamericanos fue notorio. Las unidades afroamericanas, como la vigesimocuarta y vigesimoquinta de infantería, y la novena y décima de caballería, fueron movilizadas para la guerra. El octavo regimiento de Illinois también se vio obligado a participar. En 1916, mientras perseguía al ejército de Villa a lo largo de la frontera mexicana, la décima de caballería cayó en una emboscada en Carrizal, lo que ocasionó que al menos cuarenta afroamericanos murieran y que diecisiete más fueran tomados prisioneros.<sup>9</sup> Mientras la prensa afroamericana se debatía por dar cobertura a dichos eventos y ofrecer su análisis, también realizó una serie de reflexiones que evaluaban las dinámicas sociales y políticas en México, así como la política exterior e interior de Estados Unidos y su progreso en cuestión de derechos civiles. Tales asuntos emergerían para ser los temas centrales abordados por los periódicos afroamericanos y difundidos en el resto del mundo.

### **¿Intervenir o no intervenir? Reflexiones enredadas sobre política**

La ocupación de Veracruz particularmente encendió un fuerte debate sobre hasta qué punto Estados Unidos debería intervenir en la Revolución mexicana y el papel que los afroamericanos deberían representar en ese esfuerzo. Conforme el debate se desarrolló, fue cada vez más claro lo que estaba en juego. El contenido de los editoriales y los artículos se convirtió nada menos que en un referéndum sobre la presidencia de Wilson y sus iniciativas; una evaluación crítica que ganó intensidad durante el periodo de reelección de 1916. No era ningún secreto que la afiliación de Wilson al Partido Demócrata le significaba una desventaja entre los afroamericanos. Apoyado en una fuerte base de población blanca del sur, hostil hacia la cuestión de los derechos civiles, la corriente dominante del Partido Demócrata solía generar antipatía entre la mayoría de la población afroamericana. Incluso los pocos intelectuales y votantes afroamericanos que habían apoyado a Wilson en la elección de 1912 estaban cada vez más insatisfechos con su liderazgo, así como con su ambivalencia en la cuestión de la igualdad afroamericana.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Una vez más, esta afirmación se basa en la muestra de artículos revisados para este ensayo y los consultados por David Hellwig, "The Afro-American Press and Woodrow Wilson's Mexican Policy, 1913-1917", *Pilón* 48, no. 4 (1987): 261-270.

<sup>9</sup> "No War with Mexico but Plenty of Bloodshed", *The Philadelphia Tribune*, 1° de julio de 1916, 4, y "The Brave Soldier Boys March to the Border", *The Philadelphia Tribune*, 8 de julio de 1915, 4. Cabe subrayar que la décima caballería podría haber estado integrada por tan sólo 84 soldados.

<sup>10</sup> Hellwig, "The Afro-American Press...", 261-270.

Con la amenaza que representaban estos factores, el compromiso de la prensa afroamericana en relación con el intervencionismo en México se convirtió en un escenario para la reevaluación de las políticas de los partidos estadounidenses; especialmente la manera en que los afroamericanos respondían al estilo que tenía Wilson de ejercer la política demócrata y lo que esto significaba para el futuro de la comunidad afroamericana.

Una medida debatida acaloradamente fue la decisión de Wilson de adoptar la estrategia de “atenta espera” hacia la Revolución mexicana. A pesar de haber atacado Veracruz, la política de Wilson con respecto a México era más bien pasiva, concentrándose en intentar influir de manera indirecta el resultado de la revolución, a la vez que evitaba confrontaciones costosas. Por un lado, algunos elementos de la prensa afroamericana consideraban que Estados Unidos tenía razón en proceder de manera cautelosa. Al reconocer el derecho de México a la soberanía nacional y al describir la revolución como un “asunto familiar” que necesitaba de la reconciliación interna, algunos periodistas afroamericanos expresaron su preocupación sobre el hecho de que si Estados Unidos se metía demasiado en el conflicto, finalmente tendría que mantener permanentemente un ejército al otro lado de la frontera (con más de cien mil soldados) para defender sus intereses. Otros sugerían que la incertidumbre de los acontecimientos, combinada con la inestabilidad e imprevisibilidad de los dirigentes mexicanos, incluso podía significar que en cualquier momento el apoyo que los estadounidenses ofrecían a determinado régimen podría fácilmente beneficiarlos. Según otros rumores, también existían operadores japoneses residiendo en México, que de sentirse agredidos podrían comenzar una guerra en contra de Estados Unidos.<sup>11</sup> Finalmente, mientras la primera guerra mundial estallaba en Europa, algunos periodistas señalaban que la política de Wilson de evitar el conflicto en México servía para proteger de manera efectiva a Estados Unidos de comprometerse demasiado en conflictos que, al final, podrían poner en riesgo su capacidad de reacción militar en contra de Alemania.<sup>12</sup>

Por muy contundentes que fueran los argumentos, en general existía poco apoyo público para la política de Wilson hacia México entre la prensa afroamericana. En fechas tan tempranas como los primeros años de la revolución, algunos afroamericanos habían propuesto una enérgica intervención en México.<sup>13</sup> Hasta cierto punto, su llamado a las armas reflejaba los ataques políticos por parte de los partidos Republicano y Progresista en contra de la presidencia de Wilson, pero sería erróneo describir la reacción violenta por parte de los afroamericanos en contra de su presidente como irreflexiva y reaccionaria, o como una simple transcripción de lo que estaba circulando en los principales medios republicanos y progresistas. Con frecuencia, los argumentos a favor del intervencionismo que aparecían en los periódicos afroamericanos se presentaban junto con una cuidadosa deliberación sobre

<sup>11</sup> “Hands Off Mexico”, *The Chicago Defender*, 27 de junio de 1914, 8, y “The Mexican Unpleasantness”, *The Chicago Defender*, 7 de marzo de 1914, 8.

<sup>12</sup> “True Conditions Exposed”, *The Philadelphia Tribune*, 27 de diciembre de 1919, 4.

<sup>13</sup> Sin título, *The Chicago Defender*, 16 de marzo de 1912, 4.

las razones por las que Estados Unidos no debería intervenir en México. De esta manera, el apoyo afroamericano al intervencionismo parecía provenir finalmente más de la razón que de la pasión. Entre los motivos más citados para refrendar la prohibición en México se incluían: proteger los intereses económicos de Estados Unidos, establecer la paz para crear condiciones favorables para el comercio y el desarrollo económico, asegurar el control sobre el petróleo y los depósitos minerales mexicanos, evitar la desestabilización de la frontera, ayudar a instaurar la “libertad” para los mexicanos que habían vivido años bajo el yugo de la dictadura y proteger las vidas de los estadounidenses que continuaban viviendo en México durante el periodo revolucionario.<sup>14</sup> Además, dada la conflictiva historia de México con la rapaz inversión extranjera durante el régimen de Porfirio Díaz, algunos periodistas afroamericanos llegaron incluso a especular que la Revolución mexicana era nada menos que una guerra orquestada y peleada en beneficio de los capitalistas extranjeros.<sup>15</sup> Cuando la guerra llegara a su fin, argumentaban, no sería sorprendente que el principal vencedor no fuera el pueblo mexicano, sino el puñado de naciones extranjeras que había puesto a la élite de México en contra de las masas.<sup>16</sup> De manera directa e indirecta, tales especulaciones aceleraban el llamado a la intervención por parte de los afroamericanos, quienes insinuaban que Estados Unidos debía actuar pronto para terminar el conflicto y así preservar sus intereses y los de los ciudadanos mexicanos.

No está de más reiterar que estos debates en la prensa afroamericana tenían lugar mientras se gestaba la primera guerra mundial. En un clima bélico cada vez más intenso, unos cuantos editorialistas y periodistas afroamericanos expresaron una profunda preocupación de que el enfoque excesivamente cauteloso de Wilson en el manejo de la situación de México pronto debilitaría la salud de la nación, al proyectar una imagen de debilidad hacia el exterior, especialmente hacia Alemania. Era necesaria una acción inmediata y decisiva para transmitir un sentido de poder hemisférico que inspirara respeto internacional y, en última instancia, protegiera a Estados Unidos de agresiones externas. En 1915, mientras se perdían cada vez más vidas de soldados y civiles estadounidenses en las escaramuzas que tenían lugar en la frontera de Estados Unidos con México, el *Chicago Defender* escribió que, a los ojos del mundo, Estados Unidos parecía “un perro que llega buscando una patada, se la merezca o no”.<sup>17</sup> El mismo artículo alegaba que, para contrarrestar esta imagen de flaqueza, Estados Unidos necesitaba forzosamente reafirmar su poder en México, porque “el poder atrae respeto”; si Estados Unidos valora la paz, entonces estará más seguro estando “preparado para la guerra”.<sup>18</sup>

<sup>14</sup> “Intervention Again Talked Of”, *Philadelphia Tribune*, 13 de diciembre de 1919, 4; “Untitled”, *The Chicago Defender*, 28 de febrero de 1920; “Drastic Measures for Mexico”, *The Chicago Defender*, 30 de agosto de 1919, 20; “Watchful Waiting as to Mexico and Haiti”, *Philadelphia Tribune*, 18 de septiembre de 1915, 4, y “A Note to Mexico”, *The Chicago Defender*, 13 de marzo de 1915, 8.

<sup>15</sup> “Causes of a Nation’s Woe”, *The Philadelphia Tribune*, 27 de febrero de 1915, 4.

<sup>16</sup> Ídem.

<sup>17</sup> “Our War Strength”, *The Chicago Defender*, 9 de enero de 1915, 8.

<sup>18</sup> Ídem.

Parte de la crítica de los afroamericanos a la política de “atenta espera” de Wilson era su evidente hipocresía. Algunos periodistas apuntaban que Estados Unidos había intervenido de manera rápida en asuntos de naciones mucho más débiles y, durante el periodo de Wilson, este país había invadido y ocupado Haití (1915) a la vez que enviaba fuerzas militares para ayudar a pacificar la agitación política en Liberia (1915).<sup>19</sup> Estas acciones coinciden con la escalada de la conducta expansionista de Estados Unidos que se había venido desarrollando desde la guerra hispano-estadunidense. Justificándose en los preceptos de la doctrina Monroe, Estados Unidos ocupó Cuba (1898-1902) y Nicaragua (1909-1933), entre otras naciones latinoamericanas. También libró guerras en Filipinas (1899-1902) y envió fuerzas militares de interdicción a Cuba (1912). Pero al enfrentarse a la desalentadora tarea de combatir a México, un país mucho más grande y poderoso, Estados Unidos retrocedió.<sup>20</sup> El grado de hipocresía manifestado por la “atenta espera” sólo aumentaba al considerar las cuestiones raciales. En diciembre de 1914, por ejemplo, el *Chicago Defender* escribió cínicamente que, si la cantidad de víctimas blancas hubiera sido mayor, Estados Unidos ni siquiera estaría preguntándose si debía o no intervenir en la Revolución mexicana. Durante los seis meses previos, el periódico mencionaba que entre veinte y treinta soldados estadounidenses habían perdido sus vidas y agregaba satíricamente: “[es una] bendición que las balas mexicanas estén matando soldados de color”, si no, la ciudad de México habría sido tomada hacía mucho tiempo.<sup>21</sup> Otros artículos también revelaban las múltiples ironías en torno a la temática racial detrás de la postergada respuesta de Estados Unidos a combatir en México. Cuando Estados Unidos invadió y ocupó Haití y Cuba, claramente atacó países que eran conocidos por contar con gran cantidad de población afroamericana, “pero México había sido tratado de manera amable por Estados Unidos y con mucha paciencia porque se trata de un país un poco blanco [...] o que al menos pasa por blanco [...]”.<sup>22</sup>

Finalmente, el *Chicago Defender* incluso insinuó que los legisladores estadounidenses no habían podido enfocarse en decidir si debían o no intervenir en México porque estaban demasiado preocupados con la formulación de políticas racistas en contra de los afroamericanos: “Si los sabios pasaran más tiempo legislando de manera constructiva y menos tiempo redactando leyes que persiguen a un décimo de la población conformada por ciudadanos respetuosos de la ley, el país no se encontraría en tan vergonzosa situación [...]”.<sup>23</sup> Por lo tanto, la “atenta espera” era en parte una

<sup>19</sup> “Think it Over Mr. Wilson”, *The Chicago Defender*, 5 de agosto de 1916. Este artículo menciona que Estados Unidos también se había mostrado proactivo al reprender a Turquía por sus acciones persecutorias en contra de los armenios, entre otras actitudes intransigentes.

<sup>20</sup> “Shifting for Yourself”, *The Chicago Defender*, 10 de octubre de 1914, 8.

<sup>21</sup> Sin título, *The Chicago Defender*, 12 de diciembre de 1914, 8. Un artículo anterior anticipaba las opiniones aquí expresadas. En un artículo publicado en el *The Chicago Defender* el 23 de agosto de 1913, 4, un editorialista especulaba que tan pronto como Estados Unidos decidiera comenzar la guerra contra México, los afroamericanos serían los principales objetivos y víctimas del lado estadounidense.

<sup>22</sup> “The Case of Haiti and that of Mexico”, *The Philadelphia Tribune*, 21 de agosto de 1915, 4. Para una perspectiva similar véase “Our Mexican Policy”, *The Chicago Defender*, 2 de octubre de 1915, 8.

<sup>23</sup> “Our War Strength”, *The Chicago Defender*, 9 de enero de 1915, 8.

política exterior malintencionada que había surgido de una acción legislativa desatenta, originada en una miope obsesión estadounidense por redactar políticas nacionales antiafroamericanas (conocidas en conjunto como leyes de Jim Crow). Entre los años 1910 y 1920, la prensa afroamericana se encontró en la interesante y excepcional posición de poder defender la causa del intervencionismo, al exponer la manera en que Estados Unidos había debilitado su postura en política exterior al comportarse de maneras intrínsecamente racistas. Únicamente al liberarse de sus tendencias racistas, argumentaba la prensa, el país (y el presidente Wilson) podría finalmente darse cuenta de que la acción en México era urgente y necesaria para beneficio de todos.

Sólo algunos de estos asuntos trataban las cuestiones más profundas y un tanto existenciales que inquietaban de manera persistente a muchos afroamericanos. ¿Cuál era la responsabilidad inherente de ellos como estadounidenses en la Revolución mexicana? De manera concomitante, ¿cómo prefiguraría su relación con la revolución su identidad como ciudadanos estadounidenses? Más aún, ¿cuál debería ser la relación de los afroamericanos con el Estado?, ¿qué ganancias concretas podrían obtener ellos de la revolución y de qué manera la lucha se vincula con un sentido de identidad afroamericana? Estas preguntas, evidentemente difíciles de responder, asediaron a la prensa afroamericana durante la década de 1910. Por ejemplo, si se percibía a los afroamericanos como partidarios del intervencionismo, entonces eso también implicaba que estaban listos para ir a la guerra en nombre de Estados Unidos. Lo anterior sugería una especie de lealtad ciega por parte de los afroamericanos hacia el Estado, lo que en realidad resultaba un tema mucho más complicado y fragmentado. El meollo del asunto era la manifiesta discriminación y privación política del derecho al voto que los afroamericanos experimentaban de manera cotidiana. Un editorial del *Philadelphia Tribune*, en 1915, argumentaba que dado que la mayoría de los afroamericanos eran excluidos de las milicias estatales, ¿por qué deberían ser movilizados para combatir en lugares como México?<sup>24</sup> En un artículo anterior del *Chicago Defender*, un lector expresó alarma ante el deplorable estado de cosas, donde, por un lado, los afroamericanos podían ser representados como valientes soldados que brindan un importante servicio a la nación al patrullar la frontera de Estados Unidos con México y, por el otro, ser considerados tan condenables que incluso a las mujeres afroamericanas se les prohibía de manera vehemente participar, a la par de las mujeres blancas, en el movimiento sufragista.<sup>25</sup> En suma, mientras el Estado derramaba sin reservas la sangre de los afroamericanos, se quedaba corto en la creación de oportunidades que permitieran a estas personas sentirse participantes de pleno derecho en los asuntos civiles y sociales de Estados Unidos. Por tanto, a los ojos del Estado, los afroamericanos eran ciudadanos prescindibles, pues en realidad nunca fueron vistos como verdaderos ciudadanos.

La persecución de Pancho Villa después de las masacres de Columbus y las subsiguientes escaramuzas entre la décima brigada de caballería, conformada por afroamericanos, y las fuerzas mexicanas en Carrizal, en el verano de 1916, volvieron

<sup>24</sup> Sin título, *The Philadelphia Tribune*, 30 de enero de 1915.

<sup>25</sup> "Lightning Change", *The Chicago Defender*, 8 de marzo de 1913, 8.

más tangibles esas cuestiones. La valentía mostrada por los soldados afroamericanos en combate fue ampliamente reconocida, incluso por los blancos que vivían en Texas. Los prisioneros afroamericanos que lograron volver sanos y salvos a El Paso fueron recibidos con una ovación completamente “desproporcionada con la estima real que el texano promedio tiene por los soldados afroamericanos o en la ciudadanía afroamericana”.<sup>26</sup> En reconocimiento a sus servicios y sacrificios, algunos soldados fueron promovidos, como el mayor Charles Young, quien ascendió al rango de teniente coronel.<sup>27</sup> Un miembro del Congreso solicitó que todos los afroamericanos que hubieran muerto en combate fueran enterrados en el Cementerio Nacional de Arlington, el lugar de reposo de los héroes militares más importantes de Estados Unidos. Otros blancos incluso sugirieron que más afroamericanos se unieran a las filas militares. Argumentaban que si tuviera lugar una invasión a México, los afroamericanos deberían constituir la mayoría de las fuerzas expedicionarias de Estados Unidos. Un oficial de gobierno en El Paso, por iniciativa propia, pidió al Ministerio de Guerra reclutar cien mil afroamericanos (*negroes*) del sur de Estados Unidos, a fin de prepararse para una campaña al sur del Río Bravo. Utilizando un razonamiento racial pseudocientífico y positivista, determinó que esos hombres estaban mejor adaptados que los blancos para luchar en el caluroso clima de México.<sup>28</sup> En los días previos al ataque en Carrizal, el senador Albert Fall, de Nuevo México, expresó de manera entusiasta una confianza similar en las habilidades de las tropas afroamericanas, afirmando, hiperbólicamente, que si él estuviera al mando únicamente de la novena y la décima brigada de caballería sería capaz de marchar del Río Bravo a la ciudad de México y tomar firmemente la capital en contra de todos los agresores.<sup>29</sup>

Para algunos afroamericanos, los acontecimientos que tuvieron lugar en Carrizal, así como sus secuelas, eran un indicador de que se podían obtener importantes ganancias a través de una acción militar en México. Los afroamericanos tenían una larga, aunque no reconocida, tradición de servicio a la nación, que databa desde los días de la guerra de independencia de Estados Unidos y la guerra hispano-estadunidense. Habían sido de los primeros en perder la vida en dichos conflictos y probaron ser decisivos en la obtención de victorias clave. Algunos creían que el servicio en México sólo ayudaría a enriquecer esa historia y, con el tiempo, a pesar de los estigmas sociales que dichas personas enfrentaban de manera cotidiana, el registro acumulado del servicio militar traería consigo finalmente grados de respeto y honor que podrían cambiar la posición de los afroamericanos en la sociedad estadounidense.<sup>30</sup> El

<sup>26</sup> “The Black Troopers Who Died in Mexico”, *The Philadelphia Tribune*, 8 de julio de 1916, 4.

<sup>27</sup> “Major Charles Young Promoted in the Line”, *The Philadelphia Tribune*, 5 de agosto de 1916, 4. Sin embargo, pese a su distinguida trayectoria, pronto habría quienes querrían que fuera despedido del ejército. Véase Gerald Horne, *Black and Brown: African-Americans and the Mexican Revolution, 1910-1920* (Nueva York: New York University Press, 2005), 152-153.

<sup>28</sup> “What the Northern White People Think”, *The Chicago Defender*, 8 de julio de 1916, 4.

<sup>29</sup> “Could Capture Mexico with the Ninth and Tenth”, *The Philadelphia Tribune*, 13 de mayo de 1916, 4.

<sup>30</sup> “First in Everything in America”, *The Chicago Defender*, 6 de mayo de 1916, 8. Otro artículo ponía énfasis en que los servicios que brindaban los afroamericanos serían para generar una deuda a largo plazo que, a final de cuentas, la nación tendría que saldar con ellos. Véase “No War with Mexico...”, 4.

valiente servicio brindado por los afroamericanos también avergonzaría a los blancos que habían eludido el combate, al realizarse el perfil de la masculinidad afroamericana.<sup>31</sup> En conjunto, esos puntos de vista alentaban a los afroamericanos a pensar de manera menos táctica sobre su búsqueda de igualdad, para desarrollar una aproximación más estratégica a los derechos civiles que iluminara un legado de éxitos pasados, logros presentes y acciones futuras.

Alineados con los partidarios de tales ideas estaban quienes se aferraban a la noción de que, a pesar de los malos tratos y persecuciones, Estados Unidos seguía siendo, de manera irrevocable e innegable, hogar de los afroamericanos.<sup>32</sup> Así, algunos periodistas afroamericanos escribieron que esta raza estaba obligada a ser patriota, aun cuando su patriotismo emanara de diferentes experiencias, fuentes y objetivos que el de los blancos. Quienes compartían este punto de vista ocasionalmente añadían que la discriminación que ellos sufrían por parte de los blancos no era nada excepcional. Argumentaban que al poner la situación en un contexto global era fácil ver que, en los albores del siglo xx, los blancos habían demostrado ser (aunque fuera de manera temporal) la raza dominante, la misma que consuetudinariamente sojuzgaba a una gran cantidad de pueblos en el mundo. Revelando una fuerte dosis de darwinismo social, estos mismos periodistas anotaban que “la supervivencia del más apto es un axioma mundial” y que los afroamericanos, por cuestiones del destino, estaban obligados a vivir lo mejor posible dentro de este esquema.<sup>33</sup> Apreciaciones similares, basadas en un razonamiento positivista pseudocientífico, produjeron un editorial publicado en el *Chicago Defender*, que señalaba que a pesar de haber sido traídos a América como esclavos y haber tenido que soportar inenarrables privaciones durante y después de la esclavitud, al final los afroamericanos habían emergido de la experiencia siendo mejores personas. La exposición al cristianismo y a la cultura occidental había elevado a los afroamericanos de maneras que no hubieran sido posibles de haber permanecido en África. En respuesta, el autor argumenta:

Nosotros [los afroamericanos] estamos agradecidos al grado de derramar nuestra sangre por la preservación, el honor y el prestigio de nuestro país [...] estamos inconformes con el trato que se nos ha otorgado aquí en Estados Unidos, pero tenemos tanto que salvaguardar en contra del enemigo como el hombre blanco; no es que sintamos que él tiene ni un ápice más que reclamar a esta tierra que nosotros. Así que usamos el uniforme azul y luchamos hombro con hombro con nuestro prejuiciado e injusto vecino en contra de un enemigo común, es lo mejor.<sup>34</sup>

Por supuesto, muchos afroamericanos rechazaron de manera contundente tales ideas y sinceramente dudaban si el servicio militar podría producir algún cambio benéfico y significativo en la vida de los afroamericanos.<sup>35</sup> Aludiendo a la misma

<sup>31</sup> “The Call to Arms”, *The Chicago Defender*, 24 de junio de 1916, 7.

<sup>32</sup> Sin título, *The Chicago Defender*, 20 de diciembre de 1913, 6.

<sup>33</sup> “Defend the Flag”, *The Chicago Defender*, 2 de mayo de 1914, 8.

<sup>34</sup> “Wearing the Uniform of Blue”, *The Chicago Defender*, 9 de mayo de 1914, 8.

<sup>35</sup> “For What Are We Fighting?”, *The Chicago Defender*, 29 de abril de 1916, 8.

evidencia que quienes argumentaban en su contra, señalaron que más de un siglo de servicio militar había sido en gran medida ignorado por el resto de la sociedad y, en consecuencia, poco había servido para cambiar en lo fundamental la mentalidad de los blancos y la posición social de los afroamericanos. Estados Unidos siguió siendo tan inhóspito para ellos que, a pesar de haber sido su tierra natal, algunos periodistas se preguntaban “¿[es] realmente *nuestro* país por el que estamos luchando?”. ¿Tenía sentido para los afroamericanos combatir en México para dar más poder a los blancos, “para enterrarnos a nosotros [los afroamericanos] más profundamente [...] nuestro servicio va a fortalecer la mano opresora del hombre blanco [...] que por alguna razón somos leales ni siquiera se cuestiona, [aunque] reiteradamente preguntemos ¿por qué?”.<sup>36</sup>

Otro punto de vista, encontrado en el *Philadelphia Tribune*, andaba por terrenos más neutrales: estaba bien que los afroamericanos buscaran honor y gloria en el campo de batalla, pero el grado de sacrificio global necesitaba ser calibrado para que no ofrecieran un servicio desproporcionado a la nación. Según el editorial, en tiempos de guerra las naciones con frecuencia pedían demasiado a sus ciudadanos. Especialmente los afroamericanos necesitaban ser cuidadosos para no prestar más servicios que los que la nación estaba dispuesta a retribuir con beneficios.<sup>37</sup> Finalmente, algunos periodistas estaban recelosos por el hecho de que los afroamericanos prestaran servicio militar en campañas que no parecían tener propósitos ni objetivos claros. Debido a que los objetivos de una posible operación en México estaban mal articulados, temían que si los afroamericanos eran utilizados en masa en contra de los insurgentes y rebeldes mexicanos, las bajas serían una tremenda pérdida de capital humano, que podría ser mejor utilizado en la búsqueda de igualdad dentro de Estados Unidos.<sup>38</sup>

No era ningún secreto que durante casi un siglo México había sido un importante destino para los afroamericanos que deseaban mejorar y transformar sus vidas y que buscaban escapar del terrible sistema de opresión racial que los mantenía sojuzgados. En fechas tan tempranas, como la década de 1830, habían viajado a México, primero como esclavos y luego como libertos, buscando oportunidades de empleo y de obtención de tierras que no estaban a su alcance al norte del Río Bravo.<sup>39</sup> México incluso ofreció solaz a afroamericanos famosos y prósperos, como el boxeador Jack Johnson, quien se exilió en México después de ser acusado del delito de violar la Ley Mann (*Mann Act*).<sup>40</sup> El estallido de la Revolución mexicana ayudó a desempolvar las discusiones sobre México como la tierra de las oportunidades y tales debates fueron abordados en las páginas de la prensa afroamericana.

<sup>36</sup> “Crossing the Border”, *The Chicago Defender*, 1° de abril de 1916, 8.

<sup>37</sup> “Does National Honor Require Such Sacrifice?” *The Philadelphia Tribune*, 8 de julio de 1916, 4.

<sup>38</sup> “The Mexican Unpleasantness”, *The Chicago Defender*, 7 de marzo de 1914, 8.

<sup>39</sup> Rosalie Schwartz, *Across the Rio to Freedom: U. S. Negroes in Mexico*, Southwestern Studies Monograph no. 44 (El Paso: Texas Western University Press, 1975); Ben Vinson III, *Flight: The Story of Virgil Richardson, A Tuskegee Airman in Mexico* (Nueva York: Palgrave MacMillan Press, 2004).

<sup>40</sup> Geoffrey C. Parker, *Unforgivable Blackness: The Rise and Fall of Jack Johnson* (Nueva York: Vintage Press, 2006). Véase también un editorial escrito por el propio Jack Johnson en *The Baltimore African-American*, “My Eight Years in Exile”, 8 de octubre de 1920, 3.

Al inicio de la revolución había un número incierto de afroamericanos viviendo en México, e incluso durante los primeros meses del conflicto existía un optimismo generalizado acerca de un potencial y espectacular aumento de su presencia. En 1911, sin embargo, el *Chicago Defender* publicó de nuevo un artículo que originalmente había sido publicado en el periódico mexicano *El Imparcial*, donde se discutían importantes cambios en las leyes de colonización mexicanas, que podrían tener un impacto negativo en el flujo de afroamericanos al sur de la frontera de Estados Unidos. En resumen, México, alineado con otras naciones preocupadas por limitar la entrada y el brote de enfermedades infecciosas a través de sus fronteras, y que buscaban mejorar la productividad de sus trabajadores, la producción agrícola y la capacidad industrial, comenzó a restringir la cantidad de inmigrantes que llegaban a sus costas. Específicamente, las nuevas leyes se enfocaban en los vagabundos, los enfermos y los llamados “indeseables”. *El Imparcial* mencionaba que el cambio en la ley proporcionaría un gran impulso a México, asegurando la entrada de personas que serían muy útiles en el desarrollo de la nación. Por fortuna, los afroamericanos no habían sido señalados como un grupo oneroso. De hecho, se brindaron provisiones especiales para que veinte mil afroamericanos se asentaran en Tabasco y Campeche para cultivar los campos de la región. El periódico señalaba que, si los inmigrantes lograban traer con ellos pequeñas cantidades de capital, México gozaría de un incalculable beneficio económico. Sin embargo, el periódico también apuntaba que la entrada de tantos afroamericanos podría generar una agitación negativa entre la población local, simplemente “por ser de color”. Empero, *El Imparcial* recordaba a sus lectores que “hemos tenido inmigrantes en nuestro país que son blancos por fuera, pero muy negros por dentro”.<sup>41</sup> Dando respuesta al contenido de este artículo, el *Chicago Defender* advertía las posibilidades para los afroamericanos en México como muy positivas, y en los albores de la Revolución mexicana, a pesar de los estragos de la guerra y de cierto nivel de desintegración del tejido social, México siguió siendo una tierra de oportunidades casi mítica.

Los hechos ocurridos en enero de 1911 sólo fortalecieron esta percepción. Como lo señaló el *Chicago Defender*, el secretario del Interior, J. H. Small había obtenido más de diez mil kilómetros cuadrados de tierra por parte del gobierno mexicano para que lo colonizaran afroamericanos, quienes serían incentivados a cultivar chocolate, café, plátano, naranjas, caucho y limones. Según los términos del acuerdo, Estados Unidos enviaría su “mejor” clase de afroamericanos —lo que incluía granjeros educados, agrimensores, comerciantes y similares—. Los agentes a cargo de la colonización serían enviados de México al sur de Estados Unidos para reclutar afroamericanos de lugares como Georgia, Alabama, Carolina del Sur y Florida. Se creía que los afroamericanos estarían interesados en las oportunidades que se les ofrecían y preferirían reubicarse en el vecino México que en lugares más distantes, como África (que también estaba siendo explorada como área para la migración afroamericana). Un aspecto más importante aún es que trasladarse a México les permitiría visitar con frecuencia Estados Unidos. Anticipando un flujo constante de viajes a casa, el gobierno

<sup>41</sup> “20 000 Negroes Coming to Mexico”, *The Chicago Defender*, 11 de febrero de 1911, 1.

mexicano, según se informa, ofrecería una cantidad de viajes de ida y vuelta para quienes hubieran cultivado en México durante por lo menos un año. Con un entusiasmo desenfadado y excesivamente optimista, el *Chicago Defender* anunciaba que estos nuevos avances en las políticas, combinados con un genuino afecto que los afroamericanos sin duda desarrollarían hacia su nuevo hogar, detonaría un asombroso aumento en el reasentamiento de afroamericanos en México, incrementando los cincuenta mil calculados hasta ese momento (aunque no confirmados) a más de quinientos mil para fines de 1912.<sup>42</sup>

Hacia 1915 y 1916, el precio de la guerra y la realidad de las privaciones materiales ocasionadas por la revolución habían comenzado a poblar la mente de muchos afroamericanos. Diversos periódicos informaban sobre el regreso de varios de ellos y sus familias, que habían sido obligados a dejar México debido a la insurgencia.<sup>43</sup> Estas historias de guerra y separación pusieron freno al entusiasmo por mudarse al sur más allá de su frontera. En febrero de 1915, el *Chicago Defender* publicó un editorial que sólo sirvió para desalentar aún más el espíritu migratorio de los afroamericanos. Señalaba que, a pesar de la herencia racial similar compartida por los afroamericanos y los mexicanos (citada por muchos como una razón de peso para mudarse a México), así como el maravilloso potencial para crear una nueva y poderosa fusión racial al sur (que se lograría mezclando afroamericanos con indígenas y mestizos mexicanos), probablemente era mejor para los afroamericanos invertir su esfuerzo en buscar un ascenso económico en casa, más que en el extranjero.<sup>44</sup> Aunque no se menciona de manera explícita, la destrucción de los tan alabados recursos económicos y naturales de México debió generar una nueva y desgarrada imagen de la nación. Desde luego, muchos artículos de opinión que llenaban las páginas de la prensa afroamericana describían a México como altamente inestable, peligroso, volátil y casi naturalmente propenso a la guerra. En efecto, los artículos insinuaban que la inestabilidad era casi una característica intrínseca del carácter mexicano. Algunos ubicaban el legado del conflicto y la inestabilidad en los albores de la historia mexicana, casi al punto de pasar por alto los años de paz y continuidad política como excepciones a la regla.<sup>45</sup> Sin embargo, a pesar de la severa opinión sobre México y el alto precio que la guerra cobró a los afroamericanos durante el verano de 1916, todavía había gente en los medios que de manera insistente se aferraba a México como la tierra de la esperanza.

El 15 de julio de 1916, el *Philadelphia Tribune* publicó un artículo en el que desafiaba a los afroamericanos a imaginar a México y a casi toda América Latina como un

<sup>42</sup> "Mexico Gives Land to American Negroes", *The Chicago Defender*, 21 de enero de 1911, 2.

<sup>43</sup> Para ejemplos, véanse "On a Hike from Mexico", *The Chicago Defender*, 15 de febrero de 1913, 1, y "Flees to Save Life", *The Chicago Defender*, 17 de febrero de 1912, 1.

<sup>44</sup> "Moving to Mexico", *The Chicago Defender*, 27 de febrero de 1915, 4.

<sup>45</sup> Algunos excelentes ejemplos de esta interpretación de México pueden encontrarse en "Untitled", *The Chicago Defender*, 12 de junio de 1920, 16; "Untitled", *The Chicago Defender*, 13 de diciembre de 1919, 20; "A Note to Mexico", *The Chicago Defender*, 13 de marzo de 1915, 8; "Hands Off Mexico", *The Chicago Defender*, 27 de junio de 1914, 8; "Untitled", *The Chicago Defender*, 5 de julio de 1919, 20; "Mexico, Its Government and its People", *The Philadelphia Tribune*, 7 de febrero de 1914, 1, y "Spendthrift Nations Mortgage the Future", *The Philadelphia Tribune*, 8 de noviembre de 1916, 4.

campo de acción para las empresas capitalistas afroamericanas. Tan sólo tres meses antes, otro artículo publicado en el *Tribune* había provisto el contexto para tales afirmaciones. Expresaba la preocupación por el considerable aumento de la inmigración europea blanca a Estados Unidos, la cual había comenzado a desplazar a los afroamericanos de sus áreas de trabajo habituales. Además, el artículo anterior cuestionaba hasta qué punto los mexicanos estaban realmente abiertos a los posibles aumentos en la migración afroamericana. ¿México realmente consideraba que los afroamericanos podían contribuir de manera positiva al crecimiento nacional al “reforzar las capacidades mentales y físicas del pueblo mexicano y ayudar al desarrollo de los espléndidos recursos [del país]?”.<sup>46</sup> Lo que probablemente resultaba aún más importante es que el artículo se preguntaba si los mexicanos realmente querían que los afroamericanos entraran a su país. Tales preguntas se hacían eco de preocupaciones reales de los afroamericanos en relación con la inmigración mexicana hacia Estados Unidos en tiempos de guerra. Al igual que con el aumento de la llegada de europeos a las regiones Este y Medio Oeste de Estados Unidos, el aumento de inmigrantes mexicanos, especialmente al suroeste, intensificaba la competencia por puestos de baja categoría y complicaba el estatus de los afroamericanos, quienes con frecuencia eran considerados inferiores a los mexicanos.<sup>47</sup> De ahí que, justo cuando los afroamericanos comenzaban a cuestionar e incluso rechazar a la inmigración mexicana, en las páginas de la prensa se analizaron respuestas similares dadas por los mexicanos hacia la migración afroamericana.

Considerando todo lo anterior, pero movidos por una nueva pasión despertada por la pérdida de vidas en Carrizal, el editorial que aparece en el *Tribune* en julio fue mucho más atrevido que cualquiera de sus predecesores en sus perspectivas y afirmaciones. Escrito en un tono parecido al de la doctrina Monroe y a algunos apartados de la doctrina del “destino manifiesto”, que inspiraron a muchos estadounidenses a colonizar parte de la frontera de Estados Unidos, este artículo dejó de lado toda la anterior prudencia sobre la migración afroamericana a México: “Depende de nosotros esparcirnos por todo el continente americano y sacar de su magnífico potencial todo lo que nos sea posible”.<sup>48</sup> Habían desaparecido las preocupaciones sobre si los mexicanos querían a los intrusos afroamericanos. Aunque la revolución aún ardía, el artículo era optimista en cuanto a que la lucha encontraría alguna conclusión y que el periodo inicial de paz podría abrir considerables oportunidades para reconstruir a México después de años de devastación. Ese momento demostraría ser el adecuado para las inversiones de los afroamericanos, que no podían llevar a cabo en casa debido al racismo y a la discriminación estructural:

<sup>46</sup> “Mexico as an Outlet for Race Expansion”, *The Philadelphia Tribune*, 6 de mayo de 1916, 4.

<sup>47</sup> Para conocer más sobre esos temas véase “Influx of Mexicans into the U.S. Fleeing Conscripted Menace to Race Labor”, *The Chicago Defender*, 9 de mayo de 1914, 4. También puede consultarse a Martha Menchaca, *Recovering History, Constructing Race: The Indian, Black, and White Roots of Mexican Americans* (Austin: The University of Texas Press, 2002).

<sup>48</sup> “The Mexican Mixup and the Spirit of Fight”, *The Philadelphia Tribune*, 15 de julio de 1916, 4.

Los afroamericanos deben tener una salida para sus energías empresariales contenidas, y los Estados latinoamericanos, especialmente México, ofrecen tal salida [...]. El *Tribune* quiere insistir en que los jóvenes afroamericanos que esperan oportunidades para realizar grandes negocios industriales sacarán ventaja de ellos, pues están representados en México por esa clase de preparación que ya antes hemos recomendado de un dominio razonable, aunado a un dominio de las formas empresariales, de la historia de México y del idioma español.<sup>49</sup>

Así, México siguió siendo tierra de considerables oportunidades en ciertos rincones del imaginario afroamericano, y si los inmigrantes europeos blancos iban a desplazar de manera gradual a los afroamericanos fuera de Estados Unidos, entonces existían opciones positivas de llevar vidas valiosas y exitosas en el extranjero.

En 1936, más de una década después de haber terminado la fase de lucha de la Revolución mexicana, el doctor Rayford Logan, un profesor de historia afroamericana de la Universidad de Atlanta, realizó un viaje de tres semanas por México para intentar determinar si en realidad había tenido lugar una verdadera revolución socialista. Llegó a la conclusión de que no había sido así. Según él, la redistribución de la tierra estaba haciéndose de manera lenta e ineficaz. La economía seguía principalmente impulsos capitalistas en busca del lucro y las mujeres carecían del esencial derecho a votar. Según la opinión de Logan, los indicadores eran insuficientes para afirmar que había tenido lugar una revolución social. Su artículo, publicado en el *Atlanta Daily World*, fue leído por cientos, si no es que miles, de afroamericanos en el sur de Estados Unidos.<sup>50</sup> Influyó en la manera de ver la Revolución mexicana de formas que podrían haber distorsionado lo que muchos mexicanos pensaban en esa época sobre las consecuencias y el impacto de su lucha, pero funcionaba políticamente para la perspectiva estadounidense. En una coyuntura histórica crítica, cuando el miedo al comunismo y al socialismo se esparcía en los círculos de política exterior, el ensayo de Logan tranquilizaba a los estadounidenses afroamericanos diciendo que sus vecinos al sur eran más parecidos a ellos. Como tal, es posible que su artículo haya afectado de manera positiva el deseo de los afroamericanos de viajar a México. Es importante notar que entre fines de la década de los treinta y la de los sesenta, más afroamericanos prósperos y educados viajaron y se establecieron en México.<sup>51</sup> En resumen, la interpretación que Logan hizo de la Revolución mexicana reunió los llamados “hechos” de la lucha para configurar un contexto que ante todo resultaba de utilidad e interés para un público afroamericano. Se trató probablemente de un proceso inconsciente e involuntario; sin embargo, el resultado fue que la Revolución fue reinterpretada posteriormente de maneras que generaron percepciones verdaderas, pero también falsas de una realidad histórica patente.

Tal fue el resultado de la forma en que la prensa afroamericana dio cobertura en términos generales a la revolución, incluso durante los años de lucha. Muchos

<sup>49</sup> Ídem.

<sup>50</sup> “Mexican Revolution is Non-Existant-Dr. Logan”, *The Atlanta Daily World*, 1° de noviembre de 1936, 6.

<sup>51</sup> Véase Vinson III, *Flight: The Story...*, 137-174.

de los protagonistas y de las secuencias de eventos que resultan familiares a los estudiosos de la revolución desde una perspectiva mexicana no figuran. Villa ocupa un lugar preponderante frente a un Emiliano Zapata casi ausente, que rara vez es mencionado en esa prensa. Venustiano Carranza y Victoriano Huerta hacen apariciones especiales en la narrativa afroamericana, pero son vistos más como complementos o accesorios de una historia sobre los riesgos de una política exterior wilsoniana. Las batallas más memorables y con mayor cobertura fueron las de Veracruz y Carrizal; conflictos que podrían considerarse menores al considerar todo el panorama de la actividad revolucionaria. En esencia, un estudio de la prensa afroamericana muestra que, al examinar la revolución, los afroamericanos estaban más preocupados por lo que México representaba para ellos y por su capacidad para sobrellevar las dificultades en su propio país. Esta gesta fue principalmente un símbolo y, como tal, estuvo sujeta a múltiples interpretaciones, usos y objetivos. Los afroamericanos utilizaron con éxito la revolución para repensar su relación con el Estado. Recurrieron exitosamente a la revolución para reimaginar a México como un lugar de refugio; la utilizaron también para criticar los orígenes de las penurias afroamericanas al recontextualizar la difícil situación que vivían, ahora en un marco internacional. La revolución fue enfocada y yuxtapuesta de tal manera que hizo ver las políticas sociales de Estados Unidos como ridículas y primitivas en comparación. Finalmente, la revolución, a los ojos de la prensa afroamericana, fue un acontecimiento mundial que permitió a los afroamericanos participar en una especie de conversación global sobre derechos, ciudadanía, justicia social y transformación cívica. De esta manera, la Revolución mexicana, indirectamente, se convirtió también en una revolución afroamericana.

# MÉXICO, LA POLÍTICA DE LA DIFERENCIA EN TIEMPOS DE LA REVOLUCIÓN

Juan Manuel de la Serna\*

## Introducción

Cuando Plutarco Elías Calles decidió cerrar el acceso al país a quienes no consideraba afines a los intereses de la nacionalidad mexicana, lo hizo con la muy probable finalidad de animar entre los mexicanos la reconstrucción de su identidad social.<sup>1</sup> Los resultados de la lucha de facciones durante los quince años anteriores habían sido cruentos y se buscaba con ello restañar y sanar las heridas abiertas entre las facciones contendientes, a la vez que proporcionar a la ciudadanía un motivo de unidad. Puede ser que, a sabiendas o tal vez sin saberlo con certeza, apelara a experiencias históricas que con razón dan sentido a tal causa.

No se trata aquí de adivinar cuál fue el origen cierto de la decisión, sino de darle un sentido crítico en el que confluyen varias razones que fueron su origen y razón, y afectaron a gente e instituciones públicas y privadas en ambos lados de la frontera.

El sustantivo incluido en el título —la política de la diferencia— es un concepto moderno que ha sido aplicado a problemas de minorías, muy particularmente a partir de la conmemoración del quinto centenario del descubrimiento en 1992; esto no es meramente retórico, sino que corresponde a hechos (narrados a continuación) que lo justificarán. Me explico: en el periodo posrevolucionario tardío, sucesos transfronterizos (tanto en el norte como en el sur) obligaron al gobierno mexicano a adoptar políticas migratorias y, por tanto, diplomáticas que afectaron las relaciones en ambos lados de la frontera. Supongo que la medida pudo haber sido consecuencia de una larga cadena de sucesos provocados por los ciudadanos de aquella región. Empero, no pierdo de vista como hipótesis de este breve ensayo el momento coyuntural en que sucedieron, en el contexto mundial del ascenso del racismo científico y en especial de su expresión política —el nacionalsocialismo alemán— que habían contaminado hasta a sus más acérrimos enemigos, como Inglaterra, y América —y en ésta México.

Hablamos, pues, de un comportamiento extendido en todos los ámbitos donde se puede hablar de grupos étnicos y cultura política, de elementos constantes en la formación de las ideologías nacionales y su sucedáneo internacional; elementos

\* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC), UNAM. [dlserna@unam.mx](mailto:dlserna@unam.mx).

<sup>1</sup> Gilberto Jiménez, *Identidades sociales* (México: Conaculta, 2009).

siempre presentes en la formación de una identidad que crece o se encoge en importancia de acuerdo con su circunstancia. Los ideólogos del republicanismo, primero, y los de la revolución, después, dan por hecho el contenido igualitario de su pensamiento —y tal vez a nivel abstracto así lo sea—, pero la práctica administrativa y la conducta de los actores sociales muestran uno diferente que vuelve necesario rastrear los orígenes y comportamiento del mismo para explicar las acciones cotidianas de gobierno y ciudadano. Así, el objetivo primario de este texto es reconstruir analíticamente los parámetros que delimitaron la ruta de la incorporación a los africanos y sus descendientes en las historias nacionales de estos dos países, así como su peso en la delimitación de prácticas regionales y políticas internacionales.

Es importante subrayar que se trata de historias particulares, pero que, para las explicaciones pertinentes, aludimos a reconstruir los argumentos interesados de grupos supremacistas blancos estadounidenses que vieron en el territorio mexicano una oportunidad de rechazar la incorporación de los afroamericanos liberados después de 1865.

### **Texas, un territorio paradigmático**

Doy por suficientemente conocido el proceso histórico constitutivo del estado de Texas, para detenerme sólo en la cuestión de los esclavos afrodescendientes y los libres en este territorio poblado por colonizadores angloamericanos desde finales de 1828. En éste, algunos negros fugitivos lograron refugiarse durante los primeros años del siglo y otros pocos lo hicieron entre 1810 y 1821. Existen pruebas de que, en los años previos al establecimiento de la República de Texas, un número reducido de negros residía en aquel territorio, evidencia que salió a la luz cuando reclamaron sus derechos de asentamiento. Aparentemente, eran unos ciento cincuenta, lo que incluía hombres, mujeres y niños. Algunos negros libres, conocedores de algún oficio, se establecieron por sus propios medios, como Logan Greenbury, herrero proveniente de Missouri, quien se fue a vivir a Texas en 1831. Se sabe, incluso, de mujeres solas que llegaron por su cuenta.<sup>2</sup> Sin embargo, la Constitución de la República de Texas los condenaba a la esclavitud.

Un antecedente que no se puede omitir al abordar este asunto se refiere a la postura de los representantes peninsulares en las reuniones de las Cortes de Cádiz (1810-1812), quienes negaron, por medio de una decisión política, el reconocimiento ciudadano a los descendientes de africanos americanos, lo cual, según muchos analistas, hubiese sido, entre otras, una de las decisiones que consideraron los líderes independentistas de la América hispana para orientar sus ideas y acciones.<sup>3</sup> Puede

<sup>2</sup> Harold Schoen, "The Free Negro in the Republic of Texas", *The Southwest Historical Quarterly*, vol. 5, no. 39 (julio-abril de 1936): 292-308.

<sup>3</sup> Por el decreto del 9 de febrero de 1811, las Cortes enumeraban los derechos que tanto españoles como "naturales originarios" debían tener de manera equitativa, con el fin explícito de "asegurar para siempre" a los americanos sus derechos fundamentales: 1) la representación nacional a Cortes debía ser "igual en el modo y forma" a la de la península; 2) los habitantes americanos debían ser libres para sembrar y cultivar

decirse con ello que el factor étnico se iría convirtiendo desde el nacimiento del republicanismo en uno de los ingredientes importantes a considerar en el debate de las ideas escenificado a lo largo del siglo XIX, en lo referente a la ciudadanía a ambos lados de la frontera de México y Estados Unidos. Otro elemento innegable en el camino de la construcción de las ideas republicanas y nacionalistas es el relacionado con las pérdidas territoriales del norte de México, sufridas a causa del expansionismo de los estadounidenses, cuya importancia describo a continuación.

En 1833, el vicepresidente mexicano Valentín Gómez Farías, respecto de la experiencia texana, insistió en la política de poblamiento, mediante la creación de asentamientos fronterizos como parte de esta cadena de acciones planeadas para defender un territorio escasamente poblado. Por su parte, el general Juan Almonte había solicitado que se difundiera entre los negros del norte de Estados Unidos la invitación del gobierno mexicano para que inmigraran a Texas, en donde se les garantizaría la igualdad de derechos y se les ofrecerían tierras, implementos de labranza y protección, con el propósito de que trabajaran con tranquilidad. Ofrecimientos de esta naturaleza no eran nuevos para los dueños de esclavos, quienes conocían de este tipo de acciones desde que Luisiana pasó a dominio estadounidense. En 1804, los esclavistas de esta nueva posesión reclamaban a las autoridades de Estados Unidos recién instaladas un decreto leído públicamente en aquel territorio por el que se invitaba a los esclavos a emigrar ofreciéndoles tierra, libertad e instrucción católica.<sup>4</sup>

De aquel lado de la frontera, el gobierno estadounidense había instruido a sus representantes para que apoyaran cualquier disposición que protegiera la propiedad de sus ciudadanos. El ministro plenipotenciario de ese país en México, Joel Robert Poinsett (1779-1851), representante en México, recibió instrucciones de protestar e incluso influir en la redacción de cualquier artículo relativo a la abolición de la esclavitud que pudiera ser incluido en la Constitución, que por ese entonces se discutía en la Cámara de Diputados mexicana, pero a pesar de los esfuerzos del diplomático estadounidense, el presidente Guerrero, acatando lo dispuesto en la Constitución de 1824, proclamaría la abolición en 1829.<sup>5</sup> Sin embargo, el jefe político mexicano de Béjar,<sup>6</sup> Ramón Múzquiz, solicitó y obtuvo una exención para

---

los productos que la naturaleza y clima permitieran, así como promover las artes y manufacturas en toda su extensión y, finalmente, 3) que los americanos “así como indios y los hijos de ambas clases” tengan opción libre y equitativa para optar por empleo o profesión en tanto en las carreras eclesiásticas, política y militar de cualquier lugar de la monarquía. Manuel Dublán y José Ma. Lozano, *Legislación mexicana o Colección completa de las disposiciones legislativas desde la Independencia de la República* (México: Tribunal Superior de Justicia del Estado de México-El Colegio de México-Escuela Libre de Derecho, 2004).

<sup>4</sup> Rosalie Schwartz, *Across the Riot to Freedom. U.S. Negroes in Mexico* (El Paso: The University of Texas at El Paso, 1975), 50 (Monografías, 44).

<sup>5</sup> Dublán y Lozano, *Legislación mexicana...* Añado a esto la sagacidad del presidente Guerrero, presionado por haber dado alojamiento a los representantes estadounidenses al sucedáneo de reunión de Panamá convocada por Bolívar y trasladada a Tacubaya, México, que se hallaba atacada. Uno de los compromisos firmados era precisamente abolir la esclavitud.

<sup>6</sup> Rosalie Schwartz lo identifica como el jefe político de San Antonio, lo que parece un error, puesto que el cargo de jefe político era otorgado para controlar una región y no una ciudad, como lo indica la misma autora. Schwartz, *Across the Riot...*, 50.

Texas, argumentando que el desarrollo de la agricultura dependía de los “robustos y casi infatigables brazos de esta especie de la raza humana que es llamada negra, la que por su desdicha sufre la esclavitud”.<sup>7</sup> Aparentemente, la razón por la que la Federación aceptó tal decisión descansa en la esperanza que tenían las autoridades mexicanas de incrementar la población de origen africano en la frontera para después de hacerse efectiva la abolición incluir a la gente de color hasta que fuera mayoría. Ello debido a que la consideraban proclive al sistema mexicano que les ofrecía libertad e igualdad. Por este motivo, los colonos anglotexanos experimentaban incertidumbre sobre el futuro de la esclavitud.

Por el lado mexicano más bien imperaba el titubeo y el temor de que dejaron constancia Lucas Alamán y el general Manuel Mier y Terán. El primero lo hizo tanto en la ley de 6 de abril de 1830, como en otros impresos, y el segundo, en sus “Reflexiones...” sobre ésta,<sup>8</sup> que apoyaba lo sostenido por Alamán. Es evidente que las diferencias de opinión respecto de lo argumentado por Múzquiz se dieron alrededor de la visión opuesta que sobre el tema de la esclavitud y su abolición sostenían los gobiernos de ambos países y los intereses que movían a ambos, pero no por ello queda oculto el carácter étnico del problema, pues, sin equívocación, sabemos que detrás de todo esto se hallaba la población negra.

<sup>7</sup> Múzquiz a Viesca, Béjar, 17 de octubre de 1829, *Texas Gazette*, 10 de octubre de 1830, citado por Josefina Z. Vázquez, “Colonización y pérdida de Texas”, en María Esther Schumacher, comp., *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos* (México: FCE-SRE, 1994), 59.

<sup>8</sup> Art. 3. El gobierno podrá nombrar uno o más comisionados que visiten las colonias de los estados fronterizos que contraten con sus legislaturas la compra a favor de la federación de los terrenos que sean oportunos y suficientes para establecer colonias de mejicanos y de otras naciones; que arreglen con las colonias establecidas ya lo que crean conveniente para la seguridad de la república; que vigilen a la entrada de nuevos colonos del exacto cumplimiento de las contratas y que examinen hasta qué punto se han cumplido ya las celebradas. Art. 9. Se prohíbe en la frontera del Norte la entrada a los extranjeros bajo cualquier pretexto, sin estar provistos de un pasaporte expedido por los agentes de la república en el punto de su procedencia. Art. 10. No se hará variación con respecto de las colonias ya establecidas ni respecto de los esclavos que haya en ellas; pero el gobierno general o el particular de cada estado, cuidarán bajo su más estrecha responsabilidad, del cumplimiento de las leyes de colonización y de que no se introduzcan de nuevo esclavos. Art. 11. En uso de la facultad que se reservó el Congreso General en el Art. 7 de la ley del 24 de agosto de 1824 se prohíbe colonizar a los extranjeros limítrofes en aquellos estados y territorios de la federación que colindan con sus naciones. En consecuencia se suspenderán las contratas que no hayan tenido su cumplimiento y sean opuestas a esa ley Permiso para introducir géneros prohibidos de algodón por el término que se expresa. Destino de los derechos que produzcan. Varias providencias relativas a la colonización y conservación de Texas. AD Lucas Alamán, 6 de abril de 1830 (100-102), en Francisco del Moral y Mariano Galván Rivera, *Colección de Leyes y decretos expedidos por El Congreso General de los Estados Unidos Mejicanos en los años de 1829 y 1830* (México: Imprenta de Galván, 1831). Manuel Mier y Terán participó en los debates del primer Constituyente de 1822, como un miembro del comité de colonización de tierras desocupadas. En 1827, dirigió una expedición científica y de frontera a Texas para observar los recursos naturales y a los indios, para descubrir el número y la actitud de los estadounidenses que vivían ahí, y para determinar la frontera de Estados Unidos y México entre el Río Sabinas y el Río Rojo. En el reporte sobre la comisión, Mier y Terán recomendó tomar medidas para detener el avance de Estados Unidos hacia Texas, sugirió guarniciones adicionales alrededor del establecimiento, comercio más cercano con México, y el ánimo de más colonizadores mexicanos y europeos. Sus observaciones fueron incorporadas en la ley del 6 de abril de 1830, misma que también convocó a la prohibición de esclavitud y el cierre de la frontera de Texas a los estadounidenses.

Sobre esta cuestión, el líder abolicionista Benjamín Lundy visitó en 1833 algunas ciudades del sur de Estados Unidos en busca de tierras en donde establecer asentamientos para los negros. El viaje le sirvió también para verificar las condiciones en que vivían en México los esclavos fugitivos. Cerca de Nacogdoches visitó a William Goyens, un negro rico y respetado que vivía feliz con su esposa blanca; en esa misma área residía David Town, un blanco originario de Georgia, quien había llevado a su esposa esclava y varios hijos a Texas, en donde los había liberado. Ambos darían cuenta de las características étnicas de los pobladores recién emigrados y son prueba de que el gobierno mexicano cumplía con lo ofrecido.<sup>9</sup>

También existen evidencias de que los anglotexanos mostraron abierta hostilidad hacia los negros libres quienes, a causa de ello, se vieron obligados a buscar refugio del otro lado de la frontera, donde recibían apoyo de las autoridades mexicanas. Éste es el testimonio de Noah Smithwick sobre la suerte de su ex socio el doctor John Webb y su esposa mulata: “Una vez que hubo suficiente espacio en la pradera, Webb, dado que los indios habían sido desalojados y se logró una relativa seguridad, llegaron grupos de gente de mejor posición, como solía decir el coronel Knight”. Temiendo que los prejuicios racistas y la codicia por sus tierras pudieran provocar una desgracia, Smithwick aconsejó a su socio “que vendiera [su propiedad] y que llevara a su familia a México, en donde no se hacían distinciones de color de la piel. Tomó mi consejo y desde entonces no volví a verlo ni a saber nada de él”.<sup>10</sup> A los pocos habitantes afroamericanos que lograron resistir hasta la separación de Texas de la república mexicana, se les hizo saber, en un artículo de la Constitución de este estado en marzo de 1836, que no serían admitidos en su territorio, por lo que se vieron forzados a emigrar.<sup>11</sup>

Se calcula que, hacia 1836, la población esclava en Texas ascendía aproximadamente a cinco mil individuos y que tuvo un crecimiento acelerado posterior. El censo de 1860 indica que había 182 566 negros contra 430 891 blancos, lo que significa un aumento del 214 por ciento en comparación con el incremento de los colonos blancos, que fue de 180 por ciento,<sup>12</sup> cifra que da cuenta de lo desorbitado del comercio proveniente de los estados esclavistas que colindaban con la región y del volumen del tráfico ilegal procedente de esos mismos estados y, en menor cuantía, de las islas del Caribe.

<sup>9</sup> Del Moral y Galván, *Colección de Leyes...*, 23.

<sup>10</sup> Noah Smithwick, *The Evolution of a State or Recollections of the Old Texas Days* (Austin: University of Texas Press, 1983) (facsimilar de la ed. de 1900).

<sup>11</sup> Constitution of the Republic of Texas, 17 de marzo de 1836, en *Laws of the Republic of Texas in Two Volumes* (Houston: Secretary of State, 1838), vol. II, sección 10: “Toda persona —con excepción de africanos, descendientes de africanos e indios— residente en Texas el día de la Declaración de Independencia será considerada ciudadana de la República”. Vázquez, “Colonización...”, 49-79.

<sup>12</sup> Arthur Ilkin, cónsul británico en Texas, calculaba que en 1840 había aproximadamente 11 323 esclavos en la república; el número estimado en 1845 era de 23 624, aunque, desde luego, los cálculos más confiables son los de los censos oficiales de 1847, 1850 y 1860. El estado empadronó 38 753 esclavos en 1847 y el censo federal registró 58 161 en 1850 y 182 566 en 1860. C. Ronnie Tyler y Lawrence Murphy, *Slave Narratives of Texas* (Austin: Encino Press, 1974), xxxix.

Desde la perspectiva de lo que hoy denominamos geopolítica y teniendo como escenario únicamente las diferencias propias de su origen, en tiempos de paz (si es que en una zona de esta naturaleza y con la rivalidad perenne entre naciones se puede hablar de paz), lo convenido *en el papel* había sido beneficiar a los dueños de esclavos allende sus fronteras, devolviendo a sus dueños a los fugados de sus sitios de origen, ello especialmente en la frontera norte a la que antes nos referimos, y en los casos de los esclavos de Luisiana y en las propiedades al norte del Río Brazos en Texas. *En la práctica*, como solía suceder con leyes, edictos y otros instrumentos legales, las autoridades locales, aunque no con frecuencia, cerraban los ojos a lo establecido y otorgaban los beneficios del asilo a los fugados, con el claro objetivo de afectar los intereses de sus rivales al otro lado de las fronteras.

## Los proyectos de colonización

En el curso de la década de los años de la guerra civil en Estados Unidos, cuando la colonización por parte de los negros libres se convirtió en un asunto vital para los gobiernos de los estados sureños, se presentaron varias propuestas para ubicarlos en la frontera con México, para lo cual se crearon gobiernos alternativos. En 1864, el juez James H. Lane,<sup>13</sup> de Kansas, presentó una propuesta en este sentido que fue recibida con beneplácito por el Comité de Territorios del Senado, aunque nunca llegó a votarse en el Congreso.<sup>14</sup> En la cual argumentaba que sería benéfica para México y promovería la amistad entre este país y Estados Unidos pues: “Podemos poner a la puerta de México cuatro millones de buenos ciudadanos que pueden llegar ahí en cualquier momento en cuanto sean invitados a estrechar manos con esa República”.<sup>15</sup> De igual opinión era el presidente (*chair*) del Senado, quien opinaba que:

Es deseable cultivar relaciones amistosas con el pueblo de México. Es sabido entre nosotros que entre el pueblo de allá no hay prejuicios contra el matrimonio interracial, que no está prohibido ni por la ley ni por las costumbres. Se confía con certeza que en la colonia que se aprobará en esta reunión [*bill*], por medio del matrimonio, los ciudadanos de los Estados Mexicanos, y la amistosa miscegenación con ellos los americanizará y preparará y buscarán su anexión a nuestra gloriosa y libre república.<sup>16</sup>

Palabras que evidencian la razón del interés antes oculto, aunque no negado, que llevan los prejuicios raciales, al frente de sus intereses por la expansión territorial. La ambición territorial, los prejuicios y, por ende, la discriminación, pasaron

<sup>13</sup> James H. Lane, “The Grim Chieftain” (El Cacique Grim). Sirvió en el batallón de voluntarios de Indiana en la guerra con México, terminó su carrera política como senador de Estados Unidos. Miembro del Partido Demócrata, fue también gobernador de su estado.

<sup>14</sup> Fred Ripy J., “A Negro Colonization Project in Mexico, 1895”, *The Journal of Negro History*, vol. 6, no. 1 (enero de 1921): 66-73.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, 64.

<sup>16</sup> Reporte del Senado de Estados Unidos, 38 Congress, 1 Session, no. 8, 2.

a ser razón de una política que tenía por objetivo fines visibles. No fue éste el último ni el único proyecto de esta naturaleza. En 1915, a la luz de pleno proceso armado de la Revolución mexicana y cuando en Estados Unidos se hacía valer con insistencia la política de Jim Crow (iguales, pero diferentes) encontramos otro ejemplo.

Orren M. Donaldson, autor de *Mexico for the Negro (A Suggestion for the Solution of the Race Problem in America)*, escrito por encargo para la National League de Illinois,<sup>17</sup> con argumentos coincidentes con el de Lane, aduce que, toda vez que se pacifique la “guerra civil”, el sistema de posesión territorial mexicano dispondrá de tierras cultivables para los colonizadores negros, quienes no encontrarían barreras de color o raza que bloquearan su camino a la igualdad social y política:

El hemisferio occidental es el hogar de aproximadamente doscientos millones de habitantes; la mitad de ellos son de la raza anglosajona y teutona y viven al norte del Río Grande. La otra mitad es una mezcla de españoles, indios y negros que viven al sur del Río Grande. El negro americano por derecho de raza pertenece a este segundo grupo, con el que se podría amalgamar rápidamente en un tipo racial común. Se trata de un destino cruel que lo obliga a hacer su casa con el primer grupo con el que tiene tan poco en común y entre los que, en consecuencia, es víctima de un choque de intereses.<sup>18</sup>

A la similitud argumental se añade el punto de la distancia geográfica (a causa del cual se inclina por México) y, según el autor, descarta a Brasil como candidato por encontrarse demasiado lejos y por ello el inevitable incremento de cualquier presupuesto para la migración.<sup>19</sup> En abono de sus ideas, considera fútil cualquier intento por generalizar el ideal democrático a partir de una igualdad racial, debido a la que llama natural antipatía existente entre ambas razas. En consecuencia —sigue el autor—, el vacío dejado por tal migración debía ser ocupado por una nueva inmigración europea que estaría ya americanizada en su segunda generación.

Por el lado mexicano, Matías Romero sostenía la idea de que negros y chinos en particular eran la migración indicada para trabajar en las plantaciones de las tierras bajas.<sup>20</sup> Pero la diversidad de climas y productos exigía colonos distintos: en el centro y en el norte convenían los blancos, pues en muchos años México no podría competir con los estadounidenses en los productos propios de esas regiones; en las costas, la verdadera esperanza para el país, los negros eran los mejores por su “gran fuerza muscular, resistencia fisiológica extraordinaria y hábitos de trabajo socialmente arraigados”; además, la experiencia demostraba que el negro se asimilaba fácilmente al medio social, trata de hacerse propietario y bien pronto acepta el idioma y las costumbres de la nación en que va a establecerse.<sup>21</sup>

<sup>17</sup> Orren M. Donaldson, *Mexico for the Negro (A Suggestion for the Solution of the Race Problem in America)* (Chicago: National League, 1915). Por el texto, se advierte que el autor no es de origen negro.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, 1-2 y ss.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, 5.

<sup>20</sup> Matías Romero, *Mexico and the United States: A Study of Subjects Affecting their Political, Commercial and Social Relations, Made with a View to their Promotion* (Nueva York: Putnam, 1898), 510.

<sup>21</sup> Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970*, vol. 2 (México: Centro de Estudios Históricos, El Colegio de México, 1994), 164; 166-167.

Justo Sierra coincidía en la apreciación de Matías Romero, aunque advertía supuestas complicaciones de carácter social: “Sería necesario aumentar esta población [la mexicana]; ¿cómo? La fiebre aleja al indígena y al europeo: sólo el africano, sólo la planta negra prospera vigorosa allí. He aquí una solución, [aunque] es más bien una complicación; el negro oscurece toda cuestión social”.<sup>22</sup> El caso aquí es que la referencia de Vasconcelos a los negros es con respecto a los estadounidenses, no a los mexicanos y, más adelante, lo aclara refiriéndose a la sociedad de aquel país y al problema del racismo que con particular énfasis se vivía en los estados del sur de la Unión Americana.

### **Las empresas colonizadoras privadas intervienen. El caso de Tlahualilo**

En medio del debate, que por cierto tiene como telón de fondo el debate mundial sobre el racismo,<sup>23</sup> capitalistas privados estadounidenses se propusieron establecer una colonia agrícola en Tlahualilo, al norte de Durango, cuyo propósito era doble: crear una empresa para la que se obtendría mano de obra barata proveniente de Estados Unidos y, fomentar la colonización en un territorio de grandes proporciones y escasa población (295 105 habitantes en 1895).<sup>24</sup> F.E. Roesler, agente de inmigración, escribió el 30 de agosto de 1886, desde Dallas, al presidente de México, proponiéndole que en los terrenos baldíos se establecieran negros expertos en la siembra de algodón, azúcar, arroz y tabaco.<sup>25</sup>

Se puede decir que terminada la guerra de secesión en Estados Unidos, si bien los esclavos obtuvieron su libertad legal mediante la abolición, el proceso discriminatorio promovido por los políticos sureños de aquel país, que se sintieron agraviados por su pérdida, impulsaron una dinámica que buscaba beneficios económicos y geoestratégicos a expensas de sus vecinos del sur y de una política segregacionista. Por su parte, los gobiernos mexicanos posteriores a Juárez, y particularmente durante los regímenes de Díaz, tuvieron como preocupación central proteger los débiles territorios del norte, teniendo en mente la experiencia texana. Ello se dio en el contexto de las ideas racistas que, por supuesto, aplicaban y justificaban el rechazo a los negros. En la opinión mexicana se fundía el temor a la pérdida territorial con la discriminación hacia esta raza como elemento formativo del nacionalismo.

Con este propósito, en diciembre de 1894, el negro H. Ellis firmó un contrato con la Agricultural Industrial and Colonization Company Tlahualilo Limited, en el

<sup>22</sup> Ídem, 26.

<sup>23</sup> Joseph Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, en <<http://es.scribd.com/doc/36317233/Ensayo-Sobre-La-Desigualdad-de-Las-Razas-Humanas>>, consultada el 4 de abril de 2011.

<sup>24</sup> Secretaría de Coordinación y Desarrollo, Dirección General de Estadística, Información y Desarrollo, *Compendio histórico y estadísticas vitales 1893-1993* (México: s.e.a.).

<sup>25</sup> CPD L c 19 D 59435-59437, citado por González, *Los extranjeros...*, 123.

cual se comprometía a transportar desde Estados Unidos a cien familias “de color” cuyos miembros fueran no menores de doce y los mayores de menos de sesenta años de edad. Por su parte, la compañía se obligaba a pagar el pasaje de los colonos, siempre y cuando no excediera de los veinte dólares y a proveerles de herramientas, ganado, semillas y habitación durante los primeros tres meses y, además, un estipendio mensual de seis dólares, suma que sería revisada posteriormente. Cada familia debía recibir sesenta acres<sup>26</sup> para cultivar de los que cuarenta serían de algodón, quince de maíz y los restantes cinco serían dedicados a productos para el autoconsumo.

La publicidad proyectada por Ellis entre la población de Georgia y Alabama llevaba un mensaje de optimismo, y otro más o menos subliminal respecto de la situación social de esta población: “México, el país de Dios y libertad [...] la gran República de México garantiza a todos sus ciudadanos tratamiento igualitario y mismos derechos para todos sin privilegio especial para nadie”.<sup>27</sup> La realidad se encargó de destruir la utopía. En mayo de 1895, Sam Cléber, quien, en compañía de otros seiscientos cincuenta negros, había llegado a Tlahualilo, se presentó ante el cónsul estadounidense en Chihuahua para denunciar que:

Declara que fueron tratados con crueldad, él su esposa y otros cuarenta y nueve huyeron en la noche y se dirigía a Estados Unidos; estaba muy ansioso de que se conociera la historia de las faltas cometidas a su gente, y que fuese presentada al Departamento de Estado.

El mismo 21 de mayo también llegó a esta ciudad Anthony Jones, negro que había sido parte de dicha colonia, y quien había huido junto con otros treinta y nueve. El señor Jones afirmó que el grupo con quien partió, excepto él mismo, fue alcanzado el día de su huida por un grupo de guardias mexicanos contratados por los responsables de la colonia, y ante la negativa de regresar les dispararon y los mataron. Que por estar Jones a cierta distancia por delante del grupo no fue detectado, por lo que atestiguó el tiroteo [...]. Jones murió a causa de una severa neumonía tifoidea el 26 de mayo, sin haber firmado su declaración jurada.<sup>28</sup>

Como consecuencia, las autoridades estadounidenses iniciaron una investigación cuyo objetivo era desmentir lo que consideraron una fantasía y que el testimonio era infundado. Y, en efecto, resultó ser ésta una historia contada para justificar la fuga provocada a raíz de la baja calidad de los servicios y las promesas no cumplidas. El regreso de los cerca de ochocientos negros de que se componía el experimento se convirtió en un caos que alcanzó la dimensión suficiente para que intervinieran los presidentes Grover Cleveland y Porfirio Díaz. La causa más creíble de tan sonado fracaso es sólo imputable a la ignorancia de los migrantes sobre cuestiones agrícolas, requisito contractual que aparentemente no fue respetado.

<sup>26</sup> Un acre equivale a 4 047 metros cuadrados.

<sup>27</sup> U.S. Congress, House of Representatives, no. 169, 54, 1<sup>st</sup> session, 59.

<sup>28</sup> U.S. Congress, House of Representatives, Message of the President of the United States related to the “Failure of the Scheme for the Colonization of Negroes in Mexico” and the necessity of returning them to their homes in Alabama. January 27, 1896 referred to the Committee on Foreign Affairs and ordered to be printed. Grover Cleveland, Executive Mansion, 27 de enero de 1896: 1-2.

El desastroso resultado del experimento animó en México la ya de por sí ríspida discusión pública sobre este tipo de proyectos y el sentimiento negativo hacia ellos. A este respecto, Moisés González Navarro nos recuerda que:

Un diario bien antinorteamericano estaba dispuesto a admitir al blanco, pero nunca al negro, de Estados Unidos [...]. Un diario católico afirmó que semejante contrato se hizo sin tomar en cuenta los intereses nacionales y [con este propósito] se recurriría [...] para instrumentarlo a una “raza etnológicamente inferior a la de nosotros”. Esos negros, en fin, eran el tubo conductor del cáncer que Estados Unidos había creado ya en Cuba y Estados Unidos mismo. Poco después predijo que la paz, el único bien auténtico de que el país gozaba, se acabaría el día en que se hubieran trasladado a México doscientos mil de los doce millones de negros norteamericanos.<sup>29</sup>

Según *El Tiempo*, el negro que se pretendía traer no era el vigoroso habitante de África, sino “el corrompido, afeminado y vicioso habitante del sur” de Estados Unidos. Los hombres, por supuesto, nacen iguales por ley natural; pero “la educación, la inteligencia y el trabajo crean diferencias que nadie puede nivelar”; además, los negros son “¡tan feos!”. Esta opinión se completaba con la idea de que el lugar debía ser ocupado por migrantes blancos procedentes de Europa o de Norteamérica, pues los negros estadounidenses, a pesar de vivir en una sociedad en progreso, no habían logrado asimilar la actitud de los blancos.

## Los negros durante la revolución

En 1895, fuera de toda instrucción legal, pero con la evidente intención de hacer válida una práctica ajena a las costumbres mexicanas o de complacer a estadounidenses blancos que atestiguaban el hecho, se negó a tres negros de aquel país el uso del comedor en el hotel Iturbide. Éste fue un hecho aparentemente aislado, pero en realidad tenemos noticias de que, por lo menos desde 1871,<sup>30</sup> el gobierno mexicano había mostrado inquietud por llevar un control de extranjeros en territorio nacional y en especial de las compras que hacían de bienes raíces. En los formatos de informe y las estadísticas que de ellos se entregaba a la Secretaría de Gobernación, llaman la atención las clasificaciones étnicas entre las que obviamente se encuentra la de “negros”.<sup>31</sup> Ello a pesar de leyes y disposiciones legales emanadas de los gobiernos

<sup>29</sup> González, *Los extranjeros...*, 187.

<sup>30</sup> “Igualmente dispone el C. presidente, que por conducto del Gobierno de ese estado [Campeche] prevenga a los notarios públicos del mismo, que comuniquen directamente a este ministerio todos los casos en que un extranjero adquiriera alguna propiedad raíz, ya sea rustica o urbana, expresando el nombre, origen, estado, profesión, residencia del extranjero y ubicación de la finca que haya adquirido”. Archivo General del Estado de Campeche (AGEC), 6 de mayo de 1871.

<sup>31</sup> Por ejemplo, se calcula que entraron al país, por raza: de la zona norte, 9 324 hombres blancos y 3 983 mujeres, 28 hombres negros y 10 mujeres, 324 hombres amarillos y 6 mujeres, 6 de otras razas. De la zona sur: 41 hombres blancos y 6 mujeres. Del golfo y Mar de las Antillas: 5 038 hombres blancos y 1 964 mujeres, 182 hombres negros y 47 mujeres, 489 hombres amarillos. Del Pacífico: 724 hombres

independentistas, con los cuales se buscaba borrar las diferencias étnicas y dar un acento liberal y democrático a la personalidad jurídica de ciudadano que se empezó a construir desde entonces.

En lo que a las disposiciones de colonización se refiere, no deja de llamar la atención que desde el debate ocasionado por las concesiones de Texas y sus referencias al condicionamiento de la entrada de inmigrantes que llevan una clara referencia al origen étnico de los esclavizados, no se ha encontrado hasta hoy una disposición legal que de forma explícita impidiera la colonización de una u otra nacionalidad o cultura, como tampoco lo hay respecto de la inmigración. Es decir, el documento del 6 de abril de 1830 fue, hasta 1924, el referente poscolonial más conocido de acciones de gobierno referidas a la segregación.

¿Cómo interpretar entonces todas las acciones que en ambos lados de la frontera se manifestaron a favor de la revolución? Aquellos negros que contaban con una educación superior, respeto comunitario y riqueza personal, sometidos a la presión de los actos discriminatorios, desplegaron una campaña en Washington a favor del gobierno de Venustiano Carranza<sup>32</sup> como una forma de agradecer la hospitalidad recibida del gobierno mexicano en ocasiones anteriores, aunque sus esfuerzos no fueron apreciados por el gobierno que había permitido a Jack Johnson regresar a Estados Unidos, donde el gobierno de la época quería distanciarse lo más posible de cualquier acto subversivo. Y es que en Washington los informes de inteligencia señalaban al afamado boxeador originario de Galveston como un personaje que “fermentaba sentimientos raciales entre los negros y mexicanos en contra de los blancos”.<sup>33</sup> Además, entre sus proyectos, Johnson, en consonancia con las ideas de Ellis, formó una compañía colonizadora con un objetivo similar.

Por su parte, las comunidades de negros avocados en la frontera entre Estados Unidos y México, se identificaban abiertamente con la entonces considerada noción revolucionaria de “igualdad social” propuesta por Ricardo Flores Magón, personaje que, por su lado, intentó forjar una alianza con los yaquis y grupos de indígenas estadounidenses que se consideraban históricamente oprimidos. Ello se reflejó en la incorporación de militares jubilados o desertores provenientes de los batallones de “Buffalo Soldiers” estacionados en los fuertes del ejército de Estados Unidos cercanos a la frontera con México. Un operador de ametralladoras incorporado al gobernador Maytorena, por ejemplo, fue acusado de haber sido uno de los causantes

---

blancos y 229 mujeres, 3 hombres negros y 1 mujer, 259 hombres amarillos y 2 mujeres, 9 hombres de otras razas y 2 mujeres. Negros que entraron por estados del norte: Juárez-Chihuahua, 3; Laredo, 5; Nogales, 5 hombres y 3 mujeres; Naco, Sonora, 2; Porfirio Díaz, Coahuila, 14 hombres y 5 mujeres. Negros que entraron del Golfo y Antillas: Chetumal, 159 hombres y 44 mujeres; Progreso-Yucatán, 29 hombres y 3 mujeres; Veracruz, 3 hombres. Negros que entraron por el Pacífico: Acapulco, 2 hombres y 1 mujer; Mazatlán, 1 hombre. AGECE, *Estadística de inmigración 1908 República Mexicana*, Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación, Gobernación, sin clasificación.

<sup>32</sup> Entre ellos se encontraba William Ellis, quien había sido parte del experimento colonizador de Tlahualilo.

<sup>33</sup> Gerald Home, *Black and Brown, African Americans and the Mexican Revolution* (Nueva York: New York University Press, 2005), 36.

de la derrota en la batalla de El Carrizal.<sup>34</sup> Debe considerarse en este entorno la presencia cada vez más violenta de los grupos supremacistas representados por el Ku Klux Klan que orillaban a los negros estadounidenses cada vez más hacia la frontera con México y cuyos efectos se aprecian en acervos oficiales.

SOLDADOS NEGROS DEL EJÉRCITO ESTADUNIDENSE  
EN LA CÁRCEL DE LECUMBERRI (1916)



FUENTE: Gerald Horne, *Black and Brown. African Americans and the Mexican Revolution* (Nueva York: New York University Press, 2005), 145.

Es notorio, en los informes de los representantes de la Secretaría de Gobernación en los puestos fronterizos con Estados Unidos conservados en el Archivo Histórico del Instituto Nacional de Migración cómo aparecen y se acumulan las demandas de afroamericanos que, solicitando su ingreso a territorio nacional por diversos motivos, que van desde lo referido a las relaciones familiares, hasta permisos de trabajo temporal (por ejemplo, los músicos que cruzan la frontera para tocar en diversos sitios de entretenimiento), son objeto de rechazo y, ya en 1925, de negaciones explícitas de ingreso basadas en una supuesta “restricción para inmigrantes negros”.<sup>35</sup> En ese mismo año, la solicitud de internación a Chetumal de un grupo de trescientos trabajadores beliceños negros contratados por una empresa maderera desató un intenso debate entre las autoridades de Gobernación que la negaron, lo que en opinión del delegado fronterizo era injusto, dado el valor que daban al desarrollo, por lo que debían ser admitidos. El diferendo se llevó al escritorio presidencial de Plutarco Elías Calles el 6 de marzo de 1926, quien veinte días después rechazó la admisión solicitada

<sup>34</sup> Horne, *Black and Brown...*, 136.

<sup>35</sup> B. Porter Sherman solicita información sobre inmigración negra; Archivo Histórico del Instituto Nacional de Migración (AHINM), exp. 4-350-27.

por la Secretaría de Gobernación y se hizo extensiva para los ciudadanos negros sin distinción de origen.<sup>36</sup>

¿Cuáles eran las disposiciones legales a las que refería la burocracia? La siguiente referencia explícita a la cuestión se halla en el reglamento de la *Ley Federal de Colonización* de 1927, firmada por el presidente Calles, que dice en el artículo 17 del capítulo II:

Tratándose de colonos extranjeros se observarán las siguientes prescripciones:

- a) Tendrán preferencia aquellas razas que demuestren mayores facilidades de adaptación a las costumbres y climas del país y que, además, por su cultura puedan considerarse como elementos útiles para la enseñanza de los agricultores nacionales. En cada proyecto de colonización la Secretaría de Agricultura y Fomento determinará las nacionalidades que estime conveniente para formar la población de la colonia.<sup>37</sup>

El tema racial cobra ya relevancia de forma abierta para los proyectos colonizadores. Es la amalgama de estos dos temas lo que da sentido a una política de gobierno de corte defensivo, con un contenido geoestratégico y claro rasgo discriminatorio. El debate continuó y recobró relevancia en los días posteriores que desembocaron en la creación de un Consejo Consultivo de Población que determinó:

1. Que la nacionalidad mexicana no está constituida por una raza pura, sino precisamente por un mestizaje que, siendo mayoritario en absoluto, da el tono de la Nación y que por lo mismo, debe ser fortalecido fomentando la mezcla de las razas existentes en México.
2. Que consecuente con su idiosincrasia mestiza, el Estado Mexicano sigue una política de incorporación, absorción y asimilación de sus minorías raciales y,
3. Que en consecuencia, no puede ser opuesto a la inmigración extranjera, como no lo es, ni tiene prejuicios raciales, pero los inmigrantes deben pertenecer a aquellas razas a las que el pueblo mexicano puede asimilar.<sup>38</sup>

Con el tiempo, la confección de la política migratoria, fue adquiriendo un carácter racista originado, por un lado, en aspectos étnicos prejuiciados por herencias de identidad nacidas de experiencias históricas y, por el otro, de temores de pérdida territorial, todo ello en una época en que el tema de la segregación era ampliamente discutido en el escenario global. Todavía en 1943, a raíz de una epidemia (sin especificar en los documentos), se prohibió la entrada de soldados negros estadounidenses provenientes de Fuerte Huachuca, que se mantuvo por un mes. A partir de ese momento no se vuelven a hallar referencias a este tipo de casos.

<sup>36</sup> AHINM, exp. 350/32R-20-16/925. El permiso sería finalmente autorizado en 1929 mediante el pago de fianzas por parte de la empresa, que adicionalmente se hizo cargo de diversos trámites.

<sup>37</sup> *Ley Federal de colonización y su reglamento* (México: Secretaría de Agricultura y Fomento, Imprenta de la Dirección de Estudios Geográficos y Climatológicos, 1927).

<sup>38</sup> AHINM, 1938, exp. 4-350-710.

## Para reflexionar

Los asuntos relacionados con la población de ascendencia africana en México, además del marcado peso social y político que se les aplicó desde tiempos virreinales, tienen otra dimensión poco reconocida hasta hoy y es, por un lado, su vinculación a la demografía y, por el otro, la conquista de los grandes espacios territoriales. Entrelazados estos dos aspectos, ubicamos episodios en los que estos factores dan sentido a la hipótesis que se sostiene aquí. El primero de ellos, como razón de origen del movimiento de independencia y como definición del reconocimiento de México independiente de España: ya en el siglo XIX, a partir del conflicto territorial entre México y los colonos texanos y, en ese mismo siglo, a partir del expansionismo territorial estadounidense y de los efectos derivados de las prácticas discriminatorias de los grupos supremacistas blancos del sur de Estados Unidos. Aquellos quienes de una u otra parte, en uno u otro momento, se vieron involucrados en la revolución vislumbraron amenazas que en principio fueron entendidas como solo efecto de las diferencias étnicas y sus respectivos ecos sociales, pero que desde la óptica de la política marcaron diferencias sustanciales.

Otro aspecto que se menciona de manera tangencial es el referido al debate público, la retórica política y la toma de decisiones administrativas que, paradójicamente, no siempre concuerdan. En este caso, el manido tema del mestizaje producto del nacionalismo revolucionario es cuestionado por la práctica política.

## Fuentes complementarias

### ARCHIVOS

Archivo Histórico Diplomático Genaro Estrada (AHDGE)  
Biblioteca del Congreso, Washington, D.C.

### AGUIRRE BELTRÁN, GONZALO

1989 *La población negra en México. Estudio etnohistórico*, 3ª ed. México: FCE.

### DE LA SERNA HERRERA, JUAN MANUEL

1996 *Los afronorteamericanos. Historia y destino*. México: Instituto Mora.

### KAKOSI KASHINDI, JEAN BOSCO

2010 “La invisibilización de los afrodescendientes en la concepción del mestizaje latinoamericano”. México: FFYL, UNAM, tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos.

### RAMOS LANZ, MIGUEL

1897 *Inmigración y colonización. Dedicado al Señor Presidente de la República y a la Prensa del País*. México: s.e.

SAADE GRANADOS, MARTA MARÍA

2009 “‘Inmigración de una raza prohibida’. Afro-estadounidenses en México, 1924-1949”, *Journal of Chicano Studies*, vol. 34, no. 1 (primavera): 169-192.

SUÁREZ Y LÓPEZ GUASO, LAURA

2005 *Eugenesia y racismo en México*. México: UNAM.

YANKELEVICH, PABLO

2008 “Explotadores, truhanes, agitadores y negros. Deportaciones y restricciones a estadounidenses en el México revolucionario”, *Historia Mexicana*, vol. 57, no. 4: 1155-1199.



*Otras voces de la Revolución mexicana: visiones desde Estados Unidos y Canadá*, de Juan Manuel de la Serna y Silvia Núñez García, eds., editado por el Centro de Investigaciones sobre América del Norte de la UNAM, se terminó de imprimir en la Ciudad de México el 31 de julio de 2012, en Editores e Impresores FOC, S. A. de C. V. Los Reyes, núm. 26, col. Jardines de Churubusco, Delegación Iztapalapa, C. P. 09410, México, D. F. En su composición se usaron tipos Fairfield LH Light y Formata Light y Medium de 8, 10, 12, 14 y 18 puntos. Se tiraron 300 ejemplares, más sobrantes, sobre papel cultural de 90 grs. Impreso en offset. La formación la realizó María Elena Álvarez Sotelo. En la corrección de estilo participaron Hugo A. Espinoza Rubio, Teresita Cortés Díaz y María Cristina Hernández Escobar, con la colaboración de Valeria Guzmán. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Astrid Velasco Montante y Hugo A. Espinoza Rubio.

